

NUEVAS LEYENDAS GUANCHES

JOSE MANUEL G. Y GARCIA DE LA TORRE



SEGUNDA RECOPIACION

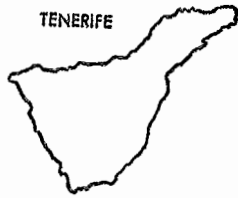
**Nuevas Leyendas
Guanches**



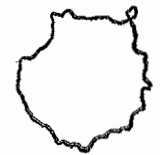
LA PALMA



GOMERA



TENERIFE



GRAN CANARIA



HIERRO



FUERTEVENTURA



LANZAROTE

ISLAS CANARIAS

CDU. 760-3 (460.91)

JLG 8021



JOSE MANUEL G. Y GARCIA DE LA TORRE

Canarias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>92150</u>
N.º Copia <u>624424</u>

NUEVAS LEYENDAS GUANCHES

(Segunda recopilación)



© José Manuel G. García de la Torre
Primera edición: octubre 1970
Reservados todos los derechos

DEDICATORIA

A mi esposa Carmen Estupiñán Castro, descendiente del Conquistador Bartolomé Estupiñán, verdadera inspiradora de esta obra y sin cuyo concurso, no se hubiera podido escribir este libro. Y con ella, a la mujer canaria.

EL AUTOR

PRÓLOGO

Como había supuesto desde un principio, el interés del público lector por los temas canarios en general y de modo muy especial por aquellos relacionados con el pasado prehispánico de estas Islas, se ha manifestado de una forma muy espontánea y masiva, que colma a satisfacción los propósitos que me impulsaron a escribir estos libros.

Agotada en sucesivas ediciones la Primera Recopilación, en vía de nuevas reimpressiones, sale hoy al mercado de libre consumo para el lector esta golosina representada por una Segunda Recopilación en la que, como se hizo en la primera, se hilvanan un conjunto de relatos o narraciones escogidos entre aquellos que aún quedan por descubrir dentro de la inmensa y rica variedad temática del folklore y del acervo cultural canarios.

He dicho "golosina" porque así ha sido calificada por algunos de mis más amables y generosos lectores de la anterior publicación, dejando bien aclarado que tal calificativo no se debe ciertamente al genio o condición de mi pluma, sino a la simpatía intrínseca y a la fuerza emocional arrolladora que están contenidas en los infinitos episodios que tuvieron como intérpretes al pueblo guanche y a su heroica gesta.

Por otra parte me cabe igualmente la satisfacción de poder señalar aquí la presencia de nuevos y estimables valores artísticos y literarios que han acogido con mucha más fortuna que

mi humilde aportación, la rica variedad folklórica de los temas canarios, viéndose orlados con alguna mayor profusión los escaparates de las librerías otrora un tanto horros de estas publicaciones.

Un último esfuerzo encaminado a la conquista del público peninsular, con un movimiento conjuntado y coordinado de promoción y de difusión canarias a todos los niveles y se habrán logrado lo que nuestro Archipiélago merece en el terreno del reconocimiento solar, cual es el integrarse definitivamente en este foráneo aspecto, al caudal literario de las mejores regiones españolas.

No en vano en el otro aspecto, en el nacional y universal, la fama de un escritor canario hizo dar la vuelta al mundo al nombre de España bajo la lírica y apretada prosa galdosiana.

Felicitémonos pues mutuamente, hermanadamente, por todos estos progresos.

BATALLA DE AXODAR

La encarnizada batalla de Axodar representa para las tropas conquistadoras de la tierra canaria, uno de los más serios reveses sufridos a lo largo de toda la Conquista.

Las características fundamentales que prevalecían en las tácticas bélicas de ambos ejércitos contendientes, diferían notablemente ya que los aborígenes utilizaban con mucha mayor efectividad y rendimiento el accidente escarpado del terreno montañoso que les serviría de amparo y de defensa, mientras que los soldados españoles, preferían la lucha a campo abierto, no tanto por la superioridad de sus propias armas, que era evidente, sino también por la ventaja de utilizar los caballos.

Ya se comentó en otra ocasión que el caballo como elemento táctico jugó un decisivo papel en la gesta, y su campo de acción se veía seriamente restringido al adentrarse por los ásperos y fragorosos parajes montañosos, plagados de peligros y de asechanzas por todas partes.

Por esta razón, las más sonadas victorias de los guanches en todas las islas, allí donde se empeñaron batallas de singular transcendencia, tuvieron por escenario estos parajes abruptos y agrestes de nuestras montañas.

La suerte de la guerra trocábase variable, pero en general los propósitos del Gobernador Pedro de Vera iban cuajando en realidad, eficazmente secundado por la labor pacificadora de Fernando Gúanarteme.

En esta ocasión los canarios acababan de experimentar un

serio revés en Titana. Los dispersos de aquella refriega, engrosados por la adhesión de otros muchos que no habían intervenido en dicha batalla, buscaron un más seguro refugio dando con él en un lugar conocido con el nombre de Axodar.

El Padre Abreu nos describe así el escenario de esta batalla: "...que es un alto cerro pendiente y cuanto un tiro de arcabuz lo cerca, un risco tajado, con sola una subida y hace un andén que se puede andar a la redonda; luego otro risco redondo con otra subida más áspero, y arriba un llano con una fuente".

Planeó Pedro de Vera el ataque.

Avezado estratega y asesorado por los canarios que le acompañaban, dispuso que dos cuerpos acometieran la fortaleza canaria. El primero integrado por un escuadrón de ballesteros, al mando de Miguel de Moxica, atacaría primero para cubrir con sus flechas y tiradores el avance del grueso de la fuerza, ladera arriba por un terreno extremadamente difícil.

Advirtió Pedro de Vera al impulsivo capitán vizcaíno que no adelantara a sus hombres hasta no haber tenido la seguridad de que el segundo escuadrón hubiera conquistado las posiciones previamente señaladas.

Pero Moxica en su deseo de cubrirse de gloria y vengarse de anteriores descalabros, desoyendo las órdenes prudentes de Vera, no se limitó a proteger el acceso del segundo escuadrón y con su compañía de aguerridos vizcaínos se lanzó impetuoso al asalto de la fortaleza, llegando sin ninguna dificultad hasta la primera plataforma.

Taxarte que comandaba a los canarios, le dejó hacer, permitiéndole que subiera con sus hombres hasta la segunda plataforma, cortando entonces la retirada, dividiendo al ejército canario en dos cuerpos que atacaron por dos frentes, vanguardia y retaguardia a la gente vizcaína.

Otros grupos tenían la misión de contener desde la primera plataforma el avance del segundo escuadrón falto ya del apoyo de los ballesteros.

La lucha se desencadenó con una violencia inusitada entre el clamor horrible con que los canarios solían acompañar sus acciones de guerra, comenzando a cundir el desorden en las filas españolas.

El resultado no pudo ser más adverso para el valiente capitán Moxica que perdió la vida en la batalla junto con más de cincuenta de sus hombres.

Relata el P. Abreu que los muertos fueron enterrados en Gladar, en las inmediaciones de lo que hoy es la Iglesia de Santiago en dicha población.

Pedro de Vera hubo de retirarse y levantar el sitio porque las cosas se complicaban con la llegada de numerosos canarios que sabedores del resultado de la contienda, acudían a prestar ayuda a sus hermanos y a consolidar el triunfo conseguido.

La batalla de Axodar es un testimonio de la capacidad estratégica y de la astucia que para el arte de la guerra tuvieron muchos caudillos guanches en esta y otras islas, especialmente en la de Tenerife en donde también se libraron importantísimos combates que corrieron con toda suerte de alternativas.

Sin embargo desde el punto de vista táctico en general, esta batalla no tuvo ni podía tener ninguna repercusión trascendental sobre la marcha y extensión de la Conquista, ya que sólo tuvo el valor simbólico de su encarnizamiento y valentía desplegada por ambos bandos.

Pero como es lógico, por su propia y aislada ubicación su importancia tenía únicamente un carácter anecdótico y defensivo, ya que la permanencia del ejército canario en dicha posición, de haberse prolongado durante un mayor tiempo, se habría visto seriamente comprometida por falta de recursos. Por otra parte la permanencia indefinida en tal paraje y en aquellas condiciones no impedía el progreso de la conquista en el resto de la isla.

Mas la impetuosidad del capitán Moxica dio pie para que se escribiera una de las gestas más brillantes y sangrientas para el invasor, de la defensa canaria.

T E N E S O Y A

Las risas de las muchachas se mezclaban alegremente con los rumores de las olas al deshacerse lentamente, suavemente, con un canto de espuma, contra las pequeñas rocas del acantilado e introducirse hasta la pequeña caleta donde las tres jóvenes disfrutaban del baño matinal.

El lugar, recóndito y tranquilo, protegido de toda mirada indiscreta por unos altos farallones de piedra a prueba de cualquier visita inesperada que por tierra les pudiera llegar, era el más apropiado para esta refrescante expansión.

Tenesoya y dos de sus doncellas son las intérpretes de este singular episodio. Ella es una agraciada muchacha de 18 años, de rara belleza y formas exquisitas. Su cuerpo moreno y arrosquetado reluce al sol bajo el brillo del agua que la salpica y su larga y negra cabellera descolgándose por ambos lados de su rostro perfecto y ovalado, protege púdicamente los firmes pechos que parecen estremecerse bajo la fresca lluvia caricia del agua.

Es hija del noble Guayre Aimedeyacoan, hijo de la sacerdotiza Aimé, hermana de Fernando Guanarteme, entonces llamado Egonayga Semidan y Rey de Galdar, en cupos predios y a la altura de la actual población de Bañaderos, se está desarrollando esta escena.

Aimedeyacoan es un personaje al que más tarde volveremos a encontrar al referirnos a la "Quema de cristianos", en cuya acción jugó un importante y providencial papel. Por tanto Tenesoya es noble y princesa de nacimiento.

Sus doncellas son Atamina y Beratana. La primera más joven aún que su señora, cuenta solamente unos 16 años y su figura, más ágil y menuda, resulta igualmente simpática y agradada.

Por el contrario Beratana es de más edad y su cuerpo desnudo resulta ciertamente grotesco comparando sus carnes fofas y sus flácidas formas, con los de sus compañeras. Pero toda ellas parecen estar disfrutando con gran placer de aquel momento y sabedoras de no ser observadas, ostentan su desnudez con la mayor naturalidad y sencillez.

Sin embargo poco podían imaginarse que a pocos metros de su refugio, por la orilla del mar, al doblar el recodo de un farallón, una embarcación ligera con hombres armados procedentes de Lanzarote y a las órdenes de Masiot Perdomo, aguerrido y joven soldado de las huestes de Diego de Herrera, había atracado sobre la pedregosa playa y sus hombres descendido a tierra.

Se trataba de una de tantas incursiones ya habituales en estos merodeos en torno a las costas de Gran Canaria, que como sabemos estuvieron siempre vedadas para Diego de Herrera y sus hombres, que jamás pudieron afincar los pies definitivamente en ellas.

El resultado de estas incursiones era siempre el mismo: la posibilidad casi convertida en certeza de hacerse con algún pequeño botín de ganado cabrío y apresar a los pastores que cuidaban del rebaño, generalmente muchachos jóvenes que después eran conducidos a Lanzarote o a otras islas ocupadas, en calidad de servidores y rehenes.

En esta ocasión el botín fue bien diferente.

Jamás espectáculo tan deslumbrante y fascinador se pudo ofrecer a los ávidos ojos de aquel puñado de conquistadores, que una vez desembarcados y con Masiot a la cabeza se deslizaban sigilosamente por el borde del farallón, junto a la orilla, buscando un punto de penetración.

Las tres mujeres ajenas a cuanto estaba sucediendo, retozaban alegres jugando con el agua y con la espuma sin preocuparse en absoluto de su desnudez.

Masiot, percatándose al momento de la situación, pasado el

primer instante de asombro y muda admiración, ordenó a sus hombres rodear la pequeña caleta y se hizo ver de las bañistas que, aterradas, se introdujeron más profundamente en el agua con ánimo de evadirse de alguna manera.

Pero la huida era imposible.

Por un lado lo pequeño y angosto de la caleta y por otro la agilidad de los soldados y el disponer estos de una pequeña embarcación a vela y remo que frustraría cualquier tentativa de huida por parte de las jóvenes.

A grandes gritos y amenazándolas con lanzarse al agua para rescatarlas, Masiot y los suyos, lanzándoles las sencillas vestiduras que en la orilla estaban depositadas, consiguieron por fin que las tres salieran del agua, no sin que antes Tenesoya que comprendía algo la lengua castellana exigiera al joven soldado protección y respeto para sus personas.

Una vez fuera del agua, como algunos soldados pretendieran acercárseles para sujetarlas, Tenesoya con gesto altivo les detuvo diciéndoles:

—No es necesario que nos toquéis ni nos sugetéis. Nosotras os obedeceremos y esperamos que nos tratéis como corresponde a nuestra categoría.

—Nada temáis, hermosa joven y damas que os acompañan, estáis en manos de un caballero del Rey de Castilla y ningún peligro habréis de correr mientras permanezcáis bajo mi protección.

Los ojos de Tenesoya y de Masiot se cruzaron en una primera y animosa mirada.

Ella erguida en su pequeñez de cuerpo casi infantil, pero en su gran dignidad de princesa, miraba retadora y tranquila, casi desafiante.

Él, admirado por aquella belleza, sentíase más caballero que nunca y su mirada dejaba traslucir la inefable emoción de aquel singular encuentro.

Comprendió Masiot la importancia de su presa y por los sencillos adornos de las ropas de Tenesoya y el respeto con que las otras dos mujeres la trataban la identificó como persona de noble calidad, holgándose de ello y disponiendo rápidamente el retorno a Lanzarote.

Lloraron las mujeres e impetraron de su inflexible autoridad la libertad para regresar a su pueblo, pero Masiot no transigió, asegurándoles que no serían tratadas como prisioneras ni como esclavas y prometiéndoles que una vez incorporadas a la civilización castellana y a la cristiana religión, ellas mismas agradecerían la oportunidad que se les daba de conocer una vida mejor y diferente, pudiendo estar seguras además de que podrían retornar a la isla, cuando la providencia del señor Gobernador don Diego de Herrera, así lo dispusiere.

Ciertamente las jóvenes aún cuando experimentaran amargamente una situación semejante en sus propias carnes, sabían de estos particulares trasiegos, y la misma Tenesoya había soñado muchas veces como sería aquella gente extraña que tenían un Dios poderoso que les hacía fuertes e invencibles.

Además por su tía María Tazirga que actualmente vivía en Galdar, a donde había regresado después de varios años de permanencia en Lanzarote, víctima de un encuentro similar a éste, tenía ciertas y fantásticas referencias de cuanto en aquel otro mundo estaba ocurriendo.

Incluso no le parecieron tan mal ni tan torpes y desalmados los modales y las figuras de sus aprehensores y haciéndose éstas y otras reflexiones, asidas fuertemente de las mano, entre suspiros y sollozos mezclados con miradas curiosas, se encaminaron a la barca que les esperaba.

La travesía, lenta y contrariada para unos y anhelante para otros, se cubrió felizmente y Masiot al hacer pie en sus predios, se dirigió de inmediato a don Diego de Herrera, dándole cuenta de todos los pormenores e incidencias de la captura y recabando para sí el papel de protector de la joven princesa.

El de Herrera, hombre experimentado y de magnánimo corazón, comprendió de inmediato lo que por aquel joven y ardiente corazón pasaba y dispuso que la joven con sus sirvientas fuera confiada a los cuidados de doña Luisa Perdomo, cuyo nombre tomó según era costumbre de la época, una vez bautizada.

En los intervalos entre sus militares correrías, era asiduo galán de la joven conversa enamorado Masiot que terminó por declarar formalmente su amor a la princesa, si bien teniendo

que por el hecho de haber sido él mismo su raptor, ella no accediera jamás a sus amorosas pretensiones.

Pero el tiempo y la nueva vida, unido a los sabios y solícitos cuidados de doña Luisa que se había percatado de los sentimientos de su hijo hacia la joven y ésta le resultaba hondamente simpática por su carácter afable y afectuoso, se encargaron de favorecer las cosas y cuando llegó el momento de la declaración solemne por parte del joven, la contestación de Tenesoya, en Luisa convertida, no pudo ser más femenina ni más humana:

—Señor, vos sois mi dueño. Me habéis separado de los míos y me habéis aprisionado para siempre en este mundo que ya no quiero abandonar. También habéis aprisionado mi corazón que os entrego para siempre.

La alegría de Masiot no puede ser descrita y los esponsales primero, la boda después, revistieron gran esplendor, celebrándose prolongadas fiestas.

La tradición imprime unos contornos más dramáticos y heroicos a esta sencilla historia que se desarrolló tal cual la relatamos.

Los historiadores nos cuentan que el Rey de Galdar ofreció un fuerte rescate por su sobrina, que fue aceptado, retornando ésta a su pueblo, pero tocada ya en su corazón por el impacto de aquel mundo extraño y por el amor del joven Masiot.

En estas condiciones no pudo resistir el regreso, tratando por todos los medios de acercar a su gente a la religión y a las costumbres que acababa de conocer, hasta que viendo lo infructuoso de sus deseos, decidió huir hacia el amor y la vida que le esperaban en Lanzarote.

Le achacan la conversión de su padre el Guayre Aimedeyacoan que tan eficazmente interviniera en el polemizado asunto relacionado con la quema de cristianos, pero de nada de esto se tienen pruebas.

Como tampoco se tienen de que la princesa Guayarmina, que dormía en los mismos aposentos que su prima Tenesoya, al ser recriminada por su padre el Rey por no haber advertido de la fuga de la joven, aquella contestara:

—Estando yo dormida, padre mío, mal podía darme cuenta de su huida que siempre tuvo bien guardada y los perros de

nada nos pudieron advertir cuando se fue amparada en las sombras de la noche, porque estos animales nunca ladran a sus amos.

Lo cierto es que de esta manera o de cualquiera otra semejante que el lector imaginarse pudiera, así fue como se forjó a golpe de temeridad, de dramatismo, de aventura, pero sobre todo de amor, un eslabón más de la cadena que habría de hermanar dos pueblos para la Historia.

La vida conyugal de Luisa y Masiot se desarrolló felizmente y su descendencia se extendió a la posteridad como una mancha de perfumado bálsamo.

Todavía hoy cuando evocamos el singular encuentro que dio origen a tan feliz acontecimiento, no podemos substraernos al encanto de aquel ingenuo primitivismo natural que tan importante papel habría de jugar en la vida de estos afortunados seres.

LA BATALLA DE LOS QUESOS

Esta famosa batalla que se dio realmente, ha sido y continúa siendo objeto de empecinada controversia no por lo que a su existencia se refiere, que como decimos es aceptada por la mayoría de los especializados en estas cuestiones, sino por su ubicación, ya que es imposible llegar a un acuerdo en cuanto al tiempo en que dicha batalla debió celebrarse con exactitud y el lugar concreto donde pudo haber tenido lugar.

En sí, la batalla como tal y el hecho de ser apellidada "de los quesos", nada tiene de particular ni ofrece motivo alguno para que pueda ser puesta en tela de juicio. En realidad lo que en ella sucedió, no fue ni más ni menos que lo que puede ocurrir en un caso semejante en cualquier hueco de la historia bélica del hombre.

Nos cuentan las crónicas, que en esto de chismografía siempre parecen estar muy adelantadas y no sabemos cómo, pero bien informadas, que después de la primera batalla de Tirajana, las huestes de Pedro de Vera intentaron acorralar de nuevo al ejército guanche, que acaudillado por Doramas y Taxarte, había cobrado nuevos bríos con aquella primera victoria.

Tampoco en esto están de acuerdo los historiadores.

Es curioso observar estas discrepancias ante hechos que tuvieron que sucederse inexorablemente, discrepancia que nos habla de la profunda debilidad del juicio crítico del hombre como historiador.

Si la Historia fuera escrita por mujeres, de nada podríamos

extrañarnos si llegáramos a sorprender tal cual inexactitud, en la seguridad de que ello siempre se debería a una participación apasionada del inalienable sentimentalismo femenino, que como es lógico, tiene que deformar a través del prisma caleidoscópico del sentimiento, la fría y escueta realidad objetiva.

Mas en este caso de la batalla de los quesos la confusión resulta completa.

Hay quienes la achacan al caudillo guanche Ventagay, al que ya conocemos como intérprete de otros interesantes pasajes de la epopeya canaria y un estratega brillante de su pueblo.

Sin embargo, por razones físicas y metafísicas, preferimos la primera versión y seguimos a las huestes de ambos ejércitos jugando a la guerra por las cumbres isleñas, en donde vemos a Pedro de Vera empeñado en cortar la retirada a los guanches, para impedirles su acceso a Tejeda.

Parece ser que para la época de esta batalla, ya el rey de Galdar, Egonayga Semidan, se había convertido al catolicismo y a la causa hispana, con el nombre de Fernando Guanarteme y era utilizado por Pedro de Vera, Gobernador a la sazón de Gran Canaria para intermediar con los indómitos nativos que no querían aceptar la definitiva sumisión a la nueva Corona.

En uno de estos riscos, rodeados de profundos valles y cañadas, se atrincheraron los canarios, seguidos muy de cerca por las tropas de Vera, quien antes de dar la batalla, puso en práctica su método disuasivo utilizando para ello los servicios de don Fernando.

Los canarios se hicieron fuertes en torno a unas cuevas y construcciones de pastores, próximas a un retirado Cenobio que albergaba un número que la historia no precisa, de "magadas" dedicadas al culto y a la meditación.

Al requerir don Fernando a los rebeldes y exhortarles a la pacífica entrega de sus armas, deponiendo para siempre de su hostil actitud hacia la causa invasora, aprovechan los historiadores tal coyuntura, para poner en boca de Doramas una de las más hermosas y floridas piezas de la oratoria dramática de la epopeya guanche.

Afeó en efecto Doramas al Guanarteme su carácter de sometido intermediario, con estas palabras:

—Mucho me afrenta y avergüenza que un hombre de tu estirpe, apellidado hermano de raza y mi pariente, a quien un día he servido como fiel vasallo, haya traicionado nuestra causa, claudicando cobardemente ante el invasor.

”Vuélvete con tus aliados si de verdad no quieres ponerte de nuevo al frente de los tuyos, ya que estamos dispuestos a luchar hasta la muerte.

”¡Qué lejana tu conducta y tu imagen de mi abuelo y gran Rey Artemis Semidan, que cayó luchando por su tierra y por los suyos! ¡Imposible me resulta creer que tú seas hijo de tan grande hombre!

Pero todo fue en vano y la batalla dio comienzo.

La lucha fue desesperada y cada hueco del terreno, cada piedra, servía para ocultarse y defenderse tenazmente de los bien preparados y aguerridos atacantes, secundados además por un nutrido de nativos muy conocedores de aquellos parajes.

La pelea se alargaba porque Pedro de Vera con objeto de evitar un mayor derramamiento de sangre, influido por los ruegos de don Fernando, pretendía sitiar por hambre al ejército canario, en la seguridad de que en un corto plazo tendrían que deponer necesariamente sus armas, al carecer de alimentos.

Y aquí es en donde entra en juego la tan señalada importancia de estos cenobios o monasterios en los que las personas encargadas del culto, generalmente sacerdotizas acompañadas por mujeres ancianas de la familia que las ayudaban en sus menesteres, iban acumulando objetos y alimentos que en épocas adversas y de malas cosechas, se repartían entre la población vecina, y a su vez contribuía de algún modo, al mantenimiento de dichos cenobios.

En esta oportunidad la circunstancia de tal almacenamiento no sólo sirvió para prolongar la resistencia de la gente canaria, sino que, como vamos a ver, parte de estos recursos fueron utilizados como verdaderas armas contra los soldados españoles.

Como pasaran los días y Pedro de Vera no viera señales de debilidad en el bando contrario, encontró la explicación al problema, por lo cual ordenó concentrar los esfuerzos de sus hombres hacia el agreste lugar en donde estaba enclavado el cenobio.

El paraje no podía ser más escabroso.

Construido en una pequeña plataforma que quedaba libre sobre el saliente de un farallón, el cenobio resultaba casi inexpugnable y los hombres que lo defendían, tenían suficiente tarea con echar a rodar ladera abajo gruesas piedras que hacían verdaderos estragos entre la tropa atacante.

Pero fue tan intensa y tan duradera la ofensiva, que las piedras comenzaban a menudear y los hombres de Vera, protegiéndose tras sus escudos y rodela, gateando peligrosamente, iban progresando vertiente arriba, pegados al terreno cual si de él formaran parte.

Detrás los arqueros con sus venablos trataban de proteger este avance de la infantería, con buenos resultados.

Por parte de los guanches, todo el mundo tomaba parte en la batalla. Grandes y chicos. Hombres y mujeres. Jóvenes y ancianos.

Pero la desazón y el cansancio se iban apoderando de la gente. Todo comenzaba a escasear y los heridos mezclaban sus lamentos con los gritos de los combatientes y el fragor de piedras y venablos chocando estrepitosamente.

Alguien dio la orden de utilizar los grandes y endurecidos quesos que se guardaban en las profundas cuevas del cenobio, para lanzarlos contra los agresores.

Por un momento, trabajando con ahínco mujeres, niños y ancianos, los defensores pudieron disponer de nuevo material arrojadizo que utilizaban con verdadera maestría.

Los quesos, en forma de grandes bolas, eran echados a rodar por la pendiente, alcanzando directamente a los que con tanta tenacidad trataban de acercarse.

¿Cuál fue el resultado de tan singular operación?

En principio las cosas parecían marchar satisfactoriamente.

Sin embargo, como dice el refrán, "en el pecado se llevó la penitencia", porque los quesos al deshacerse, llamaron la atención de los atacantes, uno de los cuales por pura curiosidad, se llevó a la boca un trozo de aquella materia blancluzca, observando con sorpresa, no exenta de satisfacción, que se trataba de balas comestibles.

Y esta fue la pérdida de los canarios, ya que sin pretenderlo contribuyeron a alimentar generosamente a sus adversarios.



Ya se habrá imaginado el lector que este queso para los sitiados ofrecía pocas posibilidades de ayuda alimenticia ya que faltos de agua, su ingestión más bien les producía molestias que beneficios, convirtiéndose así este alimento en el tan conocido "ahoga-gatos", que muchos lectores habrán conocido en sus respectivas regiones.

Sin embargo, los atacantes, con más libertad de movimientos y mejor pertrechados, encontraron en estos quesos la providencialidad de un nuevo maná.

Como era de esperar la batalla terminó con la rendición de la gente canaria que probablemente con tan infausto motivo y ante tan adversos resultados obtenidos con el queso de marras, se formaría el propósito de permanecer sin probar este alimento durante una buena temporada.

DONDE PEDRO DE ALGABA PIERDE LA CABEZA

¿Cómo y por qué puede perder un hombre la cabeza?

Tras concienzudas y profundas investigaciones, hemos llegado a la conclusión de que existen muchas formas o modos de perder la cabeza, y desde luego, muchas más variedades en las causas o motivos por los cuales la podemos perder.

En cuanto al modo de perderla, la cosa resulta bastante fácil y evidente.

En principio se trataría de ese señor desmemoriado que va dejando su cabeza por todas partes, hasta que se da cuenta de que no la tiene puesta y sale corriendo a la primera oficina de anuncios de cualquier periódico para publicar tal extravío y rogar que se la devuelvan, si alguien la encuentra, por "ser recuerdo de familia". Pero dejándonos de eufemismos, es preciso remontarnos a los tiempos heroicos de nuestra histórica y antropológica infancia, cuando se perdía la cabeza al estilo tradicional y contundente tal cual lo practicaban nuestros antepasados, decapitando al distraído sin más contemplaciones.

Claro está que aquello resultaba un espectáculo ciertamente bárbaro y sobrecogedor por lo que se emplearon otros métodos paliativos de dicho dramatismo, mucho más inocente y delicados, como fueron la horca, el garrote, etc.

Hasta que un día, ya en plena Edad de Luces y Progresos, un médico aficionado al arte de degollar, el Dr. Guillotín, inventó un aparato que cortaba cabezas que daba gusto. Lo malo es que las cortaba con tanta rapidez que en un abrir y cerrar

de ojos terminaba con el espectáculo y no había bastante materia prima para satisfacer el gusto exigente de un público morboso congregado a la hora de la merienda en torno al cadalso.

Por esta razón tuvo que inventarse la Revolución Francesa que se encargó de proporcionar al fatídico aparatito todo el material que necesitaba para consagrarse como un instrumento verdaderamente eficiente y rotundo.

Luego... pero no quiero cansarte lector.

Se sigue perdiendo la cabeza de muchas maneras.

En cuanto al "por qué", todos sabemos que el principal motivo es el descuido, la imprudencia.

Mas, como es lógico, los verdaderos motivos que se pueden ocultar en los más profundos repliegues de nuestra conciencia, presentan una gama inagotable de motivaciones que pueden ir desde la contemplación apasionada de una "minifalda" pizpireta, a la perspectiva más halagüeña ante la inversión rentable en una parcela o en una moderna urbanización.

Pero a Pedro de Algaba, no le pasó nada de esto, lector.

Es su figura una de las más desafortunadas de nuestra Conquista, no sólo por el hecho de haber perdido su vida en la forma en que la perdió, sino por haber dado con ello origen a una de las páginas más negras y tristes de la Gesta Canaria.

Su mala estrella fue precisamente la de interferir la órbita de aquel otro astro fulgurante y epitrágico que fue Juan Rejón.

Ya conocemos las vicisitudes y peripecias de este personaje, que culminaron con su muerte en la isla de La Gomera.

Vimos en otra oportunidad cómo a consecuencia de las disensiones entre el arrogante y decidido Deán Bermúdez y Juan Rejón, el primero denunció a la Corona lo que él interpretaba como negligencia en las apremiantes tareas de la Conquista y sabemos como urgido de víveres y pertrechos, Rejón se había dirigido a los predios lanzaroteños solicitando ayuda de Diego de Herrera.

Pero su petición no fue atendida y lo que es peor, durante su ausencia del Real de Las Palmas, los manejos y las intrigas del Deán, habían dado como resultado que llegara a esta isla un nuevo Gobernador, encargado por los Reyes de poner en orden las maltrechas relaciones entre el vicario y el general.

Así fue como en una fecha en la que no están de acuerdo los historiadores, pero que tenemos que hacer coincidir forzosamente por todo lo que después ocurrió, con el período cronológico que abarca las aventuras de Juan Rejón, tal vez alrededor de 1479, Pedro Fernández de Algaba, caballero veinticuatro de la hispalense ciudad del Guadalquivir, provisto de las cédulas reales oportunas y de las recomendaciones que "inpector" trajera, arribó al puerto de La Isleta, donde fue recibido con grandes honores y muestras del mayor regocijo por el Deán Bermúdez y sus coaligados.

Tomando muy en serio su papel de apaciguador e invocando consignas tan elevadas como Dios, Corona y Conquista, comenzó sus tareas de gobierno, pero por desgracia, no sabemos si de manera premeditada o espontánea, habiendo tenido o no razones para ello, desde un principio tomó bandera por la causa del Deán.

Esto trajo como resultado que cuantos intentos pusiera en práctica, al menos con aparente buena fe, para reconciliar a los dos bandos, produjeran el efecto contrario encarnizando a un más, si cabe, tan tirante como peligrosa situación.

Sorprendido Rejón por cuanto estaba sucediendo y altamente enojado por la conducta de Herrera y su negativa a colaborar en la prosecución de la Conquista, nuestro capitán infatigable, solicitó de Algaba una acción represiva aleccionadora sobre el castellano lanzaroteño.

Y aquí fue donde en verdad comenzó a tejerse el negro destino del flamante gobernador.

En lugar de atender los requerimientos del capitán o al menos de ver la forma de paliarlos o desviarlos astutamente por otros cauces, le enrostró su falta de sentido del deber y de la finalidad impuesta a su elevada misión conquistadora, al tratar de esterilizar en una lucha fratricida recursos y vidas que tan alto valor podrían representar para la verdadera Causa.

Sintióse Rejón humillado con este desaire y obligado a tragar toda la ira que en su vehemente pecho se había acumulado contra el lanzaroteño y contra cuantos en el propio Real canario todavía demostraban a aquél alguna simpatía, entre ellos, como era de presumir, el Deán y sus partidarios.

La situación llegó a agriarse de tal modo, que Pedro de Algaba, disparado ya por la pendiente del favoritismo en pro del Deán, terminó por dictar prisión contra Rejón y enviarlo bajo buenos recaudos a Sevilla, acompañado de un voluminoso expediente de cargos.

La Historia, implacable, seguiría su curso y Juan Rejón, bien apadrinado ante los Reyes, conseguiría rehabilitarse y regresar investido de nuevos poderes a su cuartel general canario.

Conocedores del impulsivo carácter del Conquistador, fácil es imaginarse los resultados de este regreso.

Mientras tanto, Pedro de Algaba seguro y confiado, proseguía en amor y compañía del buen Deán su gobernadora tarea, forjándose ilusiones para un inmediato porvenir que él consideraba ya al alcance de sus manos, con el beneplácito del Deán, la gracia de Dios y de su Majestad la Reina.

Pero...

En efecto, las cosas parecían irle bien al nuevo gobernador.

Después de la prisión de Juan Rejón y animado por la inquietud bélica del Deán, viéndolo todo rosado y sonriente, concibió la idea de continuar la Conquista, recurriendo esta vez con singular fortuna a la ayuda de Diego de Herrera, muy satisfecho por el giro que el asunto había tomado.

Sin embargo, las aventuras bélicas de Algaba no fueron todo lo exitosas que hubiera sido de desear.

El Deán era, sí, muy impulsivo y decididor, pero en el arte de la guerra la espada no se puede manejar como la cruz y sus excursiones solían terminar calamitosamente.

Estas noticias adversas a la Conquista, llegaban a la Península y vinieron a contribuir en alto grado en el ánimo de los valedores de Rejón que apoyaron en esta desfavorable coyuntura de las armas hispanas, la urgente necesidad de reintegrar a un soldado tan experimentado como su defendido, para restablecer la buena marcha de los eventos conquistadores.

Convencidos los Oidores de la sevillana Audiencia no existir razones de peso para la prisión y procesamiento de Rejón, concluyeron por ordenar su retorno al mando de cuatro navíos bien pertrechados y con la asistencia espiritual de Juan Frías destinado a ser el primer obispo de Rubicón.

Acompañábales en esta expedición Esteban Pérez Cabito, como Alcalde-regidor del Real de Las Palmas, que posteriormente jugaría un importante papel en la suerte adversa de Pedro de Algaba.

Esta expedición no arrojaría resultados positivos para Juan Rejón.

Pedro de Algaba se negó a recibirle y a admitir sus credenciales, amenazando con ponerle preso nuevamente si desembarcaba, haciéndolo saber así al obispo Frías y a Pérez Cabito que se apresuraron a aconsejar a Juan Rejón que regresara y consiguiera las cartas reales que Algaba exigía.

La fatalidad no podía venir actuando con mayor terquedad ni insistencia, eliminando una a una cualquier posible perspectiva de entendimiento o tolerancia en el futuro entre ambos capitanes.

Porque Rejón, retornado a España, consiguió sus propósitos y esta vez don Pedro no tuvo otra alternativa que acatar la decisión real.

Y aquí es en donde ya comienza a tomar forma práctica y real la tragedia.

Venía nombrado el tan traído y llevado Conquistador, Capitán General de las Armadas Reales, de tal suerte que su cargo era compatible estrictamente en lo que afectaba a la marcha de la guerra, estableciéndose por primera vez una diferencia clara y deliberadamente política entre dicho cargo militar y el cargo de Gobernador.

Con la experiencia de anteriores llegadas, procuró Juan Rejón burlar las alertas de los vigías y simulando un contacto accidental de su nave con la costa canaria, desembarcó anochecido y muy sigilosamente con un grupo de sus hombres, dando orden a la nave de proseguir su camino tal cual si a otra isla se dirigiera.

Intranquilo estaba el Gobernador que ya tenía referencias del nuevo nombramiento y los dedos se le antojaban huéspedes inoportunos, por lo cual multiplicaba todas las medidas de seguridad política y personal del caso.

Pero de nada le valió. Un gris amanecer, Juan Rejón, eficazmente secundado por varios de sus más fieles amigos y parientes

con el Alcalde Mayor Pérez Cabito a la cabeza, irrumpiendo en la residencia de Algaba lo puso preso en nombre del Rey.

Pronto acudió el buen obispo Frías a congratularse con su amigo y homónimo, para procurar a la vez interceder por el de Algaba para evitar algo que su prudencia temía desde mucho tiempo atrás.

Mas todo fue inútil.

El veneno acumulado después de tanta adversidad y sufrimiento, endureció hasta tal punto a Rejón que éste no titubeó sobre el destino fatal de su enemigo, venganza que con tanto placer como fruición venía planeando en su encolerizado pecho.

Algaba fue reducido a prisión y lentamente fue tornándose más y más duro el trato que se le otorgaba, llegando por fin a ser incomunicado y maltratado de palabra y obra por el mismo Rejón que con la mayor premura organizó un simulacro de juicio que terminó con la condena a muerte como reo militar de traición, lo que significaba que no había lugar a apelación por tratarse de un procedimiento sumarial, preparándose la ejecución con gran aparato de solemnidad y precauciones.

A todo esto el Deán no salía del palacio del Obispo, temeroso por su persona y cuentan las crónicas que hubiera corrido la misma suerte que su protegido Algaba, a no mediar la enérgica intervención de Frías que tuvo el valor de enfrentarse con Rejón, echándole en cara sus desmanes, lo que no pudo evitar la implacable sentencia que pesaba sobre el Gobernador.

Ésta se cumplió y la cabeza de Pedro de Algaba se separó de su robusto tronco para siempre.

No se sabe porque tal testimonio no se ha conservado, si al ser enterrados sus restos mortales se enterró con ellos la cabeza. Lo cierto es que ésta no apareció por ninguna parte. De aquí el título que encabeza esta leyenda.

¿Qué se hizo del Deán?

Nos refieren los historiadores que fue desterrado de la isla, pasando a Lanzarote donde según unos falleció vencido y abrumado no se sabe si por los remordimientos de su maquiavélica conducta o por las contrariedades, o de donde según otros partió para la Península con la premeditada idea de seguir incorporando al Capitán.

La verdadera víctima de todo esto fue el propio obispo Frías que desde entonces abatido por el pesar y desvinculado ya de sus afectos con Rejón, apenas si pudo sobrevivir unos años más, pocos, tamaña desgracia.

En cuanto a Rejón ya muchos lectores conocen su suerte.

También terminó por perder su cabeza a mano de los sicarios de Peraza en la isla de la Gomera cuando se disponía a realizar la última singladura de su azarosa existencia.

HERNÁNDEZ CABRÓN EN TIRAJANA

No hemos escogido premeditadamente este título para encabezar el relato que a continuación te exponemos, lector.

Nos hemos limitado a ceñirnos estrictamente a la realidad de los hechos y a respetar el nombre que para la historia protagonizó tan singular suceso.

Contra lo que pudiera pensarse por una simple y desafortunada paronimia de apellido, Hernández Cabrón era un caballero ejemplar, valiente y arrojado que prestó grandes servicios a la causa conquistadora.

Su mala fortuna fue con toda seguridad el haber coincidido con un hombre que representó el genio del maquiavelismo y de la intriga en esta gesta española, que fue el Deán Bermúdez.

Esta vez con su paradójico apellido que parece querer sugerir "ver y callar", este hombre religioso, de astuta y tenebrosa psicología, fue la mancha negra de la Conquista en su época, siendo tan grande su nefasta influencia, que cuantos con él coincidieron históricamente de alguna manera, tuvieron un final trágico o al menos ciertamente dramático y adverso.

Autoritario, impulsivo, belicoso, arrogante, inflexible, duro y cruel, estaba muy lejos de representar las franciscanas virtudes de su consagración religiosa.

No sabemos si por ambición, o por dejarse llevar de los rasgos caracterológicos apuntados a que estimamos suficientes por sí mismos, el Deán Bermúdez, planteó e intervino de continuo en cuanto pleito y litigio se organizó en esta isla entre los conquistadores a consecuencia de sus humanas rivalidades.

Su celo apostólico le llevó a desear el exterminio o la rápida conquista de los aborígenes y apoyándose en la fuerza de su carácter probablemente se tuvo a sí mismo por un gran soldado y estratega, maestro en el arte de la guerra.

Su superioridad se basaba en cierto modo en el hecho de que para sus correrías y expediciones bélicas utilizaba el caballo. Que en un principio fue temido como algo diabólico por los nativos, que no conocían esta especie animal.

Seguramente esta superioridad, esta estampa de pequeño diosillo tonante cabalgando sobre un arrollador y brioso corcel, con el espectáculo de los guanches huyendo y cayendo bajo los pesados y certeros golpes de su lanza, fue el motivo de que se desarrollara en él esa idea megalomaniaca de su capacidad guerrera.

Él, pues, fue quien indujo a Hernández Cabrón, durante una de las crisis de Gobierno en el Real de Las Palmas, a acometer la empresa de Tirajana.

Organizóse la expedición y bien pertrechados el caballero Hernández, acompañado por el Deán, se hicieron a la mar, en dirección al Sur.

Navegaban cerca de la costa. Llegados al Puerto de Arguineguin decidieron desembarcar, porque tenían información de que por aquellas proximidades merodeaban nutridos grupos de gente canaria.

Entre otros, acompañábales el canario Pedro Hernández, ahijado de Cabron, convertido a la fe cristiana y bautizado en el Real, el cual había cobrado gran afecto a su padrino.

En efecto, una vez desembarcados lograron sorprender a algunos grupos de canarios instalados en las inmediaciones, haciendo botín de ganado y cebada, así como de algún que otro prisionero.

Pero el canario era rápido y ligero en terreno tan bien conocido, por lo que ante la irrupción de los conquistadores, se retiraron con presteza a los cerros vecinos en donde tratarían de fortificarse.

Ante tan fácil y aparente victoria, el Dean y nuestro capitán decidieron perseguir a los fugitivos, que no tardaron en llegar a sus refugios, en las inmediaciones de Tirajana.

En su precipitada marcha poco era lo que habían podido llevarse consigo, de suerte que, según cálculos del canario Pedro Hernández, no podrían resistir más allá de dos o tres días en sus baluartes, ya que rápidamente se les agotarían los alimentos.

Por otra parte, el buen Pedro advirtió a su señor padrino de la peligrosidad del canario en aquellos escarpados terrenos, ya que, siendo muy conocedor de los mismos y estando muy habituados a transitarlos, se desplazaban con facilidad y podían atacar y defenderse a la vez con grave peligro para las armas españolas.

—Señor don Pedro, es preciso tener cuidado con estos hombres. Conocen muy bien el terreno, sabiéndose guardar y atacar a la vez. Más valdría esperar dos o tres días, ya que, sin alimentos, no les quedará otro remedio que entregarse a dispersarse como puedan hacia el interior. Cuidado, capitán —advirtió Pedro a su padrino.

—¡Quita allá, mi buen Pedro! ¿Cuándo has oído tú que un caballero español tenga miedo de unos hombres desnudos que huyen como mujeres asustadas? Adelante —ordenó a su gente.

Y con gran contento del Deán, que ardía en deseos por entrar en batalla, Hernández Cabrón dispuso el ataque a la fortaleza de Tirajana.

El ataque fue duro y la pelea encarnizada. El Gran Faycan de Telde, acompañado por Taxarte y algunos otros nobles, dirigió acertadamente la defensa, enviando emisarios a Doramas para que viniera a socorrerles.

Pero no hubo necesidad de tal refuerzo.

Lo abrupto del terreno y la desesperada defensa que de sus posiciones los canarios hacían, fueron factores decisivos y adversos para el ataque español.

El Deán, a la cabeza de un reducido pero bien pertrechado grupo de ballesteros, trataba de proteger el avance de Cabrón, animándole con grandes ademanes y gritos:

—¡Adelante, mi valiente capitán, que ya son nuestros! Hacia la derecha, por aquel sendero os podréis resguardar mejor...

Hernández Cabrón no estaba en aquellos momentos para escuchar recomendaciones ni advertencias.

El estrépito y la gritería eran horribles y el ardor de la lucha embargaba todos los corazones.

Lentamente los españoles trataban de progresar ladera arriba , pero el avance se tornaba a la vez más dificultoso, hasta que llegó un momento que resultaba imposible proseguir.

Los estragos causados por las piedras y los palos y dardos lanzados por los canarios hicieron mella en las filas atacantes, que a las pocas horas de iniciada la lucha hubieron de desistir de su empresa, contándose las bajas por decenas y siendo muchos hombres apresados por los canarios.

El mismo Hernández Cabrón fue víctima de una certera pedrada en la cara que le produjo la fractura del maxilar, junto con la pérdida de numerosos dientes.

Auxiliado por los suyos y atendido por el Deán, lo que quedaba de tan brillante ejército, emprendió velozmente la retirada, hasta alcanzar el seguro de la nave que les había traído, a la cual pudieron llegar gracias a la cobertura y protección que les dispensaron los pocos soldados que habían quedado a su custodia.

En esta batalla, aparte de los muertos y heridos, fue en la que mayor número de prisioneros se hicieron de cuantas confrontaciones bélicas se llevaron a cabo en esta isla. Ochenta en total nos dicen los historiadores que fue el número de prisioneros. Cien los heridos y veintitantos los muertos.

Tan maltrechos salieron de esta empresa, que los ánimos entre el Deán y Hernández Cabrón se indispusieron visiblemente, deteriorando para lo sucesivo su amistad y camaradería, hasta el punto de que ninguno de ambos volvió a pretender acompañar al otro en ninguna expedición.

La batalla de Tirajana es considerada como uno de los mayores errores tácticos sufridos por los estrategas conquistadores, con la agravante de haber sido advertidos honesta y prudentemente por el canario Pedro, absoluto conocedor tanto del terreno como de las costumbres y posibilidades de sus paisanos.

Una simple y precautoria espera, unos minutos de serena reflexión, hubieran bastado para hacer comprender, sino al Deán, que no era al fin y al cabo un verdadero profesional de la guerra, por más que la practicara en todos los terrenos y a todos

los niveles, sí a nuestro caballero Hernández Cabrón, hombre experimentado en estas lides. Igualmente cometieron el error de desestimar el verdadero valor que puede encerrarse en el corazón de un hombre o de un pueblo dispuesto a vender cara su vida y a defender su espacio vital por encima de toda adversidad y contratiempo.

QUEMA DE CRISTIANOS

Con la leyenda relacionada con el tan debatido tema de la hipotética quema de cristianos en la isla de Gran Canaria, sucede algo parecido a lo apuntado cuando hablamos sobre la batalla de Ansite. Dos hechos que jamás se produjeron, que sin embargo pasaron a la posteridad tal cual si realmente hubieran ocurrido.

Este episodio de la quema de soldados españoles por parte de los canarios "de la Resistencia" carece por completo de fundamento e ignoramos los motivos por los cuales los historiadores han enfatizado en tono dramático este relato, desvirtuando o desfigurando tal vez premeditadamente su verdadero alcance y significado, que en el peor de los casos no fue otro que una terrible pero necesaria decisión tomada por los guanches, escasos de recursos y mantenimientos, para alimentar a tanto prisionero como hicieran después de la primera batalla de Tirajana.

Es posible, sí, que, en efecto, en algún momento histórico, los caudillos canarios hubieran pensado ajusticiar a sus prisioneros, pero esta medida, aun en el supuesto de haber sido cierta, de llevarse a la realidad lo hubiera sido imponiendo otro tipo de muerte.

Por otra parte, el calificativo que de "paganos" se ha atribuido tan generosamente a la raza guanche, carece por completo de fundamento también, ya que pocos pueblos nos ofrecen testimonios tan abundantes y variados de su religiosidad, corro-

borados con la estirpe privilegiada de los sacerdotes o grandes Fycanes que eran considerados con la misma categoría de realeza, con la que indefectiblemente estaban emparentados por directos lazos de sangre.

Que el contenido, los ritos y las prácticas de su religión fueran distintos de otras religiones, nada tiene que ver con el sentido de religiosidad que se opone naturalmente a toda idea de paganismo.

Por esta razón nos resulta difícil admitir la crueldad premeditada de la muerte por el fuego con todo su cortejo de violencia y de tortura, en la mente de un pueblo profundamente religioso, tranquilo, de dulce carácter y en general pacífico y enemigo de la violencia.

Estas características todavía pueden ser contrastadas con toda fidelidad por cuanto extranjero aborde estas islas y se disponga a conocer con un carácter más íntimo la natural idiosincrasia del pueblo canario.

Más bien encontraremos todo lo contrario a la violencia. Quizás un exceso de inercia, de indolencia o de pasividad, un "laissez faire" que encaja perfectamente con la languidez y la comodidad que a todo movimiento físico o psíquico imprime el clima tropical.

En cuanto al método empleado para ajusticiar a los condenados a muerte, casos por otra parte muy raros en las islas, los testimonios y referencias que han llegado hasta nosotros nos hablan de dos formas de universal proceder entre los guanches. De un lado, el procedimiento más utilizado era el "derrisamiento", que consistía en arrojar al condenado por un precipicio.

Este procedimiento era igualmente utilizado para los homicidios de otra índole, para los suicidios pasionales y también para los "suicidios por honor".

En caso de justicia, se conducía al reo debidamente sujeto y maniatado, hasta el borde del precipicio.

Una vez allí, el rey o la autoridad que hubieran impuesto la pena, o el encargado de ejecutarla, declaraban solemnemente los motivos que la produjeron e invocaban a su dios, ordenando posteriormente a sus hombres, el lanzamiento.

Los espectadores, si los había, ya que estos desriscamientos solían realizarse por la noche, eran mantenidos a distancia y muy vigilados y si se trataba de familiares del reo.

En algunos casos, ante la resistencia ofrecida por el condenado, habría de ser conducido en volandas hasta el lugar de la ejecución y algunos autores citan el caso de haber sido conducidos los reos inconscientes por haberles golpeado previamente hasta hacerles perder el sentido. Mas, de todo esto, no se ha conservado ningún testimonio o documento que nos ofrezca alguna garantía, tratándose pues de puras conjeturas. El otro método, más violento y dramático, la "craneolapidación" se llevaba a la práctica en lugares especialmente indicados para ello, generalmente en recintos levemente amurallados con pared de piedra, en forma cuadrada o circular, en cuyo centro y sobre una gran losa se extendía al condenado, debidamente sujeto por las extremidades, y a continuación el verdugo procedía con una gran piedra a golpearle el cráneo hasta que fallecía.

No tenemos constancia de este tipo de ajusticiamientos, pero nos atenemos a la cita histórica que algunos autores refieren sobre los mismos.

Todo lo expuesto creemos que constituye materia suficiente para poner desde un principio en entredicho la famosa "quema de cristianos".

Después de la batalla de Tirajana, relatada en otro lugar de este libro, Doramas y sus hombres estaban pasando por una seria crisis económica de recursos y avituallamientos, encontrando grandes dificultades para alimentar a los grandes grupos formados por los canarios que se desplazaban constantemente de un lado a otro del fragoso escenario de la guerra.

No resultaba tan fácil moverse de acá para allá, con un lastre de población pasiva, integrado por gente anciana, mujeres y niños y tal cual enfermo, que aunque frugales, constituían sin duda una pesada carga de mantenimiento, en un medio habitualmente no cultivado, teniendo que depender del poco ganado que pudieran arrastrar consigo y algunos productos secos o elaborado a base de leche y grasa.

Las privaciones eran muchas y Doramas, experimentado conductor de la guerra, conocía todos estos contratiempos, por lo

que supo calibrar en su justo valor y medida el problema que más de cien prisioneros hechos en Tirajana y en otros lances le planteaban no sólo por el consumo de sus menguados recursos, sino también por la gente que le distraían de otras actividades bélicas más directas u otros menesteres, al tener que dedicar un crecido número de hombres capaces a la vigilancia de los prisioneros. Si a esto agregamos las dificultades propias que en todo orden habrían de encontrar para desplazar constantemente a puntos más seguros a los mismos, comprendemos perfectamente las razones que impulsaron a los comandos guanches a considerar seriamente la cuestión.

Corría, según las crónicas nos refieren, el año 1479.

Se citan 80 prisioneros procedentes de Tirajana y cerca de otros 30, de otros puntos y escaramuzas de la isla, confinados en un recinto amurallado de Telde.

Reunido el sabor, comenzó la discusión, que duró varios días. Se trataba de deshacerse de alguna manera de los cautivos.

Libertarles en aquellos momentos tan críticos para la causa canaria, era a todas luces un despropósito, pues ya los caudillos guanches conocían el valor de la palabra de honor empeñada en casos similares por los liberados, de comprometerse después de su libertad y regreso al Real, de no volver a empuñar las armas contra sus libertadores.

Fue entonces cuando surgió la idea de ajusticiarles. Pero en ningún momento se habló de emplear el fuego para exterminarles.

Sin embargo, la causa no se decidía. Frente a la firme actitud de Doramas y otros guayres, estaba la ostentada por la Gran Magada Ayme y su hijo el Guayre Aymediacoan y otros nobles que preconizaban el uso de la indulgencia, alegando que hubiera sido mucho mejor para la causa canaria, haberles dejado escapar en su huida, evitándose así estos drásticos planteamientos.

Fue dura y enconada la controversia, pero al fin terminó por triunfar la humanitaria postura de Aymediacoan, a quien su madre, la Gran Magada, había augurado las mayores calamidades para el pueblo canario, si tan monstruosa sentencia se llegaba a ejecutar.

Aunque comprendemos las interesadas motivaciones que para ello pudieran haber tenido los historiadores de turno, para imputar un carácter de conversión y religiosidad cristiana a la conducta de este Guayre y de su madre, no reconocemos sentida esta necesidad, por las razones anteriormente apuntadas.

En efecto, algunas fuentes citan la conversión de Aymedia-coan conseguida por su propia hija Tenesoya, cuya singular historia ya conocemos.

Los prisioneros fueron liberados, siéndoles exigido el clásico y habitual juramento que, como es lógico, no podía tener validez ante las inexorables exigencias y leyes de la guerra.

Esto es cuanto en claro y definitivo hemos podido obtener con respecto a tan apasionante tema, lector.

No sabemos si en algún tiempo o en otras islas se pudo haber llevado a cabo algún acto de crueldad semejante.

Hemos tenido conocimiento de que en algunos casos particularísimos hubo crueldad de parte y parte, como ocurrió con la "Matanza de La Gomera", en donde ciertas tribus aborígenes, ostentaron una permanente hostilidad y animadversión a los conquistadores, intercambiándose frecuentes tratos crueles y tal vez inhumanos.

Pero estas excepciones, al menos por parte del pueblo guanche, no hacen más que confirmar la regla de su trilogía característica: mansedumbre, dulzura y cordialidad.

EL DEAN BERMÚDEZ

Cuando, reunidos los temas para nuestra Primera Recopilación, pergeñamos las Semblanzas Conquistadoras, dudamos durante mucho tiempo si incluir o no entre ellas esta que del Deán Bermúdez estamos ofreciendo hoy al lector.

Y es que la duda nos atenaza a la hora de justipreciar el calificativo que de "conquistador" o "acción conquistadora" se ha de aplicar a los hombres y a los hechos que integraron la epopeya canaria.

Porque nosotros entendemos como "conquista" algo positivo y relacionado con la acción no sólo de tomar por la fuerza una tierra o un pueblo, sino también la sabia facultad y prudencia para mantenerlo y gobernarlo.

En este sentido, la labor desarrollada por el Deán Bermúdez, importante y decisivo personaje de la Gesta, aunque aparentemente coincide con esos requerimientos tradicionales inherentes al quehacer conquistador, caracterizado por el arrojo, la valentía, etc., propios de todos los grandes capitanes físicos o espirituales, no la podemos catalogar ciertamente de constructiva, de positiva y, en resumen, de verdaderamente "conquistadora".

Es muy posible que en el fondo de esta alma y de esta conciencia abigarrada y sutil, brillante, inquisitiva, anidaran los buenos propósitos de toda persona celosa por el más fiel y exacto cumplimiento del deber impuesto.

Tal vez también todo lo que tocó y vivió el Deán Bermúdez

llevara el sello de la mala suerte, de esa "jettatura" de quien acarrea la desgracia y la mala fortuna a sus empresas y a cuantos en ellas puedan intervenir, ya sea de un modo voluntario, consciente o involuntario, inadvertidamente.

Esto fue, en breve prejuicio a priori, lo que ocurrió con nuestro Deán.

El Deán Bermúdez llegó a estas islas acompañando a la expedición de don Diego de Herrera, que partiera para su señorío de las Islas Canarias del Puerto de San Lúcar el año 1444, bien pertrechado en navíos, hombres y bastimentos.

Ya vimos en otro lugar como este veinticuatro caballero sevillano compartía el derecho a esta conquista por matrimonio con doña Inés Peraza de las Casas, que había heredado el señorío isleño por muerte de su abuelo Guillén de las Casas y de su hermano Guillén Peraza, muerto de una pedrada en la cara a mano de los guanches en la isla de La Palma .

Citan los historiadores en esta venida a un fray Diego y otro fray Juan de San Torcaz, amén de otros cinco frailes más, que no son nombrados, entre los cuales se hallaba nuestro Deán.

Bermúdez era religioso castrense, o sea que teniendo estirpe y categoría militar, gozaba de ciertas prebendas eclesiásticas que le conferían igualmente cierta categoría, parecida a la que hoy conocemos con el nombre de "canónigos", aunque él, personalmente, era más dado a las armas.

Pronto se destacó, en el Gobierno de Herrera, como hombre enérgico y decidido y cuando el obispo Illescas fue consagrado en Rubicón, en la isla de Lanzarote, sede de Herrera, el Deán pasó a prestar principales servicios como alta jerarquía.

Estos desempeños confiriéronle una experiencia singular un tanto insólita y extraña para aquella época, al hermanar de modo tan curioso la cruz y la espada en un solo y arrogante brazo.

De esta época data lo que podríamos denominar "incubación" de los sueños ambiciosos de Bermúdez, que, viendo como Diego de Herrera no progresaba en la conquista de las restantes y más poderosas islas, concibió la idea de trasladarse a la Corte y solicitar de los Reyes el privilegio de aquella conquista.

Tal cual lo pensó, así lo hizo y muy pronto veremos al in-

fable Deán moviéndose e intrigando en la Corte para conseguir sus propósitos.

Sus credenciales y ejecutorias eran poderosas. En primer lugar estaban las cartas de fray Diego López de Illescas, ya citado, recientemente ascendido a la dignidad de primer obispo de Rubicón, interesándose altamente ante sus Majestades Católicas por la suerte de su patrocinado.

Venían después las de Diego de Herrera, que gozaba de gran prestigio ante los Reyes. Y a continuación altos y poderosos valedores estratégicamente dispuestos en las más altas esferas cortesanas.

Todo parecía en verdad favorecer las aspiraciones de nuestro Deán castrense.

Pero un serio rival surge en aquel panorama risueño enturbiano peligrosamente los cielos abiertos a la esperanza de nuestro aspirante.

Se trataba del aguerrido y famoso caballero Juan Rejón, muy emparentado con la nobleza y de reconocidas dotes y virtudes militares.

Tras las bambalinas y decorados cortesanos, moviéronse ágilmente, frenéticamente toda suerte de hilos y maquinaciones, terminando por comprometerse en la enconada lucha los más empingorotados personajes del clero, de las armas y de la nobleza. Esta situación produjo una gran desazón en Sus Católicas Majestades, que se vieron en un serio aprieto para decidir, optando por una solución salomónica que traería graves consecuencias para nuestros personajes.

Dicha solución era aparentemente muy sencilla: Juan Rejón iría como capitán general para la conquista de Gran Canaria y el Deán Bermúdez como teniente-vicario, con la doble responsabilidad de velar por el triunfo de las armas españolas y de la cura de almas y evangelización de los infieles.

Tenemos motivos para suponer que esta decisión cayó como un tiro de ballesta en el ánimo de los dos rivales. Pero la empresa aparecía demasiado grande y mayores aún eran las ambiciones de los dos candidatos, por lo que, haciendo de tripas corazón, simulieron entenderse y amigarse, cooperando conjuntamente en los preparativos de la expedición.

Ya durante los mismos las controversias y discrepancias entre ambos caudillos fueron notorias, pues el Deán, de más edad que Rejón y con inigualable experiencia en cuanto a cosas de las islas se refería, rectificaba constantemente previsiones y disposiciones del capitán, que igualmente violento e iracundo de carácter, tomaba muy a mal estas intervenciones.

Para agravar la situación, desde un principio se les permitió escoger a sus más inmediatos colaboradores, así que podemos decir que mucho antes de partir de la Península con rumbo al teatro de sus disensiones, ya la fuerza española estaba potencialmente dividida y agrupada en dos bandos opuestos, el que secundaba a Rejón y el instigado por los manejos del Deán.

No es necesario repetir aquí lo que ya todos los lectores conocen en relación con las frecuentes disputas sostenidas por el Deán con Juan Rejón y las desafortunadas intervenciones que tanto en lo militar como en lo político hiciera el primero.

No queremos decir con esto, ni mucho menos, que Rejón fuera un dechado de pacíficas virtudes, pero es cierto que el Deán, amparado en su condición religiosa, jamás respetó ni acató abiertamente la autoridad de su capitán, y esta falta elemental de disciplina no podía tener otra cosa que graves consecuencias.

El episodio más terrible culmina con la intriga que lleva a Rejón a la Península en calidad de preso, y que al retornar reafirmadas sus investiduras de capitán general, se cierra con la bárbara muerte de Pedro de Algaba, responsable de la detención de Rejón a instancias del Deán y por recomendación suya, que luego pagaría con su vida.

Las denuncias, los memoriales y emisarios explícitos o secretos, la intriga, el arte diabólico de mover los hilos de la maquinación y de la trama, la sutileza de la isinuación malévola y de la aparentemente cándida e inocente ignorancia, todo ello constituyó el más variado arsenal de recursos que el Deán pusiera en práctica para conseguir sus fines, que no eran otros que erigirse de teniente en capitán general de la conquista.

Es curioso observar como, a través de la Historia, podemos hoy enjuiciar y valorar la siniestra influencia de este agudo personaje .

Cuantos con él intervinieron de alguna manera en el gobierno de la isla, comenzando por Juan Rejón, continuando con Pedro de Algaba y terminando con Pedro de Vera o bien terminaron trágicamente o bien acabaron por perder el favor de la Corona. Desterrado de nuevo a Lanzarote por Juan Rejón, cuentan las crónicas que el Deán Bermúdez, viendo definitivamente desvanecidos sus sueños y ambiciones de grandeza y poderío, entró en un profundo estado de abatimiento y de melancolía hasta que por fin un día, que no hemos podido recoger en la Historia, entrega al Señor su alma atribulada, no sabemos si con el propósito de continuar en el otro mundo con las mismas costumbres y escaramuzas con que ya se había anticipado Lucifer.

MALLORQUINES EN GRAN CANARIA

Aunque desde el punto de vista histórico la presencia del elemento mallorquín fue algo anecdótico en estas Islas Afortunadas, su permanencia en ellas dejó algo más que una simple huella etnológica referida a un tradicional cruzamiento de razas. En efecto, la impronta mallorquina, con su característica cultura insular, va a arraigar profundamente en el suelo y en el paisaje canarios, conformando telúricamente nuevos dispositivos decorativos y ambientales, que se mantendrán definitivamente para lo sucesivo.

La cultura mallorquina, el estilo de hacer y de vivir de este pueblo, muchas de sus costumbres y tradiciones y también parte de su paisaje mediterráneo encuadrado por la higuera retorcida al pie de la casa de piedra rematada con techo de madera, van a traspasarse a tierra canaria para afincarse en ella para siempre.

Fue, ciertamente, una lástima que la migración balear fuera tan reducida y de tan corta duración, ya que de haber sido más abundante y persistente, los mecanismos de asimilación cultural presididos por los mismos recursos y características insulares, habrían actuado de modo más eficiente y acelerado en la culturización del pueblo guanche.

No hay que olvidar que, según la tradición histórica, la llegada de los mallorquines y aragoneses a estas tierras se remontan prácticamente a una fecha muy anterior a la verdadera conquista y que por lo tanto su acción o influjo no tenía el

carácter coactivo o impositivo que más tarde se impartiera a la dominación.

Esta forma tan espontánea de trato y comunicación entre el elemento extraño y el aborígen trajo como consecuencia una selección natural de aquéllas influencias más afines para uno y otro carácter, razón por la cual los contactos en estas condiciones realizados tuvieron mayor trascendencia y duración.

Nos cuenta el ilustre historiador P. Abreu y Galindo que allá por el año de gracia de 1346, el príncipe don Luis de la Cerda obtuvo del Rey don Pedro de Aragón, apellidado el Serenísimo, licencia y ayuda para pasar a la conquista de las Islas Afortunadas.

Este príncipe había recibido estas atribuciones por concesión del Papa Clemente VI, a la sazón en Aviñón, que a su vez las había recibido como tributo a la silla papal de doña Juana de Nápoles, que en otro tiempo había auspiciado una expedición a dichas islas, adquiriendo así ciertos derechos.

Aprestó La Cerda dos navíos con gente mallorquina en su mayoría y también con aragoneses, y después de proveerse de todo lo materialmente necesario, atendiendo igualmente según uso y costumbre de la época los inseparables requerimientos espirituales de toda bélica empresa de conquista, se hizo acompañar de varios frailes, partiendo rumbo a la nueva aventura un día que la Historia no nos precisa con seguridad, del puerto de Barcelona.

Llegó a Sevilla y allí fue sorprendido por unas fiebres malignas que troncharon trágicamente su vida, quedando sin su capitán la expedición, que hubo de ser comandada por un nuevo patrón.

Arribaron a la costa canaria, entre Telde y Agüimes, concretamente a Gando, según Viera y Clavijo, y procedieron a desembarcar y tomar posesión de aquella tierra que tan pacífica como generosamente parecía ofrecerse a su insaciable avidez conquistadora.

Desgraciadamente el resultado de la expedición fue muy adverso.

Los mallorquines, internándose tierra adentro en pos de algunas bandas de canarios que por allí merodeaban, fueron

atraídos a una celada, en las proximidades de Telde, siendo copados y hechos prisioneros.

Al enterarse del desastre, los que habían quedado custodiando las naves, hiciéronse a la mar y hasta la fecha no se ha vuelto a tener noticia de ellos.

Si se dirigieron a otras islas o a la Península en busca de refuerzos, nunca se pudo saber, mas el hecho cierto es que los mallorquines y aragoneses prisioneros junto con los frailes evangelizadores, permanecerían durante largos años cautivos de los guanches, para terminar muchos de ellos, según nos refieren las crónicas, por hallar la muerte a manos de quienes en principio les habían recibido tan generosamente.

Este dramático episodio sobre el exterminio de los mallorquines, nunca ha tenido una confirmación absoluta, ya que el testimonio que parece más fehaciente se refiere a los restos encontrados de doce cadáveres que responderían probablemente a doce miembros de esta expedición, aunque también podrían pertenecer a la tripulación de alguno de los barcos que con imperativa frecuencia encallaba o se acercaba por necesidad a estas costas.

De todos modos, cuantos autores han tratado sobre esta materia, parecen coincidir en dos cosas fundamentales: en la buena acogida que los nativos dispensaron a estos expedicionarios y en la larga permanencia de los mismos conviviendo con el pueblo guanche.

Esta permanencia oscila entre los siete y catorce años, según las diferentes versiones, tiempo que nos permite suponer que la gran influencia ejercida por ellos y la labor desarrollada por los frailes predicadores, tuvo que ser muy grande e interferir de algún modo en la vida social y política del aborígen.

Es muy probable que, al amparo de esta revolución cultural y de las nuevas doctrinas evangelizadoras, los mallorquines que desarrollaban una vida normal, que habían fundado poblaciones y capillas, establecido sementeras, plantado numerosos árboles con semillas por ellos traída, especialmente higueras, y que también habían revolucionado varios aspectos del arte, de modo muy significativo en el campo de la música y de la danza, llegaron a pesar bastante en la balanza social, por lo que no puede

extrañarnos que en algún momento las autoridades aborígenes llegaran a ver en ellos un grave e inmediato peligro.

Así pues, su exterminio fue decretado. Reunido el sabor en secreto, se acordó darles muerte simultáneamente allí donde se encontraran ubicados, aunque su dispersión no era excesiva.

Las fuerzas guanches, puestas de acuerdo, procedieron el día señalado a su detención. Condenados a muerte, fueron ajusticiados por el procedimiento de la "craneolapidación", aunque tenemos motivos sobrados para pensar que también se hubo de recurrir a otros métodos para darles muerte.

De esta manera se cerró un triste capítulo que tal vez hubiera culminado de otro modo con una sedición o revolución más sangrienta si cabe.

Como el pueblo guanche era profundamente religioso, aunque profesara una religión distinta, gobernada por sus faycanes y presidida por el dios Acorán, parece ser que a los frailes se les concedió la gracia de una muerte más honrosa, ya que era costumbre que la craneolapidación se aplicara a los reos por delitos vulgares y criminales.

En esta ocasión se procedió con los frailes al "derriscamiento". Para ello fueron conducidos a una cueva camino de Ginamar, próxima a Telde, cueva que se conoció posteriormente con el nombre de "Mar Fea", pues tal es el calificativo de este trozo de costa.

La cueva, en realidad, es una sima profunda, a donde fueron arrojados los frailes. Como días después aparecieron en la playa vecina algunos trozos de sus vestimentas, se confirmó que el mar comunicaba por algún paso subterráneo con la sima y de ahí su nombre: la sima de la Mar Fea.

Lo más importante en torno a este episodio de los mallorquines es sin duda el valor tanto simbólico como real de su presencia en la Isla.

Con toda seguridad, de no haberse producido de forma tan precipitada la huida de los navíos y el hecho de no tener constancia de que estos hubieran regresado para auxiliar a los expedicionarios, representó un verdadero "handicap" para los resultados de la culturización guanche.

Porque los mallorquines, con sus limitados bagajes de cam-

paña, pocos enseres e instrumentos pudieron aportar y conservar a su pretendida conquista, ya que la mayor parte de su precioso bastimento fue destruido, repartido o inutilizado por los mismos canarios que les hicieron prisioneros.

Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades y de su precario estado y condición de detenidos, asignados como servidores para los desempeños de varias familias de la nobleza guanche, su influencia en la música, arquitectura, agricultura, danza y canto, religión y otras actividades fue bien evidente.

Esto explica la reminiscencia aragonesa que hoy se observa en ciertos aires autóctonos canarios que corrieron la aventura de un doble trasiego: de aquí a la Península en forma de materia prima, siendo allí primorosamente transformados o elaborados para después regresar triunfalmente a sus lares nativos.

Lástima, sí, que este contacto interinsular de las dos regiones más marineras de España hubiera sido tan breve.

Porque de estas características generalizadas de la "insularidad" hispana habrían de brotar con el tiempo dos testimonios imperecederos de fe y de amor, de la total entrega cual brazos amorosos de la Madre Patria, presintiendo el múltiple y glorioso parto de una nueva gesta por tierras extrañas, como fueron Fray Junípero y el Padre Ancheta, jalonando de misiones blancas los vastos caminos de la Conquista en América.

Sin contar ese otro gigante cantor inmortal de la hispana gesta por la Independencia compendio sublime de amor a la Patria que fue el escritor canario Benito Pérez Galdós con sus Episodios Nacionales.

Feliz hermanación ésta, de la cruz y la pluma, mucho más prolífera y humana que la irremediable pero siempre dramática y sangrienta hemanación de la cruz y la espada.

BATALLA DE ANSITE

Estamos ante uno de los más extraños casos de la Historia.

Lo decimos porque, como pocas veces puede ocurrir en el campo de ese arte sutil de tejer o de hilvanar acontecimientos, un hecho que "no ha sucedido", se va a tomar como punto de referencia para una de las fechas o hitos más apasionadamente discutido de la Historia de la Conquista Canaria.

Creemos con toda honestidad que a estas alturas en el tiempo y en la evolución de los pueblos, resulta trasnochado y decadente hablar de convencionalismos geográficos, históricos o políticos, que apoyándose en quiméricas elucubraciones sobre lo que pudo ser o pudo no haber sido, en nada va a modificar la realidad de un presente insoslayable.

Hablar o tomar bandería por tal o cual sentimiento enterrado en lo más íntimo de una subjetividad individual, al enfrentarnos en cualquier tiempo y en cualquier espacio de nuestra universal historiografía, en relación con un valor, con un ideal, o con un conjunto de todos ellos, entendemos que para la Historia carece en absoluto de importancia.

Las culturas, las civilizaciones por ellas informadas, el modo de vivir y de desarrollarse el ser vivo sobre la tierra, y el hombre por encima de los demás seres, siguen una trayectoria inexorable y la misión de la Historia es recoger sencilla y escuetamente estos abatares sin tratar de profundizar en mayores razonamientos filosóficos. Que una conquista o una expansión o que el sometimiento de una raza por otra raza sean

justas o no sean justas, no va a depender de un criterio fijo e inmutable, porque la Justicia misma en sí no es otra cosa que una relación entre causa y efecto, que muchas veces deducimos y que otras presuponemos según las circunstancias históricas en las que el hombre se esté desenvolviendo.

Por todo ello aquí nos limitamos a considerar la batalla jamás producida de Ansite, no como tal batalla con su lastre de encono y dramatismo, precisamente por el hecho de no haberse producido, produciéndose, sin embargo, eso sí, una especie de conflicto, de crisis espiritual, que se planteó entre las diferentes partes que figuraron como intérprete de este hecho trascendental para la Historia Canaria.

En toda confrontación siempre tiene que haber vencedores y vencidos, aunque bien es verdad que tales calificativos resultan en muchos casos equívocos o de difícil discernimiento, porque puede ocurrir que, a la larga, nadie pueda saber quién ha vencido a quién.

Para comprender el verdadero sentido de la "no batalla de Ansite", y tratando de adoptar la postura más imparcial posible, es necesario colocarse en aquel presente histórico y no interpretar los hechos con exhaustiva subjetividad a través de los años haciendo valer hoy circunstancias que en aquella época tal vez no hubieran tenido validez ni vigencia.

El cuadro, por otra parte, se presenta a la consideración de cualquier examinador bastante claro y perfectible.

El empuje y el poderío de las armas españolas, su gente mejor dotada y más evolucionada, siguiendo una rutinaria y ancestral costumbre de expansión y dominio propia de todas las organizaciones colectivas de seres vivos, instintivamente impulsadas a promover cualquier actividad que facilite su existencia, era una realidad objetiva que puede resistir históricamente cualquier tipo de peripatética objeción.

El panorama que la isla ofrecía a las perspectivas de una resistencia cohesionada, eficaz, capaz de oponer por medio de sus estructuras económicas y sociales favorables alternativas a la elección del indígena deslumbrado por el brillo de una civilización diferente, eran bien escasas o absolutamente inexistentes.

Desde el punto de vista político, la organización indígena era una organización más, como otra cualquiera, amparada y fundamentada en los mismos principios convencionales, más o menos semejantes en todos los pueblos de la Tierra.

En lo social la situación corría igualmente paralela, existiendo las dos clases o castas tradicionales con que solemos encontrarnos en todos los tratados de Sociología al hablar de estos pueblos primitivos.

Como vemos, a través de toda la historia del hombre, el problema se va a sentar en lo económico. Ante las profundas modificaciones que el estilo de vida infundiría en la plácida y monótona vida aborígen, sus mecanismos y funciones económicas no podrían resistir la confrontación ni por otra parte existía la posibilidad de un comercio idóneo con los invasores, puesto que no había una base firme de riqueza, de poder adquisitivo para el cambio o trueque y porque los recién llegados no se conformaban con las exclusivas actividades comerciales.

Nada tiene, pues, de extraño que numerosos pobladores canarios fueran absorbidos por la nueva civilización, asimilando con fruición sus usos y costumbres, que para ellos representaban una insólita novedad.

Para los años que precedieron al 29 de abril de 1483, fecha memorable del episodio que aquí narramos, la situación era la siguiente:

Muerto Doramas a manos del propio Pedro de Vera en desigual combate, no existía un acuerdo total entre los caudillos guanches de la resistencia.

Entre todas estas facciones, en muchos casos disidentes o antagónicas, sobresalía el bando de Tasarte, que siempre fiel a su primitivo Rey, el fallecido Ventahore, padre del actual y joven príncipe Ventafuí, soñaba con la reunificación del reino canario, al casarse Ventafuí con la princesa Guayarmina, hija de don Fernando, pero ausente de la casa paterna, bajo la protección de su tío el Gran Faycan de Telde. Pedro de Vera, experimentado político y hombre de acción, había puesto en práctica un arriesgado plan que le salió a pedir de boca.

La idea fue aventurada y los riesgos eran muchos, pues el resultado dependía de las reacciones que se produjeran entre

las diferentes personas que iban a tomar parte en la acción, que, por otra parte, ya conocen algunos de mis lectores.

Ordenó la captura de Egonayga Semidan, Guanarteme de Galdar y sin más contemplaciones le envió a la Península, aunque, eso sí, guardándole las consideraciones y miramientos de su jerarquía real.

Afortunadamente todo salió bien y el Rey regresó convertido en Fernando Guanarteme, cuyo papel en la pacificación definitiva de la isla va a rubricarse con esta acción de Ansite.

Si muchos fueron los canarios que se dejaron convencer por la actitud y las palabras persuasivas de su antiguo Rey, no fueron pocos los que continuaron en aquella línea de resistencia inquebrantable trazada por Doramas y sus más esforzados capitanes.

Desgraciadamente los sucesos bélicos de la Conquista iban tomando un matiz más adverso cada día para la causa guanche y el pueblo canario, un tanto confuso y desorganizado, no ofrecía una resistencia bien travada y profunda a las huestes invasoras. En la conquista de estas islas, la participación más o menos activa de algunos sectores del elemento indígena en favor de los españoles, trajo como consecuencia un desdoblamiento psicológico y emocional difícil de valorar en toda su extensión, lo que en cierto modo contribuyó a que las cosas llegaran a este punto de inercia y neutralización que fue la batalla de Asinte.

Hallábanse los canarios en número aproximado a los dos mil, entre hombres, mujeres y niños, fortalecidos en las alturas de Ansite entre Galdar y Tirajana, dispuestos a vender caras sus vidas, bajo las órdenes de Ventafuá y su tío el Gran Faycan.

Habíales prometido Ventafuá llevarles a la victoria y restaurar la desaparecida monarquía guanche, tomando en matrimonio a la hermosa princesa Guallermina que les acompañaba en aquel duro éxodo y de la cual se hallaba profundamente enamorado, amor plenamente correspondido por la simpática y hermosa joven.

El Gobernador español iba decidido a exterminar aquel foco rebelde, dando orden en secreto a su gente de pasar a cuchillo a cuanto enemigo cayera en su poder.

Tomaron posiciones ofensivas los españoles y la batalla estaba a punto de comenzar.

Horrorizado Fernando Guanarteme al enterarse de las secretas órdenes de Vera y presintiendo la gran masacre de su pueblo y de sus propios familiares, rogó al Gobernador que por una vez más le permitiera dirigirse a los sitiados con objeto de intentar un último apaciguamiento.

Consintió don Pedro y el guanarteme se dirigió a su hermano el Gran Faycan y su sobrino, que junto con los restantes guayres leales, aguardaban la señal de ataque para comenzar la pelea.

La entrevista fue penosa y altamente dramática.

La maciza y corpulenta figura de don Fernando aparece ahora encorbada y vencida por el peso de los años y de la adversidad, pero en su noble rostro se refleja la firmeza de su espíritu y la resolución tomada de salvar de la masacre a su pueblo.

El Gran Faycan y Ventafuú no se avienen a escuchar sus razones y quieren a todo trance que la batalla se lleve a cabo.

Entre los restantes guayres y pueblo en general, existe incertidumbre y divergencia. Las mujeres, desgarrando sus vestiduras y mostrando en alto a sus hijos de temprana edad, rodean a don Fernando y entre gritos y lamentaciones le piden clemencia para ellas y para sus hijos.

El viejo Guanarteme llora de emoción ante aquel insólito espectáculo que le ofrece el pueblo tan amado en el momento más terrible y decisivo de su historia. Pero fiel al humanitario propósito que se ha formado, sacando fuerzas de flaqueza y reconfortado quizás en aquella nueva fe que se había abierto en su pecho, prosigue en su actitud suasoria y poco a poco sus palabras van calando como lluvia fina y penetrante en el ánimo de aquella masa enfebrecida.

Sólo unos pocos se resisten obstinadamente, encabezados siempre por el Gran Faycán y su sobrino.

Un "sabor" de urgencia se reúne allí mismo y por fin se decide la rendición bajo la protección de don Fernando, que garantiza el respeto absoluto para la vida y la libertad de todos los presentes.

Ventafuú y su tía, incapaces de soportar esta situación para

ellos denigrante y aprobiosa, deciden quitarse la vida al estilo tradicional de la nobleza guanche, o sea derriscándose por un precipicio muy próximo al lugar de la reunión.

Esta dramática y heroica decisión es compartida de inmediato por otros nobles y también por la princesa Guayarmina que quiere morir junto a su amado.

El momento se torna irreal, fantástico, indescriptible.

Guayarmina es contenida por algunos familiares y partidarios de don Fernando, que trataban de impedir a la hermosa en sus esfuerzos por desasirse y correr la suerte del joven Ventafuá.

De pronto un silencio impresionante se hizo en todas las gargantas. La respiración se contuvo en los pechos y los ojos, los millares de ojos que contemplaban la horrible y maravillosa escena permanecieron abiertos y asombrados, tal cual si no pudieran dar crédito a lo que ante ellos se estaba trabajosamente desarrollando.

Solemnemente, hieráticamente, el gran Faycán, su sobrino y algunos nobles que les acompañaban en este sacrificio, después de despedirse de sus deudos y amigos, acercándose al borde de la sima que se abría a sus pies, tras invocar a su Dios y pronunciar las palabras rituales de rigor: "¡Atitirma, Atitirma!", se lanzaron al vacío.

Un grito desgarrador brotó de la garganta de Guayarmina, que cayó desmayada en los brazos de su padre, don Fernando, a punto de desmayarse también.

El estupor hizo reinar por breves segundos un silencio de muerte sobre la multitud. Luego, como si la onda explosiva de la muerte ocurrida allá en lo profundo de la cañada, escalara con sus tétricos arpegios el ingente farallón, un rumor cada vez más denso de sollozos y de lamentos, invadió los ánimos y todos volvieron sus rostros hacia la figura noble y encorbada, definitivamente envejecida, del triste Guanarteme.

Así fue como terminó el día 29 de abril de 1483 una batalla que nunca se llevó a cabo en el terreno físico de las armas, pero que sin duda alguna tuvo lugar y amplia resonancia para siempre en los corazones de cuantos participaron en aquella memorable jornada.

VIDA DE LOS GUANCHES

Habiendo existido cierta falta de homogeneidad entre los distintos grupos guanches que poblaron estas islas, debido precisamente a esta característica de aislamiento y permanente falta de comunicaciones entre sí, hablar de un comportamiento común y colectivo, de dicha raza no resulta posible.

Al margen de las características etnológicas que imprimían por su particular idiosincrasia un matiz específico de comportamiento biológico al individuo guanche, no podemos desdeñar el enorme y transcendental papel que las condiciones ambientales y telúricas juegan en la conducta de todos los seres vivos, y como es natural, en la de los seres humanos.

Esta sutil discriminación en el campo de la valoración de motivos y de condicionamientos que pueden dar origen a una forma especial de conducirnos ha sido y sigue siendo el caballo de batalla de sociólogos, sicólogos y educadores que no se ponen de acuerdo en cuanto a la influencia o primacía de unos u otros factores.

Unos estiman que tal comportamiento depende en general de nuestra constitución física y conformación nerviosa y psicológica. Otros por el contrario, sin negar estas influencias, sostienen que las condiciones ambientales imprimen carácter definitivo a las reacciones y al comportamiento del ser vivo, hasta el punto de que en muchos casos pueden producirse cambios bruscos y radicales en la dirección de dicho comportamiento.

Con los guanches en las Islas Canarias no ocurriría otro tanto.

Si bien es cierto que en principio aceptamos la presencia de dos tipos distintos provenientes de una misma raza, los mauris y los audaghoses, portadores cada uno de ellos de características y peculiaridades etnológicas diferentes, a la hora de la verdad, cuando nos encontramos con todos estos grupos dispersos por el archipiélago, las variantes de usos y costumbres van a venir dadas precisamente por las exigencias del medio en el cual habrían de desenvolverse.

Tenemos el ejemplo de la isla de El Hierro, cuyos habitantes pacíficos por naturaleza ni usaban armas ni conocían el sentido de la guerra.

En contraposición a esta peculiar y pacífica idiosincrasia, veamos el comportamiento de los habitantes de otras islas y observemos como en cualquiera de ellas, pongamos por caso La Gomera o Fuerteventura, por no hablar de las islas mayores, sus habitantes pasaban gran parte de su vida enredados en pleitos y escaramuzas por culpa de los pastos para su ganado.

He aquí pues, un factor telúrico y ambiental, la escasez de pastos, como causa de modificación caracterológica.

En la isla de El Hierro, tampoco los había, mas como la ausencia o falta de agua era mayor, los naturales habíanse adaptado a otros métodos de vida y de sostenimiento que eliminaban la posibilidad de estas discusiones.

Por todo ello, al hablar aquí de la vida guanche nos vemos obligados a hacerlo desde un punto de vista genérico, sin pretender descender en cada caso y en cada isla a ciertos aspectos de comportamiento social, político o religioso aislado o genuino.

La vida del pueblo guanche era por lo común tranquila y rutinaria.

La misma condición climática, de naturaleza tropical, influía en esta forma de ser y de conducirse, ya que alejados de las regiones frías, sus organismos no requerían aquella vitalidad ni aquel movimiento que se exige a los habitantes de dichas regiones.

Por otra parte, acostumbrados como estaban a un régimen de vida sencillo y natural y hallándose muy poco evolucionados en su cultura, los requerimientos básicos y sustanciales, tanto

en lo físico como en lo espiritual, no eran tan grandes como para aportar o introducir un principio de inquietud en su comportamiento global.

El vivir primitivamente, ya sabemos lo que esto significa.

Por las razones que hayan podido existir, el guanche aislado en sus predios paradisíacos, no evolucionó como el resto de las contemporáneas culturas y su permanecer era como un estar sumergido en la magia de un mito ancestral que ignorando tiempos y soslayando espacios, se hubiera detenido en medio del Océano para dar vida a una de las más fantásticas y peregrinas leyendas de la Humanidad.

Sólo así podríamos calibrar el impacto del choque entre esta cultura estancada y el advenimiento de la aportada por cuantos expedicionarios fortuitos o no, llegarían después a estas costas canarias.

No existían poblaciones al estilo que hoy conocemos. En los puntos más poblados sus viviendas se dispersaban sin orden ni concierto de acuerdo con los accidentes y comodidades que el terreno ofrecía o en relación con la distancia y comunicaciones de las sementeras y de los pastos.

En las zonas montañosas la vivienda artificialmente construida era más escasa, pues el guanche utilizaba la cueva o caverna natural como habitación.

Existen diversasa opiniones sobre la condición unifamiliar o colectiva de estas viviendas.

De los datos que hemos podido obtener se desprende que ambas condiciones se presentaban simultáneamente en cualquier isla dependiendo fundamentalmente tanto de la propia organización de la familia o clan, como de las condiciones del terreno o de las cuevas, que a veces exigían un usufructo colectivo.

De todos modos, la idea de "habitat" la encontramos más perfectamente expresada en la clase social de la nobleza guanche, que vinculaba a su típica organización familiar un sencillo esquema de infraestructura económica y política de acuerdo con sus recursos y atribuciones.

Ya sabemos que el pueblo guanche solía dividirse en dos castas o clases. Una, la de los nobles integrada en su mayoría

por parientes y descendientes del Rey que pasaban a asumir los cargos directivos de la colectividad, así como los cargos religiosos.

Es de advertir que en el campo de la práctica religiosa sucedía lo mismo, existiendo una clase noble, la de las sacerdotisas o magadas entre las mujeres, y la de los Grandes Faycanes y Faycanes corrientes entre los hombres, que regían espiritualmente al pueblo, representando en cierto modo un papel moderador o de freno respecto a la omnipotencia del Guanarteme o Mencey y su sabor.

Esta casta religiosa por las razones de parentesco apuntadas se mezclaba y confundía con la de gobierno, mezcla que se tornaba más confusa aún cuando estas magadas o faycanes tenían descendencia, pues, entre ellos no existía la condición de celibato.

La vida de un noble transcurría de manera un tanto sosegada, buscando siempre la forma de distraerse o divertirse, ya que a la nobleza le estaba rigurosamente prohibido desempeñar oficios ni trabajos serviles, y al no existir otras actividades de conversión espiritual, recurrían por lo general a los ejercicios de fuerza y de destreza en los cuales eran consumados maestros.

La lucha canaria, tal cual hoy la conocemos. La competencia en carreras y saltos. Los ejercicios de puntería con piedras y dardos. Las escaramuzas simuladas, golpeándose y defendiéndose con sus varas y tesseses. El levantamiento de pesos. Y otras muchas artes deportivas eran cultivadas por esta clase noble.

Para ello y un poco al etilo del pueblo romano, acudían a unos recintos amurallados o no, en los cuales solían tener lugar las reuniones del Sabor o para la administración de la Justicia, ocupándose en los intervalos en estas tareas diarias deportivas.

El joven guanche educado para noble era iniciado desde la primera infancia en las tareas inherentes a esta calidad, incluso en el arte de la guerra, adiestrándole en arrojar piedras y dardos o varas, así como también en esquivarlas.

En las solemnidades los grupos nobles ocupaban lugares preferentes, dirigiendo cuanto acto o función se realizara.

También en el campo del amor y del placer sensual tenía esta nobleza ciertos privilegios.

El señor tenía pleno derecho a la posesión de sus vasallos y pertenencias, para el pleno disfrute y uso a voluntad de personas y bienes, aunque en estos casos los hijos habidos en personas de clase inferior eran considerados como bastardos, no teniendo derecho a participar legítimamente en sucesión hereditaria ni en otros aspectos jurídico-sociales y políticos.

Esta descendencia bastarda lo mismo podía producirse por unión de noble con plebeya, que era lo más común, como por unión de un plebeyo con alguna mujer perteneciente a la casta superior, cosa menos frecuente pero que también se produjo en muchas ocasiones.

Algunos comentaristas no aciertan a comprender el por que de esta absorción del ludibrio guanche por la casta noble, alegando que las condiciones físicas pueden presentarse igualmente en la clase más menesterosa.

Esta afirmación tiene un valor relativo.

En primer lugar la función económica social a través de todos los tiempos siempre ha venido cabalgando de manera más o menos abierta sobre los recursos del poder y de la fuerza, siendo todos tres conceptos verdaderamente inseparables.

Aunque admitamos que en una clase inferior de cualquier organización biológica sus individuos pueden estar ontológicamente dotados de la misma manera que los de una clase superior, los recursos mayores de que dispone ésta, la colocará en una situación física e incluso moral, decididamente ventajosa.

El joven guanche de la clase baja o popular, contaba con menos recursos de subsistencia. No podía estar igualmente alimentado que un noble. Además tampoco podría disponer del tiempo tan generosamente como aquél y todos sabemos que el entrenamiento y el aprendizaje constante son dos factores esenciales para la formación física del atleta.

Distraían los nobles sus ocios, cuando ya maduros, ejerciendo funciones de gobierno, de dirección de numerosas actividades, de empresas bélicas, de funciones religiosas y de adiestradores o maestros, en el sentido de monitores físicos, que también los habían.

Cuando las agrupaciones colectivas prosperaban y crecían,

haciéndose más complejas y numerosas, estos nobles conservaban la dirección de los asuntos públicos y de las empresas artesanales rudimentarias, como también de los conatos de comercio de trueque existentes.

Sólo un cargo no desempeñaban jamás por ser infamante que era el de carnicero y también el de verdugo o guardián de presos y condenados.

En lo que se refiere a las actividades femeninas de la clase media, tenían éstas a su cuidado la crianza de los hijos, del mismo modo que la tenían las mujeres de la clase baja, pero existía la diferencia de que las nobles utilizaban a éstas como servidoras o esclavas, con una idea de esclavitud distinta a la que posteriormente se daría a la utilización del guanche prisionero o dominado en algunas ocasiones.

Las mujeres no participaban habitualmente en las actividades ni en las reuniones de los varones. Solamente en casos de fiestas o de reuniones especiales era permitida tal coexistencia en público. Más bien tenemos entendido por el testimonio de algunos historiadores que el varón guanche, joven o viejo, tenía prohibido rigurosamente dirigirse a cualquiera mujer que no fuera de la familia en público, como ocurría, por ejemplo, si se cruzaban en un camino.

El ocio femenino se consumía en labores caseras, en la confección de ropas y vestidos y en numerosas actividades artesanales de distinta índole, como era la confección de emblemas, adornos, insignias, etc.

En lo artístico podían retozar en el interior de sus viviendas o en lugares apartados, entonando endechas y danzando, cosas ambas a las que eran muy aficionados los canarios.

En el aspecto físico encontramos grandes variantes en el comportamiento femenino.

En la isla de Gran Canaria, las mujeres, excelentes nadadoras, disfrutaban tomando sus baños y participando en las tareas de la pesca con sus respectivos clanes familiares.

En La Palma era frecuente ver a las mujeres tomar parte activa en las reuniones y ejercicios de los hombres, incluso en las acciones bélicas o escaramuzas intertribales que frecuentemente se suscitaban.

La actividad religiosa de las "magadas" era una de las preferidas por las mujeres de la nobleza, que encontraban en esta vida solitaria e independiente multitud de oportunidades para conseguir una evasión propicia a sus iniciativas espirituales.

En la clase baja, los hombres desempeñaban los oficios más pesados como las tareas de la pesca, de la siembra, de la conducción y trasiego del ganado, la construcción de viviendas, curtido de pieles, alfarería, rudimentaria carpintería, etc.

Los niños solían utilizarse como pastores o pequeños mandaderos, de hembras, para las tareas domésticas.

Las mujeres, como queda dicho, o bien atendían las mínimas exigencias de su humilde hogar si formaban vida independiente, o bien desempeñaban labores serviles en casa de los nobles.

Hay que resaltar que en el campo del arte y de la distracción, prevalecía en el nativo guanche un gran sentido artístico, especialmente en lo que se refiere a la música y a la danza, de lo cual hablamos en otro lugar.

En resumen, la vida del guanche no podía resultar más simple ni más cómoda, ajena a los peligros y presidida por el eterno rumor de los vientos marinos acariciando las nevadas cumbres o paseándose a sus anchas por los extensos tarachales y palmerales de la baja llanura que termina perdiéndose en el mar.

RIVALIDAD ENTRE CONQUISTADORES

No siempre los antagonismos y las diferencias entre los protagonistas de la Conquista Canaria nos ofrecen aquellos dramáticos matices de la rivalidad suscitada entre caudillos tan apasionados como los Herrera, los Peraza, Rejón, Algaba y Bobadilla, ya que esta última, aunque mujer tampoco se quedó atrás en el aspecto retaliativo y drástico de la venganza.

El episodio que vamos a narrar recoge plenamente el contenido en cierto modo pueril y festivo con el que algunos de nuestros conquistadores impregnaron las largas y tediosas horas del estío canario, adormitados por la monotonía de lo trivial y cansados muchas veces de estar constantemente representando tan ingrato como responsable papel conquistador.

Las desavenencias habidas entre Juan de Bethencour y su lugarteniente Gadifer de la Salle, fueron famosas y sus ecos llegaron hasta la Península y allende la frontera Pirenaica hasta los patrios lares de ambos caudillos que como sabemos eran franceses, de Normandía el primero y de Thorars el segundo.

Bien es verdad que entre ambos siempre reinaron las más cordiales relaciones, siendo la mayor edad de Bethencourt un factor importante en el respeto y acatamiento que Gadifer le profesara hasta en los momentos más críticos y agudos de sus teóricos enfrentamientos.

No podemos perder de vista que la Conquista considerada como una gigantesca aventura, aglutinó a hombres de toda castadura física y moral, ambiciosos, egoístas, sibilinos y arteros,

que en muchos casos no desdénaban en sacar el mejor partido posible de estos pasajeros contratiempos.

Así pues, vemos con frecuencia como la transcendencia de cualquier roce o enemistad entre los personajes más caracterizados de la gesta, se deforma y amplía por el supremo arte de la maledicencia y de la intriga desarrollado por los oficiosos y gratuitos pero siempre expectantes intermediarios.

Por la fecha en que se sucede este relato, allá por el año de 1404 aproximadamente en sus comienzos, coincide la llegada de nuestros amigos a la isla de Fuerteventura en un tercero y definitivo intento de invasión.

Habíase fortalecido Bethencourt en un paraje próximo a la costa que en el lenguaje vernáculo de sus mayores denominada Riche-Roche, que al pasar de la deliciosa y femenina lengua francesa a nuestro hombruno español se convirtió en Rico Roque.

Esta denominación "roques", la veremos prodigarse después por estas islas, especialmente por la de Gran Canaria, en la que algunos de ellos llegaron a alcanzar fama internacional y nombradía, como acontece con el Roque Nublo y el Roque Bentayga, amén de otros roques y roquitos que no merecen mayor comentario.

No tenemos conciencia ni hemos podido reunir fidedignos testimonios sobre ello de como comenzaron las disensiones entre Gadifer y Bethencourt, pero mucho nos tememos que la avanzada edad de este último y sus achaques, hubieran jugado un importante papel en la cuestión.

Ambos eran cumplidos caballeros, de afable pero firme carácter, audaces, valientes, generosos y no tenemos ningún motivo para sospechar que entre ellos hubiera de existir algún antagonismo seriamente disgregador.

Es cierto que Juan de Bethencourt se hallaba rodeado de parientes y amigos que le secundaron eficazmente a lo largo y a lo ancho de su empresa, pero el caballero Gadifer impetuoso y viril, siempre había acaparado las predilecciones del Conquistador.

Por todos los indicios, si alguna molestia aquejaba al de La Salle, era la lentitud con que se desarrollaban las operaciones de la conquista y de modo muy especial las encaminadas a

apoderarse de la isla de Gran Canaria que parecía hallarse al alcance de la mano.

Así como a mediados de marzo de año más arriba indicado, y encontrándose Bethencourt en Fuerteventura atrincherado en su fuerte de Rico-Roque esperando refuerzos para dirigir una operación sobre Gran Canaria, llegó Gadifer procedente de Lanzarote con abundantes hombres y pertrechos, al puerto de Valtarahal, procediendo al desembarco parcial de su tropa y a organizar allí mismo un campamento.

Gadifer que era impulsivo no quería perder tiempo en más dilatados preparativos, por lo cual envió un emisario a su jefe y amigo para que acudiera con sus hombres a embarcarse y dirigir la expedición.

Pero don Juan no pensaba lo mismo. Sin que la tradición nos haya legado los motivos, el caballero normando pensaba esta vez no comandar la expedición, que pondría bajo la dirección de su sobrino, joven y experimentado capitán gran promesa para la solariega casa bentencuureña.

Es muy posible que entre los emisarios que fueron y vinieron trayendo y llevando avisos y contraórdenes, hubiera más de uno interesado en atizar el fuego de la discordia entre ambos conquistadores.

Bethencourt invitó primero y ordenó después a Gadifer que junto con su Estado Mayor se trasladara a Rico-Roque para reunirse y planear la campaña que iban a acometer.

Gadifer por su parte alertado por los officiosos intermediarios temió que se tratara de un pretexto para retenerle y quitarle la oportunidad de ir con la expedición, por lo que se resistió una y otra vez a las órdenes de su superior.

Éste montó en cólera al ver menoscabada su autoridad y en grave peligro el ejercicio de la disciplina y así que como sin más preámbulos ordenó a uno de sus subalternos que se trasladara al campamento de Gadifer y le trajera a su presencia de propia voluntad o por la fuerza.

Más colérica aún fue la reacción de la Salle que contestando airadamente al emisario le ordenó comunicar a su capitán que allí está dispuesto a esperarle y que si osaba acercársele le daría una cumplida respuesta a su mandato.

En estos dimes y diretes fueron pasando los días, emisario va, emisario viene, ocurriendo todo a la ridícula distancia de un trecho entre las dos posiciones de escasos kilómetros.

Para enfatizar su firme y arrogante postura, Gadifer hizo colocar a la entrada de su campamento y en la vía que conducía a Rico-Roque, de suerte que fuera visible desde mucha distancia este retador y amenazante letrero dirigido a su amigo:

—“Si vous venez ici...!” (¡Cómo vengas acá...!)

Lo que dejaba traslucir sus intenciones.

No sabemos por qué curioso mimetismo, el de Bethencourt respondió con el letrero siguiente que colocó igualmente en la vía que conducía al campamento de Valtarahal, de forma bien visible:

—“Si vous restez là...! (¡Si me esperas ahí...!)

Expresión que a su vez representaba una cumplida respuesta a la insinuación amenazadora del primero.

Pero la sangre no llegó al río porque no hubo sangre ni por allí, que nosotros sepamos discurre río alguno y el caballero Bethencourt no fue, ni osó acercarse al campamento de Gadifer ni éste permaneció atrincherado en él, pues por fin llegados a un acuerdo, el de La Salle se entrevistó en Rico-Roque con su jefe quien comunicó su decisión de no participar en el ataque a Canaria, nombrándole su representante y conductor, haciendo ambos las paces y permaneciendo tan amigos como siempre.

Sin embargo, una vez más, las sabias y prudentes dotes militares que adornaban a don Juan se pusieron de relieve con esta intuitiva inhibición, pues la suerte de esta expedición fue completamente adversa para sus armas.

En efecto, el día de Santiago Apóstol, 25 de julio de 1404 salió Gadifer de Valtarahal con un navío bien dotado, pero ya al día siguiente de su salida hubo de sufrir los embates de una fuerte tormenta que le obligó a desviar su rumbo frente a las costas Canarias, teniendo que tomar puerto en la localidad sureña de Arguineguin, en vez de hacerlo en Gando más próximo a Telde que era el objetivo inmediato de su desembarco.

Montaron un campamento provisional en las inmediaciones de la playa donde desembarcaron y enviaron algunos emisarios a la vecina población para concertar trato con los nativos.

Estos tratos solían consistir en el intercambio de regalos y presentes entre los jefes expedicionarios y los individuos nobles de la raza guanche, procediéndose por otra parte al trueque o cambalache de artículos de primera necesidad y consumo.

Los españoles llevaban telas, armas generalmente blancas, abalorios, prendas de vestir y otros objetos y alimentos o condimentos, mientras que los canarios proporcionaban sus gánigos de manteca y queso, carne seca, pieles curtidas y algunas sustancias de gran interés para la industria textil como púrpura que obtenían de un vulgado y la orchilla que era liquen muy abundante en estas islas.

Reinaba en aquel entonces sobre los canarios el rey Semidán, valiente y astuto caudillo que había heredado el imperio de su abuela la reina Atidamana.

Acudieron los canarios al reclamo de Gadifer y los suyos. Venía al frente de ellos el príncipe Ventahore, que siempre se significó por su acendrado patriotismo e implacable odio al invasor.

Después de varios días de contactos e intercambios, los canarios se percataron de que las tropas y los recursos de Gadifer no eran tantos ni tan poderosos, por lo que decidieron jugarles una mala pasada.

Recurrieron a la clásica estratagema de la cita en un lugar determinado donde intercambiarían grandes cantidades de mercancía, a poca distancia del punto de desembarco.

Los hombres de Gadifer confiados regresaron al barco, dando la noticia a su capitán el cual al observar la pacífica actitud y el campechano aspecto de los canarios, nada receló, ordenando desembarcar las mercancías solicitadas en una chalupa con un grupo de hombres que sirvieran de escolta a sus emisarios.

Mas apenas llegados a la orilla, tornáronse violentos y agresivos los canarios que con palos y piedras les agredieron intentando apoderarse del botín y de la chalupa.

La escaramuza fue dura y un tanto dificultada por tener que desarrollarse en su mayor parte dentro del agua. Las piedras y los dardos caían sobre los españoles que apenas si podían protegerse con sus reducidas rodela u ocultándose en el fondo de la barca que estaba varada entre el fondo arenoso de la orilla.

Por fin tras denodados esfuerzos y después de sufrir bajas pudieron los desafortunados expedicionarios arrastrar de nuevo la chalupa más adentro y poner rumbo unos a remo y otros a nado hacia la nave capitana.

Muchas armas y mercancías se perdieron en esta incursión de la que regresaron varios hombres heridos y descalabrados.

Regresados a Fuerteventura, al enterarse Bethencourt del infausto resultado de la empresa, acudió personalmente a recibir al de La Salle y cuenta la tradición que al pasar ante el letrero que había puesto su amigo a la entrada del campamento, lo mandó arrancar y poner otro que rezaba así:

—“Je suis ici... et alors?” (“Ya estoy aquí, y ahora ¿qué?”)

Nada nos dicen los historiadores sobre cual fue la respuesta definitiva del atribulado Gadifer.

Pero estamos seguros de que en momentos tan singulares, su espíritu no estaba para bromas, ni para continuar la racha de los cartelitos.

ACLARANDO EL MISTERIO DEL GIGANTE MAHÁ

En un relato de nuestra Primera Recopilación, al referirnos a los legendarios testimonios de la desaparecida Atlántida, hemos hablado del gigante Mahá, cuya tumba había aparecido en la isla de Lanzarote.

Extraño resultaba en verdad que serios y reputados historiadores se hubieran ocupado de estas cuestiones sin tener ningún punto de referencia o testimonio en que apoyar sus elucubraciones.

Pero como la Historia nos juega muy a menudo esta clase de jugarretas, y concretamente como nos sucediera dentro de la misma temática canaria con la isla de San Borondón cuya historia llenó apretados legajos, haciendo intervenir hasta las más altas autoridades, pensamos que una vez más se repetía la versión mítica del historiador, ya que por otra parte el asunto carecía de mayor importancia.

Pero hete aquí que ojeando las narraciones de otros autores en relación con algunos episodios circunstanciales ocurridos en la isla de Fuerteventura, encontramos de pronto la solución al problema de Mahá y tal cual la hemos encontrado, así la vamos a exponer, lector.

Ya se ha dicho en otro lugar que los mahoreros eran una raza alta y fuerte, sin que tengamos noticias de los motivos que podían haber influido en estas características etnológicas.

Unos autores aseguran que esta raza era autóctona e independiente de aquellas otras dos que ya conoce el lector, apuntadas para la migración norafricana proyectada hacia las islas Canarias.

Según estos autores, tales primitivas expediciones al mando de Galah, una vez arribadas a las costas de Fuerteventura, no afincaron sus reales en ellas y continuaron su diáspora hacia las demás islas, pensando Galah retornar con más cautivos para poblar esta isla que se les aparecía inmensa por lo plano de su topografía.

Es entonces, cuando desaparecido Galah, estos gratuitos historiadores hacen llegar a las costas mahoreras una fuerte expedición que desde los confines de la tierra etíope, trasvasada por Alejandría, compuesta por hombres muy altos y fuertes, abordó a la isla afincándose en ella para siempre.

Esta superioridad física de la nueva raza contribuiría sin duda alguna a mantener vivo el mito de la descendencia de los Atlantes que como ya se indicó en otro lugar, habían elegido esta isla para descansar de sus correrías por el archipiélago, haciendo gravitar sobre su superficie el peso de sus enormes cuerpos, aplanándola, alisándola, de donde tomó el conocido nombre de Planaria.

No sabemos si a consecuencia de sus disensiones o porque la suprema autoridad de los Reyes así lo dispusiera, fue el caso que trasladándose a la corte los dos conquistadores y amigos, Bethencourt y Gadifer de la Salle, tornó el primero con nuevos privilegios a reemprender la conquista.

Fuerteventura no terminaba de someterse y los vaivenes de las escaramuzas con los nativos no ofrecían a don Juan la perspectiva risueña de paz que él deseara para poder proseguir su tarea.

En la isla había quedado un hijo natural de Gadifer, llamado Aníbal al frente de la fortaleza de Valtarahal, lo que nos indica que por muy profundas y grandes que nos quieran describir los autores las diferencias entre Juan y Gadifer, sus enconos no llegaban a tanto y ellos mismos, o sus familiares, se avenían perfectamente en los avatares de la guerra.

La suerte de Bethencourt en esta ocasión fue el haber podido contar con la inquebrantable adhesión del Rey guanche de Lanzarote, que conocemos con el nombre de Guadarfia, descendiente de la princesa Ico de tan grata memoria.

Hasta tal punto llegó su osadía que sitiaron y asaltaron, derrotándolos a sus enemigos en las inmediaciones de la fortaleza de Rico-Roque, en la que se hallaba ubicado el Estado Mayor del caballero Bethencourt, por lo cual, al verse éste seriamente amenazado decidió trasladarse con su tropa al castillo de Valtarahal que custodiaba Aníbal, el hijo de Gadifer.

Había corrido por toda la isla la fama legendaria de un arrogante mahorero de proporciones físicas y estatura gigantescas, pues según Viera y Clavijo nos relata contaba con nueve pies de altura, que ya supone unas dimensiones respetables.

Tenía la fuerza de varios hombres y en cuantas escaramuzas había intervenido, los estragos por él producidos fueron notables y para los soldados sólo el hecho de invocar su nombre era suficiente para infundirles verdadero pánico y desconcierto.

Se trataba, naturalmente, del gigante Mahá.

Para la definitiva sumisión de la isla, Bethencourt hizo venir a Lanzarote un escuadrón de arqueros nativos comandados por el propio Rey Guadarfia, que se desempeñaron a la perfección consiguiendo la pacificación de la isla en un plazo relativamente breve.

El capitán conquistador había cursado a todos sus soldados y jefes la orden de aprehender vivo al gigante, pues maravillado por cuanto de él había oído contar, deseaba fervorosamente tomarle prisionero y someterle para enviarle como trofeo a la corte de Su Majestad, como heraldo de sus proezas, puesto que vencer y capturar a un tal gigante significaba ser aún más diestro y poderoso.

Los encuentros se sucedían y Mahá bien armado representaba un verdadero peligro para la seguridad de los conquistadores, quienes reunidos en secreto consejo deliberaron sobre la forma de apresarle y vencerle.

Pero la empresa no resultaba tan fácil.

Ágil y experto conocedor del terreno, Mahá se movía con rapidez del rayo, sorprendiendo desprevenidos casi siempre a los grupos enemigos que eran diezmados lastimosamente. Las huestes de Guadarfia, con ser valientes y aguerridas, comenzaban a tener a esta figura legendaria que parecía representar la legítima encarnación mitológica de una raza superior que ha-

cía muchos siglos había desaparecido de la tierra y casi de la memoria de los hombres.

En un solo combate, Mahá había masacrado bajo la fuerza de sus potentes brazos a diez enemigos, poniendo en fuga y dispersándolos por entre los tarahales vecinos al resto de la pequeña tropa.

Sí, en realidad, no se podía saber si ciertamente representaba la legítima descendencia de un dios airado o de un demonio destructor.

Todo esto no hacía más que exacerbar los deseos de Bethencourt y sus capitanes por capturar a tan singular enemigo.

Por fin el plan para atraerle a una celada fraguó y fue puesto en práctica por dos grupos de soldados, integrado uno, el que serviría de cebo o atractivo, por arqueros de Lanzarote, y el segundo por un grupo reducido pero bien seleccionado de soldados, españoles dirigidos por el capitán Curtois, uno de los mejores lugartenientes de Bethencourt.

El plan consistía en fingir un encuentro casual entre la reducida tropa lanzaroteña que avanzaría ruidosamente con aire descuidado, con el grupo de Mahá que se suponía oculto dentro de un área determinada.

Esta medida era indispensable porque comúnmente Mahá y los demás grupos de mahoreros, cuando tenían que enfrentarse con tropas regulares españolas, solían replegarse a posiciones ventajosas donde se hacían fuertes y luchaban con más comodidad.

Sin embargo cuando se enfrentaban con otros hermanos de raza, no tomaban tantas precauciones y en el caso de los lanzaroteños, aunque estos estuvieran mejor armados los consideraba más fáciles de vencer, haciéndoles frente con más frecuencia e incluso persiguiéndoles.

La misión de los hombres de Guadarfia era simular un traiego o convoy de material de un punto a otro, de tal modo que atrajera la codicia de los mahoreros capitaneados por Mahá, para fingir una huida hacia el lugar donde estaría emboscado el segundo grupo de soldados que mandaba Curtois.

La estratagema dio resultado.

Mahá y los suyos, creyendo sorprender a la desprevenida tro-

pa lanzaroteña, cayeron sobre ella con gran estruendo y vocerío.

Fingiendo sorpresa y desconcierto por un lado y temiendo seriamente por sus vidas por otro, la tropilla emprendió la huida seguida de cerca por los mahoreros.

Al llegar al punto señalado, los soldados hicieron su aparición y la batalla que se trabó fue encarnizada y dura.

Experto combatiente, Mahá procuró discernir prontamente sobre quien era el que capitaneaba a sus adversarios, pues conocía la innegable efectividad de eliminar al jefe para desconcertar a los demás, y reconociendo en ello a Surtois, se dirigió hacia el lugar en el que éste se hallaba para atacarle.

Mal lo hubiera pasado el bravo caballero francés, si uno de sus soldados no acude presto en su auxilio abalanzándose resueltamente con su lanza sobre el gigante, que herido en pleno costado y sobre el corazón, cayó muerto en el acto.

La orden de Bethencourt no se había podido cumplir y Mahá yacía sin vida a los pies de sus matadores.

Reclamó Guadarfia el cadáver del gigante para llevarlo como victorioso trofeo para su isla lanzaroteña y viendo Bethencourt que ya nada podía hacerse y que por otra parte la reclamación de Guadarfia era justa, conviniéndole además que así aumentara el prestigio de este caudillo sometido, le concedió el privilegio solicitado.

Inmediatamente los lanzaroteños dispusieron la evisceración y el embalsamamiento del cadáver del abatido gigante, que transportado con todos los honores por sus adversarios en unas gigantescas parihuelas, fue conducido en una pequeña embarcación a Lanzarote, donde, después de haber sido expuesto a la curiosidad del pueblo que se resistía a creer en su historia y su presencia, fue enterrado.

Para enterrarle cavaron una fosa de colosales proporciones, pues ya habían incorporado el hábito de enterramiento en fosa al estilo europeo, por lo que cuando muchos años más tarde esta tumba fue descubierta, encontrándose los huesos dispersos por efectos de la excavación, sólo se tuvieron en cuenta las medidas de la sepultura, atribuyéndose al esqueleto teóricamente imaginado y constituido, unas dimensiones mucho mayores de las que en realidad había tenido.

JUAN CAMACHO

Es la vida de Juan Camacho, histórico y a la vez legendario personaje de la Conquista Canaria, un acerbo de motivos de toda índole para pergeñar la más peregrina y fantástica novela de aventuras que imaginarse pueda la mente más exaltadamente creadora. Y sin embargo todo en ella se nos aparece normal, sin viso alguno de fantasía o inverosimilitud, como si fuera lógico todo cuanto hubiera de suceder.

Lamentablemente no está nuestra pluma capacitada para semejante obra, por lo que nos vamos a limitar aquí a señalar los episodios más sobresalientes de la prodigiosa vida de este curioso personaje.

Para ello tenemos que remontarnos a tiempos y a escenarios que transcurren y se contienen lejos de lo que más tarde vendría a constituir el campo de acción definitivo de nuestro intérprete, que una vez afincado en tierra canaria, la cubrió con una basta y generosa prole a lo largo de una inusitada y longeva prolongación de su vida.

El origen de esta historia comienza a configurarse en tierras de Berberia, en la costa norafricana, allá por los tiempos de las primeras incursiones de Diego de Herrera.

Cuando Diego de Herrera se percató de que la obra de la Conquista de las Islas Canarias no se reducía a un simple y placentero paseo militar de desembarco, y después de haber fracasado en sus intentos por apoderarse de la isla de Gran Caranaria, de la cual sólo tomara posesión simbólicamente, sien-

do rechazado también en la de La Palma, comprendió que tales empresas requerían mucho tiempo, hombres y recursos de los que él carecía, por lo que en su día hemos visto como cedía los derechos a la Conquista de estas islas a Sus Majestades, por la cantidad de cinco mil doblas de oro.

Con este dinero, en trato ciertamente ventajoso, organizó nuevas expediciones, pero cambiando el rumbo de las mismas, dirigiéndose a las costas de Berberia, relativamente próxima a su isla, donde comenzó a realizar las consabidas fundaciones.

Una de éstas fue la de Mar Pequeño, construyendo allí una reducida fortaleza que al ausentarse dejara en manos de uno de sus capitanes, Jofre Tenorio, caballero sevillano como él, de reconocido prestigio y valentía.

Narra la leyenda que en una de tantas confrontaciones con los berberiscos, Tenorio fue sitiado por el Gran Jarife árabe, que amenazaba con exterminar y barrer a los cristianos de aquellas costas para siempre, proclamando una guerra santa y sin cuartel.

Mal lo hubiera pasado nuestro Tenorio si Diego de Herrera oportunamente puesto sobre aviso, no acudiera con varios navíos y mucha gente de armas a levantar el sitio, liberando a su capitán de aquella pesadilla.

Mucho discutieron los dos conquistadores, en cuya discusión intervinieron otros capitanes y parientes de Herrera, sobre la conveniencia de organizar en aquella región una acción bélica de grandes proporciones, para limpiar la zona de enemigos, consolidando así sus posiciones y favoreciendo la llegada de nuevos expedicionarios para continuar el programa fundacional.

No estaba el de Herrera muy propicio a tal desarrollo de las operaciones en Berberia, porque aunque aparentemente todo marchaba bien por sus predios canarios, negras nubes se avizoraban en el horizonte, ya que los portugueses y los franceses jamás habían renunciado con carácter definitivo a sus reivindicaciones sobre los derechos a la conquista canaria y don Diego sabía muy bien que se estaban fraguando serias conspiraciones.

Así fue como pese a la victoria obtenida y a la buena coyuntura que se ofrecía ante la reciente dispersión de las fuerzas del gran Jarife, Herrera y los suyos regresaron a Lanzarote,

dejando en Mar Pequeño un fuerte refuerzo al mando de su yerno Pedro Fernández de Saavedra, casado con doña Constanza Sarmiento, una de las hijas del Conquistador.

Es aquí, cuando en su ausencia, comienza a tejerse la leyenda de Juan Camacho.

Este personaje surge como un mozo árabe, de unos 30 años, llamado en su lengua Al Uxgrut Ben-Casin, que se presenta sigilosa y espontáneamente al capitán Tenorio proponiéndole un plan para combatir al Gran Jarifé.

Mucho se ha especulado sobre la verdadera personalidad y origen de Ben-Casin o Juan Camacho como más tarde se apellidaría.

Todo parece confirmar que se trataba de algún enemigo o disidente del Gran Jarife o tal vez actuaría movido por algún deseo de particular y pasional venganza, porque como veremos más adelante, este misterioso personaje, aunque volvió a intervenir en hechos guerreros, no tuvo aspiraciones políticas o de mando, que nosotros sepamos, pasando el resto de su larga y prolífica vida en Lanzarote dedicado a sus trabajos como agricultor y comerciante.

Comunicó Ben-Casin a Tenorio que él conocía la forma de aniquilar a las fuerzas del gran Jarife, conociendo igualmente el lugar en donde estas se hallaban acampadas.

Para ello solamente se requería una mayor fuerza que la actualmente existente en la fortaleza, siendo pues indispensable ponerse en contacto con Diego de Herrera para que proporcionara los hombres y pertrechos necesarios.

Tan sinceras fueron sus palabras, tan nobles y altivos sus ademanes y gestos, tan razonable su forma de argumentar, que Tenorio comprendió hallarse ante un verdadero personaje y tras muchas reflexiones, decidió aceptar las sugerencias que se le hacían.

Con objeto de proceder a dicha entrevista, envió Tenorio a Ben-Casin a Lanzarote acompañado por el joven Saavedra, llegando ambos a su punto de destino después de una feliz travesía.

No sabemos cuales serían las secretas razones apuntadas por Ben-Casin o cual la incontestable fuerza de sus argumentos,

mas el caso fue que Diego de Herrera accedió a sus proyectos y dispuso se preparara una expedición "ad hoc" para llevar a cabo el ambicioso plan.

Contentos y dichosos regresaron nuestros emisarios a Mar Pequeño.

El árabe porque iba por fin a ver cumplidos sus deseos de reivindicación de quien sabe que pretélica ofensa o de venganza.

El joven Saavedra porque veía ante sí la oportunidad de un lucimiento que agrandara su fama y experiencia en el noble arte de la guerra.

Fue entonces cuando se dio la conocida batalla de Tagaos, o por otro nombre "Batalla del Camello Blanco", a lo que nos referimos en otro lugar al hablar de los dromedarios de Fuer-teventura.

Dicha batalla constituyó un gran triunfo y rico botín para las armas españolas, lo que no hizo otra cosa que aumentar el prestigio de Ben-Casin entre los españoles.

Invitado por Diego de Herrera, regresó con éste a Lanzarote, convirtiéndose al cristianismo y bautizándose, siendo su padrino el noble español don Juan Camacho del cual tomaría el nombre con el que en lo sucesivo le vamos a encontrar en la Historia.

No se sabe el tiempo que permaneció entonces en Lanzarote. Pero al cabo de los años le encontraremos afincado en la isla, disfrutando de gran riqueza y gran prestigio. Diego de Herrera en agradecimiento por sus servicios y prendado de su magnífica personalidad le obsequió con grandes repartimientos en tierra lanzaroteña, así como con numerosos regalos entre objetos de uso personal, ganados, armas y servidumbre.

El padre Abreu y Galindo nos relata que Diego de Herrera utilizó los servicios de Juan Camacho como mentor y guía en sus numerosas incursiones por tierra bereber, pero en cambio no nos habla de tan repetidos como contumaces servicios.

Vivía rodeado Juan Camacho en Lanzarote de gran comodidad y riqueza ya que a los servidores que Diego de Herrera le había regalado hubo de agregar numerosos esclavos moros aprehendidos en las batallas sostenidas por los cristianos contra las tropas del Gran Jarife.

En una oportunidad viajó a la Península asombrando a la Corte por el boato y la magnificencia de su séquito, llevando como regalo para los Reyes Católicos que por su visita se hallaban en Granada, un grupo de esclavos negros y otros bereberes que produjeron una gran sensación, así como la produjeron igualmente los dromedarios que conducían los ricos presentes.

La vida de Al Uxgrut Ben Casin se prolongó según testimonio del historiador anteriormente citado, más allá de los ciento cuarenta años, aunque mucho nos tememos que las muchas dificultades de toda clase, para encuadrar exactamente los datos de la Conquista dentro de un orden cronológico, son insuperables.

El P. Abreu se refiere a Juan Camacho así: "Vivió este adalid Juan Camacho ciento cuarenta y seis años, vida larguísima para nuestros tiempos. Yo lo conocí y traté muchas veces, y me contaba muchas cosas. Murió en Lanzarote, año de 1591, visitando las islas D. Fernando de Figueroa, Obispo de Canario y estando allí D. Luis de la Cueva y Benavides, gobernador y Capitán General de las islas y Presidente de la Real Audiencia de ellas y Gonzalo Argote de Molina, provincial de la Hermandad de Andalucía, señor de la Torre de Olid, los cuales tomaron relación de este Juan Camacho; el cual, con ser de esta edad, no andaba corcovado sino derecho; y, dos años antes que muriese, se había casado con una moza de veinte años y hubo un hijo de ella".

Mal se aviene esta relación cuando tratamos de puntualizar y ensamblar fechas, con otros datos obtenidos de diversas fuentes de información. Si tenemos en cuenta que las incursiones de Diego de Herrera a tierra bereber tomaron cuerpo y auge entre los años de 1450 a 1470, aún cuando hubieran existido otras realizadas por el mismo Caudillo con anterioridad y con posterioridad a estos dos decenios, pese a colocar la aparición de Juan Camacho en el último y en su extremo, contando ya los treinta años, la edad total superaría con mucho la indicada por el P. Abreu.

Por lo tanto no queda otra alternativa que pensar en la dualidad de este personaje, pudiendo muy bien haberse tratado de

padre e hijo o de haber coincidido estos dos nombres en diferentes épocas de un mismo mandato de Herrera.

Mas fuere como fuere el resultado de esta incógnita cronológica lo que más nos admira es ese testimonio de paternidad ofrecido por el mismo P. Abreu, que coloca a nuestro protagonista a la cabeza de los fecundos patriarcas bíblicos que por lo general comenzaban a engendrar pasado el medio siglo de existencia, presentando un máximo de fertilidad de los cien años en adelante.

La historia de Juan Camacho se halla íntimamente vinculada a algo telúrico y consustancial al paisaje canario como es la presencia del dromedario en nuestro suelo y lo que ella representa simbólicamente para estas islas, especialmente para las de Fuerteventura y Lanzarote que fue en las que más abundaron estos característicos habitantes del desierto.

MOROS EN LA COSTA... CANARIA

Comprendemos que hablar de "moros" sobre el suelo de las islas canarias, resulta en verdad perogrullesco, porque todos estamos de acuerdo en admitir que los primitivos "mauris" prebereberes, fueron los primeros habitantes de estos paradisíacos parajes, por lo que mal podríamos hablar de "invasión árabe", al referirnos a los desembarcos que a continuación narramos, en época posterior a la Conquista.

Pese al contenido lógico de la anterior observación, estimamos de todo punto necesario aclarar dentro del campo etnológico, cultural y lingüístico, la diferencia que realmente existe entre esta innegable denominación de "árabe" del canario o guanche primitivo y la que corresponde a ese otro árabe más evolucionado y conquistador con el cual nos vamos a encontrar después.

Muchos tratadistas pretenden encontrar cierto paralelismo y parangón entre la expansión árabe de los primeros siglos de nuestra era y la formación del elemento etnológico guanche, alegando que la misma invasión sufrida por ejemplo por la Península Ibérica se reflejaría sobre la dominación de nuestro archipiélago por parte de las falanges victoriosas del Islam.

No podemos admitir esta comparación porque como ya se ha apuntado en otro lugar de estas Recopilaciones, la raza aborígen de estas islas proviene directamente de grupos autóctonos de la región africana del noroeste, que nada tenía que ver en general con lo que más tarde habría de convertirse en pri-

mitiva cultura bereber y después en esplendorosa civilización árabe .

Por lo tanto establecemos ya desde un principio una neta diferenciación entre el guanche de origen norafricano y el árabe imbuido de cultura oriental y semítica, que es el que nos vamos a encontrar en las incursiones que aquí relatamos.

Por esta razón podemos concluir que el arribo de "moros" a estas costas y el dominio temporal que ejercieron sobre algunas poblaciones en determinadas islas, tiene un verdadero carácter de "invasión", de movimiento de expansión y como es natural de confrontación de un elemento indígena, más o menos mestizado, con otro elemento extraño o extranjero.

En dos períodos históricos podemos agrupar los relatos que se refieren a la presencia morisca por estos predios isleños.

En un primer período tendríamos que contemplar las incursiones realizadas desde la fundación de las poblaciones autóctonas canarias, hasta la irrupción definitiva del elemento europeo que comienza con el inicio de la tarea conquistadora.

En este período pocos son los testimonios que vamos a encontrar conservados y solamente a base de conjeturas y de intentar reunir eslabones perdidos, es como podemos hacernos una idea de lo que pudo haber sido no una dominación árabe en el verdadero sentido, ya que como tal nunca existió, sino como episodios fortuitos o accidentales que pudieron contribuir de alguna manera a reforzar ciertos aspectos lingüísticos y culturales del pueblo guanche.

Esta falta de confirmación o solidez de una cultura árabe en estas islas, tenemos que buscarla y fundamentarla en lo que tantas veces hemos repetido de que la integración de nuestra primitiva población no se hizo bajo los auspicios del poder "árabe" matizado por la cultura, sino por el pueblo cartaginés representado en sus fuerzas expedicionarias militares, que confinaron en el archipiélago a los grupos de mauris y audaghoses ya conocidos.

Sólo así podemos comprender fácilmente como a la caída del imperio cartaginés, estas islas quedan durante siglos abandonadas a su propia evolución, que por sus características de especial aislamiento, se retrasa, mientras que en el continente

las cosas iban a desarrollarse de muy distinta manera, apareciendo unos 500 ó 600 años después de J. C. la marcha victoriosa ascendente del imperio árabe.

Sin embargo tenemos motivos más que sobrados para sospechar que a pesar de esta falta de cohesión y dominio por parte del habitante del suelo africano en estas islas, sus visitas hubieron de producirse con cierta frecuencia, porque en la terminología de la lengua guanche que se conoce inmediata a la pre-conquista, figuran multitud de toponímicos y patronímicos de marcado carácter bereber, cuya correspondencia encontramos hoy perfectamente reflejada en expresiones similares de aquellas regiones africanas.

Pero el misterio de estas idas y venidas respecto a las consecuencias de estos contactos, aún está por desvelarse.

Porque resulta incomprensible de todo punto el hecho de que aún tratándose de contactos episódicos y circunstanciales, el guanche no hubiera asimilado y lo que es más curioso aún, conservado, testimonios de aquellos encuentros y de aquellas indudables permanencias y convivencias con elementos extraños, pero más o menos afines, como lo demuestra su influencia en el lenguaje.

De más fácil acceso nos resulta la investigación de todo cuanto se relaciona con las incursiones árabes o berberiscas en tiempos de la Conquista.

Entonces ya existen otros medios de control y de testimonio, pudiendo conservarse pruebas y documentos fehacientes, junto con descripciones e informaciones acabadas que dan completa fe de cuanto en estas islas pudo haber sucedido.

Sin embargo es necesario señalar un hecho que nosotros estimamos de capital importancia cual es la coincidencia del descubrimiento y conquista de estas islas, con el desenlace del enfrentamiento entre dos gigantescos imperios: el incipiente y arrollador imperio español abocado al gran salto oceánico y la grandeza del colosal imperio árabe en franca crisis de su iniciada decadencia.

Piensan algunos autores que esta coyuntura fue favorable a la corona de España y a las armas españolas, al considerar al imperio árabe sumergido en la crisis apuntada.

No lo creemos así, porque como hemos visto, los árabes por las razones que les hayan asistido para ello, no se habían preocupado por el dominio de estas islas, como lo prueba el hecho mil veces reiterado de que cuantos aquí llegaron no encontraron vestigios de aquella floreciente y superior Cultura.

Más bien nos inclinamos a pensar que el valor estratégico de este archipiélago recibirá el espaldarazo definitivo con el descubrimiento de América, que le convertirá en crucial singladura rumbo al Nuevo Mundo, especialmente para la nación descubridora.

Hasta entonces estos parajes, al margen de su paradisíaca condición, sometidos a un aislamiento que entonces no se podía neutralizar con los medios de que hoy disponemos, conservaba más bien la tradición y fama de ese Sangri-La remoto, que casi se confundía con la nebulosidad de un sueño, como ocurrió con la quimérica isla de San Borondón.

¿Cuándo comienzan las incursiones bereberes de este segundo período?

Desmantelado el poderío árabe en la Península y combatidas las huestes sarracenas en su propio suelo, la trayectoria de este repliegue sigue la marcha inversa de su primitiva expansión, esto es, hacia Oriente, dispersándose hacia la parte Occidental africana unos grupos más reducidos de colectividades evolucionadas y con cierta categoría cultural.

Por esta razón la resistencia bereber tarda bastante años, a partir de los primeros desembarcos en estas islas y de las primeras incursiones de las armas españolas en Berberia, en organizarse.

Así pues los primeros indicios de reacción de esta resistencia, proyectándose a su vez como expediciones agresoras o invasoras sobre este archipiélago, bien organizadas y pertrechadas, sobreviene en tiempo de Solimán Abu, Rey de Fez, que había logrado agrupar y organizar a los bereberes que habitaban las regiones inmediatas a la fortaleza de Mar Pequeño, fundada por Diego de Herrera.

En el año 1524, Abu consigue destruir el fuerte de Mar Pequeño, aniquilando o haciendo prisioneros a sus defensores, sin que el Capitán General de estas islas Canarias, que lo era a la

sazón Bernardino de Anaga pudiera acudir en auxilio de los sitiados ya que en el propio Real de Las Palmas se estaba pasando por una delicada situación debido al azote de una rara epidemia conocida con el nombre de "modorra".

Ello envalentonó al Gran Jarife, que considerándolo como una muestra de debilidad de los cristianos, creyó llegado el momento propicio para atacarlos en sus propias fortalezas que suponía desguarnecidas por los efectos de la epidemia, por lo que aprovisionando una bien nutrida escuadra se lanzó a la mar, dispuesto a la conquista.

Pronto sus sueños se vieron truncados por la áspera realidad de un poco cordial recibimiento cuando intentó desembarcar en las costas de Gran Canaria.

Hubo de retirarse y de desistir momentáneamente de su empresa, prefiriendo el ataque y saqueo de otras poblaciones y puertos de Lanzarote y Fuerteventura, en los que causó muchos estragos e hizo numerosos prisioneros, retornando a Berberia sino victorioso, sí al menos compensado por los daños producidos al enemigo y por lo que para él constituía un precioso botín, ya que los españoles por él aprehendidos, le servirían como valiosos rehenes para futuras negociaciones con el enemigo.

Muchos años después tenemos que registrar el asalto de Lanzarote por el corsario berberisco Mohamed Galafat, quien hacia el año 1569, bajo los auspicios del nuevo Jarife, realizó numerosas incursiones por el archipiélago canario.

En esta oportunidad Galafat se hizo a la mar con nueve galeras y 600 hombres de armas, escuadra que para aquellos tiempos representaba un fuerte y temible poderío.

A pesar de tanta fuerza, encontró el moro tenaz resistencia y la matanza fue grande en uno y otro bando, llegando a perder los atacantes una galera.

Pero consiguió Galafat su propósito, dominando y saqueando la isla durante tres semanas, al cabo de las cuales, después de asolar y de incendiar numerosas poblaciones, se retiró con rico botín, prácticamente con cuanto utilizable encontraran a mano llevándose además 90 cautivos entre hombres y mujeres.

Una tercera incursión de importancia volvería a cebarse sobre la sufrida isla lanzaroteña que parece ser el pararrayos que

acapara las airadas descargas de los ambiciosos excesos africanos de toda índole.

Est vez el intérprete es el argelino Amomat, que con siete galeras y 800 hombres de armas y 400 turcos, invaden la isla, dando muerte al Gobernador D. de Cabrera.

Sus huestes dismantelan y aniquilan cuanto a su paso encuentran. Destruyen el histórico castillo de Guanapaya, cerca de Teguisse, población del principado guanche. Entre los prisioneros que tomaron cautivos figurarían doña Inés Benítez de las Cuevas, esposa del primer marqués de Lanzarote, Agustín de Herrera y Rojas y a su hija natural Constanza de Herrera.

El marqués trató de gestionar el rescate de las damas.

El argelino exigió 15.000 ducados como rescate, mas como el de Herrera no dispusiera de una cantidad superior a los 5.000, hubieran de ser entregados como rehenes y garantía de restante pago, los caballeros Diego Sarmiento, hermano natural del marqués y Marcos de San Juan Peraza, que permanecieron cautivos en Marruecos hasta el año 1590, en que el marqués pudo pagar la deuda contraída.

El botín fue rico y variado y Amomat se llevó 200 cautivos más.

Otro Solimán aparecerá también sobre Lanzarote allá por el año 1618, al frente de la más poderosa armada berberisca que hubiera surcado nuestras azules aguas.

Eran ahora 5.000 hombres los que amenazaban la paz y la seguridad de la gente canaria que a la vista de tan numerosa armada, huyó aterrorizada, pasando muchos a la isla vecina de Fuerteventura y acudiendo presurosos otros a ocultarse por los escondrijos y cuevas del interior de la isla, especialmente en la cueva de Los Verdes.

Solimán y su lugarteniente Tabán, sumergidos en los placeres y en los festines de la victoria, no ordenaron a su gente que penetrara en la cueva de Los Verdes, donde según referencias fidedignas, los bereberes habían tenido noticias de haberse refugiado allí casi un millar de personas.

Se limitaron a disponer una nutrida guardia a la entrada de la cueva, pensando reducir por hambre a sus ocupantes.

No sabían los bereberes que esta cueva tenía, lejos de allí,

otra salida que secretamente utilizaban los sitiados para salir en busca de provisiones.

Mas quiso el hado adverso que las tropas de Solimán sorprendieran a un pequeño grupo de estos emisarios, y primero con halagadoras promesas, con torturas después, les hicieron confesar el lugar exacto de la abertura, que como es natural, se apresuraron a tapiar.

Así fue como los cristianos hubieron de rendirse, para ser conducidos al cautiverio junto con el desafortunado grupo que les había descubierto la salida.

De esta isla pasó Solimán con gran parte de su armada a La Gomera que también saqueó, dirigiéndose después a la isla de La Palma.

Pero en La Palma no le resultó fácil al caudillo bereber el desembarco y tras varios días de intentar afincar en el suelo palmero sus Reales, siendo descalabrados sus hombres en múltiples escaramuzas, hubo de desistir de su empeño, con gesto de olímpico desprecio que encubría su verdadera impotencia ante tamaña empresa.

En su retirada de la isla, abandonó algunos prisioneros que había tomado en La Gomera y que rápidamente fueron debidamente atendidos por los palmeros. Algunos otros cautivos fueron rescatados antes de retirarse de nuestras costas.

En esta isla de La Palma se hizo célebre el apellido de Mata Moros, dado a una familia palmera que se significó en la defensa contra el invasor bereber.

Ya sabemos que la mujer palmera, bien desarrollada, hermosa y corpulenta, tomaba parte activa en cuanto litigio y escaramuza tenían que enfrentarse los habitantes de la isla, ya fuera entre sí con motivo de sus frecuentes rencillas, o contra cualquier invasor extraño.

La jefe de esta familia parece ser se trataba de una mujer muy corpulenta, que usando de su fuerza, con un fuerte garrote en las manos y escondida tras la puerta del aposento bajo de su casa, iba masacrando cuanto bereber osaba trasponer el umbral.

En la isla de Fuerteventura, en otra incursión bereber de esta época, sus habitantes corrieron igualmente a refugiarse en cuevas apropiadas, en una de las cuales se ocultaron una

sobrino del entonces Gobernador Gonzalo Saavedra y su aya. El Gobernador pidió auxilio al de Gran Canaria que le envió 200 hombres pero la travesía fue tan mala que los soldados llegaron mareados y fueron presa fácil para el bereber que les estaba aguardando. También estos dramáticos episodios tienen su lado pintoresco.

Después de esta última y gigantesca expedición, no tenemos noticias que se hubiera realizado ninguna otra de igual o superior envergadura, limitándose las ulteriores incursiones berberiscas a los actos de piratería típicos de aquellos tiempos.

LEYENDA DEL CABALLERO SAAVEDRA

En estos relatos de combates fieros y temerarias hazañas por parte de uno y otro bando, el cristiano representado por la población que comenzaba a mestizarse a base de europeos y nativos guanches y el del Islam representado la mayor parte de las veces por la población bereber, no podían faltar los consabidos episodios amorosos, líricos y dramáticos que suelen acompañar a toda empresa humana.

Si bien por una parte estas confrontaciones sirven para exaltar las nobles virtudes de la guerra, si así podemos llamar a todo cuanto pueda contribuir a que los hombres se destruyan entre sí cada día con mayor encarnizamiento, como contraste y reverso de refrescante sombra y apaciguamiento, vemos exaltarse otras virtudes que representan todo lo contrario a la violencia, a la fiereza, a la crueldad y a la temeridad o al espíritu de destrucción y mal.

Estas virtudes son la abnegación, la lealtad y la fe, la capacidad de sacrificio, el estoicismo y otros valores no menos peregrinos y humanos que muchas veces, sin proponérselo tan siquiera, surgen como inapelables motivos de gesta, que los juglares de la Historia, cantarán después a todos los vientos.

En muchos casos estas gestas son pura leyenda, puro mito que sólo tiene el valor simbólico con el que se pretende expresar y conservar alguna virtud de una raza o pueblo para la posteridad.

Pero en otros casos la leyenda se teje y agiganta sobre hechos

reales que a fuer de supuestos, nos parecen inverosímiles o como tales los preferiríamos para que nuestra fantasía pudiera superar a la realidad.

Esto nos ha sucedido con las aventuras y desventuras de un caballero español, Alonso Pérez de Saavedra, avecindado en Fuerteventura, cuya dramática biografía vamos a pretender bosquejar aquí.

¿Cuándo comienza a forjarse nuestro Destino? ¿Son las cosas que nos ocurren, acontecimientos inesperados o espontáneos vaivenes de la suerte, o son más bien el resultado de una constelación de causas próximas y remotas que comienzan a perfilarse y a combinarse fatalmente en un tiempo pretérito?

Es muy posible que de ambas maneras se puedan enjuiciar unos u otros de los muchos acontecimientos que hilvanan nuestras asendereadas existencias.

Un hecho insignificante, un detalle sin importancia puede ser en una mañana indeterminado la causa de un evento decisivo, trágico o risueño, para nuestras vidas.

Otras veces tenemos motivos suficientes para sospechar que algo que se está produciendo puede acarrear a plazo más o menos largo específicas consecuencias, pensamiento que en el sentido de lo adverso y peyorativo solemos expresar con la conocida frase de que "quien siembra vientos, recoge tempestades".

Tal vez esto último lo pudiéramos aplicar al caballero de nuestra historia. Y no porque tengamos referencia alguna que pueda macular su intachable conducta, su noble ejecutoria, su digno y caballeroso comportamiento.

No sucede lo mismo con su padre don Pedro Fernández de Saavedra, señor de Fuerteventura, que habiendo hecho numerosos prisioneros en sus expediciones a tierras de Berbería, habían conservado una hermosa doncella mora como esclava, la cual doncella se hallaba emparentada con el Gran Jarife bereber.

De estos apasionados pero legales arrebatos amorosos de don Pedro, vino a nacer el personaje de nuestra leyenda, que desde niño ya por razón de su origen, fue instruido en la lengua materna y en grandes conocimientos de la cultura bereber, ya que como hemos dicho su madre pertenecía a una familia muy principal.

Esta es la siembra a la que anteriormente nos hemos referido.

Desde el mismo día de su nacimiento, la bella Zulema, que así se llamaba la esclava, soñaba para su hijo grandes destinos y singulares prerrogativas a caballo de una fantástica coalición entre los cristianos y los moros que ella representaba.

Sin embargo el infortunado niño iba a experimentar un destino bien diferente.

Los primeros años de su vida transcurrieron alegres y dichosos.

Aunque bastardo, sólo por el hecho de pertenecer a la nobleza y estar emparentado entrañablemente con los Condes de La Gomera, era suficiente para poder disfrutar de no pocos privilegios que se acentuaron por la afición y el cariño que su padre le tomara, al verle convertirse en un apuesto e inteligente mancebo, fino, delicado, profundamente espiritual y sensible, acendradamente religioso, un varón noble y virtuoso tal cual don Pedro se hubiera imaginado y querido para sí como primogénito de su noble casa.

Fue por estas razones por las que andando el tiempo y armado ya caballero nuestro joven don Alonso, su padre le confió el comando de un importante grupo de hombres armados y de navíos para incursionar por tierras africanas llevando el pendón de Castilla y de la Fe hasta donde sus humanas fuerzas se lo pudieran permitir.

Estas actividades tan contrarias a los tiernos y cándidos sueños de paz de Zulema, contristaron el ánimo de ésta hasta tal punto, que vencida por el sufrimiento y quizá por la nostalgia de su vida anterior, entregó su alma a Dios o a Alá, pues a este respecto nada nos dice la Historia sobre si la bella esclava murió convertida o no a la nueva fe.

Don Alonso cosechó victoria tras victoria y llegó a constituir una seria pesadilla para la gente y para el propio Gran Jariife, que estaba doblemente indignado por conocer la ascendencia del impetuoso y arrogante guerrero.

Por ello y pese a que en lo profundo de su conciencia le estimaba notablemente, dio la orden a todos sus generales para que procedieran con especial interés a conseguir aprisionar a

don Alonso y terminar para siempre con sus desbarajustes y tropelías.

Porque bien está decir que nuestro joven actor, también hacía de las suyas y no eran pocos los prisioneros bereberes que él había trasportado como rehenes y esclavos a tierras canarias.

La oportunidad que tanto anhelaba su berberisco pariente, se presentó por fin, en una acción que el historiador Diego de Torres nos narra así:

“...y fue el caso que siendo mancebo (se refiere a don Alonso) con cierta gente de Canarias hizo muchas entradas en tierra de moros... Azanegues... logrando cautivar varios prisioneros... allegó un día al puerto de Tahagoz y alzando una bandera blanca envió un hombre al alcaide por seguro para tratar de rescatar a aquellos hombres.”

Trataremos de aclarar un poco esta confusa exposición: don Alonso al frente de su tropa tomó varios prisioneros, dirigiéndose con ellos al puerto de Tahagoz, plaza fuerte bereber, para tratar con su alcaide sobre un posible canje, ya que en aquella fortaleza consumían su prisión numerosos cautivos cristianos.

El alcaide pasó inmediatamente aviso al Gran Jarife que se hallaba en la población de Tarudante, mientras entretenía a don Alonso para prolongar su espera.

Iban los cristianos como emisarios, protegidos por la bandera blanca del parlamento, según uso y costumbre de la época, así que en ningún momento recelaron de cualquier jugarreta, acampando tranquilamente en las inmediaciones del castillo moro.

Vio en esto la gran oportunidad el gran Jarife para apoderarse del joven guerrero, por lo que cursó a su subalterno el alcaide de Tahagoz la orden de prisión correspondiente, exigiendo se le fuera enviado de inmediato a su presencia.

Solícito anduvo en cumplir el mandato de su jefe el morisco alcaide y contraviniendo todos los fueros y prerrogativas de neutralidad parlamentaria dio con nuestro grupo de cristianos en prisión, remitiendo a don Alonso bajo una fuerte escolta al Gran Jarife.

Intentó este desde los primeros momentos atraer al noble canario a la causa del Islam, recurriendo a toda suerte de argu-

mentos y de amenazas, terminando por invocar su condición de pariente, ya que le sabía hijo de la fallecida Zulema.

Mas de nada valieron súplicas ni ruegos y don Alonso mostrábase cada vez menos dado a la conversión, hasta que cansado el Gran Jarife de tanta y obstinada resistencia, dispuso le sometieran a un fuerte castigo corporal y le recluyeron en una de las mazmorras del palacio.

No sabemos como el hado que pergueña los destinos más singulares pudo hacer intervenir en este caso a la bella Fátima, sobrina del Gran Jarife, que se nos aparece locamente enamorada del mancebo, al cual socorre con su compañía y con gratos presentes, a través de las prisioneras rejas.

Llevaba el idilio vías de prolongarse cuando el Gobernador moro se enteró de los amores entre los jóvenes y creyó que esta circunstancia podía servirle para conseguir sus propósitos.

Concibió el plan de utilizar a su sobrina como cebo para atraer al castellano, obligándoles después a contraer matrimonio y a quedar el joven español bajo su única y directa autoridad.

Fue por ello por lo que dispuso suavizar las durísimas condiciones en las que el prisionero vivía, permitiéndole algún mayor movimiento y como es natural más frecuentes contactos con su amada.

Pero las cosas sucedieron al revés de como pensara el moro. Don Alonso consiguió el amor de la hermosa Fátima y además su inquebrantable obediencia y adhesión, planeando entre ambos la fuga, estando la joven resuelta y decidida a acompañarle.

En un tris estuvieron los enamorados de conseguir sus propósitos. Mas en los últimos momentos un fiel criado del Gran Jarife que había de jugar el papel de cómplice y encubridor en la fuga, temeroso de las terribles consecuencias que todo ello pudiera tener, puso a descubierto ante su jefe toda la trama.

Esta vez, la ira del Gran Jarife no tuvo límites ni medidas, descargando su furor sobre ambos jóvenes, después de conseguir la confesión de la infeliz y aterrorizada Fátima que confesando salvaba la vida de su prometido.

Al saberla seducida, su tío ordenó su traslado a otra ciudad donde viviría durante muchos años bajo la vigilancia de sus

parientes, llorando por el recuerdo de su amado y por un niño que jamás llegaría a conocer.

El castigo impuesto al noble caballero fue aún más terrible, ya que para evitar que en lo sucesivo valiéndose de sus personales dotes y atractivos, pudiera volver a seducir doncella, le condenó a vivir permanentemente engrillado, aprisionada su pelvis por unas bragas de hierro que fueron remachadas en el mismo instante de su imposición.

Pese a lo duro de estas condiciones no perdió el ánimo nuestro esforzado caballero, que se mantuvo firmemente en su primera e inabatable postura, no accediendo jamás a los deseos de su pariente y condenador.

Ignoramos el motivo por el cual el Gran Jarife no hizo degollar al cautivo, que siempre fue el método más expeditivo y usado para deshacerse de los enemigos. Es muy posible que, hombre al fin y al cabo y con su correspondiente trozo de alma mora complicada en el asunto, sintiera alguna debilidad o flaqueza por el recuerdo de su bella pariente lo que le impulsaría a ser generoso con aquel díscolo retoño.

Cuenta la historia que don Alonso Pérez de Saavedra pasaba sus días jugando largas partidas de ajedrez con sus carceleros y hasta con su propio pariente o tejiendo primorosos tapetes y tapices que pronto cobraron fama.

Hasta que un día vencido por la melancolía, por el peso de la férrea braga y a consecuencia sin duda de las infecciones que se añadían a las llagas producidas, entregó su vida al Señor, cerrando así para siempre uno de los más dramáticos y románticos capítulos de la lucha entre los conquistadores españoles y las fuerzas que a su vez pretendían reverdecer sus dotes expansivas del Islam.

LOS DROMEDARIOS DE FUERTEVENTURA (Batalla del Camello Blanco)

¿Cuándo y cómo se incorporó la legendaria figura del dromedario, mal llamado "camello" a la paisajística canaria?

Es este uno de los temas sino más apasionantes, sí más polémicos de cuantos integran ese incógnito mosaico folklórico de nuestras islas.

En nuestros días, en todo el mundo al referirse al archipiélago canario, surgen automática y espontáneamente, cual si de una asociación natural se tratara, una serie de símbolos telúricos que parecen encuadrar todo el acerbo histórico, geográfico y político de nuestras islas.

El Teide con su majestuosa y arrogante figura, presidiendo el sereno reposar del pueblo canario. La palmera, esbelta y oscilante, ofreciéndonos su graciosa y vacilante sombra. Los roques apostados como centinelas en sus atalayas de piedra, oteando horizontes infinitos, cual si estuvieran dispuestos a dar la voz de alarma ante cualquier irrupción extraña en el paisaje azul, de cielo y mar que nos envuelve. La tunera y el cardon. La pita, los geranios, las retorcidas higueras... y al lado de todo ello la insólito y sorprendente figura de ese "camello" recortándose en un paisaje áspero, sobre el azul tibio del atardecer.

¿Qué significa el dromedario para el pueblo y para la historia guanche?

Contra lo que muchos parecen afirmar, el dromedario es un animal de importación reciente en el archipiélago.

Al aceptar el origen norafricano de nuestros primitivos pobladores, caemos automáticamente en el error de asociar la presencia de tan antiguos moradores con los camellos o dromedarios, cosa que como vamos a ver está muy lejos de la realidad.

Los pueblos nómadas y pastores que habitaban las costas occidentales de África del Norte, no conocían, para su época, esta clase de animal.

El camello es de origen oriental y su difusión por tierras africanas, concretamente por las del Norte y litoral mediterráneo, sobreviene cuando aquella cultura arábiga se expande abriendo las trillas de los nuevos imperios que habrían de florecer en estas modernas regiones políticas.

Allá por los tiempos de los "audaghoses" y de los "mauris", por no mencionar más que las dos agrupaciones etnológicas más caracterizadas que sufrieron la extradición y su ulterior deportación a estas islas por parte de los cartagineses, estaban todavía relativamente alejados, como ya hemos dicho en otra parte, de la propia cultura bereber, que para entonces aún no se había iniciado.

Así, pues, cuando nuestros antepasados llegan a estas tierras, traen consigo otros animales domésticos, como el perro, el cerdo, la gallina, etc. pero no el camello. Este animal juega un importante papel en las rutas de la civilización y de la expansión imperialista de los pueblos orientales.

A nosotros nos llega a través de Egipto, Libia, Tripolitania y Marruecos, afincándose definitivamente en sus nuevas tierras de adopción de una manera tan adecuada y perfecta que da la sensación de haber sido construido por la propia Naturaleza para integrarlos a la vida y al paisaje de estos pueblos.

He aquí otra razón por la cual el dromedario va a ser identificado con Fuerteventura, cuando en realidad tal vez llegaron primero y abundaron en principio mucho más en la isla de Lanzarote. Porque el paisaje llano y uniforme de la tierra mahorera, se corresponde con más exactitud a la planicie desértica norafricana que alberga la figura de estos cuadrúpedos.

No hay inconveniente alguno, ni estimamos que el detalle resulte interesante, en admitir que con anterioridad a la con-

quista por los españoles, con motivo de alguna expedición deliberada o por arribada forzosa de cualquier nave viajera, hubieran podido pisar tierra canaria animales semejantes.

Pero efímera hubo de ser su permanencia isleña ya que para el tiempo de la conquista y por otros testimonios anteriores, no se tiene noticia de su presencia por estos predios guanches.

Los primeros dromedarios comienzan a llegar y a aposentarse mansamente sobre nuestra tierra después de las primeras incursiones militares organizadas por los españoles en Berbería, dada su proximidad de las costas canarias.

Fue Diego de Herrera uno de los principales promotores de dichas expediciones y es de suponer que en alguno de sus regresos victoriosos, viniera el primer cautivo dromedario destinado a rumiar para siempre una tranquila esclavitud bajo el dulce clima isleño.

Naturalmente, para aquellos tiempos y para lo reducido de nuestros contornos insulares la presencia de este desgarrado y enorme animal, tuvo que resultar un tanto desproporcionada, pero sus hábitos pacíficos, su mansedumbre, la tranquila filosofía de su eterno rumiar, unido a la profunda y melancólica mirada de sus ojos misteriosos escrutando horizontes, pronto se avinieron con la natural idiosincrasia de los nativos estableciéndose unas cordiales relaciones que se han mantenido hasta tiempos presentes.

Sin embargo, durante mucho tiempo el "camello" ha representado para la temática histórica canaria algo más que un simple símbolo telúrico.

En efecto, recorriendo la Historia nos encontramos con un episodio transcendental que confiere al dromedario un valor muy diferente, al atribuirle cierto papel misterioso en una acción de armas llevada a cabo por los españoles en tierras de Berbería, que terminó con uno de los más rotundos triunfos de las armas cristianas.

Nos referimos a la "Batalla del Camello Blanco", que tan singularmente nos relata el historiador Abreu y Galindo en su conocida obra.

En esta batalla intervienen numerosos personajes que ya conocemos, por lo que, para ambientarnos adecuadamente, va-

mos a recordar al lector algunos datos fundamentales. Aunque el principal personaje sea esta vez "un camello blanco", por tratarse de una entelequia, producto de la calenturienta imaginación de un exaltado, o por deberse tal vez a un verdadero milagro al estilo oriental, tan pródigo en esta clase de espejismos, nos tenemos que referir en primer lugar al verdadero intérprete de esta leyenda, que fue el moro Al-Uxgrut-Ben-Casim, o por otro nombre Juan Camacho.

Cuando, accediendo a sus ruegos, Jofré Tenorio le envía a Lanzarote con el joven yerno de don Diego de Herrera y éste les secunda en su empresa y se dirige a Berbería con una fuerte expedición, Juan Camacho marcha a la cabeza, al lado de sus jefes, fungiendo de consejero y guía para realizar la gran empresa que se avecina. Una vez hubieron salido del fuerte de Mar Pequeña, caminaron varios kilómetros en dirección al Oeste, sin encontrar resistencia ni vestigio alguno de gentes del Gran Jarife.

Desorientados estaban los españoles con esta marcha, pero Juan Camacho mostrábase firme y bien seguro en su dirección, consiguiendo que sus aliados prosiguieran adelante.

Iban en dirección a Tagaos y a cosa de cuatro leguas de Mar Pequeña, Juan Camacho tuvo la famosa visión del "camello blanco".

¿Se trataba de un espejismos? Nunca lo podremos saber.

Lo cierto es que Camacho señaló con toda precisión un punto en el horizonte, diciendo a sus seguidores:

—Mirad allá, donde reluce aquel camello blanco, allí están acampadas las tropas del Gran Jarife.

Pero ninguno de sus acompañantes pudo vislumbrar rastro de camello ni de campamento alguno.

Posiblemente los ojos del moro convertido, más habituados a penetrar los insondables e ilimitados horizontes de la desértica llanura, muy de tarde en tarde salpicada por algún pequeño accidente geográfico o reducidos grupos de palmeras rodeadas de silenciosos cardones, pudieron vislumbrar algo que los ojos menos avezados a tan inusitada refracción, de los cristianos, no podían discernir.

—Nada vemos, amigo Camacho. ¿Estáis seguro de lo que de-



cís? —le preguntó Diego de Cabrera, que iba al mando de la expedición.

—Segurísimo, señor. Mis ojos lo ven como le estoy contemplando a usted en estos momentos...

—¿Y decís que el camello es blanco? ¿No os parece ése un extraño color, cuando es que del mismo no existen camellos que por aquí se sepa?

—Cierto, señor. Pero la color que yo percibo estimo que no es otra cosa que producto del reflejo solar, pues ya en otras ocasiones he sufrido la visión de otros objetos con estas mismas apariencias...

Con éstas y parecidas pláticas se fueron acercando al lugar, de suerte que cuando estuvieron próximos, también los españoles acertaron a ver el camello anunciado por Juan Camacho

Entonces no dudaron ya de las palabras de su mentor y llenos de júbilo se aprestaron al ataque.

El Gran Jarife, completamente ajeno a la proximidad de sus enemigos, no sospechó de un grupo de gentes a caballo ataviadas al estilo árabe, que en alegre tropel parecían acercarse a saludarles con gran alborozo.

Pensó el Gran Jarife que se trataría de alguna caravana trashumante de las muchas que de un lado a otro transitaron incansablemente por aquellos ásperos y desérticos caminos durante largo tiempo.

Confiado, despreocupado, no acertó a vislumbrar mucho más atrás de quienes se acercaba, nuevas y extensas nubes de polvo que delataban la proximidad de nuevos contingentes.

La vida en el campamento, campamento de descanso después de una larga temporada de escaramuzas con sus enemigos, discurría como era habitual en estos casos, dentro de la mayor algazara y diversión de los soldados, con las hetarias recientemente importadas de Fez.

La sorpresa no pudo ser mayor y con ella la fácil victoria de los cristianos, que en esta batalla hicieron numerosos prisioneros y un cuantioso botín.

Muchos lectores se preguntarán que se hizo del camello blanco.

Nada hemos podido averiguar al respecto. En el fragor de

la contienda su imagen se desvaneció y no volvemos a encontrarla.

Lo que sí volveremos a encontrar es una larga caravana de estos cautivos animalitos que, conducida a Mar Pequeña, sería más tarde, en sucesivos envíos, remitida a tierra lanzaroteña, donde al calor de la Montaña de Fuego, nuestros dromedarios habrían de consumir el resto de sus días.

Esto es todo cuanto podemos aportar al tema y lo que hemos podido averiguar sobre el nuevo aspecto simbólico del dromedario como elemento taumatúrgico y propicio a la aventura trascendental de las armas españolas por tierras bereberes.

Dicen que las condiciones climáticas de las islas han variado mucho en los últimos siglos y a consecuencia de ello su flora y su fauna se han visto seriamente afectadas.

El dromedario, hervíboro por naturaleza, requería grandes extensiones de pasto, hojas y verduras para su alimentación, y como todo esto se fue reduciendo, las posibilidades "camellísticas" se fueron reduciendo también, hasta quedar su representación reducida a tal cual disperso ejemplar que se conserva como elemento decorativo. Pero en su día, en la época de su esplendor isleño, el dromedario fue un eficaz colaborador y amigo del hombre canario, participando calladamente, sosegadamente, en las pesadas tareas de la rutinaria agricultura y en el transporte de frutos y mercancías de un punto a otro de la isla.

Creemos que tuvo un serio rival en el asno, que, por cierto, según testimonios legados a la posteridad por inobjetables relatores, llegaron a plantear graves problemas por su numerosa descendencia, especialmente en la misma isla de Fuerteventura en la que, según el P. Abreu nos cuenta, época hubo en que se procedió a la matanza en masa de estos animales.

Indudablemente, consideración aparte de la humildad y de la insignificancia borriqueril, estamos de acuerdo que para los tiempos mecanizados que hoy vivimos, resulta mucho más manejable un pequeño burro utilitario que ese gran carro de lujo que es un dromedario o un camello con todas sus jorobas.

LOS AMORES DE MASIOT

Representa la vida de Masiot de Betencourt, sobrino y heredero del conquistador y noble francés Juan de Betencourt, uno de los más amargos epílogos que en materia de influencia política para la época que le tocara vivir y representar, se puede comparar con toda exactitud con la suerte corrida por muchos gobernantes de algunos pueblos modernos.

Muchos de nuestros lectores conocerán tal vez el tema objeto de una narración de otra obra por nosotros publicada, titulada "La venta de las Islas", en donde tocamos con suficiente amplitud este tema

Afortunadamente, tan adverso epílogo tuvo a su vez un reverso feliz, que fue el amor apasionado y sostenido que surgió entre Masiot y la princesa Teguisse, hija del rey Guadarfia, de Lanzarote, lugar en donde Betencourt había fijado sus reales.

No sabemos cómo ni cuando comenzaron estos amores entre el teóricamente "príncipe y primogénito" del conquistador francés, que por no tener hijos señalaba a Masiot como su principal y directo heredero, y la bella Teguisse, que, criada en un ambiente de señorío y de realeza, supo aportar la doble dignidad de guanche y de hispana a su alta alcurnia, asimilando y concentrando todas las virtudes de ambas razas, unas por herencia directa, por educación y formación religiosa otras.

Que nosotros sepamos, Masiot de Betencourt era un joven gallardo y arrogante, de buenas prendas éticas y morales, pero que, como es natural, dada su juventud y condiciones, no se

podía escapar por completo a la influencia ostensible de su elevada jerarquía y rango, por lo que algunos autores le acusan de altanero y despótico. Estas imputaciones carecen de fundamento, ya que la altanería siempre ha sido considerada como una verdadera virtud de casta noble, que unida al orgullo y a un exacerbado sentido del honor, contribuye a integrar la clásica semblanza de los poderosos en todas las épocas.

En cuanto al despotismo, tenemos que admitir que tratándose de aquellos tiempos y de aquella empresa, en los que habrían de prevalecer por encima de todo las virtudes castrenses, el hecho de ejercitar el poder o mando con mayor o menor severidad o capricho, no constituía de ninguna manera lo que hoy podríamos denominar defecto. Retirado Juan de Betencourt a sus predios de Normandía, dejó al frente del gobierno y de los intereses en estas islas a su sobrino Masiot.

En principio todo marchó bien.

El joven Masiot, inexperto en el arte de gobernar, daba preferencia a aquellas actividades más apropiadas a su condición juvenil, menudeando las fiestas, las excursiones de divertimento, los escarceos amorosos, los banquetes, etc., pues bien es cierto que, por otra parte, la vida en estas islas resultaba algo tediosa y aburrida.

El tiempo transcurría y Juan de Betencourt no daba señales de regreso, hasta que un día llegó el rumor de la noticia de su muerte.

Sin confirmarse ésta, cambió por completo el panorama político en estas islas. El predominio de los caballeros franceses, aunque supeditados a la Corona de España, era evidente y en cierto modo lógico, ya que Juan de Betencourt, en su condición de francés y de jefe de tal empresa, se había rodeado de hombres que le ofrecían absoluta confianza y ello lo conseguiría llamando a su lado a aquellos que él conocía mejor y que por lo tanto serían en su mayoría compatriotas suyos y familiares. A esta actitud de Betencourt creemos que nada se le puede objetar históricamente. Pero en el seno de la clase gerencial de la política isleña, las envidias, los celos y los ocultos rencores entre caballeros franceses y españoles, jamás estuvieron ausente, así como tampoco lo estarían las enconadas rivalidades de

todos ellos entre sí, sin discriminación de rangos ni de nacionalidades.

No puede pues extrañarnos que al sobrevenir la muerte de Betencourt el cotarro lanzaroteño se agitara y comenzaran a tejerse febrilmente las más diversas tramas y conspiraciones en torno a la debilitada imagen del bisoño Masiot.

Pero éste tuvo en un grupo de fieles caballeros seguidores firme apoyo y logró conservarse en el poder durante varios años, hasta que llegamos a la histórica conjura que relatamos en "La venta de las Islas".

Por lo que se refiere a los amores de nuestro caballero, que, como buen francés, amaba por encima de todo al vino y a las mujeres, no pudieron tener peores principios al enamorarse de la princesa Teguisse.

Consideraban los señores que le rodeaban que se trataría de un vulgar pasatiempo, pese a la real condición de la joven enamorada.

Mas cuando Masiot manifestó sus intenciones de contraer matrimonio con la bella, la oposición fue unánime, cundiendo el desconcierto y el disgusto entre gran parte de sus más importantes colaboradores, entre ellos el obispo Fray Mendo, que fue uno de sus más acérrimos opositores.

Las desaveniencias en el Gobierno y la contrariedad con que eran recibidos estos amores, no puede extrañarnos que agriara el impulsivo carácter de nuestro enamorado hasta el extremo de convertirse en aquella imagen tiránica y cruel que le valió el calificativo de "Tiberio de las Canarias" que algunos autores le han aplicado.

Al atardecer, cuando el sol mitigaba sus rayos y suaves coturnos de noche y fresca, comenzaban a iniciarse brindando reposo a los cuerpos cansados, despojábase el espíritu de Masiot de su pereza y a caballo en ágil alazán, tomaba solitario el rumbo a Acatife, hoy Gran Aldea, poblado guanche erigido en las inmediaciones del antiguo castillo del rey Zonzama, abuelo de Guadarfia, pues este rey era hijo de la princesa Icó.

En este poblado vivía Teguisse y diariamente acudía a él Masiot, impulsado por el gran amor que profesaba a la princesa.

Era ésta hermosa al estilo de la raza guanche. Tal vez su

tez un poco más clara que la de sus hermanas de raza, nos podría recordar aquella cara de plenilunio orlada por negros cabellos de la reina Icó, su abuela.

¿Qué pensaba el rey Guadarfia de estos amores?

En general, si nos atenemos a los históricos o legendarios testimonios de todas las invasiones y conquistas, veremos como el elemento conquistador se suele fundir con facilidad en concepto de íncubo, sobre esta vertiente femenina conquistada que representa el súcubo más propicio para la ulterior integración.

Por otra parte, los guanches, que eran una raza noble, pacífica y cariñosa, cuando uno de estos casos sucedía más bien se limitaban a favorecer estos amores y a tratar al enamorado advenedizo con toda clase de consideraciones.

Tenemos muchos ejemplos similares en la historia de la conquista canaria. Bastaría recordar la historia de Tenesoya en Gran Canaria, la del caballero García del Castillo, enamorado de la princesa Dácil, hija del mencey Benchomo, de Tenerife, y tantos otros.

Al asentar Guadarfia en los amores de su hija con el joven Masiot, no hacía pues otra cosa que continuar esta profunda y humana tradición más afincada por su íntima convicción de cristiano converso que deseaba ardientemente ver integrado a todo el archipiélago a la nueva Corona y a la nueva Religión.

No pensaban lo mismo los dos enamorados, que veían tan contrariados sus amores por la nobleza del país, hasta el punto que en más de una ocasión la bella enamorada había propuesto al joven la separación definitiva para no interferir negativamente en su brillante porvenir y destino.

—Señor, yo soy un obstáculo para vos, que merecéis una princesa de vuestra raza y de más categoría que la mía —le diría ingenuamente Teguisse a Masiot.

Pero para princesas europeas estaba nuestro buen caballero, que sólo por los ojos de la hermosa guanche era capaz de percibir la luz solar.

—De ningún modo, amada mía. Es tan hondo y tan firme el amor que por ti siento, que nada en el mundo me podrá separar de ti...

Y sus juveniles cuerpos se enlazaban en la carnal caricia.

hasta que el sobresalto de los rumores que llenaban la noche les traía de nuevo a la realidad, y con ella la angustia de la separación.

Pero era una angustia que rápidamente se disipaba ante la radiante esperanza de un mañana mejor.

Las despedidas eran largas, indecisas, insinuantes.

Hasta que, por fin, ella musitaba quedamente un tímido adiós, que él ripostaría con la frase habitual:

—“Adieu, mon ciel”... —Y subiendo con un salto ágil a la silla, el mozo partiría tarareando un “la la la” que, ya en campo abierto, se convertiría en la expresión extentórea y jubilosa de la pasión satisfecha.

Porque a pesar de todos los pesares y de cuanta oposición pudieran encontrar ambos jóvenes para ver plasmado en realidad el sueño de su definitiva unión, las consecuencias de tan apasionados como mutuamente correspondidos amores, no se hicieron esperar más que el tiempo justo y habitual en estos casos, y con exactitud cronométrica, cada año, la princesa daba a luz un robusto vástago, llegando a reunir tres o cuatro antes de su salida de esta isla.

Como era de esperar, las maquinaciones urdidas para alejar al de Betencourt del gobierno insular encontraron el final apetecido.

Con anterioridad y por gubernamental decreto, Masiot, haciendo uso de sus privilegios y poderes, había puesto el nombre de Teguisse a la población de la Gran Aldea, nombre que se conserva actualmente, en honor de su prometida.

Grandes fueron los esfuerzos de Guadarfia en favor de la joven pareja, intercediendo cerca del obispo don Mendo para que, aún cuando su yerno fuera desposeído del gobierno de la isla, se le permitiera continuar viviendo allí.

Como es lógico suponer, todas estas gestiones las llevaba Guadarfia en secreto, pues conocedor del airado talante en que se había convertido el buen carácter de Masiot, era temeroso de que sobreviniera alguna grave y cruenta complicación que terminara trágicamente.

Mas el obispo, recalcitrante enemigo de Masiot, no cejó en su empeño y sirviéndose de otros caballeros coaligados a su

causa, intrigaron ante la reina regente doña Catalina, madre del rey don Juan II, inventando una fabulosa y supuesta conspiración de Masiot con los franceses, para ampararse con todos sus dominios canarios, bajo la franca corona, ya que él era también francés.

Planteado así un serio problema de alta política, la severa corte española no vaciló en buscar el arbitrio más adecuado para prevenir tan insólita como peligrosa confabulación, y como los intereses y las fuerzas francesas en estas islas eran muchos, se prefirió el circunloquio del aparente trato y del escamoteo.

Se puso en marcha la conspiración contra Masiot, dirigida por el conde de Niebla, que figuraba como espontáneo e interesado comprador de los derechos a la conquista de Masiot que los había heredado legítimamente de su fallecido tío.

Resistíase Masiot a ceder a las presiones que por diferentes partes se ejercían sobre él para hacerle abandonar el gobierno.

Incluso el rey Guadarfia y su hija Teguisse, madre ya de cuatro de sus hijos, le urgían a aceptar el trato y salir lo mejor bien librados del lance. Pero Masiot, mal aconsejado, esperaba tener una oportunidad de desquite.

Pronto tuvo que perder toda esperanza y colgar de sus fallidas aspiraciones el lapidario "Lascie homnia spex", que el Dante hiciera colgar más tarde a la entrada del Averno.

La llegada del astuto Barba de Campos como hombre de confianza en el trato con el conde de Niebla, remató rápidamente la cuestión, pues este caballero supo hacer honor a su apellido y consiguió asustar al imberbe Masiot, que decidió su salida para la isla de Madeira.

Había mordido, sí, el anzuelo, pero jamás tragaría el dorado cebo que se le ofrecía, en toda su extensión, y ya vimos en "La venta de las Islas" como, aún después, de ausentarse de Lanzarote, seguiría dando que hacer a los celosos guardianes del Imperio Castellano.

Afortunadamente allí estaba, desposada ya con él legítimamente, la bella Teguisse, y cuenta la historia que fueron felices y tuvieron una vasta descendencia que se desparramó por estas islas, llegando alguno de dichos descendientes a interpretar papeles semejantes, reviviendo así tan singular leyenda.

LA TRAICIÓN DE BERVENAL

Entre los conquistadores y al margen de las frecuentes rivalidades que surgían entre sí por mil complejos pero comprensiblemente humanos y hasta razonados motivos, también hubo sus traidores, representados por hombres ambiciosos y sin escrúpulos, que, ausentes de la significación y trascendencia de la Conquista, tomaron esta empresa como el medio y la oportunidad más adecuados para conseguir satisfacer sus insanos e insaciables apetitos.

Uno de estos desalmados aventureros sin escrúpulos es el personaje que hoy traemos a estas páginas, lector.

Bertin de Bernal había nacido en Caux, en la región de Gascuña, próxima a Normandía, de donde era igualmente oriundo Juan de Betencourt, primer conquistador de estas islas.

Como hemos comentado en otro lugar, Betencourt una vez conseguidos los derechos a la conquista otorgados por el rey de España, habíase rodeado por un íntimo círculo de amigos y allegados que él suponía de toda su confianza, para realizar la expedición.

El resto de su gente, así como las jerarquías menores en general y muchos caballeros ostentando otros cargos o comisiones reales más elevados, eran españoles, mas el peso de la dirección y de la responsabilidad de tan magna empresa, recaían en Bethencourt y el círculo al que nos hemos referido.

Destacaba Bertin por sus dotes personales como hombre muy educado y de corteses maneras, unido a un carácter suave

y sibilino, profundamente insinuante y habilidoso, de buena presencia, condiciones todas que desde un principio le granjearon la simpatía y la confianza de su capitán.

Por ello le vemos encumbrado a la categoría de inmediato colaborador, ocupando el tercer lugar entre los mandos conquistadores, después de Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle.

Su principal papel consistía en ser una especie de factótum, de hombre de confianza y peón de brega para los engorrosos asuntos políticos y administrativos, que requerían más habilidad y diplomacia que valentía y entereza con las armas, en lo que estaban especialmente capacitados los dos primeros.

Esta historia comienza a tomar cuerpo real a partir del momento en que Bethencourt, teniendo necesidad de trasladarse a la Corte española, confía a La Salle la marcha de los asuntos militares y deja encargado a Bertin de los asuntos políticos y administrativos del nuevo Gobierno insular.

Coincidió esta ausencia con un episodio singular que mantuvo a Gadifer de la Salle aislado e independiente, imposibilitado para intervenir en cuanto iba a suceder en un futuro tan inmediato.

Esta vez los misteriosos hilos, movidos por los invisibles dedos del Destino, tejerían así la dramática trama.

Había arribado a la isla de la Graciosa, separada de la de Lanzarote por un estrecho brazo de mar de baja profundidad, que llamamos "El Río", el navío de cabotaje español "Guinda", mandado por el capitán Francisco Calvo, con la idea de realizar algunas operaciones comerciales con los nativos.

Conocido que hubo tal llegada Bertin de Bernal, en su carácter de Gobernador de la isla, giró una visita al capitán Calvo, que no se limitó a una pura visita de cortesía, sino que de ella se valió Bertin para hacer unas proposiciones que él consideraba notablemente ventajosas para el capitán español.

Se trataba de facilitarle veinte o treinta esclavos que capturaría entre los indígenas guanches, que, una vez vendidos a Calvo, podía éste revender con ventaja en otros puertos de la costa africana.

Indignése nuestro capitán ante tan infame propuesta, recri-

minando agriamente al francés, al que afeó su conducta, negándose en redondo a tal negociación.

Contrarióse Bervernal, que vio así frustrado un hermoso negocio, pero cuál no sería su alegría cuando dos hechos vendrían a favorecer sus siniestros planes.

El primero de ellos fue que Gadifer de la Salle, hombre de acción y de guerra, no podía soportar el tedio de tan largas vacaciones, por lo que decidió organizar una pequeña expedición para trasladarse a la próxima isla de Lobos, con objeto de cazar algunos de estos animales marinos para avituallarse de pieles, grasa, etc., provisiones que ya comenzaban a escasear en las despensas del Real.

El segundo acontecimiento fue la llegada de otro barco español, "Tajamar", cuyo capitán, Fernando Ordóñez, viejo lobo de mar, mucho menos escrupuloso que su colega Calvo, aceptó sin pestañear las proposiciones de Bertin, que se trasladó a su buque para visitarle con el mismo objeto.

Todo parecía, pues, dispuesto para favorecer la conspiración.

Berneval hizo sus cálculos y los resultados finales se ofrecían altamente satisfactorios. Con el dinero obtenido por los esclavos y el que le proporcionaría la venta de cuanto objeto de valor y mercancía pudiera apropiarse antes de su partida en el citado bergantín, le proporcionarían los medios suficientes para vivir cómodamente retirado en algún querido rincón de su tierra natal, por el resto de sus días.

Había que obrar con rapidez.

Gadifer regresaría en pocos días de su expedición y entonces las cosas podrían complicarse enojosamente e impedir su realización.

Al día siguiente se presentó en el cuerpo de Rubicón la chalupa de Gadifer, pero únicamente venía tripulada por dos de los caballeros que le habían acompañado, quienes dieron cuenta a Bertin de las órdenes que traían de su capitán.

Éste, por requerimientos de la caza y otras ocupaciones en el islote de Lobos, había decidido permanecer allí varios días más, pero careciendo de provisiones de boca y de agua suficientes, enviaba por bastimentos a sus emisarios, para lo cual ordenaba a Bertin disponer lo necesario.

Temeroso éste de que el regreso de la chalupa supusiera una posibilidad, aunque lejana, de un nuevo e inesperado retorno a la isla de Gadifer y los suyos, tomó una decisión temeraria: ordenó poner en prisión a los dos caballeros, que al resistirse, pagaron con sus vidas, comenzando así a teñirse dramáticamente de rojo la grisácea y amarillenta felonía de Berneval.

De inmediato ordenó Berneval aprovechar la misma chalupa para acomodar en ella el fruto del saqueo que tenía planeado.

Sólo faltaban las piezas más importantes de la operación: los esclavos.

Haciéndose acompañar por un grupo de incondicionales, desplazóse a la población guanche que fungía como sede de Guadarfia, conocida con el nombre de "gran aldea", que más tarde bautizara Masiot de Bethencourt como Teguisse, en homenaje a su amada, cuya denominación se conserva hasta nuestros días.

Llegó en son de paz, por lo que Guadarfia y los suyos de nada desconfiaron. Después de la fiesta que se celebró en su honor, en la que el vino y otros licores se libaron generosamente, cuando creyó llegado el momento oportuno, Bertin, haciendo la señal convenida, cayó con los suyos sobre los inermes y descuidados indígenas, haciendo numerosos prisioneros.

Afortunadamente el rey Guadarfia y un grupo de notables pudieron escapar a la conjura para ocultarse apresuradamente hasta tener plena conciencia sobre lo que estaba sucediendo y los motivos que hubieran tenido los europeos para actuar de tan insólita como extraña manera.

Berneval no perdió ni un minuto de su precioso tiempo. Pasó aviso al capitán Ordóñez para que enviara la chalupa del "Tajamar" a recoger los cautivos, procediendo por su parte a completar el plan trazado de antemano de desmantelamiento y saqueo.

Ordóñez envió presto la chalupa, que, cargada con el racimo humano de prisioneros condenados de por vida a la mísera condición de esclavos en lejanas tierras, regresó al buque sin tardanza.

Mientras tanto Bertin daba los toques finales a su premeditado plan, refiriéndonos los historiadores que cometió todo género de tropelías y desmanes, llegando incluso a satisfacer

quién sabe qué ocultos resentimientos con las mismas hijas y esposas de los que hasta entonces habían sido sus compañeros, ofreciéndolas a la chusma partidista que le seguía como objeto de expansión y placer.

Vaciando las despensas reales y cargando con todo cuanto pudo, ebrio de vino y de soberbia, se embarcó en la chalupa que le aguardaba, dirigiéndose al "Tajamar", que ya se hallaba dispuesto para levar anclas.

Según parece, estos momentos que rodearon la fuga de nuestro aventurero, fueron muy dramáticos y estuvieron cargados de tensas situaciones por una y otra parte. Por un lado, la misma gente lanzaroteña reaccionó, tratando de recabar el apoyo de Francisco Calvo, el cual seguía anclado en la Graciosa.

Refiere el P. Abreu que con este motivo se trasladaron a dicha nave dos religiosos cuyos nombres cita, pero mucho nos tememos que este testimonio haya sido dictado por el celo profesional del historiador, ya que tenemos que suponer que en toda la isla algún partidario más habría quedado de Gadifer o de Bethencourt y en general del orden y de la ley, para tomar semejante iniciativa.

Lo que relata después el mismo historiador resulta mucho más peregrino. Nos cuenta como Bertin, una vez a bordo del "Tajamar", se negó, de acuerdo con Ordóñez, a admitir a la mayoría de sus secuaces que permanecían a la expectativa para subir a cubierta del buque, en la chalupa al costado del mismo, decisión que fue acogida con imprecaciones, blasfemias y lamentos por los amotinados.

Éstos, al verse abandonados por su inicuo capitán, recurrieron a los frailes alojados en la nave de Calvo, a la que ascendieron para solicitar de los buenos religiosos el perdón de sus pecados.

Es lógico pensar que ante tan evidente muestra de contrición y arrepentimiento, hubieron de ser ampliamente absueltos de su tanto de culpa, pero por causas que el mismo historiador no acierta a comprender, esta acción en vez de calmarles y favorecerles, les soliviantó más aún, impulsándoles a tomar una decisión muy temeraria, cual fue la de enfilear la proa de su frágil chalupa hacia las costas de Berbería, acabando por pere-

cer casi todos o por ser aprisionados y convertidos en esclavos por los moros del Gran Jarife bereber.

Sin embargo, alguien fue más expeditivo y práctico que los seráficos frailes del P. Abreu, en esta ocasión.

El caballero Courtois, incondicional servidor y aliado de Bethencourt, a cuyas hazañas bélicas por estas islas le veremos con gran frecuencia asociado, poniéndose rápidamente en contacto con el marino Calvo, le urgió para regresar a Cádiz a la mayor brevedad, cosa que favorecía la mayor ligereza de su buque, comparado con el "Tajamar" y por ir este último mucho más cargado con las rapiñas y prisioneros de Bertin, a más de sus propias mercancías.

Hiciéronse sigilosamente a la mar en la penumbra del atardecer, sin que Ordóñez ni Berneval se apercibieran de tal salida, absortos como estaban en los febriles preparativos de su huida.

Como llegaron a la Península con bastantes días de antelación, Courtois dispuso del tiempo suficiente para tomar contacto con su jefe y amigo Juan de Bethencourt, poniéndole en antecedentes de todo lo ocurrido.

De este modo, el recibimiento tributado a Bertin y sus compinches no pudo ser más ceremonioso ni radical cuando el navío de Ordóñez atracó en el muelle gaditano.

Berneval intentó defenderse alegando que existía una conjura por parte de Gadifer de la Salle para suplantar en el mando de las islas al caballero Bethencourt, pero los testimonios ofrecidos en su contra por numerosos testigos y la presencia muy difícil de justificar de los prisioneros y de las mercancías robadas, dieron con Bertin y sus compinches en un oscuro y lóbrego calabozo, de donde saldrían no tardando para ser ajusticiados tal cual sus infamantes actos merecían.

Así fue como los sueños de este siniestro personaje no se pudieron ver realizados.

En realidad bien poco pedía al Destino: un poquito de paz y un trocito de tierra regada con buen vino normando en su lugar natal.

La verdad es que bien cerca estuvo de conseguir lo que quería: la paz eterna con su muerte, y sobre todo la paz para

los demás, y un trozo cualquiera de tierra que regaría con su sangre roja y caliente, casi como el vino, pero tal vez mucho menos generosa.

ISLA DE SAN BORONDÓN

La leyenda en torno a la isla de San Borondón, por muy curiosa y extraña que nos resulte, no hace más que confirmar la especial condición de que todos los humanos participamos de presentar esa tendencia a pretender dar vida y realidad a las más peregrinas y fantásticas creaciones del espíritu, con una fe y con un tesón capaces de mover montañas.

Es verdad que este idealismo resulta en muchos casos verdaderamente positivo y creador.

Pero la mayoría de las veces y para detrimento de la Humanidad, los hombres permaneceremos indefinidamente forcejeando, luchando desesperadamente por someter muchos aspectos planteados por estos ideales a un orden práctico y eficiente, sin poderlo conseguir, pese al poderoso auxilio de la razón y entonces, ante los cataclismos que se nos vienen encima, no nos queda otra alternativa que admitir la dura realidad de estas quimeras, sin poder comprender, sin acertar a intentarlo siquiera, como es o como fue posible sustentarlas, cuando no existe ninguna razón para ello.

En el caso concreto de la isla de San Borondón tenemos un ejemplo evidente y palpable de lo que estamos diciendo.

Nadie pudo jamás ofrecer un viso o testimonio real de su presencia en este archipiélago, pero fueron suficientes los utópicos testimonios de algunos visionarios o exaltados, para que amparándose en las inaccesibles esferas espirituales, su existencia no pudiera ponerse teóricamente en tela de juicio ante tan transcendental apadrinamiento.

Como es natural , en el mantenimiento y en la perseverancia de esta leyenda, hay que buscar el fondo fanático que deliberadamente la sostuvo y a ello nos hemos dedicado, ofreciendo aquí al lector el resultado de nuestras modestas pesquisas histórico-legendarias.

Comenzaremos por remontarnos en lo posible a las primitivas causas eficientes de cuanto se haya podido producir más tarde en relación con estos acontecimientos.

Para ello es necesario situarnos tanto en el espacio como en el tiempo, a una considerable distancia de este Archipiélago, en frías y nórdicas latitudes, en una época que comienza exponiéndonos las tribulaciones de dos modestos pero santos frailes de la orden franciscana o agustina, que a fe, no hemos podido comprobarlo con certeza.

Malos vientos soplaban en Escocia por los fríos y lóbregos claustros del convento para el abate y hasta hacía muy poco tiempo superior del mismo, fray Blandon y su correigionario e inseparable compañero fray Mac Lovio.

En el Capítulo recientemente celebrado, el ala izquierda y juvenil de la Congregación había desplazado sin piedad al viejo fraile de su tradicional mandato y el nuevo superior, habíale recomendado un retiro prudente y descansado, pues los años aunque no habían hecho mella en el espíritu del infatigable fraile, acarreaban sin duda ciertas modificaciones que le daban otro carácter que sus pacientes subordinados estaban muy lejos de aceptar con la evangélica mansedumbre que sería de desear.

Reducido a la inacción en el cuasi confinamiento de una severa celda monacal, el espíritu impetuoso y exuberante de Blandano, o de Blandon, no se resignaba a la nueva coyuntura, así que no vamos a tardar en verle inspirado por más recientes y divinos ardores, que le impulsarían a su postrer expedición evangelizadora.

Y en efecto, siempre secundado por su buen hermano de Orden, fray Mac Lovio, algunos años más joven que él, les veremos lanzarse a la empresa de la evangelización de unas tierras casi desconocidas, apenas descubiertas.

Este testimonio nos lo ofrece "el Colector de los padres de

la orden de San Agustín en la vida de Blandano y San Mac Lovio..." (Abreu y Galindo).

Se coloca esta acción hacia el siglo VI, en época en la que esta hipotética isla recibía el nombre de Aprositus, que quiere decir "inaccesible" porque nadie había podido realmente dar cuenta cabal de su existencia y conocimiento.

No sabemos la fuente de información de la cual se pudieron haber servido los dos frailes para tener conocimiento de estas islas.

Es probable que la llegada de algunos navegantes al puerto escocés de Aberdeen en cuyas proximidades se levantaba el monasterio, diera ocasión a este contacto informativo que tuvo como resultado una expedición encabezada por Mac Lovio y su maestro Blandon.

Observemos como ya en aquella época los habitantes de las tierras nórdicas demostraban su predilección por nuestro archipiélago, por lo que sin ningún género de dudas podríamos calificar a estos dos frailes como los precursores y pioneros del turismo canario.

Son palabras del propio historiador Viera y Clavijo que ambos monjes venían buscando la bondad del clima y de las gentes que por estos contornos se aparecían, ofreciéndoles además la excelente oportunidad de ejercitar su elevado ministerio, inflamados como estaban por el celo apostólico.

Mal patrón hubieron de tener, porque pasado algún tiempo sorprendemos la nave con su sacro cargamento, conducida por manos inexpertas, dando guiñadas, un tanto desorientados todos y sin columbrar por ninguna parte vestigio alguno de tierra firme o de grupos de islas como el anhelado.

Atemorizados por este vagar sin rumbo, los dos frailes hincados de rodillas sobre la cubierta del barco, rogaban fervorosamente al Señor que les deparara un puerto seguro, pues la situación amenazaba con complicarse seriamente, ya que los víveres escaseaban y la marinería comenzaba a dar muestras de descontento.

"Arrojémos los frailes al mar, pues seguro que ellos son la causa de nuestras desventuras", arengaba un patibulario marino a sus compañeros.

“Sí, sí. Al agua con ellos. Son casi treinta bocas las que tenemos que mantener y nuestro rancho se reduce a ojos vistas cada día...”, agregó otro.

Los veintinueve frailes, contanto a Blandon y a Mac Lovio llegaron a temer ciertamente por su vida por lo que las oraciones y las penitencias se redoblaron.

No podía el Señor abandonar así a tan humildes como acendrados siervos y una hermosa mañana, en la que se festejaba precisamente un gran evento religioso, apareció ante los ojos asombrados de todos, una isla maravillosa y desconocida que no era otra que la tan esquiva como ignorada Aprósitus.

Apresuráronse a desembarcar en ella y halláronla tan del gusto y comodidad de todos, bien provista de aguas, de árboles frutales y de variadas clases de aves y otros animales, que Mac Lovio y su compañero decidieron permanecer allí, para lo cual procedieron a la habitual fundación.

Al retirarse el barco que los había traído, volviéronse a Europa muchos de los hermanos que les habían acompañado para dar la buena nueva y organizar otras expediciones.

El milagro tantas veces solicitado se había cumplido. Pero nos queda la duda sobre sí en vez de tratarse de un tal milagro, no se trataría más bien de una cariñosa broma del Altísimo para aquellos quienes años después pese a los forcejeos del abogado del diablo ascenderían a la categoría de santos.

Porque siete años dice la leyenda que permanecieron en aquella especie de paraíso nuestros protagonistas, encontrando en sus respectivas biografías una extensa y profunda laguna en lo que a este período isleño se refiere y sin que los historiadores nos hayan dejado constancia de los motivos que pudieran haberles asistido para abandonar definitivamente tan paradisiaco lugar.

Después de su marcha, la isla Aprósitus volvió a recuperar el incógnito geográfico del cual siempre había venido haciendo gala y su nombre echándose al olvido sería sustituido más tarde por el de San Borondón que no es otra cosa que la corrupción o vulgarización en lengua hispana de la palabra Brãndao, nombre portugués de Blandón, ya que de todos es sabido que en la lengua portuguesa muchas veces el sonido “i” se con-

vierte en "r", como sucede con "praça" (plaza), "nobre" (noble), etc., y que con la misma frecuencia la terminación castellana en "on" o en "ion", lo hace en portugués en "ão".

Por esta misma razón del escocés Mac Lovio, pasamos al castellano Maclovio que al aportuguesarse se convierte en Macrovio.

Para completar la justificación respecto al hecho de haberse conservado este nombre castellano de Borondón, derivado de Brandão, nos bastaría aceptar que la mayoría de estas fuentes de información son de origen portugués, con lo cual queda aclarada la preferencia de dicha denominación sobre la genuina de Blandón o Blandín.

En efecto, un portugués, Luis Perdigón, citado por los historiadores, relata para la posteridad con el típico énfasis lusitano, que la propiedad de dicha isla había sido cedida a su padre por el Rey de Portugal, si aquél la llegaba a descubrir (estaba refiriéndose a la hipotética Aprósitus, pero conociendo ya los portugueses la tradición de fray Blandón).

Como hemos dicho al principio, pese a lo irreal y fantástico de esta isla, se intentó numerosas veces dar con su escurridizo y cambiante paradero, siendo igualmente grandes en relación con su quimera, las sumas de dinero y los recursos invertidos en tales búsquedas que no sólo movilizaron a soñadores y aventureros, sino también a personas serias y responsables que tomaban muy en cuenta los persistentes rumores de su existencia.

Varias son las expediciones formales y reconocidas que se pueden citar al respecto, al margen de la multitud de testimonios fantásticos que de buena o mala fe eran prestados con el mayor agrado y sin cesar, por cuantos creyeron tener la oportunidad de haber contemplado los contornos reales de esta isla e incluso de haber desembarcado en ella por diversos motivos.

De la primera expedición sería que tenemos histórica referencia es la llevada a cabo por Fernando de Troya y Fernando Álvarez, ambos vecinos de Las Palmas de Gran Canaria, quienes después de cruzar incesantemente las latitudes y los meridianos dentro de los cuales se suponía ubicada la isla misteriosa, hubieron de retornar a la isleta, con las manos vacías.

Años más tarde un nuevo homónimo de los anteriores, Fernando Villalobos de la isla de La Palma salió decidido a arrancar

el secreto a nuestros mares, pero tampoco logró su propósito.

Treinta y cinco años después, agotados al parecer los Fernandos con vocación de prospección insular y marinera, es un Gaspar Pérez y Acosta, acompañado del correspondiente representante del poder espiritual fray Lorenzo Pinedo, quien se lanza a la empresa, aunque tampoco esta vez los resultados mejoren los obtenidos en tentativas anteriores.

Todavía habrían de pasar unos cuantos años más para que siguiendo esta misteriosa tradición de los homónimos, fuera esta vez otro Gaspar apellidado Domínguez, quien sospechando que era necesario el refuerzo espiritual, partiría no con uno, sino con dos frailes del puerto de Anaga, en Tenerife.

Desgraciadamente la divina providencia no tuvo a bien repetir nada que se le pareciera al primitivo milagro y la isla de San Borondón se perdió para siempre.

Los relatos fantásticos sobre las apariciones de la isla que nos ocupa, tienen un sabor verdaderamente legendario y pueril y todos ellos llevan un mismo sello que caracteriza el punto más sutil y delicado de la narración o sea aquél que se refiere a su final y ulterior desaparición de la visión o sensación alucinósica.

Así, un caballero francés cuyas manifestaciones guarda a buen recaudo el candoroso P. Abreu, referirá a este como a consecuencia de un fuerte temporal el navío en que viajaba tiene que arribar a la costa de la isla de San Borondón, bajando todos a tierra, lo que le ofrece la oportunidad de grabar con una navaja su nombre en el tronco de un árbol de la ribera. Acuciados por la prisa se embarcan nuevamente y arrastrados por las aguas embravecidas, sin saber cómo, llegan al día siguiente al puerto de Las Palmas.

Otros testimonios aseguran haber permanecido durante un mayor tiempo en la isla, pudiendo comprobar la existencia de una exuberante y hermosa vegetación, así como ganado mayor y menor que huiría hacia el interior al verse perseguido.

No podían faltar aquí los testimonios más o menos históricos de los antiguos eruditos en estas cuestiones, pudiendo citar a Ptolomeo, Teofrasto, romanos, griegos, fenicios y cartagineses, tirios y troyanos, lo que casi nos permite suponer que

en alguna época este archipiélago constituyó un verdadero cruce o confluencia de la mayor parte de los pueblos de la tierra, ya que hasta los vikingos, adelantándose o haciendo la competencia a las inclinaciones turísticas de fray Blandón, merodearon por estos parajes, corriéndose la voz de que muchos ojos azules y cabellos rubios que dice que encontraron los conquistadores españoles entre los guanches, tienen o acusan aquella procedencia.

Nosotros ni ponemos ni quitamos rey, limitándonos a ese "relata refero" que probablemente nos eximirá de toda culpa.

Hasta de la de creer maliciosamente en la santa ingenuidad de los dos frailes que dieron origen a este relato.

LOS MANEJOS DE ACHE

Nadie puede negar que los movimientos migratorios de los hombres representan el factor más importante para el intercambio de culturas y de costumbres.

Es natural admitir igualmente, como sucede con los contactos en el orden físico o químico de elementos de distintas densidades y presiones, que los más fuertes, que los mejores dotados y más ricos en experiencias y conocimientos en una palabra, influyan decisivamente sobre la parte menos desarrollada, de suerte que en muchos casos puede ocurrir una invasión paradójica al ser absorbidos o asimilados los vencedores por los vencidos o bien asimilar los primeros gran parte del acervo cultural de lo segundos.

En el caso más frecuente, la población sojuzgada trata rápidamente de adaptarse a los nuevos estilos, siendo para ello nuestra innata facultad de mimetización uno de los principales instrumentos.

Dicha mimetización abarcará lo bueno y lo malo, los aspectos positivos y las vertientes negativas de cualquier especial idiosincrasia, aunque es lógico suponer que se asimilen o mimiten mejor aquellas nuevas costumbres que más relación tengan con las ya contenidas por el pueblo invadido.

Con el pueblo guanche ocurriría en términos generales otro tanto como lo que acabamos de exponer.

El impacto de su contacto con la raza europea, y concretamente con el pueblo español no iba a tardar en producir sus efectos.

¿Cómo podríamos valorarlos?

Resulta difícil aventurar hipótesis al hablar de trasiegos de cultura.

Una cultura no suele representar otra cosa que una forma o el estilo de vivir de cada pueblo, de la misma manera que podríamos referirnos a otros fenómenos culturales a que pueden estar sometidos los restante seres vivos, trátase de animales o de vegetales.

Así, pues, una cultura en sí misma, nada prejuzga respecto al comportamiento individual u ontológico de los individuos y de las especies, sino que se limita a ser el exponente de su modo de vivir.

Es cierto que existe una relación indudable entre cultura y civilización, pero ambas expresiones no son sinónimas ya que el concepto de civilización entraña algo que va más allá de esa idea estática de cultura con la que pretendemos enmarcar determinados períodos históricos de los pueblos.

En la civilización entra a jugar un importante papel un factor dinámico que viene a constituirse teóricamente en algo completamente antagónico al factor estático que domina en la cultura.

Dicho factor dinámico está representado por una actitud más abierta y franca a la innovación, al progreso, a la aquiescencia hasta cierto punto revolucionaria y en resumen a una participación integral no mirada solamente desde un punto de vista puramente espiritual, sino antropológicamente intelectual.

Por esta razón los valores de lo que puede ser portadora una cultura, en un grado más avanzado de civilización de otra, pueden no corresponderse realmente con los de esta última y hasta podemos admitir que desde un punto de vista estrictamente antropológico estos valores pueden ocurrir que se presenten menoscabados, no tanto por una tergiversación premeditada de su contenido, como por consecuencia del deterioro producido por su constante uso y abuso.

Otras veces este deterioro se produce porque la confrontación de cualquiera de esos valores con las exigencias teóricas o prácticas de nuevas situaciones, se resuelve a favor de estas últimas y entonces los primeros entran en crisis.

Esto es precisamente lo que nos vamos a encontrar en estas islas a la llegada de los conquistadores y después de reiterados contactos de éstos con los nativos.

El pueblo guanche sin duda no poseía el grado de civilización de sus invasores, pero no hay duda de que en lo que a prendas humanas y morales se refiere, la raza guanche no tenía en qué desmerecer en absoluto a lado de aquéllos.

Es muy posible que hasta por el hecho de tratarse de una raza habitualmente aislada, menos contaminada por contactos extraños, buenos o malos, capaces de producir profundas modificaciones en sus esquemas habituales de comportamiento, el guanche ostentara de un modo más genuino y primitivo las bellas condiciones naturales que tan bravamente cantara Rosseau.

Todo esto viene a cuento porque en el tema que tratamos en estas páginas, un nativo guanche de la isla de Lanzarote, apellidado Aché, va a ser el intérprete de una historia de traiciones y de intrigas realmente más apropiada a la civilización conquistadora y cortesanas, a todos los niveles de las culturas europeas, que a la pacífica y bondadosa idiosincrasia del aborigen.

Por razones que la tradición no nos ha conservado, el guanche Aché aspiraba secretamente a la jefatura nativa del pueblo lanzaroteño, desempeñaba para la época en que sucede esta narración, por el Rey Guadarfia que se había sometido sin violencia al conquistador Juan de Betencourt.

Una cosa es aspirar de forma más o menos noble o abierta por creerse portador de un derecho, al ocupar un puesto o cargo determinados, apelando para ello a los recursos de la razón o de la ética confrontación y otra cosa es ambicionar algo sin sustentar razones suficientes para ello o recorriendo a maquinaciones fuera de lo normal y de lo éticamente permitido.

Esto fue, ni más ni menos, lo que hizo Aché.

Después del desventurado episodio referido en otro lugar que tuvo como intérprete al traidor francés Bertin de Bernaval, hallábanse los aborígenes lanzaroteños muy consternados y francamente preocupados por la conducta de los franceses, ya que de esta nacionalidad eran cuantos habían secundado los bárbaros proyectos de Bertin.

Entre los nativos no faltaban quienes no compartían la sumisa actitud del Rey Guadarfia, por antojárseles que la misma no era correctamente correspondida por los dominadores que por su conducta no se hacían acreedores a tan firme como leal subordinación y alianza.

Atizaba secretamente Aché que gozaba de cierta reputación entre los suyos, este descontento con el firme propósito de vencer a la mayoría para destronar al complaciente Guadarfia, poniéndose él al frente de los isleños, para lo cual trataba de propiciarse los favores del viejo Gadifer de la Salle, lugarteniente de Juan de Bethencourt, que en los últimos tiempos andaban a la greña con más frecuencia de la conveniente.

Aché consiguió como protector a don Alfonso de Bethencourt, sobrino del conquistador, que sufría la postergación en la preferencia de su tío ante su primo Masiot que en su día heredaría todos los privilegios y derechos a la Conquista.

Jugaba Aché con dos barajas. Ofrecía apoyo a don Alfonso y poco después haría lo mismo, siempre en secreto, con Gadifer poniéndole en guardia de un premeditado complot para hacerle perder el mando que tenía.

Fue así como el astuto guanche consiguió el apoyo necesario para proceder contra Guadarfia cuando llegara la ocasión.

Alertado Guadarfia de cuanto contra él se tramaba, estando ausente de la isla Juan de Bethencourt que le profesaba gran respeto y cariño, temiendo por los desmanes de Gadifer arrastrado por sus enemigos, se refugió en el castillo de Zozamas con cincuenta de sus mejores hombres y sus familiares.

Tiempo le faltó a Aché para comunicar a Gadifer que el viejo Guadarfia se había alzado contra su poder y hecho fuerte en aquella fortaleza.

Envío Gadifer un grupo bien armado de soldados que sin mayores dificultades tomaron preso a Guadarfia y a los suyos, que ajenos a toda la trama, creían que sería suficiente una entrevista con el gobernador para dejarlo todo en claro.

No fue así, pues el viejo Gadifer, agobiado quizá por el peso de los años y mordido del recelo y la desconfianza que iban creando un ambiente más denso y entenebrecido a su alrede-

dor, no quiso escuchar razones ordenando la prisión del Rey y la muerte de varios de los que él calificaba como cómplices.

Trabajo le costó al bueno de Guarfaría obtener el perdón de la vida para su gente, pero no pudo evitar ir a la prisión y sufrir numerosas vejaciones.

Con esta baza en su poder, Aché se hizo proclamar Rey, prometiendo a sus protectores la conversión en masa al cristianismo, bautizándose, del resto de la población indígena que aún permanecía fiel a su primitiva religión.

A continuación fue a visitar al prisionero Guarfaría y de más notables, con objeto de ofrecerles su generosa mediación si prometían obediencia y acataban su denominación.

Mas Guarfaría noble y firme de pies a cabeza, rehusó su trato, afeándole su conducta y su traición.

Venía ahora la segunda parte del maquiavélico plan de Aché, conseguir el derrocamiento de los conquistadores, para convertirse en señor absoluto de la isla.

El problema ofrecía mayores dificultades.

Lo fundamental era apoderarse de la fortaleza de Lancelot, en donde se encerraban la mayor parte de las armas, municiones y bastimentos que había en la isla. Pero dicha fortaleza estaba bien protegida por una nutrida y experimentada compañía de tropas especializadas cuyo dominio por la fuerza, de poder a poder, se le antojaba harto difícil, por no decir imposible a nuestro conquistador.

Sin embargo, conocedor de los estragos que en los almacenes reales de dicho castillo había hecho el traidor Bertin, sabía de la penuria de alimentos por lo que planeó una astuta estratagemas para reducir la población del fortín.

Invitó para ello al alcaide de la fortaleza a que enviara los hombres que quisiera a la Gran Aldea para recoger una elevada cantidad de grano y otros alimentos que él, el Rey Aché, ponía a su disposición.

De perlas le pareció al alcaide el ofrecimiento y sin dudarle un instante dispuso que diez hombres debidamente armados y preparados con bestias de carga y los embases necesarios, se desplazaran al lugar indicado.

Esperábales Aché en un punto muy próximo a su residencia,

saliéndole al encuentro con grandes muestras de amistad y contento.

Bien es cierto que el jefe español que comandaba el grupo encontró algo insólita y desproporcionada tan cordial acogida, por lo que entró en recelar, advirtiendo a sus hombres, más no dando señales aparentes de tal advertencia.

Confiado Aché se encaminó con sus huéspedes al poblado inmediato, ordenando secretamente a varios de sus hombres que cortaran la retirada ante una posible huida de los ya casi seguros prisioneros.

Pero quiso la mala suerte para Aché y los suyos, que uno de los soldados se retrasara y topara con la gente que venía a cortarles la retirada, los cuales al verle sólo le atacaron pensando reducirle fácilmente.

Advertido el soldado de la poco amistosa actitud de los nativos, supo hurtarse a su encuentro y profiriendo grandes voces, corrió al reencuentro con los suyos, que estando ya alertados, sin aguardar a más explicaciones, dispusieron a la defensa contra los hombres de Aché.

Superiores en armas y portando además caballerías, poco trabajo les costó a los soldados dispersar al reducido grupo de canarios traidores.

Al regresar al castillo, el alcaide profundamente ofendido por la incalificable conducta de quien se titulaba Rey, ordenó cortar la cabeza a un prisionero guanche y poniéndole en una lanza, que fuera paseada a la vista de todos para que sirviera como feroz escarmiento.

No sabemos como habrían terminado las cosas de haber seguido estas acciones retaliativas por parte de uno y otro bando.

Afortunadamente y para evitar mayores efusiones de sangre, alguna mano generosa liberó de su prisión al Rey Guadarfia, que pudo huir de la misma llevándose puestas las cadenas con las que Gadifer había ordenado sugetarle.

Su primer acto como legítimo Rey, fue ordenar la inmediata captura de Aché, que no tardó en ser localizado y aprehendido por los guanches partidarios de Guadarfia, envalentonados y animados por la libertad de su Rey.

Condenado a muerte, lo fue por el procedimiento de craneo-

lapidación que era el reservado a los reos de delito infamante, negándosele el de morir derriscado, método más frecuentemente utilizado en otra clase de homicidios o de sentencias por otros delitos o bien a personas nobles.

Esta muerte infamante fue confirmada con la quema de su cadáver, con lo cual prácticamente se le negó hasta el derecho a sepultura.

¿Qué cómo terminó el resto de la trama?

Afortunadamente para Juan de Bethencourt, la tempestad se resolvió en un vaso de agua... al menos por esta vez. En cuanto a don Alfonso y Gadifer, el destino se encargaría de truncar sus aspiraciones y aunque ninguno de estos tres personajes franceses conseguiría la plenitud de sus aspiraciones en la conquista canaria, Gadifer precedería a su jefe y amigo en la amarga retirada.

De don Alfonso no volvimos a tener noticias.

FRANCESES EN LANZAROTE

Recogemos esta tradición porque aunque en sí misma no aporta nada nuevo a la mayoría de los hechos históricos que conocemos en relación con la conquista del archipiélago canario, contiene sin embargo algunos datos que arrojan cierta luz sobre problemas históricos muy debatidos como son el origen europeo de las primeras migraciones extrañas en estas tierras, nombres de las islas y de sus poblaciones, etc.

Narran los historiadores que allá por los finales del siglo XIV y principios del XV, los franceses mantenían un comercio marítimo muy intenso con las poblaciones africanas de la costa norte y noroeste de aquel continente.

Por ello resulta fácil admitir el amplio conocimiento que de las Islas Afortunadas hubieron de poseer estos navegantes, que en más de una ocasión, por cualquier circunstancia adversa o favorable, se verían obligados a arribar a estas costas.

Unas de las incógnitas que aún no han podido ser resueltas de modo completamente satisfactorio, pese a la aparente cohesión de los tradicionales argumentos utilizados, es el descubrimiento del verdadero punto de arranque de la gesta canaria.

Desde principios del siglo XIV había comenzado a menudear el arribo de buques y expediciones a las costas de nuestras islas, pero en general se trataba de iniciativas particulares que no cristalizaban jamás en un verdadero plan de dominación y conquista.

Hombres de todos los pueblos y de todas las razas tuvieron

la oportunidad de asomarse a tan maravilloso escenario, mas siempre por alguna causa de fuerza mayor, hubieron de abandonar su empresa, dejando al albur de la Historia la impresión de estas páginas que durante tantos años estuvieran en blanco.

Con las Islas Afortunadas ocurrió algo semejante a lo que casi un siglo más tarde ocurriría con el descubrimiento de América: un extranjero iluminado vendría a proponer a la española Corte la sin par aventura, encargándose el destino de hacer todo lo demás.

Cuando el Rey Enrique III concede a Juan de Bethencourt, el caballero normando, los derechos y privilegios para la conquista de estas islas, tenemos que suponer que ya había llovido lo suficiente sobre el particular, tanto para determinar a Bethencourt a solicitar tales prerrogativas, como para impulsar a Enrique III a concederlas.

Es necesario rememorar aquí aquel lazo de indisoluble amistad entre este monarca y el caballero francés Rubin de Bracamonte, al que otros conocen con el nombre de "el caballero Douglestin" autor de la frase histórica "No quito ni pongo Rey pero ayudo a mi señor", que le valió, en lucha fratricida, a Enrique III el trono de Castilla.

Fácil nos resulta pues imaginarnos el reconocimiento del nuevo Rey hacia quien de manera tan eficaz como expeditiva le había ayudado a ceñir la corona.

Tenemos motivos sobrados para creer que Rubin de Bracamonte, aventurero y hombre de empresa, como lo demuestra su incidiada biografía, expeditió en varias ocasiones a este archipiélago y creemos que tanto a él, como a su compañero de aventuras, igualmente francés, caballero Lancelot, se pudo haber debido la denominación de Lanzarote, el castillo de Lancelot que luego no prosperaría como población y Rubicón cuyo fundador no sería otro que el propio Rubin.

Se ignora todo cuanto se relaciona con la evolución de este singular acontecimiento, que terminaría por conducir a la corte de España a nuestro héroes francos, tal vez con el firme propósito de buscar la colaboración real para desarrollar un plan mucho más ambicioso de conquista.

De estas iniciales pero firmes tentativas, saldría el de Braca-

monte victorioso, dado su innegable ascendiente sobre el Rey que se consideraba incapaz de negarse a sus requerimientos, por lo que tenemos que pensar que las prerrogativas reales concedidas a Juan de Bethencourt, no significaron otra cosa que la voluntad de Rubin.

Nada hemos podido averiguar sobre la realidad de las relaciones existentes entre Rubin y Bethencourt, pero estimamos que hubieron de ser muy hondas y fuertes para el primero depositar tanta generosidad y tanta confianza en el segundo.

La participación primitivamente francesa en la empresa canaria no fue todo lo brillante que hubiera sido de desear, porque muy pronto comenzaron a suscitarse rivalidades y pasiones encendidas entre los conquistadores.

Ante toda la insoslayable rivalidad hispano-francesa, que como es lógico resultaría imposible de evitar, siendo por otra parte, perfectamente comprensible ya que en dicha empresa no sólo estaban empeñados los recursos de la corona, sino también la misma autoridad real y el prestigio de España.

Era peor la rivalidad existente entre los mismos caballeros franceses, que desde los primeros momentos se dividieron en dos bandos: los normandos y los gascones, que no cesaban de intrigar a todos los niveles y en todas direcciones para adueñarse de la dirección y de los beneficios de la Conquista.

Dicha rivalidad culminaría con la traición de Bertin de Berneval, que ya conocemos, acto repugnante que terminó con el prestigio de los gascones en estos predios insulares.

La influencia francesa se dejó notar intensamente en la integración de lo que pudiéramos denominar "infraestructura sociológica conquistadora" de los primeros tiempos, hasta el punto de que muchos aspectos de la vida cotidiana de los guanches fueron interpretados y tamizados a través de un criterio netamente francés, como sucedió por ejemplo con la denominación de la "folia" que en principio fue considerada como baile popular, conservándose hoy especialmente como canto.

De todas maneras la mixtificación fue completa y en el caso de concomitancias y de confusiones resulta verdaderamente imposible poder seguir la huella de multitud de improntas que habrían de influir notablemente en las costumbres aborígenes

para transformarlas o deformarlas en unos casos, o para dar lugar a nuevas formas de expresión y de estilo en otros.

La presencia de los franceses en la isla de Lanzarote, así como en el resto de las demás islas, si exceptuamos su menor incidencia en la de Gran Canaria y Tenerife, se mantuvo vigente durante bastante años, después de la transferencia definitiva de los derechos políticos y administrativos que otorgaban los privilegios de esta conquista, a manos de caballeros españoles.

Como es lógico todos estos posteriores contactos van a tener un matiz bien distinto a los primeramente realizados, pues si bien algunos de ellos tomaran el aspecto de la socorrida y tradicional transacción comercial, en otros, en los más importantes y señalados, se van a caracterizar por ser verdaderos actos de piratería.

Conserva la Historia la simpática y tradicional leyenda filibustera del clásico pirata "Pata de Palo", al que suponemos que no le faltarían todos los aditamentos e implementos indispensables para su perfecta caracterización.

Según nos cuentan, este pirata hizo estragos en este archipiélago allá por los años que permediaron el siglo XVI, siglo de Oro de la piratería, cualidad aurífera que se prolongaría generosamente a los siglos XVII y XVIII, y un poco más.

Este famoso pirata comenzó sus correrías precisamente en esta isla de Lanzarote, desembarcando en Rubicón, camuflado como barco de cabotaje.

Amparándose en las sombras de la noche y en ráfagas sucesivas, fue dispersando sus hombres que ocultaban las armas bajo ropas y aparentes bultos de mercancías, por toda la población y los lugares estratégicos próximos al puerto.

Cuando consideró llegado el momento, ordenó enarbolar en el palo mayor de su bergantín la consabida contraseña bucanera, bandera negra ostentando blanca calavera, procediéndose de inmediato al ataque.

Más de 500 hombres de rostros hirsutos y patibularios, de desalmado aspecto, comenzaron a saquear comercios y viviendas, mientras que otro grupo numeroso de piratas bloqueaba las salidas del fuerte donde la guarnición se hallaba acuartelada.

Fue tan grande la sorpresa y tan enorme el caos que se pro-

dujo, que cuando los españoles quisieron reaccionar, ya era tarde y los piratas se retiraban con rico botín.

Esta acción envalentonó a los corsarios, que durante algún tiempo siguieron merodeando por nuestras costas haciendo pequeños desembarcos en diferentes islas, apropiándose siempre de lo que podían, pero sin mostrar mayor ensañamiento, tal vez porque el mismo pirata Pata de Palo consideraba estas expediciones como un simple entretenimiento de caza o pesca de provisiones y no quería arriesgar la vida de su gente, llamada a más nobles y altos desempeños pirateriles en otras latitudes.

También tenemos referencia de otro desembarco de Pata de Palo y los suyos en la isla de La Palma, pero en esta ocasión la fortuna no sonrió a tan inoportunos como desprejuiciados visitantes .

No sabemos si se trató de algún error geográfico del gran capitán filibustero o si dada la aparente insignificancia del poblado que a sus ojos se ofrecía, concibió la idea de desembarcar como un acto de puro entrenamiento para mantener la puesta a punto de sus hombres, algo aletargados quizás por el benigno clima canario.

Efectuado el desembarco, comprobó que se trataba de una población guanche, cuyo nombre se olvidó de anotar en su cuaderno de bitacora.

Todo aparecía quieto y silencioso.

La chalupa que le conducía con un nutrido grupo de hombres a la próxima costa, no tuvo dificultades para atracar en la ribera, por lo que, saltando a tierra, aunque prevenidos y en orden de combate, se dirigieron resueltamente hacia el poblado, que se hallaba en las proximidades.

Como hubieran de pasar muy cerca de unos acantilados, por un estrecho paso a la orilla del mar, dispusieron en fila para hacerlo y fue en aquel momento cuando una lluvia de dardos y de piedras se abatió con verdadera furia sobre ellos. Enemigos invisibles, perfectamente ocultos entre las piedras y la frondosidad del lugar, parecían atacarles por todas partes.

Desconcertados los piratas, que por otra parte no consideraban la empresa como tema obligatorio de disputa, retrocedieron en desorden no sin antes caer algunos heridos, dispa-

rando sus arcabuces sin ton ni son, con la exclusiva idea de ahuyentar a sus agresores.

Mas como las piedras arreciaran, decidiéronse por la definitiva retirada, por lo que, auxiliando como pudieron a sus heridos, desandaron el camino recorrido, embarcándose de nuevo en la chalupa rumbo al bergantín.

En el lugar de la refriega abandonarían los piratas un par de arcabuces, algunas lanzas y algún que otro barril vacío que pensaban llenar con agua fresca, cuyo destino y uso en la nave ignoramos, ya que de cualquier manera podemos sospechar que sería utilizada menos para beber, lo que supondría una grave conculcación de las leyes andantes de la piratería.

Pata de Palo, indignado y echando mano de lo más florido de su repertorio de insinuantes y onomatopéyicos vocablos de la jerga filibustera, quiso vengarse de la tremenda y lapidaria afrenta, dirigiendo las bocas de sus cañones hacia el humilde poblado guanche.

Pero alguien le susurró al oído razones económicas de peso, para hacerle desistir de su empeño, pues las municiones ya andaban caras por aquellos tiempos y el arte de la guerra había incorporado definitivamente esos principios económicos tan pro-saicos, que si bien es cierto que restan dramatismo y vistosidad a las contiendas entre los hombres, no es menos cierto que no carecen de efectividad.

No se podía decir en aquella ocasión que "París bien valía una misa", porque aquel insignificante pueblecillo no valía, a los ojos de los bucaneros, lo que media docena de buenas andanadas, siendo así como los palmeros se libraron del primer bombardeo de su historia.

EL GAROE DE TIGULAE

La leyenda del "árbol santo" de la isla de El Hierro es una reminiscencia de un fenómeno sociológico muy frecuente en la vida de los pueblos primitivos, que consiste en atribuir esencias y cualidades sobrenaturales a aquellos principios orgánicos que por sus especiales condiciones y circunstancias representan para la existencia del ser vivo un elemento de capital importancia.

En regiones donde estos principios materiales escasean esta transferencia de valores la encontramos perfectamente lógica y comprensible, ya que en último término los "valores" y las "categorías" en general han de ser extraídos de una consecuencia epistemológica derivada de la forma más correcta de producirse un fenómeno, para hacer posible la existencia.

Por esta razón, la presencia de estos valores adquiere posteriormente la condición de promotor ético que nutrirá la aparición de la ley y la organización jurídica de la sociedad.

Así, mediante estas leyes amparadas en dichos valores, establecemos automáticamente un cierto grado de protección y rodeamos de seguridad al objeto de nuestra atención, entendiéndose que estos valores y estas leyes serán tanto más inflexibles y autoritarias, cuanto mayor significado alcance o represente para nosotros el fenómeno que pretendemos regular.

Siguiendo el hilo de esta argumentación, es como llegamos al "tabú" primitivo, que más tarde se convertirá en dogma religioso, concebidos siempre con la misma idea ya apuntada de

proteger y conservar esos principios que consideramos insoslayables para la vida.

De este modo, al caer en lo trascendental, en lo sobrenatural, el hombre se encuentra imposibilitado para rebullir o para rebelarse contra el "ethos" y la protección resulta perfecta.

Unas veces este tabú se proyectará sobre animales, que se convertirán automáticamente en símbolos sagrados o en algo semejante. También puede proyectarse sobre otros seres y sobre otras cosas materiales y por último, lo que es más frecuente, sobre las propias funciones biológicas y existenciales, así como sobre las costumbres y forma de conducirse de una colectividad.

Estas modificaciones de conducta que acompañan generalmente a los actos rituales que se derivan de la agrupación del tabú, toman el nombre de "ceremoniales" y los vamos a encontrar en todas las especies animales, y no sólo en el hombre, como muchos pretenden hacernos creer.

La proyección del tabú sobre el agua, el fuego, la tierra, árboles y plantas, animales de toda especie, etc., es tan frecuente que no merece comentario.

El lector menos avisado que pudiera interesarse por estas cuestiones, encontrará en cualquier tratado de Sociología ampliamente relacionado este tema.

En las Islas Afortunadas, a despecho de esta grata e indiscutible denominación, la presencia del elemento agua, que tan generosamente se manifiesta alrededor de las mismas, sirviéndoles de lecho y escenario sin límites, no se ofrece con las mismas características ni generosidad tierra adentro, por lo que secularmente su escasez ha venido constituyendo un serio "handicap" para su agricultura un grave problema para los encargados de la administración pública.

La carencia de cursos de agua regulares, sólo posibles la mayor parte del año en la isla de Tenerife y La Palma, se compensa en éstas y otras islas por la frecuencia de las lluvias, por la humedad del ambiente y por la feliz reproducción de una flora y una fauna deliberadamente acondicionadas a estas exigencias carenciales.

Por ello, en todos los tiempos, la presencia de un surtidor o manantial, de cualquier afloramiento de agua, ha sido salu-

dado con júbilo, tratando de conservarse con el mayor esmero.

De todas las islas, es la de El Hierro, como ya hemos visto en otro lugar, la más castigada por esta falta del líquido elemento como producción natural de su suelo, hasta el punto de que los latinos la denominaron Pluvialia, para dar a entender que se sostenía con el agua de lluvia.

Recogen los historiadores observaciones muy interesantes sobre algunos efectos de este fenómeno, aspectos que ya hemos tenido oportunidad de tratar en otra ocasión, por lo que no consideramos necesario reiterarlos aquí.

Mas lo que sí es interesante recoger para la posteridad es esta curiosa leyenda que nos habla de la existencia en dicha isla de un árbol llamado "garohe" que "destilaba" agua, por lo cual representó para su época un objeto de inapreciable valor para los habitantes isleños.

El escenario de tan insólito suceso es la región de Tigulae, próxima al mar, caracterizada por una elevada formación rocosa que, discurriendo no muy lejos de la costa, forma como un farallón o dique que ampara los vientos procedentes del mar. Recordamos este punto como teatro de operaciones de aquel gran Faycan que se inmortalizó con la certera precognición de "El augur de Ganifagua", ya dado a conocer a nuestros lectores.

Refiere A. y Galindo, testigo ocular de este prodigio, que el "árbol santo" se hallaba situado en la profundidad de una cañada que discurría entre dos vertientes rocosas desde el mar o playa hasta el farallón que hemos anotado.

La cañada ascendía suavemente, hasta llegar al profundo rincón en el que de modo sorprendente surgía el garohe que ostentaba colosales dimensiones.

Según la tradición, el agua que brotaba a sus pies provenía de las hojas y de las ramas del mismo, que la tomaban de la atmósfera, hurtándola a las nubes traídas por los vientos viajeros, que al chocar con la frialdad del farallón, se enfriaba a su vez, dando oportunidad a las misteriosas hojas para entrar en acción.

La teoría no podía ser más peregrina, mas la presencia indubitante del agua brotando de sus raíces, era prueba evidente y más que suficiente, para confirmarla, y así se sostuvo hasta

que, vencido por los años o cansado quizá de tan húmeda como delicada misión, el garobe se negó a seguir fungiendo de vegetal potabilizadora, decidiendo entregar su alma vegetativa al Creador, que tan firmes muestras le había dado de su predilección, asignándole tan singular papel.

No puede sorprendernos que, según el testimonio de nuestros historiadores, este árbol, además de gozar de gran fama, gozara de la lógica protección a la que ya hemos hecho referencia en la introducción al tema.

Los grandes Faycanes sentaban sus reales en las inmediaciones del garoche y aprovechaban esta coyuntura para organizar sus ritos y ceremonias, refiriéndose que más tarde se fundó allí una especie de capilla o santuario que atendía un "santero".

Estos "santeros", por denominarles de alguna manera, aunque les cuadraría mejor el nombre de "curadores", podían ser indistintamente hombres o mujeres, generalmente Faycanes o magadas, pero también tenemos noticias de haber sido designados para estos menesteres matrimonios que vivían de los presentes y de las limosnas que generosamente les hacían quienes se iban a servir del agua.

Con la civilización europea, aquella costumbre ascendió en categoría convirtiéndose en un verdadero negocio municipal, nada desdeñable, ya que la producción de agua del garoche pareció alcanzar, en litros, cifras respetables.

El curador tenía su vivienda en las inmediaciones de la entrada de la cañada, cuyo acceso estaba vedado a los transeúntes ocasionales, por considerarse dicha cañada como recinto sagrado.

No era mala la vida del santero. Por una parte, los requerimientos de agua eran constantes y la afluencia de indígenas con gánigos y vasijas para recogerla, menudeaba desde las más tempranas horas del día.

Por otro lado, el herreño siempre fue generoso y abierto, por lo que sus limosnas cubrían perfectamente las necesidades de nuestro curador.

En días señalados y especialmente elegidos, el Gran Faycan, al frente de sus sacerdotes y de las magadas, organizaba actos

y ceremonias especiales generalmente destinados a propiciar la continuidad de tan señalados favores y a agradecer a sus dioses tales beneficios.

Decimos "dioses" porque recordamos a nuestros lectores que en la isla de El Hierro la divinidad estaba representada por un "dios macho" llamado "Eraorazan" y una "diosa hembra" conocida con el nombre de "Moneiba".

En estas festividades se organizaban grandes banquetes con profusión de carnes, gofio, alimentos preparados con manteca, pescados y frutas, en los que participaba gratuitamente todo el pueblo y los organizadores.

Una vez finalizado, se procedía al canto de "endechas" y a realizar varios tipos de danzas rituales y también de bailes populares.

La asistencia con alimentos también la dispensaban los curadores a cuantas personas lo solicitaran por proceder de lugares alejados, siendo igualmente gratuita esta prestación, aunque habitualmente eran generosamente recompensados.

Sin embargo, los frutos, alimentos o animales que para estos menesteres se utilizaban tenían carácter sagrado y en circunstancias normales les estaba prohibido a los pobladores de la isla, aconteciendo lo mismo en la restantes, no permitiéndoseles disponer de aquellos alimentos o animales para su sustento, pudiendo únicamente hacer uso de los mismos el santero y su familia, así como los faycanes y las magada's.

Hurtar uno de estos animales y comérselo suponía para el guanche común propiciar deliberadamente la cólera de los dioses, siendo dicho acto, por otra parte, severamente castigado, ya que el gran faycan solía intervenir, junto con los guanartemes y menceyes, en ciertos aspectos de la administración de la justicia.

Respecto a la naturaleza del árbol santo, dejemos al P. Abreu que él mismo nos relate lo que sus ojos pudieron contemplar:

"A legua y media del mar, cañada arriba, al pie del farallón, vese una especie de árbol parecido al tilo, único en la isla de esta clase. Su tronco mide 12 palmos de circunferencia y cuatro de ancho, cuarenta de alto y la copa ciento veinte pies. Su fruta es como bellota que contiene un piñón dulce y aromático. Sus

hojas son perennes como las del laurel, pero más grandes. A su lado, dos aljibes de veinte pies por 16 palmos de profundidad.”

No vemos la razón que pudo haber asistido a ciertos autores y tratadistas para poner en tela de juicio la existencia de este árbol tan singular.

Su desarrollo en las inmediaciones de algún pequeño manantial hubo de ser fortuito y en realidad el nudo gordiano de su problemática tenemos que referirlo a la curiosa inversión de funciones atmosféricas y telúricas que era necesario promover y mucho más necesario aún admitir, para justificar el origen sobrenatural de tan precioso como líquido elemento.

Hoy el garohe no existe, y con su desaparición se ha fortalecido la leyenda, puesto que los espíritus críticos avezados a la prueba y al testimonio del ver para creer, no tienen otra alternativa que negarse a aceptar la leyenda o tomarla tal cual nuestros tal vez un poco interesados historiadores, nos la han transmitido.

Sea como fuere, lo cierto es que tanto en aquellos tiempos como en los presentes no nos hubieran venido mal unos cuantos garohe que contribuirían indudablemente a mitigar la crónica escasez que de agua se deja sentir por estos predios isleños.

ORONE EL INFLEXIBLE

Uno de los caudillos guanches que más se caracterizaba por su encono y odio implacable al invasor fue Orone, señor del reino de su nombre, en la isla de La Gomera.

Se trata de un caso especial de anafilaxia y resistencia, como no se dio ningún otro a todo lo largo de la gesta heroica de la Conquista Canaria.

Es tal vez el propio destino individual que cada ser parece llevar escrito en las páginas en blanco de su vida, el que de un modo imprevisible y caprichoso traza nuestros caminos para hacer historia, caminos que en la mayoría de los casos no parecen conducir a ninguna parte y que si los denominamos así, es por el simple hecho de hollarlos y de trillarlos con nuestras plantas porque quizá sea verdad que enfrentados con nuestro futuro, tenga razón el juglar cuando canta "En la vida no hay caminos... se hace camino al andar".

Precisamente La Gomera es una de las islas de nuestro archipiélago la primera en ofrecernos el anticipado testimonio de su incorporación a las nuevas corrientes conquistadoras de la fe de la civilización.

Ahí tenemos el antecedente del rey Amalhuige, que habiendo sufrido varias invasiones, superada la mitad de la centuria del siglo XIV, acogió hospitalariamente en sus predios al caballero español Fernando de Castro, que llegó a la isla allá por el año 1370.

Ya conocemos esta tradición. Don Fernando dio muerte a

un hermano del rey y cuando los parientes y vasallos del difunto impetraron la ayuda de Amalhuige, éste reaccionó siguiendo su natural y bondadosa forma de ser, perdonando al agresor, al cual llegó a tener en gran aprecio y estimación.

Esta es la encrucijada de la cual partirán las futuras desavenencias que con el tiempo habrían de imprimir los tintes más sombríos a la historia de esta hermosa y pacífica, para aquella época, isla.

A tan alto grado de afición llegó el afecto de Amalhuige por don Fernando y viceversa, que el primero decidió convertirse al cristianismo, tomando el nombre de Fernando, ya que su amigo fue quien, con el mayor placer, le apadrinó.

Como ocurriera con otras expediciones semejantes, tal cual ya hemos apuntado, el español se fue, pero dejó a su ahijado numerosos presentes, armas y pertrechos, así como también un religioso para que siguiera instruyéndole en la nueva fe y conservara las conversiones conseguidas.

Marchó el de Castro con la idea de retornar lo antes posible en mejores condiciones de hombres, navíos y bastimentos si encontraba quien apoyara su empresa, llevando buenas recomendaciones e informes manuscritos del voluntario misionero, que le auguró y deseó los mayores éxitos en la gestión.

Pero el tiempo pasó y el caballero don Fernando no volvió a aparecer por aquellas latitudes, por lo que es lógico suponer que sus intentos se vieron condenados por el fracaso.

Y así fue como el tiempo, que todo lo transforma y lo destruye, terminó para siempre con aquellos felices inicios que tan buena continuación prometía.

Amalhuige murió y a su muerte la población isleña se dividió en cuatro bandos, de los cuales dos de ellos, el de Mulagua y el de Orone, aunque bautizados, no estaban convencidos, conservando vivo el resentimiento por la muerte de su pariente a manos de Castro, rencor éste que habían conservado contra Amalhuige por el resto de sus días.

Encendiósse entonces una especie de pequeña guerra civil y el primer sacrificado fue el Padre misionero, que pagó con su vida la precoz y precaria evangelización de la isla.

Encabezaban los cuatro bandos disidentes los siguientes cau-

dillos: por la región de Mulagua, Fernando Alberbequeye. Por la de Anaga, Fernando Alguabozeque. Estos dos caudillos se habían convertido al cristianismo, siendo apadrinados por el mismo Fernando de Castro.

Los habitantes de la región de Hipalan eran capitaneados por Pedro Halhagal, también bautizado, y por último la más áspera región montañosa de Orone era gobernada por Masegue Conche, el famoso Orone, que tomó su nombre de la región indicada.

Se tejen muchas y fantásticas leyendas en torno a este personaje.

Hay quien dice que era hijo en princesa guanche de un caballero gallego, Fernando de Horne, que mucho antes de la llegada de Castro, había arribado a la isla, permaneciendo en ella largo tiempo por razones que la tradición no nos ha permitido conservar.

Otra versión nos informa de como Orone es hijo del asesinado hermano de Amalhuige, muerto a manos de Castro, por lo que cobraría hacia éste y hacia todo lo que él simbolizara, así como contra su propio tío por haber perdonado al matador, un odio inextinguible.

Aseguran otros que, hijo de Amalhuige, no aceptó el bautismo ni la convivencia con los españoles, recriminando constantemente a sus hermanos de raza aquella subordinación y convivencia, augurándoles negros presagios para un futuro más o menos inmediato.

Mas fuere cuál fuere el origen o el motivo de este rencor, o de semejante soberbia y digna actitud ante la invasión de que eran objeto, los resultados de la misma fueron la muestra evidente de cómo un pueblo se labra sus propios destinos, pues, como veremos, la conducta de Orone, a la larga, condujo a la conocida y trágicamente histórica "Matanza de La Gomera", cuya versión ya hemos ofrecido al lector en otra ocasión.

Nada tiene pues de extraño que en esta convulsión que agitó a la isla después de la muerte de Amalhuige, la voz de Orone fuera la más airada y la más violenta, preconizando la destrucción total de los españoles, sin dejar vestigios de su estancia ni de sus costumbres.

Pocos eran, por cierto, los españoles que habían quedado en La Gomera después de la marcha de Fernando de Castro. Cinco en total. El misionero fray Mendo de Legido con un sirviente jovenzuelo y tres varones más que se habían aficionado a aquella vida natural y primitiva, dejándose ganar por el buen clima y el trato hospitalario y cariñoso de los nativos.

El odio de Orone invalidaría todos estos motivos y razonamientos. Hechos prisioneros el fraile y sus compañeros, en sumario "sabor" de guerra, fueron condenados a muerte.

Dividíanse aquí las opiniones de los cuatro caudillos. El de Anaga, junto con el de Hispalan, abogaban por la libertad y gracia de la vida de los detenidos, sugiriendo que se retuvieran en la isla solamente el tiempo necesario para poderles embarcar en la primera nave extranjera que arribara a sus costas.

Mulhagua, representada por Fernando Arberbequeve, dudaba en principio, pero los coléricos y apasionados razonamientos de Orone terminaron por convencerle.

Había, por lo tanto, un verdadero empate, que Orone resolvió drásticamente ordenando a sus hombres ajusticiar a los prisioneros, que fueron craneolapidados aquella misma noche.

Se refiere que fray Mendo intentó conmover los endurecidos sentimientos del refractario cacique, apelando a toda suerte de argumentos, sin conseguir otra cosa que endurecer más y más el empedernido corazón del rencoroso Orone, que igualmente se negó a atender las peticiones de clemencia que le fueron hechas por algunos de sus numerosos hombres y parientes.

A continuación Orone y Mulagua se dedicaron a desmantelar y destruir cuanto vestigio o recuerdo pudiera quedar de los españoles, especialmente en lo que referirse pudiera a instalaciones y objetos de culto y religión, restaurando las primitivas creencias guanches y devolviendo a los grandes faycanes y a las magadas toda su anterior autoridad y prestigio, que ciertamente habían quedado menguados con el advenimiento de las nuevas doctrinas.

De este modo consiguieron los dos caudillos acallar cualquier actitud de protesta que hubieran sido capaces de iniciar los bandos de Anaga e Hispalan, que ante el indeclinable desa-

rrollo de los acontecimientos, optaron por una prudente reserva, continuando su vida sosegada y tranquila.

Pero la mecha del odio y del encono ya estaba encendida, por lo que cuando varios años más tarde llega Bethencourt a la isla, aunque amistosamente recibido por los dos más pacíficos bandos, Mulagua y Orone, retirados a sus abruptos predios, se resistirán al contacto, manteniéndose indefinidamente alejados, aunque sin presentar batalla abierta contra los conquistadores.

Un hecho vendría a confirmar fatalmente el funesto augur de Orone.

Después que Inés Peraza de las Casas renunciara en favor de su hijo Hernán Peraza el Gobierno de La Gomera, que le correspondía por la muerte de su marido Diego de Herrera, los gomeros comenzaron a notar la diferencia de trato que se le daba, porque el joven Peraza distaba mucho de ser el varón prudente y atemperado que convenía para gobernar con acierto a un pueblo sometido y extraño. Comenzó a cundir el descontento, lo que proporcionó a Orone y a su aliado el de Mulagua la magnífica oportunidad que estaban esperando para demostrar lo justificado de su intransigente actitud.

Intrigando y maquinando con las gentes de Anaga e Hispanlan, consiguieron soliviantar los ánimos hasta el punto de preocupar seriamente al joven Peraza, que no vaciló en solicitar el auxilio de Pedro de Vera, poderoso gobernador de Gran Canaria.

Había unido a Pedro de Vera una grande y profunda amistad con Diego de Herrera, padre de Peraza, así que no demoró en prestar el auxilio pedido, enviando al joven un buen contingente de tropas y bastimentos, que fueron suficientes para restablecer la tranquilidad en La Gomera.

Poco habría de durar tan aparente calma.

A pesar de su matrimonio con la bella Beatriz de Bobadilla, el joven Hernán, muy aficionado, como buen señor, a todos los placeres, había tomado especial afición por una joven nativa muy hermosa que le correspondía en tan ardientes amores, cuyo dramático final ya hemos relatado para nuestros lectores en la publicación anterior de nuestra Primera Recopilación, bajo el nombre de Ivalla.

Orone, que continuaba imperturbablemente maquinando en la sombra, tejiendo su delirio de venganza, después de retirarse las tropas de Vera consiguió reagrupar a muchos de los fugitivos dispersos y atraerlos a su campo, para organizar un plan de rebelión contra Peraza que pusiera punto final a la dominación extranjera en su tierra.

Y fue precisamente de aquella debilidad por las femeninas faldas del joven gobernador de lo que Orono y Mulhagua supieron sacar el mejor partido.

Sabedores de que Pedro Autacuperche estaba profundamente enamorado de su hermosa prima, no cesaron hasta convencerle de lo apremiantemente necesario que resultaba eliminar al tirano, que acabaría robándole definitivamente su amor.

Grandes dificultades encontraba Autacuperche para ultimar con facilidad al gobernador, ya que no era tarea fácil para un nativo ni tan siquiera acercarse a las proximidades de las habitaciones o lugares de reunión de los altos personajes y jefes de la conquista, que vivían permanentemente rodeados de celosos servidores y guardianes.

Para decidirle, Orono y Mulhagua se trazaron el plan que ya conocemos, haciendo intervenir a la hermosa Ivalla, saliendo todo tal cual ellos lo pensaban, culminando con la muerte de Peraza.

Muerto Peraza, fue Orono el que más se ensañó con los españoles, comenzando por ordenar la muerte de los dos pajes que le acompañaban, para evitar que a su regreso cundiera la noticia y la alarma en el campamento cristiano.

Organizó a sus hombres, que aprestándose con cuantas armas hallaron a su alcance, se dirigieron al Real de los cristianos con ánimo de atacar la fortaleza y rendirla para matar o utilizar como rehenes a cuantos se encontraban en su interior, especialmente a la bella Beatriz.

El ataque tomó por sorpresa a los españoles. Por el hecho de haberse realizado al filo del amanecer les encontró en su mayoría recogidos en las habitaciones, por lo que esta circunstancia les sirvió de protección, dándoles tiempo para organizar una feroz y dramática resistencia.

El sitio comenzó y Orono se las prometía muy felices por-

que conociendo bien la fortaleza y los recursos de que los cristianos podían disponer, calculaba que su rendición sería cosa de pocos días.

Esta fortaleza encontrábase a cierta distancia de la población guanche que por aquellos contornos se había fundado con motivo de la llegada y afincamiento en tierra gomera de los conquistadores, proximidad que en esta ocasión fue la tabla de salvación para doña Beatriz y los suyos.

Cuando los víveres comenzaron a escasear, y cuando doña Beatriz comprendió las intenciones de sus atacantes, por lo que el asunto resultaba más grave de lo que en principio pensara, creyendo a su marido prisionero de los revoltosos, envióles emisarios que regresaron a la plaza con la fatal noticia de la muerte de Peraza y de los dos servidores.

Era urgente enviar solicitud de socorros a Pedro de Vera y a la vez procurarse de los súbditos fieles alguna ayuda o alimento para poder resistir. Así fue como al amparo de las noches oscuras, sombras sigilosas, bien conocedoras del terreno que pisaban, iban y venían entre el fuerte y el poblado, burlando la vigilancia de los hombres de Orone.

Prolongábase la resistencia de los sitiados más allá de lo previsto, por lo que impacientes los sitiadores por concluir aquella enojosa y enervante campaña, temiendo la llegada inoportuna de algún refuerzo, o que los moradores de la fortaleza dispusieran de algún secreto depósito de alimentos, decidieron el ataque final.

Entre tanto ya doña Beatriz había conseguido enviar, sano y salvo, un emisario de toda su confianza al gobernador de Gran Canaria, retornando el mismo emisario con la grata noticia de una muy pronta y feliz expedición de socorro.

Por este tiempo las gentes de Orone sorprendieron a tres guanches adictos a la castellana, que conducían unas cabras y otros alimentos al fortín.

Furioso Orone, afeándoles su traidora conducta, ordenó darles muerte infamante y que después sus cadáveres fueran incinerados y las cenizas arrojadas al mar.

Estos hechos y la resistencia que sus enemigos le ofrecían, habíanle tornado más agresivo e irritable aún, reprimiendo con

graves castigos las faltas más insignificantes de sus hombres, haciéndose más tirano y cruel.

El día del asalto, las milicias de Orone y de Mulhagua se lanzaron con el mayor estrépito al ataque. La batalla fue feroz. Pero los cristianos consiguieron mantener sus posiciones y al anoecer el campo, sembrado de cadáveres, ofrecía un apocalíptico y aterrador aspecto.

La noche transcurrió constantemente taladrada por los ayes y gemidos de los malheridos, respirándose una densa atmósfera impregnada con el olor de la pólvora y de la sangre.

Las bajas fueron muy numerosas por ambos bandos, contándose en el canario con la del joven y ardiente enamorado Autacuperche, que rindió sobre el campo de batalla su tributo por la muerte de Hernán Peraza, del que había sido matador.

Al amanecer un rumor conmovió el campamento de los atacantes: un navío repleto de soldados bien armados acababa de llegar al mando de Pedro de Vera en persona. El pánico reinó en las filas de los gomereros, que levantaron el sitio sin más dilaciones, dispersándose en todas direcciones. Mulhagua y Orone, con los que les siguieron, dirigiéronse a sus antiguos feudos, con la esperanza de poder capear el temporal que se aproximaba, ocultándose en grutas y cavernas por ellos conocidas. Mas esta vez los cálculos de Orone no se confirmaron. Fue hecho prisionero por los soldados de Pedro de Vera y decapitado, junto con Mulhagua, en la Plaza Mayor, siendo sus cabezas puestas en picota y dejadas expuestas al sol y a los vientos, para que estos últimos pregonaran por toda la isla y aún más allá del mar, la justicia que el gobernador hacía con cuantos intentaban rebelarse contra el poderío de los reyes castellanos.

Con la muerte de Orone y de Mulhagua quedaría finiquitada para siempre la levantisca actitud de los gomereros, que fuera la más acusada de todas las islas de este archipiélago.

LEYENDA DE GARA Y AJONAY

Guarda la tradición uno de sus más hermosos tesoros en la mítica leyenda del Garahonae célebre montaña de la isla de La Gomera, que pone en relación a dos personajes que la interpretan, de los cuales uno es de la isla de Tenerife, en la persona del príncipe Ajonay, hijo del mencey de Güümar, y el otro se trata de la princesa Gara, hija del antiguo rey Amaluhige, de La Gomera.

Ya en principio se torna evidente el carácter irreal y fantástico de esta leyenda por diferentes circunstancias que ponen de manifiesto la falta de base verídica para establecer con su contenido alguna relación de tipo histórico sobre hechos ocurridos en alguna de estas dos islas.

En primer lugar, la figura de la princesa Gara, si bien puede personificar perfectamente el papel de joven enamorada, no puede ser admitida como hija de un monarca absoluto en una isla que se caracteriza precisamente por la antiquísima tradición de su pluralidad de reyes o guanartemes de la misma.

El otro factor, más insólito aún, se referiría a un aspecto puramente humano sobre la capacidad fisiológica para realizar un ejercicio determinado, mucho más difícil de llevar a cabo por un individuo perteneciente a una raza o variante de la misma que tradicionalmente no se caracterizaba por ser de grandes nadadores ni gente marinera para la época de esta narración.

Por otra parte, encontramos en ella algo que se aparta de

lo común, incluso aún cuando, como en otros casos, como sucede al hablar de la Atlántida, se da paso a una mitología telúrica que encarna los personajes y los hechos de las más fantásticas y singulares tradiciones humanas.

Esta impronta extraña viene dada por una interpretación que no es habitual a la leyenda aborigen del pueblo guanche, tal cual lo hemos encontrado en otro tipo de leyendas y aún que como tal y genuina expresión de la tierra gomera se ha conservado hasta nuestros días, su origen no se nos antoja foráneo, sino más bien importado por algún relator advenedizo que trajo consigo este sistema de concepción legendaria, muy típico de otras culturas más o menos evolucionadas.

El príncipe Ajonay acudió en representación de su padre a unas fiestas celebradas en honor del rey gomero, durante las cuales tuvo la ocasión de conocer a la princesa Gara, hermosa y primaveral como corresponde infaliblemente a toda princesa de fantasía y leyenda.

Tampoco debían de escasear las buenas prendas en el joven mancebo, porque el resultado de este conocimiento trajo como consecuencia el mutuo y fulminante enamoramiento de ambos, hasta el extremo de jurarse amor eterno y no descansar hasta conseguir unirse para siempre.

Mas con tratarse de épocas tan remotas, al parecer ya existían en estas hipotéticamente felices colectividades motivos suficientes de desabrimiento y mal estar individual y social, por lo que quién sabe si por secretos motivos de Estado o por otras razones políticas los amores de Gara y Ajonay tropezaron desde los primeros momentos con obstáculos que pusieron una insalvable barrera a sus mutuos requerimientos.

Mas como para el amor nada hay imposible, pese a la prohibición que se les impuso para continuar sus relaciones, ni tan siquiera para verse y hablarse, impidiendo al ardoroso Ajonay el acceso a la isla y su permanencia en ella, y a la enamorada Gara viajar, no sabemos cómo, a Tenerife, los recursos comenzaron a surgir y los misteriosos correos del amor a llevar sus misivas de una a otra parte.

Cuando Ajonay se convenció de que su amor era correspondido por la bella princesa, su alegría no reconoció límites

y su anhelo se dispersó a su alrededor, como aquellas aguas azules que tampoco ostentaban aparentes fronteras. Como su padre el mencey le tuviera igualmente prohibido viajar con tan relativa como peligrosa frecuencia a la vecina Gomera, el joven tomó la inaudita y valiente decisión de hacer a nado todas las noches, cuando el tiempo lo permitía, la larga travesía que suponía cubrir unos 25 kilómetros para ir ilusionado a encontrarse con su amada y otros 25 kilómetros para regresar satisfecho y esperanzado ante la perspectiva del próximo y tal vez aún más feliz encuentro.

Al oscurecer, desde la playa tinerfeña, alejado de indiscretas miradas, aproximábase Ajonay, que había permanecido largo rato oculto tras una roca del vecino acantilado, esperando ansiosamente el momento oportuno, con el corazón laténdole fuertemente en el pecho, a la orilla y poco a poco, furtivamente, silenciosamente, se introducía en el agua y comenzaba a nadar.

Jamás hemos podido averiguar el estilo por él utilizado ni las fantásticas velocidades que tuvo que alcanzar para hacer tan rápidamente aquel recorrido.

Pero la leyenda es así, escueta, inexorable, presentándonos al resuelto y enamorado joven llegando, casi exhausto, a la costa gomera, para caer rendido en los brazos de la adorable Gara, que llevaría largo tiempo esperándole, oteando ansiosa entre el sisear de las estrellas rielando sobre las largas olas, hasta lograr descubrir con gozo la presencia de su nocturno visitante.

Lo irremediable sucedió y algún día, sin que sepamos cómo ni porqué, estas nocturnas entrevistas fueron descubiertas y el rey, puesto sobre aviso, al percatarse del ciego y apasionado enamoramiento de su hija, ordenó a sus servidores que procuraran sorprenderles y apresar al joven para hacer con él ejemplar escarmiento.

Fue así como una noche, después de haber llegado el nadador solitario y tras haberse reconfortado generosamente con el turrón de miel de los labios de su amada, fueron sorprendidos por un grupo de servidores del rey, que trataron de apoderarse de ellos, intimando al joven a la rendición.

Pero por algo Ajonay era hijo de un noble mencey y por lo

tanto príncipe, así como Gara lo era también. Jóvenes, resueltos, enamorados... ¿Qué más condiciones se pueden pretender para incitar a una pareja semejante a la resistencia y a la lucha por su amor?

Ágiles como liebres, amparados por las sombras de la noche y siendo ella una experta conocedora del terreno, corrieron nuestros jóvenes a ocultarse entre los árboles de un bosque vecino, logrando de momento burlar así a sus perseguidores.

No era cosa de quedarse allí esperando un amanecer sombrío que les traería el cerco inevitable, por lo que Gara sugirió a Ajonay huir hacia el interior para ocultarse en alguna cueva de las muchas que por aquellas elevadas montañas había, con objeto de aguardar una mejor coyuntura para que el joven pudiera regresar a su isla tinerfeña.

Siguióla Ajonay con paso presuroso y muy pronto los frescos y cómodos senderos de la costa se fueron empinando y retorciendo, sacándoles el calor a la cara y la fatiga a los ojos del alma, embargados por el temor de ser aprehendidos por los que, a no dudar, no tardarían en ir en su seguimiento.

Así fue, en efecto. Los implacables perseguidores, siguiendo sin dificultad sus huellas, les seguían los pasos tan de cerca que se podían escuchar sus amenazadoras y jadeantes respiraciones.

Rayaba ya el amanecer cuando Gara y Ajonay coronaban fatigosamente la cima de una de las más altas de aquellas montañas.

Infructuosamente habían intentado hacer desistir a sus seguidores de tan obstinada persecución, arrojándoles piedras e intentado despistarles en su camino, mas sin obtener ningún resultado.

Ajonay iba armado con una espada de tea, señal de dignidad real, que siempre llevaba consigo sujeta a la cintura, y aunque era hombre de probado y bien calificado valor, poco podía hacer frente al grupo de hombres que les perseguía.

El cerco se estrechaba. El camino que llevaban les conducía al borde de un precipicio abismal de tan enorme altura, que su fondo apenas si podía ser divisado entre los retazos de nubes que se habían cobijado en el barranco para dormir aque-

lla larga noche de luna. Próximos a ellos, los servidores del rey se acercaban peligrosamente.

Así que hubieron llegado al borde del precipicio, escalaron los dos enamorados una pequeña meseta que tras ellos quedaba, desde la que Ajonay intentó hacerse fuerte por última vez.

Mientras tanto, Gara se dirigía ora en tono amenazador, ora en tono suplicante, a aquellos hombres vasallos de su padre exigiéndoles que desistieran de la prisión del joven y que la condujeran solamente a ella a presencia del rey, dispuesta a cumplir el rigor que a su castigo pusieran por el delito de amar a Ajonay.

No quisieron de ningún modo escucharle, alegando que tenían que cumplir inexorablemente la orden de su señor, por lo que estaban dispuestos a prender al joven tanto si se entregaba sin violencia como si se oponía con la fuerza de las armas.

Sabía Gara que si el joven era hecho prisionero sería condenado a muerte, pues conocía las leyes de su pueblo y la crueldad y severidad de su progenitor, aún más airado por las reiteradas y numerosas reconvenciones de que le había hecho objeto sin resultado .

Los momentos se tornaron cada vez más tensos y los minutos transcurrían con una rapidez dramática y desesperante.

Era preciso tomar una decisión, por lo que el joven Ajonay insinuó a Gara:

—Gara, amada mía, la situación es irremediable. Pronto estaremos en manos de los sicarios de tu padre. Sé que mi vida no será perdonada y temo por la tuya. Así, pues, entrégate tú para no excitar más aún su encono y yo me arrojaré al precipicio.

—No, mi querido Ajonay. Nada ni nadie me podrá separar de ti. Si tú has de morir, contigo quiero morir también, pues para mí la vida ningún valor tendría si tú me llegaras a faltar. Luchemos y opongámonos a nuestros perseguidores o lancémonos juntos al abismo.

—¡Gran locura ésa, bella Gara! No debes sacrificarse así, y si cierto es que tanto me quieres, conserva tu vida para vivirla como perenne testimonio de nuestro amor.

—Me sería imposible hacerlo, Ajonay mío. Tú amor se ha

enseñoreado de mi espíritu y de toda mi existencia y si tú te vas a las regiones del Gran Acorán, yo estaré a tu lado y ésa será la mejor forma de testimoniar al mundo el amor que te tengo.

Ante este razonamiento, Ajonay decidió hacer frente a sus perseguidores, replegándose lentamente hasta que llegaron al borde mismo del precipicio.

Entonces surge el motivo fundamental de la leyenda.

Ajonay tomó su espada de tea, que partió longitudinalmente en dos partes, y apoyando la parte puntiaguda de una de ellas en su pecho y la otra en el de Gara, se enlazaron ambos enamorados en tan estrecho y frenético abrazo que la espada partida, traspasándoles, les hirió de muerte y así, firmemente abrazados, cayeron al abismo, desriscándose, encontrando la muerte al estilo heroico y noble del suicidio guanche.

Los que les perseguían se quedaron atónitos ante el singular espectáculo que sus ojos hubieron de contemplar.

Rápidamente se asomaron a la sima para tratar de localizar los cuerpos de los infortunados amantes, pero ello no fue posible dada su altura y el hecho de producirse en aquel momento una violenta borrasca o tempestad, que llenó de pavor a los circunstanciales espectadores.

El cielo se nubló. Densos y negros nubarrones se ciñeron sombríamente sobre el teatro de tan trágicos acontecimientos. El rayo rasgó la inquieta oscuridad, anticipándose al día que ya comenzaba y los clamores horribles del trueno quebraron el silencio y el asombro de la muda escena, dispersando a aquel grupo de guanches, que huyeron aterrados de aquel lugar, para dar cuenta a su rey y señor de todo lo ocurrido.

Desde entonces, cuenta la leyenda que nadie puede ascender a la cumbre de aquella montaña fatídica, que tomó para la posteridad el nombre de los dos enamorados, Gara y Ajonay, convirtiéndose en el Garahonae.

EL LENGUAJE SILBADO DE LA GOMERA

Dentro de la temática isleña de todos los tiempos, tanto si nos referimos a la época guanche de la preconquista, como si lo hacemos de la época canaria más moderna, existe una cuestión muy debatida, que apasiona y polariza la atención y el conocimiento de cuantos han llegado a saber de su existencia, y ello es lo relacionado con el lenguaje silbado de La Gomera.

Desde hace muchos años, numerosos eruditos e investigadores han venido dedicándose con ahínco a tratar de desentrañar lo que hasta hace muy poco tiempo fue considerado como un misterio, casi como algo mágico y también de naturaleza parasicológica y telepática, amén de otras variadas y pintorescas interpretaciones.

La noticia que de modo habitual suele llegar al extraño a estas islas, e incluso a los nativos de las restantes del archipiélago canario, sobre el curioso fenómeno de tan raro como original lenguaje de la isla de La Gomera, es que el mismo se trata de un modo o forma de comunicación convencional y preestablecida que se llevaría a cabo mediante una especie de código de señales silbadas.

Esta idea se mantuvo durante largos años y a este estado de cosas contribuyó en alto grado el errado camino que los primeros investigadores siguieron para intentar esclarecer el problema planteado por la existencia y uso de esta forma de comunicación utilizada exclusivamente por los nativos de dicha isla.

Hemos tenido oportunidad de dialogar con algunas personas nacidas en otras regiones que, habiéndose desplazado por diferentes motivos a La Gomera en diversas épocas, tuvieron ocasión de comprobar personalmente la práctica por los nativos de este singular lenguaje.

Se cuentan anécdotas muy curiosas, entre las que destacamos las siguientes, referidas cada una de ellas a épocas muy distintas cronológicamente entre sí.

Se recoge el hecho de que, habiéndose presentado en la isla un sabio investigador francés, que además era médico de profesión, al ser conducido por los guías nativos a los diferentes pueblos y lugares que deseaba visitar para recoger anotaciones y datos para sus pesquisas, cuando llegaba a ellos, solía encontrarse con grupos de enfermos que aguardaban ansiosos su llegada para ser reconocidos y recetados.

Esto contrariaba grandemente a nuestro investigador, ya que le exigía invertir un tiempo y una dedicación a actividades ajenas a la finalidad perseguida, disponiendo por otra parte de un tiempo hartamente limitado para realizarlas, por lo que ocultaba lo más cuidadosamente que podía su hipócrita condición.

Mas cuando alguno de sus seguidores o guías llegaron a enterarse, transmitían por medio de silbidos su acercamiento a alguna población, sin que los expedicionarios pudieran percataarse del momento y de las condiciones en que tal transmisión se realizaba.

Otro caso muy simpático lo conserva la tradición remontándose a la época de la primera guerra mundial, desarrollándose la anécdota del modo siguiente:

Ante la escasez de carbón producida por las enormes exigencias de los países beligerantes, este producto adquirió un valor elevado y más en estas islas, donde no existen yacimientos del tan, para entonces, precioso combustible.

Ello trajo como consecuencia que en muchos lugares donde existían bastantes árboles o bosques, los nativos se dedicaran con ahínco a obtener carbón vegetal, que luego vendían a alto precio, talando y destruyendo así los recursos forestales, ya de por sí escasos en la mayoría de las islas canarias.

Intervino la autoridad dictando órdenes severas destinadas

a evitar estas depredaciones y a La Gomera fue enviado un enérgico suboficial de la Guardia Civil, quien, al mando de algunos números, tenía a su cargo velar escrupulosamente por el cumplimiento de las nuevas leyes.

Mas pese a su celo y al empeño puesto en descubrir y amonestar a quienes seguían incurriendo en el delito de talar árboles y fabricar carbón subrepticamente, no era capaz de sorprender jamás in fraganti a los delincuentes, siendo así que cuando una denuncia, generalmente fidedigna y concreta, llegaba a sus oídos, al llegar al lugar indicado, ni rastros se encontraban del motivo de la acusación.

Pronto se dio cuenta nuestro hombre de que la causa de sus fracasos era producida por el alertador silbido de alguno de los guías que le solían acompañar en sus expediciones, ya que él y sus hombres no conocían los caminos y vericuetos de la isla.

Así fue como tomó la célebre resolución que quedó para la Historia:

—Escúchenme bien —les decía a los nativos que les acompañaban como guías—, procuren hacer el camino en silencio, y les advierto que, al que silbe, le pego un tiro.

De esta forma acabó el suboficial temporalmente con el lenguaje silbado de los contrabandistas en carbón vegetal.

El último testimonio de la época actual nos ha sido otorgado por un ciudadano que hace algunos años se trasladó a la isla de La Gomera con objeto de montar una pequeña planta eléctrica en determinada localidad, algo alejada de la capital, San Sebastián.

Desde esta ciudad salía un viejo y jadeante autobús que, entre resoplido y resoplido, por una carreterita zigzagueante, le conduciría al punto de destino, invirtiendo más de media hora en el camino.

Cuál no sería la sorpresa de nuestro informante cuando, llegado al lugar destinado, salió a recibirle el dueño de la casa donde habría de hospedarse, para darle la bienvenida, diciéndole que todo lo tenía preparado.

Sorprendido, le preguntó al anfitrión cómo se había enterado de su llegada, que no había anunciado para aquel día,

respondiéndole el gomero que el “correo silbado” le había traído la noticia.

Esta expresión de “correo silbado” se ajusta exactamente a la realidad y se produce de la siguiente manera: un silbador emite su mensaje, que puede ser recogido hasta 500 metros más allá e incluso más lejos si las condiciones meteorológicas son favorables. En este punto un nuevo mensajero transmite a su vez el contenido del mensaje recibido y así, en cadena, puede recorrer la noticia rápidamente, con la velocidad del viento, varios kilómetros.

El origen del lenguaje silbado, así como los apremiantes motivos que le hayan dado lugar, son desconocidos, aunque, como es lógico suponer, ello no tuvo otra finalidad que satisfacer una exigencia más o menos circunstancial de comunicación.

En este sentido es en el que vamos a encontrar su verdadero significado para llegar a la conclusión de que en realidad el lenguaje silbado no es ni más ni menos que un verdadero estilo o forma de expresión fundamentado en el lenguaje oral o hablado.

Éste ha sido el punto de mayor controversia.

Fueron muchos quienes pretendieron afirmar que este lenguaje estaba integrado por un conjunto de signos fonéticos silbados que respondían a representaciones de símbolos o claves de un lenguaje o alfabeto preconcebidos, o que, en otros casos, dichos silbidos podían ser interpretados y emitidos de modo distinto según las condiciones que existieran entre sus ejecutantes.

El investigador Quedenfelt sostenía que se trataba de un lenguaje musical. Para él, el esqueleto de una palabra consistiría en una serie de notas musicales, que corresponderían a las letras vocales, con algunas modulaciones representantes a su vez de las letras o sonidos consonantes (A. Classe).

Lo mismo pensó Verneau, según nos dice el mismo Classe, quien creyó que se trataba de “algo musical” unido a un factor extraño, probablemente de tipo telepático idiosincrásico y parasicológico.

Este autor, ateniéndose a tal criterio, prenotó musicalmente

los silbos que más tarde hizo reproducir musicalmente y hacer escuchar por nativos gomeros, que no pudieron dar ninguna interpretación o traducción de los mismos, por lo que la teoría musical se vino abajo.

El trabajo más completo que ha llegado a nuestras manos sobre tan singular como interesante cuestión, es el del investigador André Classe, quien, en su trabajo "La fonética del silbo gomero", traducido del inglés por J. Régulo Pérez, nos dice, entre otras cosas:

"El silbo gomero es un modo peculiar de comunicación de uso corriente en La Gomera, una de las islas Canarias. Es una forma de español, en que la vibración de las cuerdas vocales es reemplazada por un intenso silbido, con el propósito de hacer posible la comunicación a distancia en un terreno abrupto. Se supone que fue adaptado al español por los conquistadores de la isla, pero que de hecho los inventores del sistema fueron los gomeros prehispánicos, quienes usaban un silbo basado en su propio lenguaje, acerca del cual se sabe muy poco."

Como verá el lector, después de estos trabajos el misterio ha quedado desvelado.

En realidad el lenguaje silbado de La Gomera es una manifestación fonética del castellano, pero modulado en forma de silbido en vez de palabras.

Quiere esto decir que en ambos lenguajes, oral y silbado, las palabras y su correspondiente organización y articulación silábica se corresponden con cierta exactitud o equivalencia, por lo que, una vez aprendida la mecánica del silbido y el valor fonéticos de cada expresión, cualquier persona puede realizarlo, sin que existan obstáculos insuperables de otra naturaleza, para el adiestramiento y el aprendizaje.

Lo que sucede es, en cuanto al aprendizaje se refiere, que en este caso el aprendizaje es iniciado por el niño desde su más corta y temprana edad, ya que a partir de los dos o tres años, aparte de conocer e interpretar alguna de las expresiones silbadas más elementales que escucha a los familiares que le rodean, aprende a colocar sus dedos en la boca, bajo la lengua, para intentar silbar, del mismo modo que normalmente aprendemos a hablar.

En cuanto al adiestramiento, sucede lo mismo que con el lenguaje hablado, y en la práctica y disposición de los labios y de la lengua, en la colocación de los dedos y en la intensidad y cadencia del silbido, ocurre también algo semejante a lo que acontece en el lenguaje hablado, apareciendo modismos y sonnetes peculiares de cada región o grupo parlante.

Dentro de la misma isla de La Gomera, se diferencia notablemente la forma de silbar, aún cuando todos silben en castellano, entre los habitantes de unas u otras zonas, llegando al extremo de confundirse o no poder entenderse claramente los de una región con los habitantes de otra distante.

Esto mismo ocurre dentro de las diferentes y peculiares formas distintas de expresión del español en regiones diferentes, como resulta el español hablado por un andaluz, por un gallego o por un toledano.

En cuanto al uso y necesidad de emplear esta forma de expresión silbada, parece limitarse al requerimiento de la comunicación entre sí superior a los cincuenta o cien metros y siempre que las condiciones del terreno lo favorezcan.

El silbido puede emitirse de muchas maneras y estilos.

En unos casos se emplea solamente la boca, disponiendo los labios y la lengua de modo que se pueda emitir con claridad el silbido deseado. Pero en estas condiciones por lo general el silbido carece de la potencia e intensidad necesarias y las modulaciones resultan más difíciles de obtener.

Por esta razón se prefiere utilizar los dedos, pudiendo hacerlo con los de ambas manos o bien con los de una solamente.

En el caso de emplear las dos manos, se da preferencia a los dedos índices o a los índices y corazones, que se introducen simultáneamente sobre la lengua doblada, lo que facilita los mecanismos de presión sobre las partes laterales y los labios.

Si se utilizan los dedos de una sola mano, pueden emplearse numerosas modalidades haciendo uso de cualquiera de los dedos o disponiéndolos en cada caso con el pulgar como opo- nente y entonces la otra mano es empleada como bocina, colocándola al lado de la mano utilizada para silbar, con la concavidad de la palma hacia dentro.

Muchas personas se han interesado por saber si las mujeres silban también este lenguaje. Por los datos que hemos podido obtener, las mujeres teóricamente se encuentran igualmente capacitadas que los hombres para hacerlo, sin que se haya podido poner en evidencia que los varones puedan soplar más o mejor que las hembras o que éstas no puedan hacerlo.

Lo que sucede es que dada la vida más casera y recogida de la mujer, sus requerimientos no exigen con tanta frecuencia el empleo de este método, pero aunque no lo practiquen con la misma actualidad que los varones, su comprensión del mismo es tan perfecta como la de éstos. Las antiguas gomeras utilizaban más profusamente el lenguaje silbado.

¿Puede una persona cualquiera que conozca el español, aprender el lenguaje silbado?

Por principio nada se opone a que aprenda correctamente esta forma silbada de comunicación. Todo dependerá de su propia capacidad fisiológica y funcional de los órganos bucales y respiratorios, para el aprendizaje del silbido y de la paciencia y perseverancia que ponga en el empeño. Por lo demás, no vemos que puedan existir otros inconvenientes.

Lo curioso es que este sistema de comunicación silbada no se haya utilizado en otras islas, aunque existen autores que apuntan la posibilidad de que también en las islas de Tenerife y La Palma se empleaba por los nativos en su idioma guanche.

Sobre su uso o existencia en otras partes del mundo, existen variantes y estilos equivalentes en otros países, tanto en África como en América, contando en Europa con una variante muy conocida que es el "falsete tirolés", pero no se tiene conocimiento de que como tal lenguaje articulado fonéticamente y que responda a una verdadera lengua o idioma, exista en ninguna otra parte del mundo.

Y si nos referimos a ciertas semejanzas que algunos autores han pretendido encontrar entre este lenguaje y el utilizado también bajo forma de silbido por otros animales, especialmente pájaros, hemos de hacer constar que como tal lenguaje, no vemos ninguna relación, porque en el último caso estas expresiones fonéticas silbadas, gruñidas o cacareadas, responden estrictamente a esquemas de comportamiento fonético fi-

jos e inmutables, que se transmiten a los individuos de una misma especie por diferentes mecanismos bioheredogenéticos, que nada tienen que ver con un lenguaje reflexivo.

En estos casos cabe ciertamente hablar de clave, para comunicar el animal la presencia de alimento, del enemigo, de un peligro, etc.

Pero el lenguaje silbado de La Gomera es un auténtico lenguaje articulado, que además es auténticamente español.

LOS TRES HERMANOS DE TENIBUCAR

La leyenda sobre "Los tres hermanos de Tenibucar" resulta en verdad una narración corriente y moliente, al estilo de esos cuentos o fábulas a los que éramos tan aficionados en la infancia, que terminan con su moraleja y todo.

En este relato, la moraleja es el mal fin que aguarda a todo aquel que lleve una vida licenciosa, entregándose desenfrenadamente a gozar de todos los placeres, compendiándose o resumiéndose en este "todos" especialmente los placeres del vino, de la mesa y las mujeres.

Tres eran tres los hermanos de Tenibucar. El mayor se llamaba Agasencio. El mediano, Tinisuaga. El último, Ventacayse.

Los tres permanecían solteros, no sabemos si por razones de estado o por capricho del destino, aunque mucho nos tememos que en esta colectiva decisión hubiera influido notoriamente la fama de las palmeras, como mujeres atractivas y hermosas, lo que sin duda tenía que representar un serio problema a la hora de la elección.

Y como todos tres ejercían la dignidad de Reyes, por lo que su autoridad dentro del señorío de Tenibucar era omnímoda, aquella duda electoral podía mantenerse indefinidamente ya que a la realeza le sobran recursos para encontrar por otro lado las adecuadas compensaciones.

Es este uno de los pocos casos en que tan numeroso grupo de hermanos reinara simultáneamente sobre un mismo territorio, pues por lo general y siguiendo la tradición guanche, el

título recaía en el hermano mayor, salvo que de común acuerdo se dividieran el territorio, repartiéndoselo entre los aspirantes.

Sin embargo, existen antecedentes de estas asociaciones familiares en el reinado y aquí mismo, al lado de Tenibucar, teníamos el señorío de Tedote, que se extendía desde Tigelate a Tenibucar, estando gobernado por los hermanos Juguero y Garehagua, sobre los cuales ya hemos tenido algunas referencias en otras ocasiones.

Los tres hermanos se encontraron siempre muy avenidos, por lo que su gobierno transcurría plácido y tranquilo, desde los confines de Tigelate hasta los de Tenagua, región esta última que gobernaba el capitán Atabara.

Tanto los hermanos Juguero y Garehagua, como Atabara, habían mantenido siempre excelentes relaciones con estos hermanos, celebrándose con frecuencia torneos y fiestas, a los cuales los de Tenibucar eran muy aficionados.

No tenemos noticias sobre la forma de distribuir el ejercicio del poder entre nuestros personajes, pero es muy posible que la labor recayera en Agasencia como hermano mayor, actuando los otros dos como una especie de superintendentes.

Ventacayse, que era el más joven y bullanguero, tenía a su cargo algo así como lo que hoy denominamos Relaciones Públicas, siendo de su incumbencia y a fe que lo hacía con el mayor gusto y la mayor eficacia, organizar las fiestas en las que participaba con sus hermanos.

También eran frecuentes las correrías y excursiones por otros señoríos, como simple paseo unas veces, o como pretexto otras, para intervenir como mediadores en las reiteradas disputas de unos reyes con otros por numerosos motivos, siendo el más común el relacionado con alguna distracción voluntaria o involuntaria de ganado, o el rapto de alguna doncella.

Anotamos como extraña coincidencia el hecho relatado por los historiadores de que cuando sucedió la tragedia que aquí vamos a relatar fue precisamente cuando los tres hermanos, movidos por quien sabe que ocultos y misteriosos designios, iban a contraer matrimonio, también simultáneamente, con tres hermosas del país.

Ya esto se nos antoja demasiada fantasía del historiador.

Es posible admitir la pacífica convivencia, la coincidencia de genios y de caracteres, la coparticipación del poder, pero esto de coincidir en la llamada al himeneo, tratándose de un asunto tan delicado y existiendo además entre los hermanos notables diferencias de edad, nos luce ciertamente difícil de admitir.

Creemos con toda sinceridad que esta piadosa intención que los autores ponen a la expedición y francachela organizada por los tres hermanos, responde más bien a una exigencia ética y pudorosa de la época, para tratar de disimular lo pecaminoso y mundanal de las aficiones de dichos hermanos.

Al parecer los verdaderos sucesos ocurrieron de la forma siguiente.

Ventacayse regresó con buenas noticias del señorío de Tedote. Sus capitanes Juguero y Garehagua invitaban formalmente a los tres hermanos a la Fiesta de la Siembra, que ya se estaba aproximando.

Gustaban ampliamente los tres hermanos de participar en fiestas semejantes, porque al margen del divertimento que ello suponía, les daba oportunidad para escuchar las hermosas canciones de siembra que entonaban con mucha maestría Tinisuga y Ventacayse, especialmente el primero.

Estas canciones de tipo ritual, habíanse convertido en populares y era costumbre que mientras los individuos del pueblo llano dedicado a los menesteres más pesados, realizaban la tarea de sembrar, al principio un gran faycán y posteriormente cualquier señor, adecuadamente capacitado para ello, entonara el "canto a la siembra" que se caracterizaba por una modulación monotónica y monorrítmica, como salmodiada, en la que se recitaba contenidos relacionados con las faenas de la siembra, la recolección de los frutos, la generosidad de la tierra, la protección de Acorán, etc. ,

El encargado del canto solía situarse en un lugar destacado de suerte que los vientos propiciaran la difusión y el alcance de su voz, generalmente sobre alguna meseta o pequeño montículo, disponiéndose a su alrededor los familiares e invitados que eran siempre nobles de su categoría.

A veces estos cantos eran acompañados por algún acorde musical o sonido de flauta, caramillo, caracol, etc., que hacía intervenir en determinados pasajes de su recital.

Para estos había sus horas marcadas, al estilo que posteriormente conoceríamos con rezos similares de otras religiones, intercalando en las horas más convenientes, las comilonas y los festines, en los que de alguna manera, pero siempre a prudente y respetuosa distancia participaban los sembradores y sus familiares.

Con el tiempo estas canciones se fueron popularizando, entonándose por los mismos trabajadores, hasta que por otras circunstancias desapareció la costumbre de ser desempeñadas por el señor o rey, o bien por persona por él designada.

Tenía fama Tinsuaga por todos aquellos contornos de poseer especiales dotes para el canto, por cuya razón no sólo ejercía estas funciones en su territorio, sino que también era con frecuencia invitado a otros, encontrando así todos los señores y príncipes de la isla, justificados pretextos para sus reuniones y fiestas.

Se organizó la partida, que como siempre, se caracterizaba por dos séquitos diferentes, integrado uno por las personas reales y sus invitados o allegados y constituido el segundo por un grupo bastante numeroso de servidores, que portaban obsequios y regalos para los anfitriones y demás objetos, instrumentos y mercancías necesarias a la expedición, aparte de formar una especie de cobertura militar de la misma.

Según costumbre, las mujeres, también participaban en estas excursiones que se prolongaban durante muchos días, ya que el tiempo no representaba un motivo de preocupación para el pueblo guanche.

Como el camino era largo, la jornada se cumplía en varias etapas, organizándose al cabo de cada una de ellas, un primitivo campamento que únicamente tomaba alguna forma si el tiempo se tornaba malo y lluvioso.

Esto fue, precisamente, lo que sucedió en esta ocasión.

Emprendieron todos el viaje con alegría. Agasencio marchaba contento. Sus hermanos lo iban más todavía. Tinsuaga había incorporado nuevas estrofas a sus hermosos recitales y Ven-

tacayese no cabía en sí de gozo, porque una vez más su generoso hermano le daría oportunidad para intervenir en las representaciones, puesto que a él también le gustaba cantar y según el testimonio de cuantos le habían escuchado, su voz resultaba ciertamente agradable.

Como además iban bien acompañados por un plantel de hermosas y robustas palmeras con las que pensaban compartir las delicias de los festines que se aproximaban, no tenemos ningún motivo para poner en duda el carácter alegre y optimista de la expedición.

Mas al llegar a un punto conocido por el nombre de Cañada Profunda, próximo al camino de la costa que ellos llevaban, se formó una gran tormenta que les obligó a buscar refugio precipitadamente al resguardo de las paredes de dicha Cañada.

El asunto no presentaba síntomas inquietantes, por lo que todos creyeron que sería cosa de pocos minutos, para poder proseguir adelante.

Decidieron pues acomodarse junto a unas grandes piedras y protegiéndose como pudieron, se dispusieron a comer y a beber, ya que la marcha había sido bastante dura, pues a la tormenta la había precedido un aire caliente y agobiador.

Por desgracia, las furias del Averno se desataron aquel día sobre las montañas. Cuando nuestros expedicionarios, imposibilitados para seguir adelante decidieron pasar la noche allí, estaban jugando una de las bazas más peligrosas de su vida.

Al filo de la media noche, un estruendo horrible se dejó sentir, precipitándose de inmediato por el barranco abajo una tromba de agua de tan colosales dimensiones que arrastraba cuanto encontraba en su camino.

Nuestros guanches apenas si tuvieron tiempo para reaccionar y cuando algunos pudieron hacerlo, ya era tarde.

La fuerza de la corriente, arrastrándoles impetuosamente, les hacía golpear una y otra vez, sin piedad, sus cuerpos indefensos, contra las piedras y los troncos desgajados peligrosos y mortales viajeros de aquel apoteósico diluvio.

Agasencio y Tinisuga murieron ahogados, como el cadáver de este último no apareciera se procedió a enterrar con los honores reales al primero, en las inmediaciones de aquel mismo

lugar, para conmemorar tan desventurado suceso, dándole a la Cañada el nombre de "Barranco de Agasencio", que ha conservado hasta nuestros días.

Ventacayse tuvo la suerte de ser ensartado por un muslo, por la rama quebrada y puntiaguda de un árbol, siendo auxiliado por sus hombres y posteriormente atendido de las profundas heridas que sufriera, que le dejaron cojo para el resto de su vida.

Así fue como un suceso infortunado puso un epílogo trágico a la vida feliz de estos tres hermanos de Tenibucar que si algún defecto llegaron a tener fue bien pequeño, lector, casi trivial, total un poco de bebida espirituosa, rendir culto a Afrodita y tener esa pícara afición al canto, que, en resumidas cuentas, fue la verdadera causa de todo su infortunio.

LA REBELIÓN DE LOS PALMEROS

Después de la derrota y captura del cacique Tanausu, señor de Aceró, último reducto palmero engastado en la Caldera de Taburiente de la isla de La Palma, a manos del conquistador Fernández de Lugo, el sometimiento de la población indígena duró poco tiempo más.

Sin embargo y a pesar de tan corto espacio, todavía se escribieron algunas páginas inmortales para la historia de la isla, cuyos intérpretes fueron principalmente los hermanos Juguero y Garehagua, indómitos señores del reino de Tedote, contiguo a los de Tegalate y Tenibucar.

Una extraña y antiquísima tradición, nombra a estos dos hermanos Jurigúa y Harehagúa, o Jurihaguayan y Harehaguayan, apelativos que se forman con la palabra compuesta de dos vocablos, el primero de los cuales, distinto en ambos significa: "Juri"-grande y "Hare"-fuerte. El segundo vocablo que es común a ambos, significa "perro".

Tan curiosa denominación parece proceder de un mito que no sabemos si es de origen autóctono guanche o si bien accedió a dicho acervo, a través de algún trasiego histórico-literario de los primitivos tratadistas sobre temas canarios, mito que indudablemente guarda alguna relación con el de Rómulo y Remo.

A semejanza de lo que sucedió con estos dos caudillos del antiguo Lazio, que según la leyenda fueron amamantados por una loba, que así preservaría para el destino los brazos ejecutores de la furiosa y dramática destrucción etrusca y de otros

pueblos de la era, para fundar el brillante Imperio Romano, los hermanos Juguiro y Garehagua dice que fueron amamantados por una perra y de ahí su sobrenombre.

La historia se encargaría de desbaratar toda posibilidad de paralelismo entre ambas parejas tan insólita como providencialmente amamantadas.

En primer lugar, nuestros caudillos guanches no llegaron a fundar ningún Imperio, aunque bien es verdad que su heroica y valerosa conducta supieron ser los últimos en ofrecer un fehaciente testimonio de su inquebrantable decisión de defender su tierra y oponer la más dura y feroz resistencia al invasor.

En segundo lugar, en este caso no hubo fraticidio alguno, sino que por el contrario hubieron de sufrir en propia carne la airada muerte de varios de sus hermanos, siendo quizás el más dramático episodio el ya conocido de muchos de nuestros lectores con el título de "El Crimen de Jacomar" que relatamos en nuestra Primera Recopilación.

Veámos allí como la princesa Abullanina era víctima de la homicida pasión del herreño Jacomar, que la asesinara sepultándole una daga en el pecho, al resistirse la joven a sus requerimientos amorosos.

También el afecto fraternal de estos hermanos fue gravemente lesionado con prisión y ulterior muerte de Tanausu que era el prometido de otra hermana de los mismos llamada Taguima, a quien le tocó la ingrata misión de llorar desconsoladamente el resto de su vida por la muerte del cacique y señor de Acerá y de su corazón.

Con algunos visos de confusión, la trayectoria bélica engarzada sobre una hostil resistencia a extrañas invasiones, parece comenzar con la muerte de Guillén Peraza en esta isla que en opinión de ciertos autores tuvo lugar en los términos del señorío de ambos hermanos.

Cuando Fernández de Lugo inicia su periplo victorioso por la isla para someter los once reinos del llano, encontramos entre las gentes sometidas a Juguiro y Garehagua, pero sabemos muy bien que su sometimiento no fue más que una pura formalidad, ya que, aunque no ofrecieron tenaz resistencia en su

propio territorio al caballero y capitán conquistador, procuraron levantar consigo la mayor cantidad de gente que pudieron, trasladándose con ella al término de Aceró, donde Tanausu organizó la verdadera resistencia.

Ya conocemos las incidencias de esta epopeya palmera y como todo terminó con una traición históricamente justificada de Fernández de Lugo a la palabra empeñada, para evitar un mayor e inútil derramamiento de sangre.

Después de capturados Tanausu, los dos hermanos que también habían sido detenidos, fueron puestos en libertad, retirándose momentáneamente a lo más escondido y abrupto de la isla, junto con un puñado de leales que les seguían a todas partes.

Durante este tiempo Fernández de Lugo organizó el Gobierno de la Isla, pudiendo decirse sin ambages que se condujo con la mayor simpatía y afabilidad para con los nativos, pues este caballero, con ser aguerrido y valiente, era generoso y portador de hermosas prendas personales, por lo que se hacía querer y respetar por cuantos le trataban.

Mas pese a todas estas buenas cualidades y al buen trato dispensado a la gente canaria después de su victoria, era imposible no tratar de admitir la lógica existencia de esos pequeños grupos de rebeldes o de descontentos que siempre surgen en casos semejantes.

Fue así como los hermanos de esta historia conspiraron y manejaron en silencio y con obstinación los hilos de la conjura y de la rebelión, llegando a constituir un grupo de combatientes bastante numerosos.

Aprovechando una de las salidas de Lugo en expedición armada contra la vecina isla de Tenerife, que aún estaba por someter con carácter definitivo, Juguero y Garehagua levantaron la bandera de la rebelión y se dirigieron al fuerte de San Miguel de La Palma con ánimo de conquistarlo y libertar a los guanches allí prisioneros, entre los que se hallaba Tanausu.

El avance de los insurgentes fue victorioso y muy pronto las huestes guanches rodearon el Real, poniéndole sitio.

Defendía las posiciones españolas el joven capitán Julio de Lugo, que era sobrino del conquistador.

Apurados se vieron los cristianos con esta ofensiva, pues los canarios atacaron con mucha decisión y denuedo, pero la mayor experiencia bélica de los españoles y lo ventajoso de sus puestos de defensa, contuvo el alud palmero que hubo de refrenar sus primeros ímpetus.

El asedio quedó establecido. Los hermanos Juguero y Garehagua enviaron emisarios al comandante militar de la plaza cristiana, proponiéndole la libertad de Tanausu a cambio del abandono de su intento de tomar dicha población, y que si no accedía darían muerte a cuantos estaban en el interior e incendiarían todo el poblado.

Julio de Lugo, bien asistido por sus capitanes, no quiso escuchar al mensajero, ordenando su prisión.

Como réplica concibió la idea de recurrir a Tanausu para que se dirigiera a los sitiadores y les hiciera desistir de su empeño.

Mas como Tanausu se negara, alegando que él ya lo había perdido todo y que por lo tanto ellos mismos, los españoles, deberían procurar salvaguardar sus intereses, siendo los atacantes exclusivos responsables de sus actos, Julio de Lugo envió urgente aviso a su tío para que viniera a socorrerlo.

Al enterarse Fernández de Lugo de lo que estaba ocurriendo en La Palma, quedó sorprendido, ya que la pacificación de la isla había resultado en extremo sencilla y aunque no exenta de las naturales dificultades, los caudillos palmeros parecían haberse acomodado a la nueva situación.

Informado por los mensajeros de que se trataba de los antiguos reyes de Tedote, a quienes él conocía sobradamente, emprendió rápidamente el regreso a La Palma para sofocar la rebelión.

En este intervalo, los dimes y diretes entre enviados de uno y otro bando en torno al Real palmero, no cesaban, llegando los ánimos a caldearse de tal suerte, que el joven Lugo se vio obligado a amenazar a los insurrectos con la muerte de Tanausu si atacaban la población.

Tal estado de cosas no hacía más que producir confusión y disputas en el campo canario, en el que había muchos partidarios de arrasar con San Miguel de una vez para siempre, aunque ellos pudieran poner en peligro la vida de Tanausu, que se

procurarían cobrar con creces, ultimando a cuanto capitán español vivo cayera en sus manos.

Como siempre sucede en estos casos, el tiempo trabajó para los sitiados, dando lugar a la llegada de sus salvadores que obligó a levantar rápidamente el sitio a los rebeldes palmeros.

Fernández de Lugo, aunque de buena talante y generoso, era un experto y viejo militar que había intervenido en multitud de episodios de la gesta conquistadora, siendo además un hombre dotado de excelentes virtudes castrenses, entre ellas la austeridad, la disciplina y la severidad que los asuntos militares requieren.

Así pues, desaparecido el peligro que se cernía sobre el Real, juzgo prudente tratar de desbaratar hasta el fin aquella recrudescida trama sediciosa, disponiendo lo necesario para que los rebeldes fueran perseguidos y acorralados hasta en sus últimos reductos.

Retiráronse los palmeros a la montaña, buscando en su mayoría refugio entre las cuevas y vericuetos de la Caldera, pero hasta allí fueron perseguidos por sus enemigos y apresados, para ser sometidos al juicio de guerra correspondiente.

También cayeron en poder de las tropas españolas Juguero y Garehagua, junto con otros adalides menos importantes de la rebelión, que tras un sumario enjuiciamiento y a la vista de su participación y caudillaje que sostuvieron orgullosamente, fueron ajusticiados en la plaza pública, con pregón de su muerte que representaría el saldo definitivo de una cuenta apenas iniciada entre los conquistadores y este heroico pueblo que vio consumirse así los últimos vestigios de la resistencia.

Trágico fin para quienes por mor de un capricho legendario, llegaron a ostentar por algún tiempo cierto paralelismo, trocando solamente el mítico animal que animara la fábula, con los dos fundadores romanos.

MAYANTIGO

Entre todos los caudillos de la isla de La Palma, sobresale la figura de Mayantigo por venir adornada de cuantos atributos y virtudes convencionales se suelen atribuir a las notables figuras que han de pasar a la Historia.

Bien es verdad que en lo que a gesta heroica se refiere, nada puede eclipsar en el cielo palmero el brillo y el fulgor de la estrella de Tanausu, el señor de Aceró, que ningún otro cacique o rey palmero pudo igualar.

Pero la figura de Mayantigo se nos presenta aureolada por tal empaque de señorío y grandeza y su persona tan humanamente reflejada hasta en los actos más insignificantes de su conducta, que no podemos por menos de recordar, al evocarle, a aquel otro inmortal personaje de la gesta canaria que fue Fernando Guanarteme.

En efecto, la virtud de Mayantigo, dentro de un orden natural de concebir la vida individual y la existencia de un pueblo, orden en el que siempre habrá de prevalecer la positividad de dicha existencia, fue el haberse sabido adaptar a la nueva situación planteada por la invasión extranjera en su país, enfrentándose digna pero valientemente con la realidad insoslayable que aquel acto suponía.

Naturalmente, para la estridencia de la Historia y de los cantos —épicos y legendarios— es necesario enfatizar o elevar el diapasón del gesto, de la postura, resultando paradójicamente más “creador” y más generador de inmortal fama, cuanto

más negativo y drástico es el resultado de aquellas actitudes y de aquellos gestos.

Es fatal esta forma de pensar, pero es humano y mientras el hombre sea hombre, una gesta inmortal sólo podrá ser escrita con la tinta indeleble de las lágrimas, del sufrimiento y de la sangre.

Por ello, cuando en las páginas del libro de la Humanidad surgen escenas esplendorosas plagadas de luz y de ternura, no son comprendidas por nosotros, que preferimos el gesto fiero la violencia airada, la destrucción y el caos de ese Apocalipsis que tan generosamente como insistentemente se nos ofrece como premio a nuestra nada cómoda existencia.

Que Mayantigo fue un hombre noble y valeroso, nadie puede ponerlo en duda.

Bastaría seguir paso a paso su trayectoria, primero en su condición de rey o señor de Aridane, que era su término y tomar el testimonio de sus numerosas intervenciones en pro o en contra de los restantes caciques de la isla, o seguir después de la conquista de la misma por Fernández de Lugo, sus pasos constructivos, integradores, apelando siempre a la concordia y al entendimiento entre los dos pueblos.

Para el tiempo de la conquista de estas islas, encontramos en general una disgregación que históricamente no parece estar tan lejos de la presencia de una monarquía unitaria que posiblemente representara la culminación y final expresión de una organización patriarcal al estilo tradicional.

Observemos como en unas islas esta disgregación resulta más pronunciada que en otras.

Así veremos que en esta isla de La Palma o en la de Tenerife, el número de reinos con el que se van ha encontrar los invasores, es mucho más abundante que en las de Gran Canaria o Fuerteventura, teniendo un valor intermedio en La Gomera y siendo un caso único el de Lanzarote y El Hierro.

No es fácil precisar los períodos cronológicos que pudieron haber precedido a esta atomización, puesto que la confusión que reina sobre nombres, fechas y parentescos es muy grande, convirtiéndose en absoluta por la total carencia de testimonios gráficos que de alguna manera nos sirvieran de orientación.

En unos casos, como sucede en la isla de Tenerife, parece fácil en principio seguir la pista de dicha disgregación por estimarse conocido el camino seguido por la descendencia abundante del Gran Tinerfe, pero si tenemos en cuenta los pocos detalles que se poseen sobre la personalidad de tan ilustre rey absoluto, comprenderemos lo endeble de las conjeturas hechas a posteriori para tejer o hilvanar con el mayor viso de certeza, su descendencia.

En La Palma la situación se torna más confusa, porque los historiadores al hablarnos de los distintos Señoríos, nada nos dicen sobre la exacta calidad de su parentesco, ni mucho menos que tales reyes fueran todos ellos hermanos entre sí.

Esta falta de consanguinidad en primer grado, nos obliga a pensar que aún admitiendo un segundo grado de la misma, ello exigiría la anterior existencia de una multiplicidad de reinos cuyo número no podemos calcular.

¿Dos, tres, cuatro señoríos tal vez? ¿Y antes de estos? Nada tenemos sobre qué apoyar ninguna clase de teoría.

Ello nos lleva a pensar que la organización política de la isla de La Palma difiere notablemente en la época guanche, de la sustentada en otras islas y que el concepto de "monarquía" no era tenido aquí en la misma consideración que en otras partes.

La supervivencia del clan familiar, sometido a una menor diferenciación social de sus elementos, es lo que parece prevalecer en estos casos palmeros, y es precisamente en esta condición en la que basamos las razones fundamentales para explicar los rasgos caracterológicos y paternos que presentaron sus caudillos.

Mayantigo no sería pues una excepción, sino por el contrario, la confirmación de nuestra hipótesis.

Su nombre significa "pedazo de cielo", ya que en el lenguaje guanche de los palmedos la idea de cielo se designaba con la palabra "tigitán", encontrando en esta denominación una reminiscencia sobre el nacimiento y origen de la universal asociación del poder real con la divinidad, que en un estado sociológico más avanzado, caracterizará a la estirpe de los "elegidos".

De buen carácter y de nobles sentimientos, su señorío, el de Aridane, fue sin duda el que más prosperó, aunque prácticamente no fuera el mayor, ni el más poderoso.

Esta prosperidad le valió la envidia de algunos de los demás reyes de la isla, que la Historia señala como vecinos y parientes suyos. Aunque también es justo señalar aquí que por razones no muy claras, también Mayantigo estuvo a su vez complicado en ambiciosas actividades de expansión y dominio, como luego veremos.

A esa misma prosperidad y al natural crecimiento habremos de atribuir igualmente estos propósitos imperialistas de Mayantigo, que concentró sobre el señorío de Aceró sobre el que reinaba un sobrino suyo que ya conocemos, con el nombre de Tanausu.

Las hazañas guerreras de Mayantigo, hay que buscarlas y contenerlas en la época que precede a la conquista, esto es, suscitadas por enfrentamientos y colisiones con sus propios hermanos de raza, porque después del sometimiento de la isla por Fernández de Lugo, jamás volveremos a escuchar referencia bélica alguna sobre nuestro personaje.

Intervino para la época indicada en distintas acciones de guerra, de las cuales referiremos las más señaladas.

Quizá la que más transcendencia haya tenido para él, fue una escaramuza más, sin mayor ni menor importancia que las otras si en ella no hubiera ocurrido un serio accidente.

Peleaba Mayantigo contra el manco Echentire, señor de Ahenguareme, reino que se extendía desde el término de El Charco hasta Tigalate.

Echentire había nacido ya con el defecto de su brazo derecho, pero era tan fuerte y tan ágil, que su destreza y fortaleza superaba a la de muchos, por lo que era temido tanto en el campo de batalla como en las competencias de fuerza y de destreza a las que los canarios eran tan aficionados.

En esta batalla, Mayantigo recibió una herida en la muñeca izquierda, herida que evolucionó tórpidamente hasta llegar a encontrarse de tal modo que además de producirle atroces sufrimientos, amenazaba con la gangrena de todo el brazo, poniendo en peligro su vida.

Cuenta la tradición que el valeroso Mayantigo no titubeó un instante procediendo el mismo a amputarse la mano izquierda, con una "tabona" bien afilada que utilizó como primitivo escalpelo. A continuación empapó el sangrante muñón con manteca caliente, sobre todo lo cual le fueron aplicadas unas curas vegetales, teniendo la suerte de conseguir una feliz y rápida cicatrización.

Este valeroso acto aumentó el prestigio de que gozaba, aunque tuvo la virtud de que su nombre fuera cambiado por el de Aganeyé, que quiere decir "brazo cortado", por el cual se le conocería posteriormente.

No amenguó el valor ni la capacidad guerrera de Mayantigo o Aganeyé esté incidente, por lo que algún tiempo después le volveremos a encontrar enredado en nuevas escaramuzas y batallas con sus vecinos.

En nueva confrontación con Echentire, ambos mancos, hicieron proezas en el campo de batalla, pero esta vez Aganeyé, auxiliado por su hermano Asucuahe, consiguió derrotar al primero poniéndole en prisión y causando numerosas bajas.

La batalla más importante en que interviniera Mayantigo, ya manco, fue contra las huestes del poderoso Atogmatoma, cacique de Hiscaguan, que de todos los reinos palmeros era el más extenso y el que contaba con mayor número de habitantes.

En esta oportunidad Aganeyé peleó a favor de Tanausu, que también era sobrino de Atogmatoma que quería apoderarse de Aceró.

Tanausu pidió ayuda a sus primos Juguiro y Garehagua, a Aganeyé y su hermano Azucuahe y a Chemauca, señor de Gehebey, cuyo capitán otros autores dicen que era Tamanca.

Los coaligados atacaron a Atogmatoma, pero este hizo estragos en las filas de Aganeyé consiguiendo tomar prisionero al viejo Dajentire, padre de Aganeyé, causándole además un número muy elevado de bajas, superior a los 150 hombres.

Gigantesca tuvo que ser esta batalla para ofrecer tal magnitud de muertos, heridos y prisioneros, algunos de ellos de tanta calidad como la apuntada, pero si hemos de creer a los informadores, así fue como se desarrollaron los sucesos.

Aganeyé reaccionó violentamente contra esta derrota y em-

bistió con tal furia a las gentes de Atogmatoma, que después de diezmarlos, puso al resto de aquel ejército en dispersión, dirigiéndose de inmediato hacia donde se encontraba atrincherao Tanausu, tomando enlace con las fuerzas de Chenauca.

Agtomatoma reuniría aquel mismo día las fuerzas dispersas de su ejército, para dar en terrenos de Aganeye, la batalla de Aridane, suceso que relatamos en otro lugar y que terminó felizmente para los hombres de Aganeye y sus aliados.

Otras intervenciones del personaje que nos ocupa en diferentes contiendas sobre tierra palmera, encierran menor importancia por lo que no estimamos necesario abusar de la atención del lector con semejantes relatos.

Mucha más importancia y significación para la conquista hubo de tener la actitud adoptada por Mayantigo ante el conquistador Fernández de Lugo, que desembarcó en los términos de su señorío, el 29 de septiembre de 1490, día de San Miguel.

Las buenas maneras y el caballeroso porte de don Alonso impresionaron favorablemente a Mayantigo, quien desde un principio le recibió con la mayor afabilidad.

Informado de los propósitos de los recién llegados, dedujo la verdad de su poder y de su fuerza por las muestras evidentes con que acompañaba su indumentaria y armamento, por la numerosa gente que traían y por las enormes naves ancladas a tan corta distancia de la costa, de las cuales se habían descolgado multitud de frágiles y pequeñas chalupas que en un momento cubrieron la playa, cual si de un ejército de monstruos surgidos de las entrañas del mar se tratara.

Ante todas estas reflexiones poco trabajo le costaría al castellano conseguir la primera alianza, que cundiría como ejemplo, salvo las excepciones apuntadas en otros lugares.

Mayantigo vivió muchos años, siempre en paz y armonía con los nuevos señores y su descendencia, numerosa por cierto, fundó al mezclarse con la raza hispana, una de las estirpes de más solera y tradición dentro del actual pueblo canario.

ATOGMATOMA

En todas las islas de nuestro archipiélago han existido antes o después de la conquista, personajes que se caracterizaron por un afán desmedido de poder o de riqueza, o de ambos a la vez, personajes estos que para conseguir sus objetivos no escatimaron esfuerzos ni recursos por muy grandes que los primeros resultaran o por muy maquiavélicos que los segundos nos pudieran parecer.

En la isla de La Palma y en los tiempos que precedieron a la invasión española, podemos contar con un caso típico de estos que estamos comentando, que por cierto tuvieron precedentes en otras islas, con mejor o peor fortuna, como fue en el caso de la reina Atidamana que logró unificar todos los reinos de la Gran Canaria, o el caso de Imobach en Tenerife, que corrió con peor fortuna.

El intérprete de este nuevo episodio palmero se llamaba Atogmatoma y era el rey del señorío de Hiscaguan, el más extenso y el que con mayor población contaba.

Estas dos condiciones mayoritarias influyeron perniciosamente en el ánimo de nuestro personaje que desde tiempos inmemoriales, cuyos orígenes no son recogidos por las habituales fuentes de información, venía practicando una política expansionista e imperialista muy en consonancia con todos los tiempos pretéritos y modernos.

Suponemos que el lector recordará la peculiar distribución geográfico-política de los doce reinos palmeros, de los cuales once se ubicaban en la parte baja y plana de la isla, que con-

forma el contorno periférico y costero de la misma, mientras que el señorío número doce o señorío de Aceró, engastado como piedra preciosa en el hueco de la Caldera de Taburiente, ocupa el vértice de ese cono truncado que es la imagen estereotipada de nuestra Junonia Mayor.

Cansado al parecer de corretear por la fácil y lisa llanura de las costas, Atogmatoma que constantemente se enzarzaba en pleitos y litigios con sus parientes y vecinos, concibió una idea mucho más elevada: ascender a la cima de la Caldera y desalojar de ella a su sobrino Tanausu y a su gente, para disponer de un mirador fresco y confortable, que le permitiera enseñorearse de la isla con su sola mirada.

Atogmatoma era sin duda un hombre tenaz, enérgico y voluntarioso, de suerte que cuando tomaba una decisión no existía fuerza humana capaz de hacerle modificar sus propósitos. Ni el bienestar de que vivía rodeado, ni el temor y respeto que los demás reyes de la isla le profesaban, ni tan siquiera la condición de entrañable pariente que le vinculaba a Tanausu, fueron razones suficientes para conmover su ánimo o mitigar sus ambiciones, por lo que sin más dilaciones, emprendió la marcha ofensiva contra su sobrino.

El ejército de que disponía era numeroso. Sus hombres, como las arenas de la playa, cubrieron en un abrir y cerrar de ojos las escarpadas laderas que conducían a la Caldera.

¿Qué suerte aguardaba al pacífico y casi indefenso Tanausu, que apenas si contaba con la cuarta parte de los efectivos que en número podía disponer Atogmatoma?

Los de Aceró, siempre gente tranquila, muy raramente se mezclaban en las querellas de sus llaneros vecinos.

Bien es verdad que en más de una ocasión alguno de aquellos reyes, todos ellos emperentados con Tanausu, habían sentido picados por la curiosidad y la ambición, tratando de asomar sus narices a la Caldera, pero en general fueron intentos tímidos y desordenados que se apagaban al poco tiempo de iniciarse.

Uno de estos intentos había sido protagonizado no hacía mucho tiempo por Mayantigo, señor de Aridane, a quien ya conocemos.

Pero este caudillo pronto perdió todo el interés por la empresa, no sólo por la resistencia que los de Aceró trataban de oponerle, sino porque se enteró de que los pastos de la Caldera no eran los más adecuados para sus ganados, ya que allí se producía una especie de retama que enfermaba al ganado.

Si a esto agregamos que las aguas producidas por los manantiales de la región acereña eran de una calidad ferruginosa y de sabor desagradable, fácilmente comprenderemos las razones que pudieron mover a Mayantigo para no proseguir en la empresa.

Lo mismo pensaba Tanausu que sucedería con Atogmatoma, creyendo que el peligro que se avecinaba sería pasajero, resolviéndose en cuanto el señor de Hiscaguan y los suyos se contentaran con algunas rapiñas de ganado, cosa por otra parte tan frecuente entre la gente palmera, que el hecho de robarse el ganado unos a otros, constituía más bien un motivo de galardón y de pública estimación.

Tanausu se equivocaba. Su tío avanzaba amenazadoramente y pronto estuvo en las inmediaciones del desfiladero de entrada a la Caldera conocido con el nombre de El Paso del Capitán, cosa que alarmó muy de veras a Tanausu quien ordenó una precipitada defensa, enviando emisarios a varios reyes parientes suyos para que vinieran a socorrerle, entre ellos al mismo Mayantigo que otrora le atacara.

Respondieron todos a su llamada, organizándose una coalición entre Mayantigo, los hermanos Juguero y Garehagua y Chenauca, disponiendo entre todos de un fuerte contingente de hombres armados que acudieron rápidamente a ayudar a los de Tanausu.

Mayantigo dispuso otra columna que atacando por el llano, caería sobre la retaguardia de los hombres de Atogmatoma.

Mas éste, astuto guerrero, se había coaligado a su vez con los reyes Bediesta, señor de Taragre y Adeyahamen y su cuñado Tiniaba, señores a su vez del reino del actual Barlovento, que también eran muy temidos y poderosos.

De esta suerte la expedición de Mayantigo se topó con las fuerzas de estos aliados de Atogmatoma, entablándose una encarnizada batalla en la que Mayantigo llevó la peor parte, su-

friendo muchas bajas y siendo hechos prisioneros un crecido número de sus hombres entre los que los historiadores cuentan que se encontraba el propio padre de este caudillo.

La batalla decisiva no se dio sin embargo aquel mismo día.

Agotados los dos bandos, acordaron una tregua para recoger sus muertos y proceder a la cura y evacuación de los heridos, haciendo un desesperado y supremo acopio de fuerzas y recursos para enfrentarse por última vez, cosa que sucedió al rayar el alba del día siguiente.

Este encuentro tuvo lugar en terrenos del rey Mayantigo, que para entonces ya había tomado el nombre de "Aganeye" o "Brazo cortado", desarrollándose feroz batalla de inmortal memoria en los llanos de Aridane.

Derrotado Atogmatoma y dispersada su gente, trató de ponerse a salvo huyendo de aquellos lugares, pero su sobrino Chenuca le persiguió e hizo prisionero. Mal lo hubiera pasado nuestro atolondrado y desconcertado vencido, sin la intervención de su hija la bella Tinabuna que impetró la clemencia del vencedor.

Como era costumbre en estos casos, cuando se trataba de prisioneros de guerra de alta dignidad o jerarquía, se reunía el "saboro" o en su defecto, como ocurriría en esta ocasión, una especie de Consejo Supremo de Guerra integrado por los jefes aliados, que discutían y fallaban sobre el trato que los prisioneros habrían de recibir.

No sabemos si fue aquí, en tan delicado y crucial momento para la vida de Atogmatoma o si ya el conocimiento y la amistad entre su hija y el cacique Mayantigo venía de tiempos atrás, fue el caso que en la reunión de dicho Consejo, la serena y pausada voz del valeroso manco se hizo oír una vez más, acabando por convencer a los presentes, moviéndoles a piedad por la vida del viejo Atogmatoma y de otros generales suyos.

Aunque a regañadientes de Chenuca y Tanausu, su enemigo fue liberado, retirándose inmediatamente a su residencia, obligado a pagar un importante tributo en hombres y en ganados.

Más tarde, pasado algún tiempo y cuando ya los ánimos se hallaban completamente serenados, Atogmatoma concedió en matrimonio a su hija Tinabuna al noble Mayantigo, cosa que si



bien alegró a muchos, no dejaría de preocupar a quienes veían en esta alianza una grave amenaza para el futuro, ya que así se unían los dos reyes más poderosos de la isla.

Los recelosos, entre ellos Tanausu y los hermanos Juguiri y Garehagua, no se equivocaron esta vez.

Pasado el susto de la derrota de Aridane, la mente incansablemente urdidora de tramas y de planes ambiciosos de dominio y de poder de Atogmatoma, volvió a ponerse en funcionamiento, ahora con mayores perspectivas y mayor número de posibilidades, a juicio del impenitente guerrero, de las que jamás se le ofrecieran con anterioridad.

En efecto, la boda de Tinabuna con Mayantigo ofrecía ciertamente la oportunidad del establecimiento de una invencible alianza.

Ya el mismo día de la boda, al ofrecer su brindis y levantar el cuenco lleno hasta los bordes de la espirituosa y fuerte bebida agridulce que los palmeros preparaban con una baya silvestre parecida a la cereza, pero de arbusto y no de árbol, que emborrachaba profundamente, Atogmatoma, un poco trabada su lengua, mitad por la emoción, mitad por la ebriedad, había dicho poco más o menos:

—Brindo por mi nuevo hijo Mayantigo, Pedazo de Cielo, el más noble, el más valiente de todos los hombres de la isla. Con tan nobles virtudes bien podemos decir que más que de “pedazo de cielo”, bien merecería el calificativo de “todo el cielo” que cubre nuestra tierra...

No sabemos si algunos de los presentes supo recoger esta alusión. Mas la alegría del momento y la confusión que en todos los corazones reinaba por efecto de las libaciones, unido a la correcta y pacífica conducta de Mayantigo, nada hizo sospechar a los circunstantes sobre cualquier posible trama.

Las fiestas se prolongaron durante varios días según uso y costumbre entre los guanches en los casos de bodas reales.

Con motivo de tales eventos, los reyes o nobles señores, hacían participar a la clase llana en los festejos, ofreciéndoles liberal y generosamente comidas y bebidas durante todos los días que duraran las ceremonias.

Estas no eran tan sencillas como a primera vista pudiera pa-

recernos, especialmente en el caso de boda real, aunque también para las restantes bodas entre los nobles el ceremonial y la liturgia eran bastante complicados.

Una vez concedida la licencia por el padre de la novia y ésta era aceptada por el novio y sus familiares, se procedía a una reunión del sabor, en la que se trataba el asunto como cosa de Estado.

En dicha reunión, todos los asistentes que la integraban, que solían ser en primer lugar los guayres o lugartenientes del rey, los grandes faycanes y algún noble señor muy caracterizado por su valor o riqueza y poder o por estar emparentado con el rey.

Se discutía la conveniencia o no de tal matrimonio de Estado. Cada uno de los asistentes opinaba libremente y todos los acuerdos se obtenían generalmente, por votaciones que se manifestaban por medio de aclamaciones.

Si el fallo era favorable, el matrimonio se llevaba a efecto sin más dificultades. Pero si el sabor no encontraba apropiada o beneficiosa para la colectividad tal coyunda, se negaba a reconocer "legalmente" tal unión, aunque posteriormente y por voluntad real ésta se llevara a cabo, impregnándose así este matrimonio de cierto carácter de amancebamiento de ilegítima unión, ya que los hijos que de él resultaren no serían reconocidos en sus derechos a la sucesión y a otros privilegios por los miembros del sabor.

De esta forma el rey, aunque en la tradición guanche era monógamo, se convertía de hecho en polígamo y concubinario. El concubinato del rey con una mujer de la clase baja, era la única posibilidad o alternativa de unión, pero al suscitarse en clase noble, este concubinato tomaba otros matices y si más adelante el rey contraía un matrimonio "legal", su anterior compañera pasaba a habitar en un convento o cenáculo en compañía de otras magadas o a convertirse en una superiora de éstas.

En el caso positivo se celebraba la boda, cursándose las invitaciones de rigor, siendo costumbre que los señores invitados vinieran acompañados de cuanto servidor y pueblo llano quisiera traer consigo.

Esta era la razón por la cual se reunían numerosas gentes

y las fiestas populares alcanzaban enorme brillo y extensión.

El día de la boda era precedido por una especie de “vela de armas” o “despedida de soltero” en la que el novio festejaba a sus más íntimos amigos y parientes, pero con la intervención del Gran Faycán que a media noche hacía la ofrenda ritual de propiciación ante el altar o “efequen” correspondiente.

En La Palma solían utilizarse para estos menesteres las entrañas de los animales, acompañando al acto la quema de hierbas y maderas olorosas.

Nueva ceremonia religiosa precedía al día siguiente la entrega de la novia por parte de su padre y parientes, al novio y sus familiares, acto presidido por el Gran Faycán.

Disponíanse dos cortejos que partirían de las correspondientes residencias o alojamientos de ambos novios, que lentamente y con ceremonioso paso se dirigirían al lugar convenido, generalmente el mismo donde habitualmente se reunía el sabor.

Heraldos y amigos precedían al cortejo, dando grandes voces anunciando la ceremonia e invitando a todo el pueblo a presenciarla.

La gente concurría presurosa, con gran algazara y alegría, acompañando ruidosamente a ambas caravanas.

Efectuada la entrega de la novia, se procedía al intercambio de los presentes y regalos, así como también, en algunos casos, a la total o parcial entrega de la dote asignada por el padre de la desposada.

Seguía la celebración del banquete nupcial, durante el cual cantores caracterizados entonarían los rituales “cantos nupciales”, que ya se habrían iniciado durante la ceremonia de matrimonio, así como la representación de espectaculares danzas y bailes populares.

Estos banquetes no terminaban hasta bien entrada la noche, retirándose entonces todos a descansar, para reemprender con más vigor y energía el programa de festejos al día siguiente, contándose entre los actos a celebrar justas y competencias de habilidad y destreza, lucha canaria, lanzamiento de piedras y dardos, carreras, etc.

¿En qué vinieron a parar los ambiciosos planes de Atogmatoma?

Mayantigo no acogió con mucho calor las sugerencias de su impetuoso suegro.

Hombre prudente y reflexivo, vivía contento en su territorio y más ahora que contaba a su lado con la alegre y bullanguera presencia de Tinabuna mucho más joven que él, ofreciéndole las perspectivas de una feliz consagración al hogar.

Tampoco la muchacha participaba de las inquietudes paternas, ya que sus personales experiencias relacionadas con la guerra, habían sido muy amargas, por lo que instaba a su marido a mantenerse neutral.

Estos forcejeos infructuosos despertaban la cólera del viejo Atogmatoma al que el advenimiento de dos hermosos nietos no sirvió para mitigar sus bélicos ardores, sino que por el contrario fueron motivo para hacerle insistir en sus propósitos para depararles un glorioso porvenir.

Es difícil imaginar lo que hubiera ocurrido andando el tiempo, persistiendo el contumaz y viejo cacique en sus pretensiones, si un día las blancas caravelas de la conquista, asomándose inopinadamente a aquel "pedazo de cielo" canario no hubieran venido a frustrar para siempre sus sueños de imperialista expansión.

Si bien Mayantigo sabemos que se sometió sin violencia a los conquistadores y que don Alonso Fernández de Lugo completó el dominio de la isla con relativa facilidad y presteza, aunque entre los así sometidos figuró Atorgmatoma, su rendición no tuvo el carácter sincero e incondicional de su yerno, tratando en más de una ocasión de hacerles alguna jugarreta a los nuevos señores.

Pero los años no pasan en balde y sobre la vida secular de la isla comenzaban a soplar vientos que el viejo Atogmatoma jamás había conocido. Traían ecos de otros mundos distintos y lejanos. Aportaban otras costumbres. Todo era diferente. A despecho suyo veía como cuantos le rodeaban acudían como mariposas fascinadas por la luz de la nueva hoguera que en las inmediatas riberas encendían unos hombres extraños que hablaban de un señor mucho más poderoso que él y que los demás reyes de la isla, que también se llamaba rey y ceñía corona.

¿Quién sería este señor? ¿En dónde tendría sus dominios?

A buen seguro que si él lo supiera... que si él hubiera podido estar cerca de aquel nuevo señor, otro gallo hubiera cantado...

Luego aquella otra versión de su Dios, sin grandes faycanes, sin ritos espectaculares, sin ofrendas... ¿De qué nuevo Dios se trataría?... Allí estaba aquel madero en forma de cruz, ante el cual veía a las nuevas gentes prosternarse... ¡Incomprensible!... Su mente comenzaba a oscurecerse y el mundo, su mundo, el de siempre, se deplomaba a su alrededor... ¿Sería aquello el principio del fin?

No volvimos a saber nada de Atogmatoma.

Mas por su carácter impulsivo y violento, por su inquieto y nervioso temperamento, por su amor a la vida sensual y placentera, aficionado como era a las grandes comilonas y empedernido bebedor, no encontramos graves dificultades para poder suponer que el día menos pensado y esperado por él, un infarto o una apoplejia lo llevaría a mejor vida, desapareciendo así uno de los personajes más singulares de la historia palmera.

LOS AMORES DE TANAUSU

Tres amores tuvo Tanausu en su vida: su Patria, que fue la tierra palmera, su novia, la princesa Abullanina y en tercer lugar, la Libertad.

El orden que aquí establecemos nada tiene que ver con la verdadera prelación que en la conciencia del joven Tanausu ocuparan jerárquicamente estos tres sentimientos que si bien miramos, vamos ha encontrar hermanados y confundidos en el corazón de todos los hombres, interfiriéndose e influenciándose mutuamente, dando lugar a peregrinas y dramáticas situaciones.

Cuando analizamos la vida de Tanausu, más y más se nos antoja concebirla presidida por algún oculto y maléfico hado, ya que a lo largo de su azarosa existencia, comportándose siempre de una manera noble y valerosa, recta, viril, no llegaría sin embargo a obtener el premio para ninguno de sus desvelos, llegando a la muerte sin haber podido saborear con generosidad y amplitud, sin preocupaciones ni límites, ninguno de los tres amores citados.

Es por ello por lo que para nosotros la vida de este caudillo no sólo es un símbolo del aspecto dramático y negativo de la conquista en tierra de La Palma, sino de toda la tierra canaria, aspecto éste que hasta cierto punto es insoslayable en cuanto a su presencia en todos los eventos más brillantes y trascendente de la Historia del Hombre.

Porque se trata, pura y simplemente, del anverso y reverso de una misma medalla. Del día y de la noche. De la luz y de la sombra inseparable.

Tanausu era hijo de rey y nieto de rey, por lo que como tal lo vamos a encontrar en la Historia de la Isla de La Palma, a la llegada de don Alonso Fernández de Lugo y sus huestes conquistadoras, ejerciendo su señorío y dominio sobre la región de Aceró que era la más encumbrada y escarpada de la tierra palmera, alojándose primordialmente en el seno de la Caldera de Taburiente que corona el vértice insular.

En otro lugar hemos dado ya a conocer la gesta de este guerrero, por lo que en estas páginas nos vamos a referir únicamente a los motivos de los tres sentimientos apuntados que encabezan la presente narración.

Para Tanausu el amor a la Patria, a la tierra que nos vio nacer era tal vez lo más representativo y entrañable.

Tenía este caudillo una idea muy concreta y perfilada de lo que por amor a la tierra debemos entender, pero siempre hemos creído que la ventajosa posición de su señorío, acunado entre las cumbres bravías, habíale infundido un carácter especial a su perceptiva, hermanando sentimientos y contenidos de acuerdo con aquella visión estereoscópica que desde tales alturas le permitiera intuir una mayor belleza y grandiosidad para el escenario que se abría a sus pies.

A esta visión evidentemente condicionada por su especial y elevada perspectiva, tendríamos que añadir esa sensación inconsciente de superioridad y de dominio que anida en todo habitante de las zonas más elevadas de una región o país, sensaciones que dando origen a los consiguientes y respectivos sentimientos, sino se pueden alcanzar o satisfacer, se convierten en un más concentrado afecto telúrico y en un mayor arraigo a las perspectivas y a los horizontes tan queridos.

Este era el caso de nuestro personaje.

Su localización en el señorío de Aceró tenía más bien un carácter de recogimiento y separación de los restantes reyes de la isla, porque allí arriba, Tanausu y su pueblo se encontraban más protegidos, siendo su número mucho más reducido que el de los habitantes de otros señoríos, por lo que mal hubiera podido pensar nuestro héroe en sueños o quimeras de expansión.

Además, no necesitaba moverse de aquel lugar. Allí era feliz esperando que llegara el día de formar un hogar que acrecenta-

ría su menguada familia, llenando de alegría los ámbitos sonoros de montes y quebradas que le rodeaban por doquier.

A pesar de sentirse tan cómodo y de no mostrar ninguna asiduidad o apetencia por los señoríos vecinos, no dejaba de ser objeto por parte de alguno de sus parientes y hasta de sus más próximos allegados de claros intentos de usurpación y dominio.

Precisamente los dos reyes más poderosos de la isla, su primo Mayantigo y su tío Atogmatoma, en épocas diferentes, lanzaron sus numerosas y aguerridas huestes contra él, pero con su valor y con el vasto conocimiento que de todos los recovecos y pasadizos de las montañas tenía, logró una y otra vez rechazar con éxito los ataques de sus enemigos, pudiendo descansar tranquilo en su cueva que era una de las más amplias y hermosas que por aquellos parajes existían.

Así fue como Tanausu se mantenía afincado a su tierra, viendo correr el sol sobre su cielo y contando febrilmente los días que faltaban para completar su fecilidad.

¿Quién podía ser la causa de fecilidad tan esperada?

El objeto de sus desvelos era la joven Abullanina, hermana de los príncipes Juguero y Garehagua que gobernaban el señorío de Tedote, hermanos que siempre habían mantenido relaciones muy cordiales con su primo Tanausu.

La fecha de la boda ya había sido fijada. Después de la próxima cosecha, una vez recogidos los frutos y puesta en orden su un poco descuidada hacienda, Tanausu desposaría a la joven Abullanina, disponiendo para ella los mejores regalos y adornos para la cueva nupcial.

Aquella primavera se celebró en el señorío de Aceró con más brillantez y solemnidad que nunca la fiesta de la siembra.

Parientes y amigos de todos los rincones de la isla acudieron al evento, en el que se dio la noticia del próximo enlace, que fue acogido con gran alegría por todos los asistentes, pues Tanausu era generalmente querido y estimado, así como la familia de su prometida.

Cantaron los cantos de siembre en esta ocasión los hermanos de Tenibucar, de los cuales ya tenemos referencias. Como no era menos de esperar, el enamorado Tanausu dedicó a su amada

las más tiernas y apasionadas endechas. Se comió y bebió abundantemente. Se cantó. Se bailó hasta el agotamiento. Por fin las fiestas se dieron por finalizadas y del mismo modo que el grano depositado en el surco quedó esperando la fertilidad de la tierra, así en el pecho de nuestros dos jóvenes enamorados quedó bien honda y arraigada la semilla de su esperanza próxima a convertirse en realidad en un fértil futuro.

Mas he aquí que el hado adverso de Tanausu, tomando cuerpo de traición y de muerte, arrebatava la vida a la dulce pero valerosa Abullanina que morirá bajo el puñal del herreño Jacomar, historia ésta que ya hemos dado a conocer a nuestros lectores.

¿Qué representó para Tanausu la muerte de su amada prima?

Para él fue como una conmoción telúrica que de pronto hiciera desplomarse en su interior las hermosas y ágiles columnas que sostenían aquel edificio tan hermoso que él se había imaginado habitar con su adorada.

Un edificio gigante y extraño, reluciente, que él veía en sus sueños, representado por los contornos tan queridos de su Caldera de cuyo suelo, hasta la parte baja de la isla, emergían las columnas que cual piernas airoas, les sostendrían entre la tierra y el cielo.

Porque para él, su mundo era cuanto le rodeaba y cuanto en ello se contenía, estando por encima de todo el amor que por la joven sentía.

Su muerte le llenó de dolor y tristeza, aumentando en su pecho el rencor que sentía hacia los advenedizos que habíanse acercado a su isla, adueñándose de vidas y haciendas de otros hermanos de raza por las demás islas.

Él sabía que Jacomar era de su raza, pero extrañas fueron las manos que le habían armado y extraños los hombres que le habían enseñado a matar, pues si alguna gente guanche se podía tildar de pacífica eran los herreños, que jamás conocieron las armas, ni la guerra.

Aquel crimen era para Tanausu el resultado del mal ejemplo, de la violencia y de la codicia que los invasores comportaban, así que nada tiene de extraño que ante el dios Acorán, en una nítida noche de plenilunio el joven jurara solemnemente

vengar la muerte de su prometida y luchar contra el invasor hasta la suya propia.

Ni lo uno ni lo otro conseguiría Tanausu.

La muerte de Abullanina la vengó su hermano Juguero que por curiosa coincidencia del destino se encontró algún tiempo después de nuevo con Jacomar en otra incursión pacífica de los herreños.

Tampoco viviría Tanausu para ver liberada su tierra del invasor, ya que el sometimiento de la isla por Fernández de Lugo fue rápido y total.

En cuanto a su propia derrota, más que derrota ha sido enjuiciada como una adversa maniobra exigida por los azares de la guerra, que condujeron al conquistador don Alonso, al tan discutido acto de traición evidente que culminó con la prisión del caudillo guanche, que acudiría a la cita con el capitán español por instigación de su pariente y hermano de raza Juan de Palma.

Todos los historiadores están de acuerdo en que al margen de cuantas razones o motivos psicológicos y personales pudieran asistir a Tanausu para mantener su empeinado encono contra el invasor, la traición de Lugo fue la gota que habría de colmar la rebotante y amarga copa de su odio.

Porque al lado de su amor truncado por la tierra que tan injustamente le era arrebatada y de aquel otro amor tan cobardemente sacrificado por un traidor a su raza, estaba el amor a la libertad, el no haber conocido jamás espuela ni dogal que condicionar pudiera sus libres movimientos.

Allá, en su Caldera, cuando soñaba con el amor vivido de su Abullanina, le gustaba vagar libremente por entre los riscos y las cañadas, dejando que su imaginación volara sin descanso del uno al otro confín del cielo tan azul, que prendía de sus sueños las blancas luminarias de felices recuerdos o enervantes deseos.

Subía, bajaba, corría de un lado a otro, acudiendo presto allí donde su presencia podía ser necesaria o en donde alguno de los suyos necesitado de auxilio, recibiría la ofrenda generosa de su mano y de su gesto.

Jamás había concebido la idea de que nada vivo bajo el

cielo pudiera ser esclavo y mucho menos un ser que, como él, ostentaba la misma dignidad y los mismos derechos.

Por eso cuando se vio en prisión, cargado de cadenas y tratado como hombre peligroso y terrible, su espíritu se aferró con mayor desesperación a su rencor, negándose a todo trato con sus carceleros e iniciando lo que hoy conocemos como "una huelga de hambre".

Fernández de Lugo trató por todos los medios de ganarse al cautivo, pero se resistía a ponerle en absoluta libertad por estar muy reciente el episodio anteriormente citado, por lo que propuso a Tanausu que rindiera viaje a la corte, con objeto de visitar a los reyes y manifestarles su acatamiento y obediencia, en la seguridad de que por tratarse de un personaje de tan nobles dotes y cuna, le cargarían de mercedes y hasta era posible que le hicieran señor de algún repartimiento con señorío del cual él tuviere especial placer.

Pero Tanausu vio en esto el triste y desventurado a la par que grotesco papel del vencido que es zarandeado, haciendo con él ostentación diversa de su mala fortuna y en este alejamiento reconoció el pretexto de don Alonso para deshacerse de su ingrata presencia, razonamientos éstos que no hicieron otra cosa que confirmarle en su postura.

Algún tiempo después supo de los intentos de Juguero y Garahagua por liberarle, mas ya para esa época, terriblemente decaído, nada podía levantar su espíritu que se abatió definitivamente al enterarse de la suerte de los dos hermanos citados, que una vez reducidos por las fuerzas de Lugo, fueron decapitados.

Temeroso el conquistador del efecto que entre la población guanche, ya un tanto consternada por cuanto había sucedido, se pudiera producir si Tanausu fallecía prisionero en su poder, ordenó su libertad, haciéndole conducir a un poblado inmediato donde de todos modos, seguiría furtivamente vigilado.

Desgraciadamente el joven cacique hallábase en tal estado de miseria física y espiritual, que sin darle importancia al hecho de recobrar una libertad que ya no iba a servirle para nada, conducido que le hubieron al poblado, dispuso su enterramiento en vida, al estilo guanche peculiar de la isla.

Consistían estos "Enterramientos en vida", en un verdadero emparedamiento o tapiamiento que se realizaba introduciendo al moribundo en la cueva que le serviría de tumba, recostándolo sobre unas pieles, pues entre los palmeros era tradición que el cadáver no podía tocar la tierra, disponiendo a su alrededor los símbolos de su dignidad y unos gánigos con leche y gofio para alimentarse, si así lo deseaba en tanto le llegaba la muerte. Después de realizadas todas estas operaciones y otras ceremonias de duelo, se cerraba la entrada de la cueva a cal y canto, terminándose de tan dramática manera este tipo tan singular de enterramiento.

Así pagó con la vida generosa y noble que siempre circuló por sus venas el precio estipulado por el destino por tres amores que jamás habría de conquistar el heroico e inmortal Tanausu.

CANCIONES Y BAILES CANARIOS

En el amplio campo de la expresión folklórica musical canaria, es preciso antes de entrar en materia, especificar y concretar decididamente sobre el aspecto cronológico, cosa que consideramos fundamental ya que tanto la historia como la cultura de los habitantes del Archipiélago, las tenemos que considerar divididas en dos etapas completamente distintas entre sí: la etapa o período prehispánico, que estimamos como autóctona guanche y la época posterior a la conquista, caracterizada por un amplio mestizaje y trasiego cultural, que tácitamente identificamos con la actual expresión de "cultura canaria".

Esta observación la tenemos que extender a toda la antropología canaria, por lo que intentaremos comenzar por la época autóctona o prehispánica.

Es indudable que en el terreno de la manifestación y de la creación artísticas, el carácter autóctono ha de poseer un contexto mucho más limitado y hasta cierto punto circunstancial y condicionado por multitud de factores que incidiendo desde diversos planos de todo orden, van a imprimir carácter peculiar al estilo de vivir de cada una de las agrupaciones etnológicas desparramadas por las islas.

Esta influencia se acentuará en lo que se refiere a la música, al canto y a la danza o baile porque en general estos tres elementos de expresión artística se encuentran tan unidos y vinculados entre sí, que resulta muy difícil separarlos para considerarlos con carácter independiente.

Por esta razón tratamos aquí conjuntamente el tema de los cantos y de las danzas, y seguidamente el aspecto musical, que si bien forma tema aparte, ello se debe exclusivamente a una exigencia de programación y distribución del material utilizado y al deseo de conservar este carácter minimonográfico que venimos dando a cada cuestión.

En la época prehispánica, la evolución del canto y de la danza en el pueblo guanche, guarda un indudable paralelismo con otros pueblos primitivos que cronológicamente se pudieran haber correspondido con su período o estadio de civilización, bien que haciendo la tradicional observación que todos los historiadores apuntan, de que de un modo inexplicable el pueblo guanche aparece desfasado cronológicamente de su época antropológica en relación con otros pueblos del área, que superaron con mucho, este estado de inercia y estancamiento cultural.

Tal vez una de las razones fundamentales de dicho estancamiento sea precisamente la escasa densidad en número total de habitantes, de los moradores de estas islas, como tales colectividades, factor este que consideramos mucho más importante que su propio e hipotético aislamiento.

En estas condiciones primitivas, con una música rudimentaria, no podía esperarse la existencia de manifestaciones abultadas de canto o de danza, expresiones estas que quedarían en la mayor parte de los casos limitadas a las actividades litúrgicas y ceremoniales naturales de índole universal.

Refiriéndonos a los cantos de la época prehispánica tendríamos:

- 1.º Cantos litúrgicos religiosos y funerarios.
- 2.º Cantos ceremoniales y amorosos.
- 3.º Cantos báquicos.
- 4.º Cantos domésticos y laborales.
- 5.º Cantos de guerra.

Cantos litúrgicos y religiosos. — Se dividen en dos grupos o clases. Los ejecutados por las personas dedicadas al culto, como eran los grandes Faycanes y las sacerdotisas o "magadas", y aquellos otros en los que intervenía el pueblo o algún sector del mismo, haciéndolo espontáneamente o bien bajo la dirección y experiencia de los primeros.

habla del trístrofo de decasílabos monorrimos en asonante y cita el ya clásico de Torriani, en lengua guanche:

“Aicá maragá, aítitu aguahae
Maica guere; demacihani
Neiga haruucí alemalai.”

Como vemos, se trata de tres versos de diez sílabas cada uno, con la misma rima, en asonante y cuya traducción es la siguiente:

“¡Bien venidos! Gente forastera mató
nuestra madre; pero ahora, hermano
nos uniremos, si no estamos perdidos.”

Todavía abunda este mismo autor canario en tratar de apurar las diferencias y semejanzas entre endecha y folía, apuntando que la denominación primera sería de naturaleza hispana y la segunda, estrictamente canaria, aunque no autóctona, conservándose como tal canción (y no como baile) en el actual folklore tinerfeño.

Nosotros pensamos que es muy dudoso que el guanche pre-hispánico hiciera versos y menos al estilo conocido de los europeos y que si posteriormente aparecen estas canciones versificadas en guanche ello es debido a un simple fenómeno de traslación idiomática después de la conquista.

Sobre la folía insistimos en lo ya manifestado en nuestra anterior Recopilación, al tratar sobre este tema, considerándola en principio como un baile o mejor aún, como una disposición alegre y festiva para canto y danza, pues así lo indica el mismo Abreu al referirse al baile por él observado: “Bailaban en rueda y en folía...”.

En la isla de Tenerife se conservó el trístrofo de decasílabos monorrimos en asonante, con su carga de tristeza y melancolía, dando origen al canto peculiar de la actual folía.

Otras canciones serán examinadas más adelante al hablar de la época post-hispánica.

Cantos báquicos.— Aunque no conocían los guanches la fe-

liz existencia del néctar de Noé, fabricaban sin embargo algunas bebidas espirituosas sirviéndose de determinadas frutas silvestres, por lo que la expresión de “canto báquico”, encaja perfectamente con las canciones con que acompañaban sus bañales en las que se hacía uso generoso de la comida y de la bebida.

Cantos domésticos y laborales. — Algunos autores pretenden hacer ascender en la escala cronológica el origen del “arrorro” canario, a la época guanche, cosa que no tenemos ninguna dificultad en aceptar, ya que de alguna manera las madres guanches tratarían de arrullar a sus hijos, puesto que este acto es simbólico no sólo para la especie humana, sino también para muchas especies animales.

Que se haya conservado o no con sus genuinas y primitivas características, ya lo ponemos en duda por las razones de trasmigración y asimilación entre dos razas, antes apuntadas.

Más interés encierra para nosotros poder llegar a conocer los cantos que se ejecutaban con motivo de diferentes actividades laborales o procesos o estaciones y en relación con los astros, los días y las noches.

Nos referimos a los “cantos de siembra” o “cantos de primavera” ya mencionados y descritos en otro lugar, y en cuanto a danzas, a la denominada de “luna nueva” que era la más frecuentemente representada, y que otros autores llaman “de plenilunio”.

Es posible que existieran en gran variedad y profusión esta clase de cantos aplicados a diferentes actividades, como la pesca por ejemplo, la canción de los pastores, las de recolección, etc., pero lamentablemente ningún testimonio nos ha llegado que nos permita ni tan siquiera imaginar su existencia o contenido.

Cantos de guerra. — Es este otro de los puntos altamente debatidos entre cuantos estudiosos se dedican a investigar en este campo de la actividad bélica de los guanches.

Todos los historiadores coinciden en sus relatos y descripciones al referirse a las batallas sostenidas por los conquistadores contra los nativos de estas islas, en que los guanches atacaban entre “un enorme e infernal griterío”, siendo esta una característica muy arraigada entre las colectividades indígenas

Es lógico suponer que esto que sonaba a "infernial griterío" en los educados oídos de los invasores, estaba muy lejos de representar una manifestación episódica o circunstancial y hemos de interpretarlo como verdaderos cantos de guerra que de algún modo tratarían de mimetizar el estruendo y la baraunda que acompañan a las tormentas o a otros actos violentos de la naturaleza o de los seres vivos, para producir confusión y temor entre sus enemigos.

En el capítulo de las danzas, aunque como hemos dicho fue aplicado en principio el término "folía" a la típica forma de bailar de los guanches, la mayoría de los autores están de acuerdo en considerar al baile denominado "el canario", como expresión genuina y de auténtico origen autóctono de estas islas.

El "canario", fue naturalmente modificado y adaptado a nuevas formas de expresión rítmica y musical que se avenía muy bien con la música de cuerda de los bihuelistas españoles del siglo XVI, durante el cual este baile fue introducido en España y aceptado como un baile típico regional de estilo e importación canaria.

Otras danzas rituales o bailes populares de la época prehistórica no han llegado hasta nosotros, aún cuando lógicamente tenemos que sospechar que hayan existido.

Época moderna o canaria. — En lo que a las canciones se refiere, tendríamos las ya citadas endechas y folías, a las que tenemos que agregar el "sirinoque" palmero, el "tango herreño", las "seguidillas majoreras", las "isas canarias", las "malagueñas", etc., muchas de las cuales se corresponden con el baile homónimo.

Entre los bailes tendríamos la citada folía, el tajeraste tinerfeño, el tanganyillo y otros muchos.

En la actualidad, aunque ambos géneros, la folía y la isa, representan a la característica folklórica del canto canario para todas las islas, la primera se conceptúa como originaria de la isla de Tenerife y a la segunda de la de Gran Canaria.

La diferencia entre ambas no ha sido bien explicada hasta la fecha, aunque se supone producida por alguna particularidad del contacto mantenido con la población indígena de determinados grupos etnológicos regionales de la Península, lo que tra-

jo como consecuencia cierta variación y distinta adaptación de aires y de ritmos importados por los conquistadores a este suelo.

En el caso de la folía predominaría una reminiscencia de los ritmos y aires andaluces o bien de la región sur de España.

En la isa (1), la reminiscencia es de jota, de 'auténtica creación del árabe valenciano Ben-Jot y en algunos pueblos de la provincia de Gran Canaria, se la conoce con el nombre de "jota" o "jotilla", como sucede en Fataga y otros puntos próximos a Artenara y Agaete.

Se nos ocurre pensar por lo que respecta a esta influencia de la jota en Gran Canaria en la importancia que para ello pudo haber tenido la presencia y permanencia durante largos años en esta isla de la expedición mallorquino-aragonesa, a la cual hemos aludido en otro tema de la presente publicación.

Esta misma influencia peninsular, la tenemos presente en la malagueña, la seguidilla, la saltona, etc., que no son más que aires españoles tamizados por el filtro insular que producirá en ellos algunas variaciones características en todas y cada una de las islas de nuestro Archipiélago.

En cuanto a los bailes, al margen de la propia folía como danza, del tajaraste, del sorongo y otros, seguimos considerando al "son canario" como ritmo auténticamente autóctono y privativo de estas islas, como tal medio de danzarina expresión, que sería posteriormente exportado a la Península. Se ejecutaba dando el bailarín grandes saltos y derrochando mucha agilidad y fantasía, por lo que quizá por la oportunidad de estas mismas improvisaciones, era interpretado por un solo individuo que encontraba así una buena ocasión para su personal lucimiento.

El baile del "tanganillo" nos recuerda la probable reminiscencia del "baile de los tezezes", que ya mencionamos en otro lugar y que resultaba de gran espectacularidad y belleza, por ir asociados a los sonidos idiofónicos producidos por los palos al entrechocarse rítmicamente.

Para terminar, a despecho de ser tildados de crueles y amigos de los trabalenguas; no podemos resistir la tentación de poner el broche de oro adecuado para esta musical y poética

exposición, reproduciendo para nuestros lectores el hermoso tristrofo decasílabo monorrimo y asonante, de la "canción de El Hierro", que dice así:

"Mimerahaná, zinu zinuá
Ahemen aten harán huá
Zu Agarfa fenere nuzá?"

que traducido:

"¿Con qué nos vienes? ¿Qué me traes?
¿Para qué quiero la leche, agua, harina,
Si Agarfa no quiere mirarme?"

Es curioso que estas endechas fueran interpretadas por mujeres, ya que, como dice Torriani, la endecha se trataba de una composición triste cantada por voz de mujer, añadiendo que los naturales isleños eran gente muy melancólica, que hasta solían llorar al entonar sus cantos.

Pensamos que estas apreciaciones de Torriani y de otros historiadores subjetivizan un tanto el momento histórico de una situación emocional, lógicamente adversa para un pueblo recientemente diezmado y sometido que tendría que llorar su libertad.

Porque el aborigen prehispánico era alegre y festivo, muy dado al solaz entretenimiento y a las justas o competencias deportivas, cariñoso, amable, gentil.

Por otra parte, este modo clásico de definir y configurar la endecha, se nos antoja una reminiscencia judía, muy arraigada en Europa para la época, que podemos remontar a los tiempos bíblicos del Antiguo Testamento, donde encontramos algo semejante, cantado por doloridas jóvenes, acompañadas por la lira o el arpa.

Tal vez la diferencia entre ambos tipos de endecha, la judía y la canaria o guanche, se encontraría en que las primeras se caracterizarían por un contenido místico religioso, mientras que la segunda puede tener un carácter épico o amoroso, como lo prueba este bello tristrofo de la isla de La Gomera:

“Si los delfines mueren de amores,
¡triste de mí!, ¿qué harán los hombres
que tienen blandos los corazones?

El origen de esta tradición cantada podemos explicarlo por el conocimiento que tendrían los guanches de la curiosa circunstancia en torno a la muerte del delfín, abundante en estas costas, de que al morir emite una especie de lamentos o quejidos que guardan mucha semejanza con los humanos, lo que ellos tuvieron que sorprender al conseguir arrastrar hacia la playa a algunos de estos animales.

Anotamos la curiosa coincidencia con esta tradición del espectáculo por nosotros presenciado en diferentes ríos venezolanos de la cuenca del Orinoco, dados por las toninas de agua dulce, igualmente de especie mamífera, que nadan largas singladuras detrás de las “curiaras” o pequeñas embarcaciones a motor fuera de borda, si sienten llorar a algún niño entre los viajeros de las mismas.

(1) Según nos informa el Profesor Alvarez Delgado, las canciones canarias toman generalmente sus nombres de las danzas o bailes populares que las originaron, como hemos visto en nuestra Primera Recopilación que sucedía con la Folía. En el caso de la “Isa” su etimología parece responder a una forma de expresión dialectal de la provincia de Salamanca, que Salamanca, que significa “contoneo”, “balanceo”, que coincide con la forma peculiar de producirse este baile canario.

IMOBACH

La historia del Gran Imobach o Quehebey Imobach, como le denominaron sus súbditos y contemporáneos, es el compendio final y frustrado de un esfuerzo mantenido a lo largo de dos generaciones, después de la muerte del Gran Tinerfe, por recuperar la unidad de mando y de poder entre los diferentes reinos de la isla de Tenerife.

Al morir el Gran Tinerfe, que gobernaba paternalmente todo el ámbito insular tinerfeño, denominación ésta que según algunos autores se deriva del nombre del monarca, el poder real se fragmentó en nueve señoríos o menceyatos, que correspondieron a sus hijos, el mayor de todos los cuales se llamó Bentenuhya.

El Gran Tinerfe, en su lecho de muerte, recomendó muy encarecidamente a sus hijos que permanecieran unidos en un solo haz, evitando entre sí toda clase de discordias y sometién-dose en los casos de pleito o de litigio a la autoridad del hermano mayor, que como tal primogénito heredaría simbólicamente los privilegios y las prerrogativas de la dignidad real.

Fue por ello por lo que Bentenuhya recibió el tratamiento de "Quehebey", que en el lenguaje guanche significa alteza y majestad.

Bentenuhya, además de heredar directamente el señorío de Taoro, que era el más importante en hombres y en recursos de la isla, supo sacar muy buen partido de los deseos de su padre, esteriorizando desde los primeros momentos de su autoritaria

investidura como rey, unos sentimientos de caudillaje y anxionismo que alarmaron profundamente a sus hermanos.

Pero su vida transcurrió sin pena ni gloria, viviéndola entre disensiones y rencillas con unos y con otros, lo que le distrajo definitivamente de poder dedicarse con firmeza a sus aficiones imperialistas.

A su muerte le sucedió su hijo Imobach, el cual, heredando todas las virtudes de sus predecesores, se formó el firme propósito de unificar todos los reinos de la isla para resucitar el poderoso estado del Gran Tinerfe.

Era Imobach de aventajada estatura, fuerte y ágil como el que más en todo lo relacionado con las actividades y competencias de orden físico, ostentando además gran destreza en el manejo de las armas y en el arte de la guerra, lo que le confería mucha fuerza moral ante un pueblo.

De valor temerario, no titubeaba ante ningún peligro o enemigo y era tal el ímpetu y lo airado de su ataque que pocos se podían resistir a su fuerza.

Soberbio, poderoso, con grandes dotes de mando, inflexible y cruel, en sus cálculos nunca entraba el perdón y la clemencia, pero sí la justicia y el estricto cumplimiento del deber.

Para él, recuperar para la breve Historia guanche aquella calificación esplendorosa que culminó su abuelo, no tenía un específico carácter de capricho o de privado impulso, sino que su conciencia lo consideraba como un mandato del destino, que él, el Gran Imobach, estaba fatalmente designado para hacerlo cumplir.

Para conseguir su propósito hizo valer en primer lugar los privilegios que para su mayorazgo heredara Bentenhuya del Gran Tinerfe, entre los cuales el principal sería el de cierto grado de sumisión y de respeto que todos los demás hermanos deberían guardarle.

El caso era delicado porque desempolvar estos privilegios no representaba las mismas coyunturas ni posibilidades, ante todo porque Imobach ya no era hermano de los demás reyes, sino primo o sobrino, y este alejamiento de parentesco enfriaba bastante sus relaciones y compromisos con ellos.

La única posibilidad consistía en hacer uso astuto de su

poder, para irles acorralando uno a uno ,organizando alianzas, sellando pactos, hasta conseguir su final objetivo.

En el año 1464 surgió en las costas de Tenerife un peligroso contrincante para Imobach.

Se trataba del conquistador don Diego de Herrera, que al frente de una poderosa escuadra, desembarcó en Tenerife, por el puerto de Bufadero, tomando posesión de la isla en aquel estilo incruento y peculiar que le caracterizaba, que consistía en hacer que un escribano real levantara un acta de toma de posesión que se llevaba a cabo con el ritual y los gritos de rigor, a cuya ceremonia invitaba ex profeso a los caudillos indígenas más notables a su alcance.

Levantada el acta, confirmábanla los testigos presentes, poniéndose especial cuidado en enfatizar la presencia de los señores aborígenes que, por no saber firmar, harían gestos de asentimiento con la cabeza al ser interrogados por el escribano en una lengua para ellos desconocida.

Luego el abanderado real, con gesto solemne y ante la universal devoción de todos los circunstantes, abatiría varias veces de izquierda a derecha los pendones de Castilla, sobre la nueva tierra, en la que a continuación se clavarían simbólicamente la cruz y la espada de los conquistadores.

Imobach fue uno de los asistentes que concurrieron a esta cita de Diego de Herrera. Pero no existen motivos para creer que tal concurrencia supusiera en ningún caso cualquier clase de sumisión, como vamos a ver.

Dada la costumbre existente entre el pueblo guanche de honrar y respetar al hermano mayor, la suerte que corrieron los intentos de Imobach para imponer su poderío a los demás menceyes, fue favorecida en unos casos, pero en otros tropezó con grandes dificultades, influyendo mucho en los primeros tanto el temor como aquella obediencia y respeto.

En Güimar gobernaba su tío Acaimo, durante cuyo reinado tuvo lugar la aparición de Nuestra Señora de Candelaria. Este monarca se mostraba temeroso de la osadía de su sobrino Imobach, y hubiera sido uno de los que, con toda seguridad, se sojuzgara de no haber muerto el ambicioso caudillo prematuramente.

En cambio el rey de Abona, Atguaxoña, se negó a la sibilina alianza que Imobach le propusiera para completar el poderío de ambos sobre los demás menceyes, negándose igualmente a suministrar hombres y alimentos a su sobrino que deseaba organizar un potente y numeroso ejército, para lo cual contaba con sus hombres y con otros que le eran cedidos por aquellos quienes, como Acaímo, no participaban directamente en sus maquinaciones, pero por temor más que por simpatía, colaboraban de alguna manera a sus demandas.

Algo parecido le sucedió con su otro tío Atbitocazpe, que tampoco accedió a sus pretensiones de señorío y sojuzgamiento, aislándose en sus predios y oponiéndose de forma un tanto pasiva y equívoca a Imobach.

De la misma manera procedería Caconaimo, rey de Daute, quien, por habitar una zona alejada y escabrosa, de más difícil acceso, se conservaba más independiente y aislado de los demás menceyes. Sin embargo, accedió a prestar a Imobach alguno de sus hombres y cierta cantidad de recursos.

Chincanaíro, mencey de Icod, fue uno de los que acudieron a la conferencia con Diego de Herrera y su oposición a Imobach no fue abierta y franca porque en el fondo desconfiaba de los recién llegados, aunque también lo hacía de Imobach.

El mencey de Tacoronte, llamado Rumén, fue hostil a Imobach y uno de los primeros en pactar con Diego de Herrera, en el cual confiaba para que su poder le defendiera de las acechanzas de su sobrino el rey de Taoro. Habían tenido ambos menceyes numerosas disputas y sostenido diferentes encuentros armados, de los que Imobach, más fuerte y mejor preparado, solía salir victorioso.

Estas acciones de Imobach producían gran desasosiego y desconfianza entre los demás menceyes y fueron el motivo de que más adelante, cuando llegado el momento apremiante que exigía la unión de los esfuerzos de todos para librarse del invasor, alianza que preconizó Benchomo, nadie atendiera estos angustiosos llamados, sucumbiendo así uno a uno ante la fuerza incontenible de Fernández de Lugo y las tropas conquistadoras.

El Gran Tegueste, si bien acudiera a la convocatoria de Diego de Herrera, nunca se subordinó al castellano, ni tampoco a

Imobach, a quien, como tío, afeaba su conducta dictada por tan insensata ambición, pero reconociendo el peligro que suponía Diego de Herrera y su gente, auxilió muchas veces a su sobrino con hombres y vituallas, pero sin participar él, ni sus nobles guarayres, en las escaramuzas.

Esta oculta simpatía y admiración por el gesto de Imobach, la manifestaría después su hijo del mismo nombre, que con Tinguaro, y alguno más, integraría el esclarecido ramillete de heroicos defensores de la gesta guanche en tierras tinerfeñas, siendo uno de los colaboradores más íntimos y fieles de Benchomo, hijo y sucesor de Imobach.

Por último, las tentativas de Imobach no corrieron mejor suerte con Beneharo I, el mencey de Anaga, ni con el histórico achimencey Zebensuí, heredero bastardo del Gran Tinerfe, que señoreaba el trozo de tierra tinerfeña conocido con el nombre de Punta del Hidalgo Pobre, que éste es el significado de achimencey.

No sabemos lo que hubiera ocurrido de no mediar el destino poniendo fin a las caprichosas y turbulentas ambiciones de Imobach.

En uno de sus viajes de la costa a la montaña, que los reyes hacían periódicamente de acuerdo con la estación, para habitar en verano los lugares y alturas más frescos de la isla, cuenta la tradición que el Gran Imobach cayó víctima de una enfermedad que los historiadores denominaron posteriormente con el nombre de "cámara", designación cuyo verdadero contenido y significado no hemos podido llegar a esclarecer, pero que parece referirse al hecho de que el enfermo se veía obligado a guardar cama, sufriendo agudos dolores de costado, fiebre y, en muchos casos, tos con expectoración "terrosa", que si los homologamos a las enfermedades por entonces más comunes y mortales, resulta que son los clásicos síntomas de la nuestra llama neumonía.

Al caer enfermo fue inmediatamente asistido por el curandero de la corte, cargo que desempeñaba el gran Faycán Imetop, primo hermano del fallecido Gran Tinerfe, muy anciano ya y que gozaba de gran prestigio y veneración entre las gentes de Taoro.

Mas los esfuerzos de la ciencia y del Gran Faycán fueron vanos.

Ni las grandes envolturas o "cataplasmas" que con diferentes granos, como avena, cebada, etc., y manteca caliente, ni las enormes dosis de arrope elaborado a base de mocán reducido por cocimiento en agua corriente, o por las fuertes infusiones administradas de raíces de helecho, de hojas de tilo y otros remedios más o menos convencionales, pudieron evitar lo inevitable, comenzando la muerte a dibujar su extraña catadura en la faz decaída y macilenta del ambicioso rey.

En sus delirios, mil fantásticas imágenes revivían sin cesar en su enfebrecida mente las escenas de pasadas y futuras grandezas, mezclándose de un modo incomprensible y absurdo lo que ya había sido de su experiencia, con la quimera de los sueños vanos.

De tal forma sufría Imobach estas visiones, que no acertaba a distinguir la realidad vivida de lo ilusorio y fantástico de aquel anhelado vivir sumergido en el poder y la gloria de su abuelo el Gran Tinerfe.

Sí, allí estaba presente sin duda su nítida imagen repitiendo la feliz secuencia de su coronación. No era falso, no. Recordaba perfectamente aquel dichoso instante en el que por las manos del Gran Faycán era depositada sobre su cabeza la corona del fallecido mencey, su padre Bentenhuya.

Recordaba perfectamente todos los actos, los rostros y los gestos. Recordaba, sí, como había sorprendido en los ojos de su tío Atigor una mirada concentrada de envidia y de resentimiento, pues, como hermano del anterior monarca, había complotado en secreto para ceñirse aquella corona que hoy le era impuesta con tanta solemnidad.

Después evocaba un poco confusamente la trágica muerte del pobre tío Atigor, desrriscado involuntariamente al caerse por un profundo barranco.

Algunos otros hechos, siempre confusos y siempre dramáticos, parecían querer irrumpir en aquellas maravillosas representaciones que estaba contemplando.

Pero no, nada podrían los malos espíritus contra la invocación de su Dios Achguayerxeran Achoron Achaman, que quiere

decir "sustentador de cielo y tierra". Él era el que sostenía su brazo y fortaleza, por lo que sus enemigos jamás podrían prevalecer contra él...

La fiebre le exaltaba, y en su delirio, se imaginaba al frente de huestes victoriosas cantando la victoria del Gran Imobach.

De pronto abatióse su cuerpo y su vista tornóse perdida, estuporosa. Un tropel de enemigos emergiendo de improviso del fondo inaccesible de su conciencia, atacándole con furia, le amenazaban por todas partes.

Trató de defenderse, mas en vano. Una aguda lanzada le traspasó de dolor el costado, y llegó al corazón, que comenzó a sangrar.

Era sangre roja, caliente, como aquella en la cual había empapado sus manos cuando con furia incontenible diera muerte a sus enemigos. Ahora, esa misma sangre le ahogaba y le vencía.

Impotente ya para seguir luchando, Imobach, en el último estertor de su agonía, se dio al fin por vencido, desplomándose su cuerpo, yerto para siempre, sobre las ricas pieles de su lecho real.

Los sueños del Gran Tinerfe terminaban así para siempre.

BENCHOMO

El problema con el que se enfrenta este caudillo de la gesta guanche de la resistencia, contra las pretensiones conquistadoras de los hombres de don Alonso Fernández de Lugo, en la isla de Tenerife, último bastión de la conquista, no tiene parangón en toda la Historia de este sufrido pueblo.

Ciertamente, la situación de Benchomo, mencey de Taoro e hijo del Gran Imobach, a la muerte inesperada y prematura de éste, no puede ser más delicada.

Son muchos los factores que despiadadamente van a concurrir para neutralizar el esfuerzo gigantesco de este hombre, que, como ningún otro de sus compatriotas y coetáneos, vislumbró con toda claridad el peligro de la dominación extranjera para su patria, y viéndola producirse, sintiendo sobre su propia carne el aguijón de la inevitable reducción, sucumbiendo uno a uno los demás menceyes, tenía que asistir impotente al desmoronamiento de un imperio y al sojuzgamiento de una raza. Sin embargo, cuando llegó el momento crítico y final, los imperiosos llamativos al deber del sentimiento humano y de la Historia, supieron imponerse en este espíritu magnífico, aceptando con filosofía y resignación las nuevas circunstancias, sin menoscabo o desdoro para su dignidad y firmes convicciones, vinculando su estirpe, para bien de su pueblo, al cual respetó y amó hasta su muerte, a la de los vencedores.

Para comprender la vida de Benchomo y la encrucijada histórica que para la raza guanche dicha vida supuso, es preciso

analizar, aunque no sea más que someramente los principales factores que concurrieron en fatal incidencia en ese presente que fue su fugaz pero brillante paso por la epopeya canaria.

Tales factores fueron los siguientes:

En primer lugar tenemos que citar necesariamente el pacífico carácter de las primeras incursiones, en la isla de Tenerife, del conquistador Diego de Herrera. Desde el año de gracia de 1464, fecha en que desembarcó este conquistador en la isla, tomando de ella peculiar y peregrina posesión, hasta 1493, en que Fernández de Lugo inicia la conquista definitiva, pasarían treinta años durante los cuales los contactos de los nativos con los españoles fueron frecuentes, pero presididos por un signo de paz bajo la prudente dirección de Herrera.

Estos contactos pacíficos habían acostumbrado a gran parte de la nobleza guanche al trato y costumbres, que tantas y tan modernas novedades e inovaciones comportarían, al colisionar con su vida pacífica y rudimentaria.

La consecuencia de esta política de Diego de Herrera daría sus frutos en la época de la que nos vamos a ocupar.

Es un fenómeno característico en toda invasión, que la clase poderosa sojuzgada por los más fuertes advenedizos, pacte con éstos tratando de conservar el mayor número posible de privilegios, antes de sucumbir, quedando la clase llana o inferior más directamente a disposición de los vencedores, cosa que, en último término, no va a modificar mucho su situación real, ya que todo se reducirá a un cambio de "señores".

Así sucedió en muchos aspectos y lugares de la conquista canaria.

Cuando Benchomo divisa desde su atalaya la llegada de las blancas velas, augurio de siniestros mensajes para su pueblo, se encontrará con cuanto aquí acabamos de decir y al recurrir a los demás menceyes para formar una liga y defender el suelo canario, muchos de ellos, la mayoría, se negarán porque el invasor les sigue permitiendo conservar determinados privilegios y en cierto modo les acomoda y place la perspectiva de aquella nueva vida.

El segundo factor, emparentado con el anterior, viene dado por la presencia de elementos nativos de alta significación y

estima entre el pueblo guanche, acompañando a los invasores, como intermediarios y moderadores, cuando no como decididos y eficaces colaboradores en las mismas contiendas que los españoles habrían de sostener contra sus hermanos de raza.

Tampoco aquí podemos hablar de verdadera traición.

No podemos olvidar que junto con la conquista política y el progreso social, al lado de la ley y de la espada, el conquistador trae la Cruz y este símbolo sería suficiente para modificar, creándolo definitivamente, el concepto espiritual de un nuevo pueblo, para una raza que presentaba una evolución y un grado de desarrollo evidentemente anacrónicos para la época.

Por ello, los guanches convertidos, pelearán por los nuevos ideales de su fe, con el mismo ardor y con el mismo coraje con que lo pudiera hacer el soldado y caballero español más caracterizado, siendo así que ayudar a someter y a convertir a los suyos, representaría el primero e insoslayable deber de todo buen cristiano y patriota guanche.

De todos modos, esta significativa presencia, jugaría un papel decisivo muchas veces en numerosas coyunturas históricas y bélicas de la Conquista, de algunas de las cuales ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Pero existe un tercer factor que perjudicó notablemente a Benchomo en su intento de unificación o coalición ante la extraña amenaza: el antecedente de las ambiciosas ideas expansionistas de su padre Imobach.

Llovía sobre mojado, y sobre un terreno peligroso y resbaladizo, cuando Benchomo, animado por las más puras y patrióticas intenciones, fue de mencey en mencey hablándoles de unidad y coalición ante el agresor.

Quien más quien menos, vio en esta actitud del joven e impetuoso caudillo una sospechosa semejanza con la que años atrás adoptara su ilustre y despótico progenitor, por lo que de un modo abierto unas veces, o con disimulos otras, hurtaron su responsabilidad a la sugerencia que se les hacía alegando diferentes razones.

Añaterve, por ejemplo, mencey de Güimar, heredó de su padre Acaimo no sólo el reino, sino también la fe cristiana y en sus predios se había instalado definitivamente la imagen de

Nuestra Señora de Candelaria, cuyo curador, el guanche Antón, era uno de los más fervientes convertidos, gozando de gran predicamento entre su gente. Añaterve no quiso secundar a Benchomo, porque adherido a la nueva fe, era partidario de la paz y del entendimiento con los invasores, a quienes por cierto tenía en gran estima y deferencia, ya que eran muchas las cosas buenas y nuevas que trajeron a la vida insular.

Atxoña, mencey de Abona, se negaría igualmente, como hiciera su padre ante las pretensiones de Imobach.

El caso de Pélino, mencey de Adeje, aun fue peor. Sin querer colaborar con nadie, aislado en su señorío se vería obligado más tarde a rendirse a los españoles por propia iniciativa, ya que ni tan siquiera a ello fue obligado por los nuevos señores. Algo diferente fue el caso de Romén, hijo de Caconaimo, mencey de Daute, quien creyéndose a salvo de discretas miradas y apetitos en su retirado señorío, pensó que no sería molestado, por lo que rehusó la alianza con Benchomo, arrepintiéndose después.

Fue Pelicar, mencey de Icod, guerrero valiente y de noble carácter, uno de los que más desconfiaron de Benchomo, mas no por cobardía, ya que él mismo sostuvo diversos encuentros con los españoles.

Sin embargo, Acaimo II, mencey de Tacoronte, aunque guardaba el vivo recuerdo de su padre negándose a los requerimientos de Imobach, fue un fiel aliado de Benchomo y luchó con su gente hasta que se desmoronó la resistencia guanche en su territorio.

El colaborador más incondicional que Benchomo encontró entre todos los menceyes fue su primo Tegueste, señor del reino de mismo nombre, que por tradición mantenía una patriótica y viril actitud ante cualquier intento de dominio o sojuzgamiento. Su padre se había opuesto enérgicamente a Imobach. Pero él, reconociendo las razones que asistían a Benchomo, no lo dudó un instante y desde el primer momento peleó a su lado, hasta el fin.

Beneharo II, mencey de Anaga, aceptó las propuestas de Benchomo y fue sin duda un fiel y eficaz colaborador, interviniendo en numerosos hechos de armas.

Las relaciones de Benchomo con Zebensuí, hijo de Aguahuco, el achimencey o "mencey pobre" de Punta del Hidalgo, si bien en un principio no fueron todo lo cordiales que cabría esperar de dos parientes vinculados a la realeza de la isla, fueron con el tiempo dos buenos aliados, aunque Zebensuí siempre se caracterizó por su genio vivo e impetuoso y su carácter un tanto díscolo e indisciplinado.

Con esta panorámica no es posible esperar grandes acontecimientos que cuajarse pudieran de las actividades de este caudillo.

Su vida privada no nos ofrece mayores episodios espectaculares ni alternativas. Algunos historiadores tejen guirnaldas de leyenda y fantasía sobre su carácter y en relación con los amores, compartidos por su hermano Tinguaro en secreto, con una bella joven de su familia, pero no existe ningún testimonio en el cual podamos apoyarnos para aceptar un viso de verosimilitud a dicha historia.

Para la época de estos sucesos, Benchomo es un hombre maduro, casado y con numerosa descendencia, siendo una hija suya, la princesa Dácil, la heroína de uno de los temas de la presente publicación.

Después de numerosas escaramuzas, Benchomo, en unión de su hermano Tinguaro, logran infringir a los hombres de Fernández de Lugo la terrible derrota de Acentejo, en la que los españoles sufrieron más de doscientas bajas y en la que el mismo don Alonso resultó herido de alguna consideración de una pedrada en la cara.

Conocemos este episodio por haberlo relatado en la Primera Recopilación, bajo el título de "Tinguaro".

Terminada así la segunda entrada de Lugo en la tinerfeña insula, regresó a Gran Canaria a buscar refuerzos para acometer la tercera y última tentativa.

Esta vez vino mejor preparado, en todos los sentidos.

Logró traer consigo incluso al antiguo guanarteme de Gáldar, convertido a la fe cristiana y bautizado con el nombre de Fernando Guanarteme, el pacificador de Ansite.

Con esta colaboración y la de otros nobles y guayres de aquella isla y de otras del archipiélago, esperaba Fernández de

Lugo finiquitar rápidamente y con el mayor éxito la empresa.

Lo consiguió sin duda. Pero tuvo Benchomo y sus aliados una fuerte oposición y resistencia, que comenzó ya a los pocos días de su tercer desembarco.

En cuanto el cacique de Taoro se informó de la llegada de Lugo y su numerosa y bien abastecida expedición, concibió la idea de aniquilarle en el mismo punto del desembarco, organizando sus tropas, que eran numerosas, para atacar y rendir la plaza y fuerte de Santa Cruz.

Allí estaban a su lado los fieles menceyes de Tacoronte, Tegueste, Zebensuí y sus vasallos, dispuestos a secundarle hasta la victoria.

Pusiéronse los guanches en movimiento, enviando Benchomo por delante a dos emisarios espías para informarse del número y disposición de las fuerzas enemigas en la plaza tinerfeña, acampando él con los suyos en la llanura de Laguna.

Desgraciadamente los espías fueron sorprendidos. Uno logró escapar y regresar al campamento, pero el segundo, una vez apresado, terminó por confesar la situación y circunstancias de Benchomo y sus aliados, informe precioso que los conquistadores supieron aprovechar.

En efecto, al amparo de las densas sombras nocturnas, los españoles maniobraron sigilosamente, acercándose a La Laguna, dispuestos a sorprender a los canarios. Con las tropas españolas marchaba un grueso contingente nativo al mando de Añaterve, rey de Güimar, hecho cristiano y aliado de los españoles.

Este rey era enemigo de Benchomo, y según cuenta el historiador Antonio de Viana, el rey de Taoro tenía en prisión al príncipe Gueton, hijo de Añaterve, porque este príncipe había asesinado a Ruiman, que se oponía al casamiento de la princesa Dácil, hija de Benchomo, con el citado Gueton.

Al aproximarse los españoles, Benchomo dispuso en orden de batalla a su gente, rechazando una vez más con firmeza y orgullo la propuesta de rendición que le hiciera Guillén Castellanos en nombre de Lugo.

La pelea fue sangrienta y tras numerosas pérdidas por ambas partes, los guanches hubieron de retroceder y dispersarse hacia

puntos más retirados de las montañas. En esta retirada fue muerto el cacique Tinguado, hermano de Benchomo (1).

Gran desconcierto produjo este adverso resultado en las filas guanches, especialmente entre el grupo de príncipes coaligados que las dirigía, comenzando a manifestarse cierto desánimo y descontento. Pero Benchomo, firme en su proyecto de resistir hasta donde sus fuerzas se lo permitieran, convenció a sus parientes para seguir adelante. Muchas escaramuzas más libraría nuestro personaje al frente de sus hombres, con las huestes del invasor, alternando victorias y derrotas, pero sintiendo que implacablemente el círculo de hierro conquistador se iba estrechando más y más cada día a su alrededor.

Esta realidad, y sus nobles sentimientos, influirían notablemente en su actitud, como lo refleja la generosa acción por él realizada con el capitán español García del Castillo, cuya leyenda exponemos en otro lugar.

Así, lentamente, pero con fiereza y valentía derrochadas por doquier, nos vamos aproximando al final de la heroica gesta de este caudillo, que fue la batalla de Taoro, dada en su propio señorío o territorio.

Acompañados por los menceyes de Tacoronte, Anaga, Tegueste y por Zebensuí, el archimencey de la Punta del Hidalgo, Benchomo, tras el avance de las tropas españolas después de la segunda batalla de Acentejo, hacia su territorio, había abandonado el palacio real de Taoro, dirigiéndose con todo su ejército y aliados a las alturas de Tigaiga, donde pensaba hacerse fuerte.

Distinguiéronse las posiciones de ambos ejércitos, el guanche y el cristiano, por el nombre legado para la Historia de "Realejo de Arriba" y "Realejo de Abajo", que aun hoy se conservan.

El día 24 de julio de 14... , vísperas de Santiago, las hogueras en uno y otro campamento iluminaron tan solemne como decisiva vigilia, conservándose la tradición en Tenerife de encender hogueras en la noche del 24 de julio, que no hay que confundir con la tradición de las hogueras de San Juan.

Ante el número y fuerte preparación de los españoles, Benchomo habló así a sus aliados:

"Aunque el contagio, el hambre y nuestras disensiones son las armas con que los españoles nos han reducido a la necesidad de temerlos, bien sabemos que es una nación aguerrida, astuta y numerosa. Han sometido a las islas hermanas a la obediencia de sus reyes, engañando con maña a nuestros hermanos de raza, haciéndoles rebelarse contra su patria, y tarde o temprano nos pondrá el yugo sobre el cuello.

"Yo os digo, ¿no será imprudencia obstinarnos en una defensa desgraciada e inútil? Sometámonos a nuestro destino. Rindámonos a ese Alonso de Lugo y recibamos la ley de nuestros vencedores" (Viera y Clavijo).

Luego, enternecido, proferiría aquellas frases inmortales para la Historia:

"¡Perdona, amada patria mía, si no puedo valerte contra los extranjeros que te van a tiranizar...! Y vosotros, valerosos menceyes y sigoñes esforzados, que con tanta gloria y pundonor habéis derramado vuestra sangre por la causa común, perdonad la resolución que toma un desdichado descendiente del Gran Tinerfe y llevar a bien el que solicite la paz con nuestros enemigos, ya que no puedo hacerles la guerra con frutos" (Viera y Clavijo).

Así fue como Benchomo, Beneharo, Acaimo, Tegueste y Zebensuí, con sus respectivos guayres o sigoñes, y demás nobles, aceptaron las honrosas condiciones de don Alonso Fernández de Lugo y sus capitanes, poniendo un noble y digno pero por encima de todo humano y juicioso broche final a la Epopeya Guanche.

(1) Investigaciones históricas modernas parecen confirmar que Benchomo fue muerto en la batalla de La Laguna, antes de su hermano Tinguaro, siendo decapitado y su cabeza expuesta al público como testimonio de su muerte y símbolo de la autoridad y justicia de los conquistadores.

EL GUANCHE ANTÓN

La simpática y cordial figura del guanche Antón, impregna de dulzura, con aroma secular de bondad y de franqueza, un gran trozo de Historia Canaria, en una época crucial de transición caracterizada por la violencia, por la lucha apasionada, por el enfrentamiento de ideales y de ambiciones confesables unas veces e inconfesables otras.

En medio de este turbulento rielar entre la espuma de fugaces o permanentes destellos de inmortales, pero dramáticas acciones y aventuras, la figura del guanche Antón se nos antoja una visión seráfica del humilde franciscano de Asís, íntimamente, fervorosamente arraigado a su tierra y a la nueva fe que una simple coincidencia de su vida con la Historia le diera la oportunidad de conocer.

Es indudable que la silenciosa pero continuada y persistente labor misionera del guanche Antón, calando como únicamente él podría proponérselo por ser guanche, en la sencilla y pura conciencia de su pueblo, jugó un importante papel en el acercamiento entre las dos razas de este histórico enfrentamiento.

Trasegado de un mundo natural y primitivo, socialmente estructurado sobre unos esquemas éticos y morales apenas limitados y contenidos en la magia sorprendente de un cotidiano vivir, bajo el cambiante escenario que les servía de cuna y sepultura, tanto el guanche Antón como otros indígenas que fueron conducidos e introducidos por los conquistadores en

un mundo muy diferente, había aportado a esta nueva experiencia todo el vigor y toda la buena fe, todo lo positivo, de su existencia.

Es por esta razón por la que la Historia de Antón el guanche es posible.

Porque cuando regresa a su tierra no lo hace con la ansiedad con que el esclavo recupera su libertad y alegría de vivir de nuevo entre los suyos, si no que lo hace unguido de una extraña y reciente determinación: modificar radicalmente la raíz misma de su espiritualidad y la de su pueblo, para impulsarse por las rutas paralelas del progreso y de la cultura, de la mano con otros pueblos más civilizados. Simplemente, con la decisión de sacudir la inercia secular que les dominara y cambiar de actitud para emprender trascendentales rumbos.

Esto fue el guanche Antón para el pueblo canario.

Hacia los años de mil cuatrocientos sesenta y tantos, tomaban forma las incursiones de Diego de Herrera en la isla de Tenerife, de las cuales ya tenemos noticias por otros temas que hemos traído a nuestras publicaciones.

En una de ellas, que históricamente se pretende ubicar cronológicamente sobre el año 1464, este conquistador, acompañado por el obispo Illescas, hizo por Bufadero, pequeño puerto de la costa tinerfeña, una curiosa entrada en la que simbólicamente tomó posesión "con todas las de la ley" de la isla.

Todo se llevó a cabo en son de paz, cruzándose entre los expedicionarios y los nativos numerosos regalos, prodigándose los gestos de amistad y de afecto, ya que en lenguas tan dispares poco cabía esperar de un fonético entendimiento.

Mas los gestos fueron tan elocuentes, los ademanes tan persuasivos y el efecto causado en el ánimo de los sencillos indígenas tan profundo y deslumbrante, que a la hora de retirarse los visitantes, no sin antes prometer pronto y frecuentes retornos, señalando a los astros que surcaban el cielo, se llevaron consigo a alguno de los aborígenes, cuatro o cinco, todos varones y gente joven, entre ellos un muchachito de doce años que mostró evidentes deseos de acompañarles.

Invitados a subir a la nave para visitarla, los guanches que les acompañaron habían quedado maravillados de cuanto sus

ojos pudieron ver y sus manos tocaron, creyéndose sumergidos de pronto en un mundo irreal y fantástico.

Beniguaro, que así se llamaba el muchacho, tenía a la sazón doce años, siendo de aspecto vivo y espigado, por lo que allí mismo le tomó gran afición y simpatía uno de los caballeros que acompañaba a Diego de Herrera, llamado Antonio de Navarrete, a quien el joven le sería confiado.

Llegados a Lanzarote, en efecto, Beniguaro fue puesto bajo la tutela de don Antonio y bautizado, recibió el nombre de su padrino, aunque familiarmente se le conocería posteriormente con el nombre de Antón.

Era avisado el muchacho y pronto asimiló los principios que informaban aquel insólito estilo de vivir, manifestando desde los primeros momentos una gran afición por ciertos trabajos y artes menores, y muy especialmente con cuanto se relacionaba con el culto y las funciones religiosas.

El padre Melchor de Briviesca tomó a su cuidado la catequización de Antón, que no tardó en quedar impuesto de cuanto concernía a la doctrina y misterios de la católica y apostólica fe cristiana.

Recordaba que allá, en Güimar, su patria chica, existía una imagen extrañamente aparecida, encontrada por unos pastorcillos, a la que se atribuían extraños poderes. Dicha imagen se conservaba en la cueva del mencey Acaimo y los naturales le rendían un culto respetuoso, aunque ignoraban su significado y procedencia.

Aclaró el padre Melchor al muchacho que se trataba de una imagen de Nuestra Señora de Candelaria, así designada porque su aparición coincidió con esta festividad religiosa que se celebra el dos de febrero, apareciendo por esta fecha en las proximidades de la cueva, en la noche de la víspera, multitud de pequeñas luminarias cuyo origen jamás pudo conocerse, que dejaban al día siguiente sobre la arena la huella de sus gotas de cera.

Fascinado por esta revelación, ardía en deseos nuestro joven Antón de volver a la isla para dedicarse directamente al culto y cuidado de la imagen venerada.

Pasaron los años y Antón crecía, desarrollándose su cuerpo

y su fe, esperando el momento propicio en que sería autorizado para regresar a su tierra, debidamente impuesto en sus nuevos y religiosos menesteres.

Un episodio singular vino a confirmar su decisión y la inquebrantable firmeza de su espíritu para dedicarse a la vida de "curador" o "santero" que le aguardaba.

Sancho de Herrera, hijo de don Diego, joven travieso e impulsivo, concibió la peregrina idea de robar la imagen de Nuestra Señora de Candelaria a los guanches de Güimar y traerla para Lanzarote.

La empresa fue fácil y la imagen fue entronizada con todos los honores en la iglesia lanzaroteña. Pero el milagro se produjo, como bien conocen los lectores: Todas las mañanas la imagen aparecía vuelta hacia la pared, pese a haber sido dejada el día anterior en situación normal, de cara al público. En otro lugar hemos relatado como Diego de Herrera, una vez constatado este milagro, dispuso el regreso de la Virgen con todos los honores a la isla de Tenerife.

Ésta fue la señal decisiva para el guanche Antón.

Si su Señora quería volver, era porque así el Altísimo lo tenía destinado, y él, el humilde Beniguaro, hoy Antonio de Navarrete, por obra y fe de su conversión al cristianismo, era el elegido del Señor para acompañar a la Virgen y dedicarle en lo sucesivo todas sus atenciones y cuidados.

—Padre Melchor, si su paternidad me hiciera la merced, le ruego que solicite de mis muy ilustres señores don Antonio y don Diego de Herrera, licencia para trasladarnos a Güimar para atender el culto, entre mis hermanos de raza, de la imagen de Nuestra Señora.

—Bien está, hijo mío. He seguido paso a paso tu excelente formación cristiana y conozco bien tus sentimientos. Sé que el brillo de las cosas y los placeres de la vida terrena no llaman tu atención y que amas la vida recogida y devota de la oración y de la práctica de las cristianas virtudes. Así lo haré.

—Gracias, paternidad, otórgueme su bendición —impetraría humildemente el joven Antón.

—Dios te bendiga, hijo mío...

El resultado de esta gestión, de todos conocido, fue la con-

sabida autorización y algunos años después de su primera ausencia, retornaba a Güimar nuestro guanche cristianizado dispuesto a ejercer las funciones que le encomendaba el padre Melchor. Todavía estaban estas tierras por conquistar y por lo tanto no era posible prácticamente la presencia de misioneros o profesionales religiosos entre los nativos, por lo que, con mucha frecuencia, se utilizaba este recurso para introducir una punta de lanza de la fe en los nuevos campos de siembra del Señor.

El guanche Antón, como es natural, fue muy bien recibido por los suyos, a los que comenzó a favorecer con los numerosos conocimientos adquiridos en Lanzarote, desde el mismo día de su llegada.

Cuando Fernández de Lugo desembarca en la isla de Tenerife para comenzar el sometimiento definitivo de la misma, se encontrarán con la poderosa colaboración del guanche Antón, hombre maduro ya, de unos cincuenta años, gozando de gran ascendiente entre los suyos y convertido en vitalicio "curador" de la cueva donde se veneraba la imagen de la Virgen de Can delaria.

Para entonces reinaba en este señorío de Güimar el mencey Añaterve, hijo de Acaimo, que fue quien primeramente había pactado con Diego de Herrera y autorizado el traslado del guanche Antón a Lanzarote. Antón consiguió convertir primero a Acaimo y después a Añaterve, así que para la época de la llegada de Lugo, en el año 1493, la mayor parte de los habitantes de este menceyato eran cristianos.

Organizó Antón el culto a la imagen al estilo y usanza de los cristianos, introduciendo numerosas novedades tanto en lo que se refiere a este aspecto del culto religioso como a otros del cotidiano vivir de su gente, especialmente en lo que se relaciona con la administración de la justicia, la vida social y las costumbres, un tanto bárbaras algunas, que todavía conservaba el pueblo guanche.

Era considerado como consejero y mentor de Añaterve, echándose encima el enojo y la animadversión de los grandes faycanes, que veían en él un serio y peligroso rival en lo que a captación y uso del prestigio social se refería.

Sin embargo, el guanche Antón, que para muchos paisanos suyos continuó siendo el pacífico Beniguaro, no se amilanó y en determinadas épocas recorría los reinos de los demás menceyes predicando y practicando la fe cristiana.

Cuando Fernández de Lugo, después de la victoria de Taoro en los Realejos, proclamó incorporada la isla de Tenerife a la Corona de España, tremolando por tres veces consecutivas el estandarte real, acompañándose de la expresión "Tenerife por los Católicos Reyes de Castilla y de León", como treinta años antes hiciera Diego de Herrera en su simbólica conquista, el guanche Antón estaba entre los presentes, y fungió como acólito en la misa que en acción de gracias celebraría el canónigo Alonso de Samarin.

Casi un año permanecería don Alonso en Los Realejos, para completar la pacificación, en cuyo intervalo solicitó y obtuvo de la Corte licencia para construir la primera iglesia parroquial de la isla, bajo la advocación del apóstol Santiago.

Su pila bautismal se haría histórica y famosa por recibir en ella, según la tradición, aunque tenemos referencia de que muchos de los citados por los historiadores en esta ocasión ya estaban bautizados, los menceyes de Tenerife, sus parientes y deudos, así como otros muchos pertenecientes a la nobleza y al pueblo llano.

Fue un gran día para el guanche Antón y el rey Añaterve de Güimar el de este bautizo colectivo.

Los menceyes tomaron los nombres siguientes:

Romen de Daute, se llamó Gonzalo; Pelicar de Icod, Blas Martín; Benchomo, mencey de Taoro, recibió el nombre de Cristóbal; pedro de los Santos fue nombrado Beneharo, el rey de Anaga; el mencey de Güimar, Añaterve (uno de los que ya estaría bautizado desde mucho tiempo atrás) se llamó Juan de Candelaria, en honor de la Virgen del mismo nombre aparecida en sus dominios; el rey de Tacoronte, Acaimo, fue bautizado con el nombre de Fernando; Adxodar, mencey de Abona, se nombró Gaspar; Tegueste pasó a llamarse Antonio, y Pelinor, el rey de Adeje, recibió el nombre de Diego.

Otros muchos príncipes y personajes fueron bautizados y sus nombres recogidos por los cronistas e historiadores.

También entre el pueblo llano se celebraron muchos bautismos, con la peculiaridad en algunos casos en que, dada la ignorancia que de la virtud de este Sacramento tenían los nativos, se bautizaban repetidas veces para acumular nombres de sus padrinos, así como los regalos y presentes que éstos solían hacerles con tal motivo.

Mientras vivió el guanche Antón, que se murió de viejo, tuvo la dicha de poder consagrarse por entero al cuidado de su excelsa patrona, que siguió morando en la humilde cueva que el rey Acaimo le había cedido, en la época de su aparición y traslado.

Fue después de varios años de ocurrido el deceso del guanche Antón, muerto alrededor de 1520, cuando la imagen fue trasladada de lugar a una nueva y más adecuada residencia, según el uso y costumbres de los cristianos, relatándonos el historiador Abreu que en el año 1530 y mes de agosto, el obispo titular de la isla, don Luis Cabeza de Vaca, entregaba la custodia de dicho santuario a los padres Dominicos, siendo vicario provincial de los mismos fray Diego de la Fuente.

Como habrá podido observar el lector, la obra de este popular e histórico personaje, carece de la sonoridad y de la brillantez o espectacularidad de las realizadas por muchos otros que tal vez hayan representado una mucha menor significación y trascendencia para el ulterior y más rápido entendimiento entre la raza guanche y la raza conquistadora.

Para nosotros la imagen del guanche Antón es un fiel trasunto del alma canaria, que muchas veces vamos a encontrar repetido en la semblanza de otros personajes y caudillos de la gesta, con la diferencia de que, en el caso que hoy nos ocupa, se supieron hermanar simbólica y dignamente el desinterés más absoluto, la falta total de prejuicios y de aspiraciones de gloria o de riqueza, dedicándose a la devota culturización y conversión de su pueblo, en la medida que su inteligencia y profundas convicciones cristianas le permitieron concebir.

No hubo en él el clásico deseo de salvaguardar prebendas ni nobles privilegios. Ni afincó su ambición en el trozo de tierra de los ansiados repartimientos o señoríos. Ni siquiera aspiró a otro título que el de humilde siervo del Señor.

EL ACHIMENCEY DE PUNTA HIDALGO

Dentro de la homogeneidad establecida para cada una de las dos clases o categorías sociales en las que hemos visto que se agrupaba la población guanche, la clase noble y la clase plebeya, existió como clase intermedia, de difusa calificación y discernimiento, una tercera clase que se hallaba integrada por la descendencia natural y bastarda habida entre los elementos de las dos primeras.

En circunstancias normales, esta tercera clase nunca accedía al poder o a la dignidad de los altos cargos y representaciones, salvo en aquellos casos en que tratándose de hijos considerados no legítimos, no podían ser calificados de bastardos, ya que ambos ascendientes pertenecían a una misma clase, y, en este caso, a la clase noble.

Por otro lado, para mejor poder interpretar lo complejo de estas transmisiones y resonancias de la vinculación hereditaria y familiar entre los guanches, es preciso tener en cuenta que sus apareamientos, dentro de la clase correspondiente, no se ajustaban a un orden preestablecido ni jurídicamente organizado, prevaleciendo en dichas relaciones, en la mayoría de los casos, un sistema absolutamente sencillo y natural.

Cita el P. Abreu, por ejemplo, que en alguna de estas islas el apareamiento no tenía en cuenta el grado de parentesco entre el hombre y la mujer, siendo la única condición para producirse que ambos se encontraran libres, esto es, no sometidos a otra coyunda o compromiso matrimonial, en el momento de proceder a su reunión.

Así era cómo se daba el caso de apareamientos entre hermanos e incluso, al típico estilo de un insular complejo de Edipo, entre hijos y madres, señalándose más frecuente para el incesto entre padres e hijas que entre hijos y madres, aunque parece ser que también se daba alguno de estos últimos casos.

El problema de la monogamia o de la poligamia no está suficientemente aclarado. Para la clase llana no existen testimonios fidedignos que podamos aplicar con certeza en torno a tan debatida cuestión.

Para la clase noble, la confusión es muy grande, ya que la única clase de testimonios de que podemos disponer es la transmitida por palabra, de generación en generación, y en estos casos es de suponer que sólo se conserven aquellos hechos, figuras y relaciones más caracterizados y que con mayor fuerza se hubieran podido fijar en la conciencia colectiva.

Aun admitiendo el carácter monogámico del apareamiento guanche a nivel de la clase noble, sabemos que esta condición nada prejuzgaba del uso que el señor podía hacer de los elementos del sexo opuesto entre sus vasallos, al estilo del clásico "derecho de pernada", universalmente extendido en tiempos del feudalismo medieval.

A complicar todo este cuadro vendrían las relaciones libres, interfamiliares o no, que en la clase noble podrían acarrear serias complicaciones de orden sucesorio y de otros tipos.

Pero, como hemos dicho, todas estas situaciones solían resolverse favoreciendo o significando a la descendencia espúrea, con las habituales sinecuras de alguna tierra, algún ganado, etcétera.

Sin embargo, en la isla de Tenerife nos vamos ha encontrar con un hecho singular y curioso en el cual veremos representada esta espuridad con la categoría de un "casi-mencey", que en realidad correspondía a un verdadero mencey o señor, con ejercicio de dominio y mando sobre los vasallos de su territorio.

Nos referimos al guanche Aguahuco, que fue hijo natural del gran Tinerfe, rey absoluto de esta isla, para los tiempos que precedieron en algunas décadas a la época de la Conquista

Habido Aguahuco de relaciones extraconyugales del gran

Tinerfe con una mujer noble de su familia, cuyo grado de parentesco no nos ha sido posible determinar, mucha debió ser la estimación del monarca por esta descendencia, porque a dicha señora le fue asignado el señorío que hoy se conoce con el nombre de Punta de Hidalgo, en uno de los extremos de la isla y de tamaño bastante reducido.

Sobre este dominio mantendría su derecho hereditario nuestro Aguahuco, quien, por razón de tan singulares circunstancias y lo limitado de su predio, recibió el nombre de "achimencey" o "mencey pobre".

Desde tiempos inmemoriales, Aguahuco y sus descendientes, dada la pobreza en hombres y en ganados de su territorio, incursionaban en los menceyatos vecinos apropiándose de frutos y ganados de connaturales de la clase llana, que, como es natural, presentaban la queja a sus respectivos señores.

Por esta razón, los achimenceyes gozaban de un equívoco y poco favorable prestigio que contribuía a mantenerles relativamente aislados en su señorío, ya que, por su condición de bastardo origen, nunca eran convocados a las reuniones o "Grandes Sabores" de su pueblo.

Dicho aislamiento confería rasgos especiales al carácter de estos menceyes, que ostentaban un carácter díscolo, irrespetuoso, soberbio y muchas veces desenfrenado, viéndose obligados sus parientes a tener que recurrir a la severa amonestación en varias ocasiones.

Esta semblanza corresponde poco más o menos a Aguahuco y a su hijo Zebensuí, el último de los cuales encontraremos jugando un importante papel en la historia de la resistencia guanche para el tiempo de la conquista de las islas por los españoles.

Respecto a Aguahuco, trazada ya la caricatura de su personalidad, nos limitaremos a señalar que, como era de esperar, no intervino de ninguna manera, y menos de modo positivo, en ninguna de cuantas reuniones o eventos trascendentales recoge la Historia de la preconquista.

Rechazó de plano las pretensiones de su pariente Imobach, que intentó la restauración del imperio del gran Tinerfe. Con anterioridad sostuvo multitud de discusiones y escaramuzas

con su hermano natural Ventenuya, que andaba sobre los mismos pasos.

También ignoró por completo las idas y venidas de Diego de Herrera y cuenta la tradición que apostaba a sus hombres en los caminos que conducían al campamento del advenedizo caballero para obstaculizar el paso de los guanches servidores de otros menceyes que con Herrera pactaron, portadores de frutos y ganados que formaban parte de las transacciones y acuerdos tomados.

En estos casos Aguahuco exclamaba:

—Más vale que el achimencey de Punta Hidalgo y sus hombres se coman estas cabras y estos frutos que no los extranjeros, que con ello tomarían más fuerza para invadirnos...

Y con esto justificaba para la Historia su acción.

Zebensuí siguió el trillado camino de su progenitor, a lo que se unió una mayor exaltación de su carácter y la coyuntura de los intentos de invasión españoles, especialmente después de la primera entrada frustrada que hizo Fernández de Lugo.

A tal punto llegó la confusión y la discordia entre los príncipes guanches, que Zebensuí, pescador en río revuelto, encontró numerosas y magníficas oportunidades para arrasar con cuanto hallaba a su paso, al frente de los suyos, justificándose unas veces por ir en contra de los castellanos y otras por hacerlo contra los menceyes aliados de éstos.

Es conveniente hacer notar, en relación con cualquier sospecha de impunidad de las tropelías llevadas a cabo por nuestro achimencey, que estos actos eran ejecutados valiéndose de su condición de "noble", calidad que era respetada en general por toda la clase inferior o llana, aunque su servidumbre perteneciera a otros señoríos.

De esta suerte un individuo de la clase baja jamás osaría apelar a la violencia para defenderse de cualquier abuso por parte de un noble, ya que tácitamente por todos, grandes y pequeños, débiles y poderosos, era reconocido el derecho de la casta privilegiada sobre la popular.

Ésta era la razón por la que las correrías de Zebensuí quedaban en muchos casos sin castigo, ya que cuando los siervos

de otros señores recurrían a éstos con sus quejas, siempre había algún motivo de demora o descuido en la reconvencción.

Sin embargo, los historiadores, en unos de los pasajes más hermosos de la prosa canaria, recogen la circunstancia de la reconvencción de que Benchomo hizo objeto a su pariente el achimency de Punta Hidalgo, con motivo de los abusos que éste cometía robando ganado y depredando a sus pacíficos vecinos.

En esta ocasión, la inspirada pluma del vate historiador comienza poniendo en boca de Benchomo, que se trasladó a la cueva de su primo para reprenderle, las siguientes y elevadas palabras:

—Detente, Zebensuí, y no pienses en darme de comer de lo ajeno. Ten juicio y advierte que el príncipe no puede sustentarse de la sangre de los vasallos infelices, a quienes debe mirar siempre con entrañas de padre. Dame gofio y agua, y éste será para mí el banquete más delicioso." (Viera, sic.)

Y el achimency que le había invitado a comer de un cabritillo asado por sus manos, que él mismo robara, quedó confundido, quitándosele el apetito de inmediato.

Curiosamente este episodio acarreó un cambio fundamental en la conducta de Zebensuí, que, solicitando el perdón de su primo, accedería más tarde a participar en la cruzada contra el invasor, realizando multitud de actos de heroísmo.

Los historiadores nos cuentan que a raíz de este suceso, una vez regresado Benchomo a Taoro, el achimency recurrió a los buenos oficios de Tegueste para que sirviera como mediador entre ambos y les reconciliara, cosa que, según estos mismos historiadores narran, Tegueste llevó a cabo con el mayor placer y diligencia, nombrando además a Zebensuí caporal mayor de sus ganados.

Esta última designación se nos antoja un tanto intempestiva y extraña a la calidad de un cuasi mency y noble, y desde luego empresa muy arriesgada y peligrosa para el confiado Tegueste.

Entre las intervenciones más señaladas del personaje que nos ocupa, cabe recordar la célebre batalla del Paso de Las Peñuelas, que tuvo lugar cerca de un barranco de este mismo

nombre, situado en la región de Punta del Hidalgo, que confinaba el señorío de Tegueste.

La época de este suceso parece coincidir con la de la gran epidemia de "modorra" o "Tabardillo", que azotó y diezmo al pueblo guanche, a principios del año 1495.

Hallábase el valle de Tegueste casi desolado. Los nativos, recogiendo sus ganados, se habían retirado y concentrado en Las Peñuelas, acaudillados por su mencey Tegueste y el achimencey Zebensuí.

Avanzaron los españoles hasta el barranco de Tejina y comenzaron a empujar el ganado hacia la Laguna, pero teniendo que pasar antes por las mencionadas Peñuelas, los guanches, puestos sobre aviso, se emboscaron allí para darles la batalla.

La victoria fue para los españoles, pero en esta oportunidad el príncipe Zebensuí consiguió hacer prisionero al capitán Gonzalo García del Castillo, que iba en su persecución, entregándole al rey de Tegueste. En otro lugar relatamos la curiosa historia de este capitán y sus amores con la princesa Dácil.

Su heroico comportamiento en ésta y otras acciones de guerra, le valió la estimación y el aprecio de sus primos los menceyes de Tegueste, Tacoronte y Taoro, encomendándosele las empresas más arriesgadas y difíciles, de las que, con las alternativas de rigor, logró salir con vida, por lo que el día de la rendición de Taoro, le encontraremos al lado de Benchomo y los demás menceyes, tomando parte también en el gran bautismo colectivo que se llevó a efecto, en el cual él recibió el nombre de Juan.

En lo sucesivo, don Juan Hidalgo o de Punta Hidalgo, daría su nombre a una estirpe de rancio abolengo hispano-canario que en nada habría de desmerecer al lado de las más brillantes y nuevas generaciones surgidas de la Conquista.

GARCÍA DEL CASTILLO Y LA PRINCESA DACIL

Tanto se ha escrito sobre el amor en todos los lenguajes que el hombre haya podido hablar y en cuantas épocas y vicisitudes ha podido vivir, que sacar a colación una vez más un nuevo tema amoroso parecería redundancia y machacona reiteración.

Si en estas páginas vamos a relatar esta historia, común y corriente entre enamorados desde que la división en dos sexos opuestos por el vértice se hizo patente en la casi totalidad de la raza humana, lo hacemos no tanto para cantar al unísono las excelencias de Eros, como para corroborar con un testimonio del empaque y la solera de la isla más caracterizada del archipiélago recostado a la sombra protectora del Teide, la significativa importancia que el amor jugó en el apareamiento de la raza guanche con la raza conquistadora.

Ya en otras islas hemos obtenido semejantes testimonios. Pero fue aquí en la de Tenerife en la que de modo más evidente todos los actores que en esta historia intervienen parecen predestinados por algún signo misterioso y oculto para cumplir su papel.

No se trata pues de referirnos a una leyenda más, sino de analizar desde un punto de vista retrospectivo como la suerte fue jugando sus bazas y disponiendo las cosas de tal manera para que todo viniera a concluir felizmente.

Como en todo drama, no faltan aquí los celos, los odios, el asesinato, el amor inmenso y el perdón generoso, la paternal

complacencia y el clásico colorín colorado de un final feliz.

Comencemos por conocer a nuestros personajes.

El capitán español del Cuerpo de Caballería, don Gonzalo García del Castillo, viene a Tenerife como uno de los hombres de confianza del Adelantado Fernández de Lugo.

Para evitar a nuestros lectores prolijas relaciones, encontrémosle ya en plena acción guerrera, tomando parte en la batalla de Las Peñuelas, en la que el destino le reserva una suerte insospechada.

Con anterioridad este ilustre caballero de la Orden de Santiago había intervenido en esta tercera y última entrada de Lugo en Tenerife, en la batalla de La Laguna, donde se desempeñara con gran éxito y acierto.

En Las Peñuelas, García del Castillo tendría que enfrentarse con un nutrido pero mal armado ejército guanche, por lo que la victoria fácilmente se daba por descontada.

En realidad esta batalla no figuraba en la agenda de confrontaciones planeadas por los conquistadores, sino que fue el fruto de una pretendida trampa que los nativos quisieron tender a sus enemigos, atraídos hacia el barranco de Tejina, en la región de Punta del Hidalgo, en donde los isleños habían conducido y reservado todo el ganado de Tegueste, señorío cuya población estaba siendo diezmada por una epidemia de "modorra", enfermedad infecciosa que los españoles posteriores conocieron con el nombre de "tabardillo".

Las tropas de García del Castillo, merodeando por los alrededores de La Laguna, subieron por una empinada ladera, donde sorprendieron a una mujer indígena que en lengua española les gritaba incitándoles a adueñarse del país, puesto que la gente guanche era víctima de aquella terrible enfermedad.

Mandó don Gonzalo prender a la singular fémica, pero de pronto desapareció, sin dejar rastro alguno, de su presencia. Extrañados los españoles, continuaron el áspero camino hacia el filo de la montaña, y cuál no sería su sorpresa al comprobar al otro lado la existencia de un rico valle, que ahora aparecía silencioso y muerto.

Era el reino de Tegueste. Sus habitantes, diezmados por la modorra, habían huido abandonando sus muertos. García del

Castillo pudo enterarse por un moribundo que los ausentes se habían refugiado con sus ganados en el supra-dicho barranco de Tejina, y de aquí que organizara la consiguiente expedición para apoderarse de tan rico botín.

Pero también los guanches recibieron las correspondientes confidencias, por lo que Tegueste y Zebensuí, que comandaban a los canarios, optaron por prepararles una emboscada en el paso de Las Peñuelas.

Cada quien con sus planes y propósitos, se pusieron en manos del destino y la rueca del tiempo comenzó a tejer la historia de nuestro caballero de Santiago.

Con estar muy cerca de la victoria, ella sería el principio de su aventura.

¿Quién era la princesa Dácil?

Hija mayor del rey Benchomo, tenía fama de hermosa y de prudente, virtudes ambas generalmente incompatibles en una misma mujer. Mas tal era al parecer la verosmilitud de tan afortunada coincidencia, que casi todos los príncipes casaderos de la isla aspiraban a su mano.

Sin embargo, sin que tuviera razón alguna para ello, sin que ella misma supiera por qué, rechazaba sistemáticamente uno a uno a sus pretendientes, cosa que afligía sobremanera a su padre el rey Benchomo, a quien hubiera agradado una buena alianza y un buen matrimonio, al estilo de la nobleza guanche.

Muchas noches, a la luz de la luna, asomada a cualquiera de aquellos balcones naturales que dominan el mar, con la tierra dormida a sus pies, la princesa soñaba.

¿Cuáles serían los blancos y fantasmagóricos sueños de la princesa? ¿Estaría enferma? ¿Enlunada quizá?

Pero no. Simplemente, sencillamente, a la princesa Dácil le gustaba pensar y soñar sosegadamente bajo la quieta vigilancia de las estrellas. De las estrellas y de su aya Teotise, quien la cuidara desde su niñez y que un día le había anunciado:

—Mi niña, mi bella Dácil, tu hermosura está destinada a hacer feliz a un poderoso señor que vendrá de más allá del mar a buscarte!...

Esta profecía no se había apartado jamás de la mente de

la princesa y con toda seguridad el presentimiento a que la misma pudo dar origen sería el motivo de su singular e inexplicable actitud.

Algún día... Y entre suspiro y suspiro, llegaba el sueño y con él la danza de traviosos diablillos que venían a ceñirle una corona de flores, conduciéndola después a los brazos de un gallardo y extraño caballero.

No pocos inconvenientes y contratiempos acarreó esta reiterada negativa de la princesa a foráneos desposorios.

Incluso la vida le había costado a su tío Ruimen, quien por negarse a las pretensiones de Gueton, hijo de Añaterve, el rey de Güimar, había sido desafiado y muerto por dicho príncipe, a quien Dácil no amaba, y que tuvo que pagar con la amargura de la prisión a que Benchomo le sometiera el desdén de su amada.

Los caminos de lo desconocido están próximos a juntarse, lector.

En la escaramuza de Las Peñuelas, los españoles obtienen la victoria. En consecuencia los guanches se desparraman y huyen por doquier.

García del Castillo, dejándose arrastrar por la ebriedad del triunfo, al saber que ante sí es Zebensuí el fugitivo, se enfrasca en la persecución, distanciándose peligrosamente de los suyos, hasta que en una nueva emboscada es hecho prisionero. ¡Amarga victoria para el caballero español!

Zebensuí, contento con su presa, olvida pronto la batalla perdida y conduce al importante prisionero, de cuyas hazañas tenía noticia y amarga experiencia, al palacio de Tegueste, quien, si nmás demora, le envía a comparecer ante el rey Benchomo, en Taoro.

Y es aquí en donde se suscita el prodigioso encuentro entre el caballero "extraño" venido de allende el mar y la princesa.

Sometido a prisión en el mismo castillo real, se prepara el acto de su enjuiciamiento por el Gran Sabor o Consejo, que habrá de decidir sobre su suerte.

Pero la mayoría de los nobles y guayres que habrán de formar parte de dicho Consejo están ausentes con motivo de la guerra, por lo que Benchomo habrá de destacar emisarios a

distintos y lejanos puntos de la isla para convocarles a la reunión.

Cosa de pocos días, en verdad. Cinco tal vez. Quizás una semana o poco más. Todo dependerá de los vaivenes de la guerra. Sin embargo, para cuajar esta historia serán los suficientes.

Manos blancas y claras sonrisas mitigan la sed y la amargura del prisionero, que en el fondo de los ojos profundos que con tanta insistencia le acarician, comienza a adivinar el amor de su más preciada carcelera. Y sin sentirlo, también él comienza a experimentar los mismos sentimientos.

Todo se sucede tan rápidamente que ni los mismos enamorados podrían asegurarnos cuándo y cómo se declararon su impetuoso y mutuo amor. Bastaría el breve intercambio de un modo diálogo entre los ojos de los dos galanes, un leve gesto, un inconsciente balbuceo o el inesperado temblor de aquellas femeninas manos ofreciendo el gánigo repleto de agua fresca al soldado sediento.

Con toda seguridad, aquella noche, al asomarse Dácil al trozo de su cielo, una estrella fugaz le llevaría la buena nueva de la arribada feliz del caballero. Entonces la princesa, con el corazón queriendo salirse del pecho, entonarí un himno de alegría y corriendo, iría a ocultarse en el cordial regazo de su aya, para decirle:

—Teotise, mi querida Teotise, ¡ya llegó!, ¡ya llegó!

Enterado Benchomó de cuanto de extraordinario estaba ocurriendo entre el capitán prisionero y su hija, dejándose llevar por el gran amor que le profesaba y por sus nobles y humanitarios sentimientos, buscó inmediatamente la forma de poder librar al prisionero para evitar que fuera juzgado en un consejo que con toda seguridad le impondría una grave pena que incluso llegaría a la de muerte.

Benchomo y su hija concibieron un plan. Simulando que el capitán se hallaba herido y gravemente enfermo, el rey dispuso de inmediato que fuera conducido y devuelto al campamento cristiano donde contaban con físicos competentes para atajar su mal.

Con unas pequeñas y voluntarias incisiones en un muslo, rasgando los vestidos y demacrándose ex profeso, consiguieron

del aspecto del capitán el efecto que deseaban y sin más pérdida de tiempo se procedió al traslado, aprovechando las luminosas semisombras de aquel plenilunio.

Como alguien le criticara a Benchomo esta liberación, muy gravemente el rey respondió:

—El valiente capitán está enfermo y nosotros no tenemos remedio cierto para su mal. En su vida sólo manda el Señor y por lo tanto debemos conservarla mientras no hubiéramos decidido lo contrario. Nada se hace pues en contra de la Justicia puesto que aún no ha sido juzgado y si tardamos y se muere entre nosotros no quiero que nuestros enemigos digan que le hemos asesinado.

Así fue como se salvó el capitán y como se fundó una de las dinastías más arraigadas a la historia de Tenerife y a la gesta guanche.

Por que como fácilmente se habrá imaginado el lector, la princesa Dácil acompañó al herido para no volver a separarse de él por el resto de sus vidas.

LA TRAGEDIA DE JORGE GLAS

Aunque cronológicamente los sucesos que vamos a relatar y los desdichados personajes que fueron sus intérpretes nada tienen que ver con la conquista de este archipiélago, es tan marinera y tan evocadora de épocas heroicas y pretéritas esta historia, que además tuvo por escenario parte de nuestra geografía insular, así como también llegara a culminar sobre los mares que nos rodean, que bien merece nuestro perenne recuerdo.

Ya en anterior ocasión nos hemos referido un tanto festivamente a la presencia de feroces piratas por estos contornos canarios, pero es ahora cuando inpremeditadamente, nos vamos a encontrar con un acto de amotinamiento y piratería, del que entre otras, habría de resultar víctima propiciatoria el personaje que aquí nos ocupa.

El mercader Jorge Glas había nacido en Escocia cuarenta y cinco años antes de comenzar a producirse los singulares sucesos de esta narración.

Impulsado por su espíritu aventurero y comerciante, le encontramos allá por el año de 1764, merodeando por las costas de Berbería, traficando con los nativos y realizando frecuentes singladuras en aquella procelosa encrucijada que entonces representó esta parte del Océano Atlántico, a la cual afluían muchos caminos y de la que, del mismo modo, otros partían hacia todos los confines de la Tierra.

Habíase fijado Glas en el abandonado puerto de Guader o

Santa Cruz de Mar Pequeña, que después de haber sido teatro de notables hechos de armas en pretéritos tiempos, aparecía ahora solitario y ruinoso, porque desde hacía bastantes años sus habitantes se habían desplazado a otros puntos de la costa africana.

Solamente en el oasis de Reyeala frecuentaban algunos mercados bereberes, de tránsito hacia la pequeña población de Uad-Issince, núcleos éstos que distaban bastantes kilómetros de Mar Pequeña.

Decidió pues acampar en este último lugar y como tenía pensado permanecer en él largo tiempo, hizo venir a su familia que había dejado en Fez, integrada por su esposa, una hija de 12 años y algunos servidores.

Su idea era resucitar la antigua actividad de Mar Pequeña, tarea un tanto ardua porque este puerto no reunía las condiciones más adecuadas para todo tipo de embarcaciones, siendo ésta una de las principales razones para su abandono.

Según relatan los historiadores, en este puerto podían entrar con facilidad grandes veleros, pero como quiera que para salir del puerto había de soplar viento de tierra y esto no ocurría durante varios meses del año, Glas pensó adquirir un pequeño bergantín más maniobrero, para realizar estas entradas y salidas en todo tiempo con mayor facilidad.

Llegada su familia se procedió a la nueva fundación. Como buen escocés, impuso al lugar por él elegido el nombre de Hilsborough, abandonando definitivamente el histórico topónimo de Santa Cruz de Mar Pequeña que hasta entonces había venido ostentando.

Y así fue como las cámaras del destino comienzan la acción.

Los espías y gratuitos o interesados informadores que nunca faltan, o el celo desplegado por los Argos vigilantes de su Majestad el Rey de España, pronto llevaron la noticia a la madrileña corte sobre las andanzas de nuestro aventurero escocés, que suscitaron, como era de esperar, grandes recelos sobre sus posibles consecuencias y verdaderas intenciones.

El Siglo de Oro de la piratería internacional, había comenzado y su opulento y fantástico desarrollo daría a algunas naciones, entre ellas a Inglaterra, filibusteros ilustres que apor-

tarian al Imperio nuevos títulos, inmortales glorias, pero de modo muy especial, muchas riquezas y territorios.

No puede pues extrañarnos que la presencia de este aventurero inglés fuera acogida con las naturales reservas por las autoridades españolas tan directamente vinculadas a la historia política y económica de aquel trozo de costa norafricana.

Por ello, dentro del mayor sigilo y recato, se cursó la orden de mantener una inteligencia despierta y vigilar los pasos del advenedizo nauta, con orden de atraparle en cuanto diera el más leve motivo para ello.

Ajeno por completo a lo que contra él se fraguaba y pensando únicamente en organizar e incrementar su reciente fundación, Glas se dispuso a viajar a Lanzarote, con la idea ya apuntada de adquirir un pequeño velero para sus más cotidianos cabotajes.

Salió del puerto de Santa Cruz en chalupa, dejando en la plaza a su familia y atracado en el pequeño puerto a su navío.

De Lanzarote, siempre gestionando la adquisición del nuevo barco, se dirigió a Las Palmas, estando ya las autoridades sobre aviso de su llegado, por lo que fue puesto preso de inmediato, acusándosele de conspiración contra la Corona Española.

Tomado de sorpresa y sin acertar a defenderse, fue trasladado a la prisión de Santa Cruz de Tenerife, en cuya Audiencia debería ser procesado.

Mas no era hombre que se amilanara nuestro don Jorge, por lo que sirviéndose de cuanto ingenio y recurso estuvieron a su alcance, no sólo trató de obtener su libertad haciendo valer su condición de súbdito de su Graciosa Majestad Británica, sino que poniendo en práctica arriesgados ardidés, intentó evadirse de la prisión en que se hallaba, pero fue sorprendido.

Esto le valió un aumento de las precauciones que con él se tomaran y un mayor rigor en el trato dispensado a tan díscolo como incómodo prisionero.

Las negociaciones y los trámites por su libertad continuaron, haciéndose más intensos y efectivos cuando su familia arribó también a Tenerife, después de algunas vicisitudes.

Como el de Glas se demorara en su retorno, los moros que

habían quedado haciendo plaza de ayudantes y servidores en Mar Pequeña, se rebelaron contra los ingleses poniendo fuego a la nave del escocés y dando muerte a varios de ellos, logrando salvarse la esposa e hija de Glas, con algunos servidores en una chalupa, que arribó a duras penas a Lanzarote.

Como era de esperar, la familia y sus servidores, fueron de inmediato conducidos a la isla de Tenerife, en donde se hallaba recluso Jorge Glas.

Tras las gestiones de rigor, las autoridades inglesas consiguieron de las españolas la libertad del prisionero, quien una vez libre de los cargos que se le imputaban y ante el desastroso final de su quimérica fundación de Hilsbourough, decidió el regreso a su patria para descansar y tener lugar a meditar sobre futuras aventuras.

Por aquellos días coincidió con que el navío inglés Conde de Sandwich, de pequeño tonelaje, al mando del capitán Cockeran y con una tripulación de siete hombres cargado con productos de las islas, seda y oro en barras y acuñado, zarpara para Inglaterra, coyuntura que fue aprovechada por Glas, su familia y dos sirvientes, para realizar el viaje en dicho navío.

Y aquí, que es en donde parece comenzar el fin de las desdichas y rigores sufridos por esta desventurada familia, es precisamente donde comienza a tejerse la siniestra y macabra trama de su trágico destino.

Una vez en alta mar, cuatro de aquellos marineros que conocían el valor del cargamento que llevaban, decidieron apoderarse de la nave, dando muerte al capitán Cockeran y a otros dos tripulantes que se negaron a secundar sus malévolos proyectos.

Asesinado el capitán y los suyos, fueron sobre el único pasajero y su familia con ánimo de deshacerse de ellos también.

Era Jorge Glas hombre valiente y esforzado, por lo que al darse cuenta de cuanto estaba ocurriendo, requirió sus armas y la ayuda de los dos servidores, haciendo frente con decisión y denuedo a sus enemigos.

Pero éstos, numéricamente superiores y con tan aviesas como criminales intenciones, lograron desarmar al caballero, dándole muerte en el acto, así como también a uno de sus servidores.

Al otro, que era más joven, le encerraron en la sentina junto con el grumete, que no había sido asesinado aún.

Acudió la dama con su hija al estruendo de la conteneda, presenciando horrorizada la muerte de su marido. Loca de dolor, sin apenas poder creer cuanto ante sus ojos ocurría, postróse a los pies de los malvados implorando piedad para ella y para su hija, así como para el joven servidor.

No hubo piedad. Los bandidos, arrastrados ya por la violencia sin freno a la que se abandonaran, cierto es que no mancharon sus manos con aquella sangre inocente, pero sin contemplaciones ni reparos, arrojaron al mar a las dos infelices estrechamente abrazadas, que fueron tragadas por las olas, desapareciendo para siempre.

Consumada tan feroz hazaña, celebraron los asesinos su victoria, olvidándose temporalmente de los dos muchachos prisioneros.

Poco tiempo después, próximos ya a las costas de Irlanda, a cierta distancia del puerto de Waterford, acordaron hundir el bergantín para no dejar el menor rastro de su filibustera felonía, embarcándose en una chalupa los cuatro con todo el botín.

Para que la desaparición de las pruebas fuera absoluta, dejaron encerrados al grumete y al joven servidor en su calabozo, pero el grumete, más ágil y diestro en las cosas de mar, consiguió lanzarse al agua y nadar hacia la chalupa que portaba a los malhechores, suplicándoles que le embarcaran.

En lugar de hacerlo así, el más desalmado de todos ellos, le asestó fuertes golpes en la cabeza con el remo y el muchacho se ahogó.

Mientras tanto, también el barco era tragado por las aguas y con él la miserable carga humana del joven condenado.

Pero el destino que tantos caminos acababa de borrar, tampoco permitió el éxito final de los que estos cuatro rufianes se marcaran, ya que una vez en tierra, al darse a la bebida y a los placeres con lo robado, hicieron entrar en sospecha a las severas autoridades irlandesas, a las que llamó poderosamente la atención no sólo su conducta, sino también los medios de que se valían para efectuar sus pagos, que hacían con piezas de oro y monedas extranjeras que no eran de curso legal.

Detenidos para ser sometidos a interrogatorio y procederse a algunas averiguaciones, resultó todo tan confuso y complicado que teniendo más tarde la noticia de la desaparición del navío Conde de Sandwich, fueron atando cabos hasta conseguir la confesión de los delincuentes.

Esta vez los cuatro piratas no murieron en el mar, colgados de una verga del palo mayor o del trinquete, mas muy cerca estuvieron, porque en la pequeña plaza pública de aquel condado, a la orilla del mar, entre el rumor de las rompientes olas estrellándose contra los vecinos acantilados, el hacha del verdugo, segó cuatro cabezas con bastante retraso, ya que de haberse ejecutado algún tiempo antes tan profiláctica acción, se hubiera ahorrado para la posteridad la horrible tragedia que hemos relatado a nuestros lectores.

PLEITO ENTRE JUANES

(Los portugueses en las Islas Canarias)

La vocación marinera del pueblo portugués, es algo inherente y consustancial a su existencia como Nación.

Ya por su propio nombre, derivado de Portu-Cale, adquiere rango definitivo en la terminología marinera, como pocas naciones habrían de conseguirlo, al menos en lengua romance que nosotros conozcamos, salvo la excepción, que confirma la regla, de Puerto Rico, su cuasi homónima del América Central.

Esta proyección hacia los amplios y luminosos horizontes perdidos en la lejanía misteriosa y prometedora, que consigue hermanar dos azules tan dispares, real uno, irreal otro, cual fantástica y telúrica metempsicosis, es lógico de comprender.

Rodeada por un vecino más poderoso, con el cual hará contacto, en su mayor parte, mustio y seco, la nación portuguesa buscará su expansión por las rutas del mar.

Ello la empujaría a convertirse en una de las más caracterizadas y significativas potencias navales históricas, no tanto por la fuerza o la violencia que caracterizan a la expansión bélica, sino por la impronta audaz y temeraria de los nuevos descubrimientos y de la más plena expansión espiritual.

En la zona del Océano Atlántico, y concretamente en la que la leyenda se refiere a la mitológica Atlántida, el Continente desaparecido, sobre el cual nos hemos extendido en el tema inicial de nuestra Primera Recopilación, aparece Portugal in-

vadiendo y civilizando el primer grupo de islas, que fueron las Azores.

Resulta curioso poder señalar aquí dos hechos: en primer lugar el hecho de ser Portugal la primera en colonizar esta parte de la desaparecida Atlántida, en una ruta materialmente acribillada y trillada por las estelas de numerosos navíos de todas las nacionalidades, que vinieron a coincidir en esta histórica y universal encrucijada oceánica.

En segundo lugar, que como aconteciera con su vecina hispana, también Portugal en cierto modo fue guiada en su pesquisa oceánica, por las andanzas de un marinero extranjero sobre el cual volveremos más adelante.

La incógnita histórica que representa el aparentemente inexplicable estancamiento de la expansión marítima portuguesa por estas latitudes, conteniéndose y limitándose a las Azores, en una época contemporánea a la expedición de Juan de Bethencourt a las Canarias, hay que buscarla en un fato político, tal vez circunstancial, que se produce a primeros del siglo xv, cuando surgen cambios dinásticos en ambas monarquías, que acarrearán notables consecuencias para la Historia.

En lo que a nuestro archipiélago se refiere, el origen y principal motivo del tema que nos ocupa, lo encontramos en aquella venta que de sus derechos a la Conquista de las Islas Canarias hiciera Maziot de Bethencourt al Infante D. Enrique hijo del rey don Juan de Portugal.

Sería absurdo pensar después de haber contemplado el abigarrado y polícromo mosaico de vicisitudes de la gesta conquistadora, donde tuvimos oportunidad de ver agitarse impulsados por los más diversos sentimientos y ambiciones a multitud de personajes de toda categoría y condición, pero casi todos ellos profundamente humanos, que cualquier tipo de privilegio, de casta o de clase, pudiera eximir a algún mortal de librarse de tales tentaciones y destinos.

La mísera condición humana, hermanada mefistofélicamente con el angelical aspecto de la divina perfección, surge lo mismo en la conciencia del rico que del pobre, en la del oprimido o en la del poderoso, y así veremos como la ambición por el poderío y dominio sobre nuestro archipiélago, enfrentaría a los

reyes de dos naciones poderosas en aquella época, enzarzándose en un litigio que se prolongaría más allá de sus existencias, pese a la inapelable solución papal.

Como ya hemos dicho, fue Portugal quien primeramente iniciara la conquista de las islas Azores, existiendo una hermosa leyenda sobre el descubrimiento y primera ocupación por los europeos, de la legendaria isla de Madeira.

Narra la leyenda que allá por los tiempos de Eduardo III, hubo en Inglaterra un mozo llamado Roberto Machín, de buenas prendas y osado espíritu, que se enamoró perdidamente de una noble señora, muy superior en rango al suyo, de la cual la historia sólo conserva su nombre de pila, que fue el de Ana.

Dada la rígida estructura de la estirada sociedad inglesa, estos amores estaban condenados al fracaso, siendo así que el joven fue puesto en prisión y la dama obligada a contraer apresurado matrimonio con otro candidato de su alcurnia.

Pero Roberto no era hombre que se dejara ganar la partida tan fácilmente, por lo que estando tan profundamente enamorado como estaba, consiguió evadirse de la prisión, acudir a Bristol, población donde residía su amada con el flamante esposo, raptarla y darse a la fuga en un velero bergantí, con rumbo a lo desconocido, a la aventura, dejando al desconsolado marido con un palmo de narices y grandes escozores en la frente.

Así fue como al cabo de bastantes días de navegación, cual otros robinsones, arribaron a una isla desierta en la que creyeron ver una réplica exacta de un no menguado trozo de paraíso terrenal.

En principio este inesperado rol de Adán y Eva, entusiasmó a nuestros enamorados intérpretes, que se dedicaron a gozar de todos los placeres que la nueva situación les proporcionaba.

Pero no sabemos lo que sucedió después, para que de pronto aquel paraíso natural se convirtiera en el sepulcral epitafio de tan ardientes amores.

La razón que para tan peregrino cambio alega la Historia, no nos parece muy convincente si de veras tan tiernamente se amaban nuestros enamorados.

Según estos testimonios, una galerna arrebató de la costa

donde se hallaba fondeado, al bergantín, que arrastrado por las olas, fue a parar a las costas de Berbería con todo su cargamento, ya que la gente que había desembarcado, se llevaron consigo solamente las prendas, objetos y alimentos más necesarios.

Grande fue la sorpresa y el disgusto de cuantos allí estaban, al comprobar la pérdida de la nave que supusieron hundida. Para colmo de males, la pequeña chalupa que habían utilizado para arribar a la playa, yacía rota y desencuadrada, por los golpes recibidos contra las rocas de la orilla, bajo los efectos del temporal.

Esta inesperada situación, por causas que no nos acertamos a explicar de manera convincente, afligió de tal modo a la dama, que en cuestión de días, no pudiendo evadirse de la isla por otros caminos, decidió trasladarse directamente al otro mundo, falleciendo de mal desconocido.

Continuando el hilo del iniciado drama, tampoco Roberto pudo sobrevivir a tan sensible pérdida, decidiéndose a hacerle compañía, siendo enterrado junto a su amante, bajo una sencilla pero emotiva lápida.

Los restantes y forzados "isleños", prefiriendo no seguir el ejemplo de sus apasionados señores, se dieron a componer la chalupa y así fue como pudieron tras mil penalidades abandonar la isla.

Desgraciadamente corrieron la misma suerte del fugitivo bergantín, yendo a dar con sus huesos una vez llegados a las costas de Berbería, a las mazmorras del Gan Jarife bereber, en donde tuvieron oportunidad de relatar su odisea a otros españoles allí encarcelados, uno de los cuales, con el tiempo, llegó a ser consejero marítimo del Infante D. Enrique, quien posteriormente organizaría la expedición portuguesa que al mando de Juan González Zarco tomaría posesión de esta isla el día 8 de julio de 1420.

El nombre de Madeira tuvo su origen en la abundancia de troncos de olorosa y rica madera que Zarco trajo consigo al retornar a Portugal, denominándose por ello dicha isla la de la "boa madeira", que más tarde se nombraría Madeira a secas.

A esta isla arribaría muchos años después Maciot de Bethencourt huyendo despechado después del despojo de que había sido víctima por parte del ladino Barba de Campos, dejando en Lanzarote algún familiar y su hacienda.

Aquí, en Madeira, casó a su hija María Bethencourt con un hijo de Zarco, el joven caballero Ruy González de la Cámara, primer capitán de la isla de San Miguel de las Azores, que gozaba de mucha influencia con el Infante D. Enrique.

Este matrimonio fue el factor decisivo para mover a Maciot secundado por su yerno a renovar sus derechos a la conquista canaria y ofrecérselos al mencionado Infante.

Como quiera que la cesión se hizo con todas las de la ley y Maciot recibiera lo estipulado a cambio, tanto el Infante como su padre el rey D. Juan, se creyeron legalmente con la plenitud de los derechos que tales privilegios concedían y en esta creencia no tardaron en organizar una potente expedición que se dirigió a Lanzarote con el exclusivo fin de hacer entrar en vigor la cesión obtenida.

Fracasada la expedición porque los lanzaroteños no se avinieron a semejantes pretensiones y rechazaron violentamente a los portugueses, éstos regresaron a su tierra dando cuenta al rey y al Infante de todo lo ocurrido.

Indignése D. Juan I de Portugal con lo acaecido, por lo que sin más demora presentó sus quejas y las credenciales de la cesión, a su homónimo D. Juan II de Castilla, quien como es natural quedó ingratamente sorprendido porque él, a su vez, conservaba de su madre Catalina, que había sido regente, los documentos de compra-venta de aquellos mismos derechos entre el conde de Niebla y Maciot de Bethencourt.

No llegaron a las manos porque las distancias eran más largas que sus brazos pero los vituperios y las intimidaciones no dejaron de escasear, en un castellano y en un portugués primitivos y arcaicos que para aquella época se parecían bastante.

Como no hubo arreglo, allá fueron nuestros Juanes con su pleito al Papa Eugenio IV, quien por sentencia que se nos antoja poco salomónica, concedió la razón al más fuerte que era el monarca español, lo que tuvo la virtud sino de conven-

cer, sí al menos de hacer desistir a los portugueses de su conquistadora reivindicación.

Como tirador franco y a título de particular iniciativa, el Infante D. Enrique que no se consideraba tan ligado a los fallos del patriarca de Roma, organizó algunas expediciones para conquistar Lanzarote, siendo una de ellas la que puso al mando de Antonio González, uno de sus ayudas de cámara, que había tratado directamente con Maciot el asunto de la cesión y al que D. Enrique nombrara primer gobernador portugués de Lanzarote, en el exilio.

Esta expedición, como tantas otras, atraída por el magnetismo que irradiaba la isla de Gran Canaria, también fue a morir a las costas de esta brava tierra, regresando siempre bastante maltrecho los pretendidos invasores.

Pasaron los años, pero con ellos no desaparecía la frustrada reivindicación portuguesa, y así vemos como en tiempos de D. Alonso, diecisiete carabelas lusitanas desembarcaron por Agaete, en la costa de Gran Canaria, un nutrido contingente de soldados que, en combinación con el Guanarteme de Galdar, y en acción combinada con el resto de la tropa no desembarcada, atacarían a Juan Rejón, en el Real de Las Palmas.

Corría el año de 1477. El plan fracasó porque una tormenta dispersó las naves y Rejón no encontró mayores dificultades para rechazar y vencer a los que, por tierra, le atacaran.

Las cosas vinieron a agravarse, porque a las antiguas y reiteradas pretensiones de D. Juan y D. Enrique, que continuaría ejercitando D. Alonso, se agregaron las de un hermano de éste, el Infante D. Fernando quien aseguraba poseer doble derecho a la cesión porque en primer lugar había recibido de su tío el Infante D. Enrique la cesión directa de aquellos derechos, a los que si por otra parte aspiraba en su día de alguna manera el monarca español D. Juan II, también le correspondía esa parte por tener una hermana casada con el actual rey castellano Enrique IV.

Con estas credenciales y tales convicciones, D. Fernando armó una potente escuadra que puso bajo el mando de D. Diego de Silva, muy noble caballero, hijo de Juan de Silva, conde de Portoalegre.

Pero si D. Fernando armó la escuadra, el De Silva se la armó a D. Fernando, dando por resultado un nuevo fracaso para las pretensiones fernandinas y la consiguiente opulencia para el caballero De Silva, que terminó bajo las banderas españolas, contrayendo matrimonio con una hija de Diego de Herrera, que dicho sea de paso, ocupó gran parte de su vida en casar ventajosamente a sus numerosos hijos.

El inesperado y original desenlace de esta expedición, enfrió definitivamente los ánimos de los portugueses, que ya no se volvieron a acordar para lo sucesivo de sus reiteradas y ancestrales reivindicaciones, cosa que resultó de gran utilidad para la historia náutica porque al pasar de largo ante las islas de nuestro archipiélago, dieron en recorrer toda la costa occidental africana, haciendo nuevos descubrimientos, hasta que un día, doblado el cabo de Buena Esperanza, desembocaron en otros mares y en otros mundos, en los cuales también dejarían la huella de su marinera osadía.

MÚSICA GUANCHE AUTÓCTONA

Al hablar de la música guanche autóctona, esto es, de la tradición musical que animara la expresión artística de los nativos de este archipiélago con anterioridad a la conquista y al margen de cualquiera otra influencia extraña contemporánea con este hecho, nos referimos exclusivamente a la música y a los instrumentos musicales por ellos utilizados, cosa que por otra parte resulta de muy difícil investigación dada la casi total ausencia de testimonios sobre el particular.

Generalmente la música canaria, especialmente la que hoy conocemos como incorporada y representativa al folklore y al espíritu isleños, es una música posthispánica que nada tiene que ver con la auténticamente guanche y mucho menos en lo que al aspecto instrumental se refiere.

Pongamos el ejemplo del "timple" o guitarra canaria de cinco cuerdas, que vino a sustituir con carácter personal e intransferible a la guitarra española de ocho cuerdas traída por los conquistadores, y a otros instrumentos de cuerda de todos conocidos.

Pues bien, lector, el timple, siendo auténticamente, genuinamente canario "no es guanche", puesto que en el período o estadio de cultura de la raza aborígen antes del advenimiento de la conquista, no se conocía en estas islas la música de cuerda tal cual hoy la conocemos.

Dentro de la ciencia organográfica, que se ocupa del estudio de cuanto método o instrumento haya sido utilizado por el

hombre para emitir sonidos que más tarde transformaría o aplicaría al concepto musical de la sensopercepción acústica, el sonido de cuerda representa la incorporación definitiva de un intento premeditadamente intelectual y superior no sólo para originar una nueva forma de expresión instrumental de sonidos, sino para crear una nueva forma de expresión e idealización estética musical.

Por esta razón los sonidos con que primitivamente representará el hombre su música, vendrán dados por la música de percusión y la de viento, aunque posteriormente esta clasificación tradicional en viento, cuerda y percusión, ha sido modernamente abandonada, dando los musicólogos preferencia a otras denominaciones y clasificaciones que más adelante recogemos.

De todos modos, el hecho principal que queremos señalar aquí es esta diferencia neta, categórica, entre la música canaria actual y la guanche autóctona a la que nos vamos a referir en el presente tema.

Queda pues bien aclarado que los guanches no utilizaban los actuales instrumentos de cuerda y parece quedar también en evidencia que su música, al ser eminentemente primitiva, carecía de aquella riqueza y variedad de contenido o de expresión que solemos encontrar en otros pueblos más avanzados, aunque igualmente desconocedores de dicha forma cordófono de emisión de sonidos.

Por otra parte, cuando hemos intentado asomarnos a la vasta complejidad que entraña el estudio de todos los aspectos del arte guanche, el primer obstáculo aparentemente insalvable con el cual hemos tropezado, es la falta casi absoluta de testimonios o documentos que de modo eficiente puedan probar cualquier tesis o hipótesis que pretendiéramos mantener en este terreno.

En muchos casos la carencia y ausencia de tales testimonios pensamos que se puede deber simple y llanamente a una imposibilidad física de perduración de los mismos.

Así, al hablar del sonido de viento producido por la flauta primitiva y pastoril, por el vulgar caramillo, nos vamos a encontrar con que aún en el supuesto admitido de que los guan-

ches prehistóricos la hubieran utilizado, si la fabricaban a base de madera, que sería lo más común, como es la clásica caña agujereada, semejante instrumento no podía resistir la acción del tiempo, desintegrándose y desapareciendo antes de llegar a etapas posteriores.

Esto que ocurre con los instrumentos de viento, puede ocurrir igualmente con los de percusión, especialmente si como sucede en el grupo de los membranófonos, se utiliza para producir el sonido el cuero o piel de algún animal o de otros productos vegetales, como ciertos papiros, cortezas, hojas, etc.

Por último hemos de tener en cuenta que dado el grado poco avanzado de la civilización guanche extrañamente estancada como enclave aberrante en el seno de un área mucho más culturizada, las exigencias musicales serían muy inferiores a las que previamente se puedan suponer, y con mayor motivo porque para esa época, correspondiente común en todos los pueblos a dichos estadios de cultura, la música no se asociaba como hoy al canto, esto es, no se modulaba al estilo moderno, utilizándose sola o bien como complemento de acompañamiento del cantar, que en muchos casos era sacrificado a aquella monorrítmica y monotónica expresión.

Para confeccionar este tema hemos recurrido a los vastos conocimientos del musicólogo canario Lothar Siemens H. expuestos en su trabajo titulado "Instrumentos de sonido entre los habitantes prehispanicos de las Islas Canarias" (1).

Este investigador comienza por sistematizar de acuerdo con las modernas orientaciones de la no menos moderna Organografía, el estudio de los instrumentos musicales de que se ha valido el hombre para producir sonidos, por una más directa forma de concepción y entendimiento de dichos métodos de expresión y así nos hablará de instrumentos Idiófonos (directos o indirectos), Aerófonos, Membranófonos, Cordófonos y de sus combinaciones.

Idiófonos directos.— Consideramos en este grupo aquellos métodos de producción directa de sonido por aplicación corporal que generalmente suele ser manual, como resulta el clásico acto de batir palmas.

Pero también se pueden tener efectos sonoros golpeando

otros objetos como serían los troncos ahuecados de los árboles, la percusión manual de amplios recipientes vacíos constituidos por diversos materiales, etc.

L. Siemens establece cierta comparación entre la forma que los guanches tenían de percutir o golpear el agua con varas o ramas en los casos de las rogativas rituales por la falta de lluvia, con la costumbre de las mujeres del Uadd, región próxima al lago Tchad, en el África Oriental, que según Schaeffner solían concurrir en los días de intenso calor al vecino río Ubanqui en el que se introducían, golpeando después al unísono la superficie del agua con la palma de las manos, ahuecándola de modo que producían distintas modulaciones que se podían escuchar desde lugares muy alejados.

Toda percusión entraña un sentido de liberación del elemento pasivo golpeado por parte de quien golpea, y en este caso encontramos una perfecta correlación porque identificando el guanche la idea de sequía con la de fuego, pretendía liberar el agua para mitigar aquél.

También cita este musicólogo investigador una especie de "idiófonos de entrechoque" que estarían representados por una especie de bastones de mando encontrados en algunas sepulturas reales guanches, llamando la atención sobre la presencia doble o por parejas de dichos bastones, cuya configuración permite recordar el "boomerang" australiano, que también era usado por algunas tribus como instrumento para producir sonidos.

También creemos que existirían otras variantes idiofónicas pero carecemos de testimonios que confirmen dicha existencia.

Idiófonos indirectos. — En este sector de la producción sonora caben, en efecto, muchas posibilidades, mas al carecer de verdaderos testimonios, citaremos solamente algunas sugerencias relatadas por diversos historiadores.

Tenemos en primer lugar la percusión o entrechoque de piedras y de conchas marinas, encontrándose algunas de estas últimas conservadas en monumentos funerarios, con evidentes muestras en sus superficies estriadas y convexas, bien de ser frotadas entre sí o bien de serlo con algún otro objeto, al estilo de algunos instrumentos modernos.

El hallazgo de objetos, huesos y vértebras y también trozos

de maderas y semillas agujereados, inducen a evocar, según Siemens, el sentido músico-ritual del Neolítico, utilizados especialmente por pueblos que practican danzas muy movidas o ejecutan otros movimientos rítmicos bruscos, lo que hace que todos estos objetos usados en forma de collar, entrechoquen y den lugar a un sonido que enfatiza lo mágico y misterioso del rito.

En la isla de Tenerife aparecen momias con cuentas anulares y cilíndricas a su alrededor, elaboradas con barro cocido, y también conchas perforadas, caracoles marinos, lapas y vértebras de pescado.

Otro tipo de idiófono indirecto lo tenemos en el sacudidor de recipiente", típico también de las culturas más primitivas.

Estos idiófonos tienen a veces un origen biológico y natural, sea de procedencia animal o vegetal, aunque también el hombre los mimetiza tomándolos de otros fenómenos telúricos y atmosféricos, como el trueno, la tempestad, la corriente violenta del río, el embate del mar, etc.

Entre los de origen animal recordamos el crótalo de la serpiente de cascabel, por nosotros conocida personalmente en América. Es precisamente el "maraqueo" revelador de su cola al arrastrarse sobre el terreno en su fugaz deslizarse, que la delata advirtiéndonos su proximidad.

En el reino vegetal existen muchas variedades que dotadas de fuerte cáscara o corteza, al secarse quedan libres las semillas, convirtiéndose la fruta en una especie de maraca vegetal. Hemos tenido la oportunidad de conocer varios tipos de tan singulares frutos, pero damos preferencia para la cita a la fruta que en el Brasil se conoce con el nombre bien aproximado de esta idea, de "maracuxá" o "maracujá", del tamaño y aspecto de una naranja de lisa piel, que en otros países de habla hispana, se conoce con el nombre de "parchita". Cuando seca, sus múltiples semillas la hacen sonar como una maraca.

Desde el punto de vista artificial y volviendo a nuestro "sacudidor", tenemos el antecedente citado por Torriani, de los tientos de barro en los que se introducían piedrecillas, para hacer "sonsonetes" o "sonajeros", utilizados por los antiguos gomeros para acompañarse rítmicamente en sus bailes.

Tenemos después las calabazas secas rellenas de piedrecillas y asimismo tenemos que admitir la existencia de otros recipientes o vasijas, posiblemente de barro, en la forma corriente, que los guanches utilizarían con el mismo e idéntico fin musical.

Instrumentos de viento o aerófonos libres. — No podía faltar entre los guanches la flauta o caramillo que construirían con la clásica caña hueca, aunque no se haya conservado ningún testimonio de tales instrumentos.

Mas si tenemos en cuenta el alto grado de desarrollo alcanzado por la modulación de los sonidos de viento emitidos con la boca o silbados, como ocurrió con los habitantes aborígenes de la isla de La Gomera y tal vez de Tenerife y La Palma, tenemos motivos para creer en el acabado arte de aquellos posibles flautistas.

Nos cita el profesor Alvarez Delgado la llamada "flauta de Güimar", confeccionada con la diáfisis de un hueso largo de cabra y con tres agujeros que pueden proporcionar las notas normales de una escala musical.

Sin embargo es lógico pensar que la presencia de estas flautas, o de otros instrumentos como el "tambor de drago", puedan responder a importaciones posteriores y con más motivo si tenemos en cuenta que para la época de la conquista, la flauta y el tamboril habían alcanzado y sobrepasado ya su cénit en Europa, perdurando y permaneciendo íntimamente arraigados en el folklore europeo como nota característica del mismo, hasta nuestros días, porque la cuerda fue mucho más reciente y de importación oriental.

Nos cabe la satisfacción de recoger por primera vez en literatura de divulgación y entretenimiento del tipo de esta publicación, el singular aporte que el ya citado investigador L. Siemens hace al acerbo historiográfico de la organografía guanche con el descubrimiento de su "bramadera", como idiófono de viento, que describimos a continuación.

Se refiere concretamente a la forma de hueso conocida con el nombre de "espátula" del investigador y canariólogo L. D. Cuscoy, hueso largo y fuerte cortado longitudinalmente, de unos 15 cm. de largo por 2-3 de ancho, de extremos romos y pulidos,

en uno de los cuales presenta un agujero, lo que hizo suponer que serviría para mantenerlo colgado.

Opina Siemens que se trata de un bramador típico de la cultura de los pueblos correspondientes a esos períodos, utilizándose el agujero para introducir una cuerda o tira de cuero o fibra vegetal, para luego evolucionar el brazo extendido alrededor de la cabeza o de cualquier otro modo, con lo que se obtendría un sonido característico cuya intensidad variaría con la velocidad del giro.

Esta bramadera se encuentra presente en determinados ritos de iniciación en pueblos primitivos de África, América y Oceanía.

Reseñamos por último la posible existencia de "pitos" o "silbatos", fabricados con huesos, caracoles marinos, etc.

Membranófonos. — Instrumentos que producen sonidos utilizando membranas de diferente origen, pero con preferencia animales, para producir sonidos bien sea percutiendo, frotando, estirando y encogiendo, etc.

Citamos como posible instrumento de origen guanche, aunque tal vez modificado posteriormente, el "tambor de drago" confeccionado con la corteza de este árbol y cuero de cabra y el "tajaraste", especie de pandero muy utilizado por los guanches para sus bailes.

También cabe citar los posibles "resonantes" a base de vasijas o gánigos de barro cocido cuya boca se obstruiría con una membrana animal.

Cordófonos. — No eran conocidos por los guanches, porque como ya hemos dicho el sonido de cuerda es un signo intelectual propio de una cultura superior y mucho más evolucionada.

Se puede pensar ciertamente que el guanche desconocía la virtud de la cuerda para emitir sonidos mediante la vibración, porque los historiadores nos refieren un caso curioso. En los combates contra los españoles, los guanches creían que las flechas que les eran lanzadas con las ballestas se impulsaban por medio de un misterioso sonido que no identificaban como producido por las cuerdas de las ballestas, al ser soltadas y lanzadas las flechas, por lo que ellos trataban de devolverlas al enemigo, arrojándolas con la mano tratando de imitar aquel

ruido con la boca. Así nos lo relata el historiador Abreu y Galindo.

De otros instrumentos no tenemos noticia, pero también es de advertir que las tareas de estudio y de investigación verdaderamente sistematizadas y planificadas, no han hecho más que comenzar, por lo que es de esperar próximos y sorprendentes descubrimientos. (1)

(1) Trabajo presentado por su autor como Comunicación al Symposium del Instituto del Hombre Cro-Magnon, celebrado en Las Palmas de Gran Canaria en 1969.

LA CANARIDAD

El dilema está planteado, lector.

La polémica en torno a este apasionante tema ha llegado a suscitar la más empeñada controversia, sin que se vislumbre la posibilidad de una actitud conciliadora entre tantas y tan dispares opiniones que en términos generales podemos reducir a este planteamiento:

¿Canaridad o Canarismo?

Afortunadamente este dilema no comporta la trascendencia existencial y categórica de la duda hamletiana ya que en todo caso la cuestión que se plantea no afecta a la positividad o negatividad del ser, sino simplemente a distintas maneras de interpretar o concebir esta "forma de ser".

Pero de todos modos, aún sin esta trascendencia, lo que se juega en esta confrontación es tan importante para el destino inmediato de las colectividades humanas, que resulta imprescindible puntualizar algunos extremos que nos permitan acceder a una más clara conciencia de lo que se está debatiendo.

Por otra parte el humanismo moderno, impregnado de cierto tinte trasnochado y decadente, es cada día más "deshumanizante" y en su afán irrefrenable de propugnar y promocionar los valores espirituales individuales, nos empuja peligrosamente hacia la pérdida de esas otras perspectivas y virtudes de solidaridad y comunes al género humano y en definitiva, imprescindibles a todo ser vivo.

El coche utilitario, la televisión, el transistor, el aparta-

mento minúsculo pero cómodo y concentrado, la automoción y toda la gama de mecanización de que en la actualidad podemos disponer facilitándonos grandemente la consecución de multitud de actos y desempeños, todas las actividades antropológicas así influidas, con la definitiva incorporación del cerebro electrónico, hacen que cada vez nos sintamos "más solos", más distantes paradójicamente entre nosotros mismos, un poco "solos entre la gente" como dice la canción.

Esto que ocurre a nivel individual originando ese "yoismo" avasallador se reproduce exactamente a niveles colectivos más elevados, de pueblos, ciudades o naciones, dando lugar a los consabidos "nacionalismos" y "regionalismos" a veces tan exacerbados y desgarradores, que parecen querer oscurecer todo horizonte de posibilidad de entendimiento entre los hombres.

De aquí el planteamiento inicial: ¿canaridad o canarismo?

Preferimos utilizar el término "canaridad" en lugar de "canariedad" porque el primero nos parece más contundente y menos eufémico. Pero trátase de uno o de otro, al gusto de cada lector, como el contenido será sensiblemente el mismo, representará una característica "esencial", de contenido, integradora de la substancia de que está compuesto el concepto.

El canarismo es otra cosa. Como todos los "ismos", entraña la particularidad de una tendencia, de un movimiento o actitud. Significa un modo especial de hacer o de producirse una cosa y en resumen, más que al contenido substancial de un concepto, se refiere a algo dinámico, más o menos accidental aunque peculiar de la forma de presentarse dicho fenómeno.

Por esta razón los "ismos" nos conducen irremisiblemente a una situación de unilateralidad, selectiva, que puede llegar en su intransigencia e intemperancia a representar un serio obstáculo para una integración ecuménica ideal.

¿Qué es la canaridad? ¿Cuándo y cómo comienza?

La canaridad es un sentimiento de proyección del alma canaria, del espíritu que animó y sigue animando a nuestros hombres, cuando dentro y fuera de los estrechos límites de su insularidad, se lanza a la conquista y a la aventura en persecución de más elevados y universales ideales.

Es la expansión lógica del espíritu sobrevolando la mate-

ria, con ansias de cósmica difusión para integrar lo móvil pero inerte, a la vida creadora del espíritu.

La canaridad, como la Hispanidad misma, supone algo intrínseco, algo consustancial al destino de la raza canaria aportado al comportamiento hispano, desde el mismo momento en que España se inicia en la gesta histórica de la Hispanidad.

No olvidemos ni pasemos por alto que la primera tierra "extraña" que se mezcla con la tierra generosa de los pueblos vírgenes y desconocidos del Nuevo Mundo, que el polvo que se desprende de los zapatones castrenses o de las humildes sandalias misioneras, cuando por primera vez hollan el suelo americano, es polvo, es tierra canaria que los conquistadores llevarán adherida después de la última singladura insular y preoceánica de la gesta.

Esta semblanza espiritual, fiel representación del poder y del alcance amoroso de la hispanidad transmitiéndose por la savia de las vertientes insulares, cual dos brazos fraternales y gigantescos emergiendo de los costados de la Madre Patria, estrecharán con ternura a sus nuevos e irredentos para la fe, hermanos de ultramar, consagrándose a su cuidado y evangelización, con una entrega total, imprimiendo un sello definitivo a la conquista.

Nos referimos naturalmente al isleño balear Fray Junípero y al tinerfeño Padre Ancheta, que cada uno a su modo y por rumbos geográficos distintos, irían jalonando la historia de la conquista con sus blancas fundaciones misioneras.

Por estas razones, la canaridad como tal brazo de la aludida insularidad conquistadora, hay que ir a buscarla en esos contingentes aguerridos que iniciaron el principio mismo de la epopeya.

Y como es natural seguiremos sus huellas a través de esas corrientes migratorias que de modo sistemático y permanente se han venido desplazando a lo largo de los siglos hacia aquellas latitudes americanas. Serán esos emigrantes que trasiegan a otros climas y a otros ámbitos, junto con su ansiedad y su esperanza, la forma de ser y de sentir de nuestro pueblo, incrustándose hasta la médula en las nuevas nacionalidades que surgiendo de un tronco común, a nosotros se nos antoja con-

templar dominado o presidido por esta idea de hispano-canaridad.

Porque en lo tocante a lo hispano, nuestro contenido es irrefutable y ahí tenemos como gigantesco e imperecedero testimonio la obra de otro canario ilustre, el escritor Benito Pérez Galdós, que con sus "Episodios Nacionales" supo cantar como nadie y plasmar en imágenes poética y literarias, la gloriosa gesta de la independencia española, obra inmortal que destila en cada página un amor y una consagración sin igual a los altos y nobles ideales que mente hispana pudo haber concebido.

Sin duda, en definitiva, tendríamos muchos y más numerosos motivos para preferir la idea de canaridad al concepto más limitado y menos ecuménico de regionalismo canario o canarismo, que de ninguna manera desdeñamos, pero que subordinamos a aquel primer concepto.

La proyección insular de la canaridad representa a nuestro modo de ver algo así como una histórica revancha o gigantesca compensación a la insoslayable supeditación de la raza guanche a los destinos históricos de los conquistadores que un día escribieran sobre nuestro suelo esas páginas tan movidas y tan atrayentes que en gran parte hemos dado a conocer con carácter un tanto informal y literario a nuestros pacientes lectores.

Hoy el tema de la canaridad y del canarismo han vuelto a resonar en el ámbito universal pero aventados por muy distintos impulsos y motivaciones.

De nuevo lo insular, y en nuestro caso concreto, lo canario, vuelve a ocupar los planos más relevantes de la actualidad mundial, al convertirse nuestras islas en uno de los focos más fabulosos de atracción turística del mundo.

Es el tiempo propicio para resucitar el ancestro del alma guanche tan generosamente confundida y consagrada con el espíritu hispano que le supo imprimir un destino histórico que no se vislumbraba en aquellos tiempos de lenta evolución y aislamiento.

Indudablemente la incorporación, no pudo haber dado mejores frutos ni haber llevado el nombre y la singularidad de España a más elevados sitios de bien hacer y de dignidad entre los pueblos.

Fomentar y difundir todos estos valores ante la coyuntura histórica tan favorable que el turismo y el gradual progreso y desarrollo de la Patria nos ofrecen, debe ser tarea apremiante y primordial en el corazón de todos los que de verdad nos sentimos auténticamente españoles, pero de modo muy especial auténticamente canarios.

INDICE

Prólogo	9
Batalla de Axodar	13
Tenesoya	16
La batalla de los quesos	22
Donde Pedro de Algaba pierde la cabeza	27
Hernández Cabrón en Tirajana	34
Quema de cristianos	39
El Deán Bermúdez	44
Mallorquines en Gran Canaria	49
Batalla de Ansite	54
Vida de los guanches	60
Rivalidad entre conquistadores	67
Aclarando el misterio del gigante Mahá	73
Juan Camacho	78
Moros en la costa... canaria	84
Leyenda del caballero Saavedra	92
Los dromedarios de Fuerteventura	98
Los amores de Masiot	104
La traición de Bernal	110
Isla de San Borondón	117
Los manejos de Ache	124



Franceses en Lanzarote	131
El Garoe de Tigulae	137
Orone el inflexible	143
Leyenda de Gara y Ajonay	151
El lenguaje silbado de La Gomera	157
Los tres hermanos de Tenibucar	165
La rebelión de los palmeros	171
Mayantigo	176
Atogmatoma	182
Los amores de Tanausú	191
Canciones y bailes canarios	198
Imobach	207
Benchomo	214
El guanche Antón	222
El Achimency de Punta Hidalgo	229
García del Castillo y la Princesa Dácil	235
La tragedia de Jorge Glas	241
Pleito entre Juanes	247
Música guanche autóctona	254
La canaridad	262

